



se

# Alan Furst

**LOS ESPÍAS DE VARSOVIA**

«Los libros de Furst son como los nocturnos de Chopin: eternos, trascendentes, universales», *LOS*

Lectulandia

El combate entre espías siempre precede al estruendo de la artillería. En los albores de la Segunda Guerra Mundial, los agentes de inteligencia franceses y alemanes están enfrentados en una lucha a muerte. Mientras la sombra de la esvástica nazi planea sobre Europa y el crudo invierno de 1937 se acerca a Varsovia, el coronel Jean-François Mercier, un atractivo aristócrata destinado a la embajada francesa, se suma a la lucha.

Durante el día, Mercier se ve envuelto en una red de intrigas, secuestros y venganzas; por la noche, frecuenta los salones diplomáticos, con sus elegantes recepciones y lujosas cenas. En una cita a ciegas, Mercier conoce a Anna Szarbek, una abogada parisina de origen polaco que mantiene una relación con un periodista ruso exiliado. A pesar de las dificultades, Mercier se enamora perdidamente de ella.

**Lectulandia**

Alan Furst

# **Los espías de Varsovia**

ePub r1.0

Titivillus 26.06.2019

Título original: *The Spies of Warsaw*  
Alan Furst, 2008  
Traducción: José Antonio Soriano  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Así como la contemplación de un retrato puede darnos una idea de la vida del retratado, el mapa de Francia nos cuenta nuestra historia. El cuerpo de la nación tiene en su centro una fortaleza, una formidable masa de montañas milenarias flanqueadas por las mesetas de Provenza, Lemosín y Borgoña. Y, alrededor, grandes pendientes, en su mayoría de difícil acceso para quien las aborda desde el exterior, que, divididas por los desfiladeros del Saona, el Ródano y el Garona, y cerradas por las murallas de los Alpes del Jura y los Pirineos, descienden en lontananza hacia el Canal de la Mancha, el Atlántico o el Mediterráneo. Pero en el noreste, entre las grandes cuencas del Sena y el Loira y el territorio alemán, se abre una terrible brecha. Cuando apenas ha tocado Francia, el Rin, que fuera frontera y protección natural para los galos, la abandona y la deja expuesta a los ataques.

Capitán CHARLES DE GAULLE  
*Vers l'armée de métier*  
(«Hacia el ejército profesional»), 1934

# **HOTEL EUROPEJSKI**

A la mortecina luz de un atardecer del otoño de 1937, un tal Edvard Uhl, agente secreto, se apeó de un coche de primera en la estación de Varsovia. Sobre la ciudad, el cielo estaba en guerra. Los últimos rayos del sol encendían brasas de un rojo sangre en la masa de nubes negras, mientras hacia el oeste el horizonte, del color del hielo azul, permanecía despejado. Herr Uhl sintió un escalofrío. «El fresco de la tarde», se dijo. Pero estaba en Polonia, al borde de la estepa rusa; lo que había sentido era algo más que el relente de un atardecer de octubre.

Ante la estación, en la calle Jerozolimskie, había un taxi. El conductor, un anciano con la cara surcada de arrugas, esperaba pacientemente con sus callosas manos alrededor del volante.

—Al Hotel Europejski —le dijo Uhl.

«Y con prisas», le habría gustado añadir; pero habría tenido que decirlo en alemán, y hablar alemán en aquella ciudad no era muy buena idea. En 1795, Prusia se había anexionado la parte occidental de Polonia —Rusia controlaba el este y el Imperio austrohúngaro, la esquina sudoccidental—, que había conservado durante un periodo de ciento veintitrés años, denominado por los polacos la «Partición», una época de conspiración nacional e insurrección contenida que creó mucha mala sangre en ambos lados. Con la reunificación del país en 1918, las nuevas fronteras dejaron a un millón de alemanes en Polonia y a dos millones de polacos en Alemania, lo que garantizaba que la mala sangre siguiera. Así que un alemán de visita en Varsovia sólo podía esperar un clima de muda hostilidad, rostros ceñudos y pequeños desaires: «No eres bienvenido».

No obstante, Edvard Uhl llevaba semanas aguardando aquel viaje. Cerca ya de los cincuenta, se peinaba el escaso pelo en largos mechones a lo ancho del cráneo y usaba un negro y tupido mostacho para disimular la prominente y abultada nariz, con el extremo partido en dos, un rasgo relativamente habitual entre los polacos. De modo que era un hombre de aspecto corriente que llevaba una vida corriente, una vida más que pasable, en la pequeña ciudad de Breslau. Tenía mujer y tres hijos, un buen trabajo —era ingeniero jefe en una fundición que recibía encargos de la gigantesca empresa Rheinmetall de

Düsseldorf—, unos cuantos amigos y formaba parte de una parroquia y una coral. Sí, la situación política podría haber sido mejor —el dichoso Hitler y sus dichosos nazis, pavoneándose por todas partes—; pero uno iba a lo suyo, vivía su vida y se guardaba sus opiniones. No era tan difícil. Y el cheque llegaba todas las semanas. ¿Qué más se podía pedir?

Instintivamente, su mano comprobó que la cartera de cuero seguía en el asiento, junto a él. Una pequeña punzada de culpa le atravesó el corazón. «Estás loco, Edvard, la verdad». Porque la cartera, un regalo de su primer contacto en la embajada francesa de Varsovia, tenía un doble fondo, que ocultaba un fajo de diagramas industriales. En fin, se dijo, uno hacía lo que tenía que hacer para ir tirando. No, uno hacía lo necesario para poder hacer lo que quería y vivir de verdad. Nadie lo imaginaba en Varsovia; su familia y su empresa lo hacían en Gleiwitz, en el lado alemán de la frontera que dividía la Baja Silesia alemana de la Alta Silesia polaca, donde su empresa había subcontratado un gran taller metalúrgico para el trabajo que excedía su capacidad en Breslau. Con el Reich rearmándose, no daban abasto para cumplir los encargos que les llovían de la Wehrmacht. El taller de Gleiwitz funcionaba bastante bien, pero no era eso lo que Uhl les contaba a sus jefes.

—Un hatajo de zánganos e inútiles, eso es lo hay allí —les había dicho meneando la cabeza con preocupación.

En consecuencia, consideraba imprescindible coger el tren a Gleiwitz una vez al mes para enderezarlos.

Y Edvard Uhl iba a Gleiwitz —¡otra vez ese pesado de Breslau!—, pero no se quedaba. Cuando se cansaba de marear a la dirección del taller, cogía el tren a Varsovia, donde algo sí que enderezaba, por decirlo así. Para Edvard, era una maravillosa noche de sexo, seguida de un breve encuentro al amanecer, un encuentro secreto, y el regreso a Breslau, Frau Uhl y su más que pasable vida. Volvía como nuevo. Como si hubiera vuelto a nacer. ¿Una exageración? No. La realidad.

Uhl miró su reloj. «¡Acelera, patán! ¡Esto es un coche, no un tractor!». El taxi se arrastraba por Nowy Swiat, la Vía Real, la gran avenida de Varsovia, desierta a esa hora, pues los polacos se iban a cenar a casa a las cuatro. Al pasar frente a una iglesia, el taxista redujo momentáneamente la velocidad y se quitó la gorra. No era un gesto especialmente devoto, se dijo Uhl, sólo algo que hacía cada vez que pasaba ante una iglesia.

Al fin, el imponente Hotel Europejski, con su gigantesco portero, tocado con una gorra de plato y enfundado en un uniforme digno de un mariscal de Napoleón. Edvard le pagó la carrera al taxista —guardaba una reserva de



zloty polacos en el escritorio de su despacho—, le dio una pequeña propina y le dijo «*Dankeshön*». Ahora ya no importaba: estaba donde quería. Una vez en la habitación, colgó el traje, la camisa y la corbata, dejó una muda limpia sobre la cama y se metió en el cuarto de baño para lavarse a fondo. Tenía el tiempo justo; la condesa Sczelenska llegaría en media hora. Mejor dicho, eso era lo que faltaba para la cita; por supuesto, llegaría tarde, se haría esperar, le haría sufrir, preocuparse, consumirse.

Pero ¿era condesa? ¿Una auténtica condesa polaca? Probablemente no, se dijo Edvard. Pero era lo que ella afirmaba, y con él se comportaba como una condesa imperiosa, altiva y exigente. Y cómo lo excitaba eso, a medida que la velada se prolongaba entre copas de champán y el humor de la condesa pasaba insensiblemente del educado desdén a la estudiada sumisión y, por fin, al deseo acuciante... Su vodevil privado era siempre igual, con un final invariable. Uhl el Semental —pese a la imagen que le devolvía el espejo del armario: un hombre de mediana edad con unas piernas esmirriadas, barriga y cuatro pelos en el pálido pecho—, manifiestamente excitado, de rodillas en la alfombra del hotel, mientras la condesa, que lo miraba volviendo la cabeza y arqueando las cejas con fingida sorpresa, le permitía que deslizara las bragas de seda a lo largo de su enorme, su macizo, su indecente trasero. *Noblesse oblige*. «Puedes darte ese pequeño gusto —parecía decir la condesa—, si tanto te atrae lo que ha producido el noble linaje de los Sczelenska». Uhl se abrazaba al pandero y honraba al noble linaje besándolo con ternura. Un homenaje que no tardaba en producir sus efectos, y la condesa le hacía levantarse, impaciente por lo que venía a continuación.

Se habían conocido hacía año y medio en Breslau, en un *Weinstube* en el que los empleados de la fundición solían tomar una copa a la salida del trabajo. El *Weinstube* tenía un pequeño patio trasero con tres mesas y un emparrado, y allí estaba ella, sola en una de las mesas del patio desierto, seria y ensimismada. Edvard se había sentado en la mesa de al lado y, como la había encontrado atractiva —ni joven ni vieja, tirando a pechugona, con una cara atractiva y el pelo cobrizo recogido sobre la cabeza—, le había dado las buenas tardes. ¿A qué viene esa tristeza, con una noche tan bonita?

Había llegado de Varsovia para ver a su hermana, le explicó la mujer: una crisis familiar, una catástrofe. Durante generaciones, su familia había sido propietaria de un pequeño pero lucrativo aserradero en un bosque que se extendía a lo largo de la frontera oriental. Pero habían sufrido varios reveses

económicos y, más tarde, una partida de nacionalistas ucranianos había incendiado los cobertizos en los que se almacenaba la madera, y habían tenido que pedir dinero a un usurero judío. Pero, como las desgracias nunca vienen solas, no habían podido devolver el préstamo, y ahora el usurero los había llevado a juicio y se había quedado con el aserradero. Eran todos iguales.

Minutos después, Uhl estaba sentado a su mesa. En fin, así era la vida, había sentenciado. A veces el destino jugaba malas pasadas, casi siempre a quien menos lo merecía. Pero no había que apurarse; habían tenido mala suerte, pero la suerte cambia; tarde o temprano, siempre cambia. Ah, era *tres sympathique*, había respondido ella, intercalando una expresión francesa en su fluido alemán con aristocrática naturalidad. Siguieron hablando un rato de esto y de aquello. Si por casualidad algún día visitaba Varsovia, le dijo ella, podía telefonarlo; al lado de su casa había un café encantador. Sí, tal vez lo hiciera; iba a Varsovia de vez en cuando, por asuntos de trabajo. De hecho, puede que tuviera que ir pronto. Entre tanto, ¿le permitía invitarla a otra copa de vino? Poco después, ella le cogió la mano por debajo de la mesa. Cuando se despidieron, Edvard tenía un calentón.

Diez días después, la llamó desde una cabina de la estación de Breslau. Estaría en Varsovia, en el Europejski, dentro de una semana... ¿Le haría el honor de cenar con él? ¡Por supuesto, claro que sí! En el otro extremo de la línea, el tono de la condesa le dijo a Edvard todo lo que necesitaba saber. El siguiente miércoles —¡los idiotas de Gleiwitz la habían vuelto a liar!— estaba camino de Varsovia. Durante la cena, con champán y langostinos, Edvard propuso que fueran a un club nocturno después del postre; pero antes quiso subir a la habitación para cambiarse de corbata.

Así que se tomaron la tarta de nata y subieron.

Durante las dos visitas siguientes, a razón de una al mes, todo fue maravilloso, aunque Edvard descubrió que la condesa tenía una suerte pésima. En la habitación del hotel, con la melena cobriza extendida sobre el almohadón, le explicó su última desdicha. Esta vez era su casero, un bestia que se la comía con los ojos y chasqueaba la lengua cuando la veía subiendo la escalera: le había dicho que tenía que marcharse, porque quería instalar en su piso a su última amiguita. A menos... Los llorosos ojos de la condesa le habían contado el resto.

¡Nunca! ¡Aquel cerdo no tendría lo que acababa de tener él! Edvard le acarició el hombro, húmedo tras la reciente actividad.

—Vamos, cielo, cálmate... —le dijo.

Sólo tenía que buscar otro piso. Bueno, en realidad ya lo había buscado, y había encontrado uno aún mejor que el que tenía ahora, y muy discreto; su propietario residía en Cracovia, de modo que no habría nadie husmeando si, por ejemplo, su querido Edvard iba a visitarla. Pero el alquiler costaba doscientos zloty más que el que pagaba ahora. Y no podía permitírselo.

«Cien marcos», calculó Edvard.

—Quizá pueda ayudarte —dijo.

Y podía, pero no durante mucho tiempo. Dos meses, tal vez tres. Luego, no le quedaría dónde rascar. Procuraba ahorrar un poco, pero casi todo el sueldo se le iba en mantener a la familia. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza al bestia del casero y sus chasquidos de lengua.

El golpe vino un mes más tarde. El de Cracovia subía el alquiler. ¿Qué iba a hacer ella? ¿Qué podía hacer? Tendría que vivir con algún pariente, para no quedarse en la calle. Esta vez Edvard no tenía respuesta. Pero ella sí. Una prima suya salía con un francés, un oficial del ejército que trabajaba en la embajada francesa, un tipo alegre y generoso que a veces contrataba los servicios de «expertos industriales», había dicho la condesa. Y ¿no era su adorado Edvard ingeniero? Quizá pudiera encontrarse con aquel hombre y ver qué le ofrecía. Si no, la pobre condesa no tendría más remedio que mudarse a casa de su tía.

¿Y dónde vivía su tía?

En Chicago.

Ahora bien, Uhl no era idiota. O, como se dijo a sí mismo, no tan idiota. Tenía una idea bastante clara de lo que estaba pasando. Pero, para su sorpresa, le daba igual. El pez veía el gusano y se preguntaba si no llevaría un anzuelo, pero ¡qué gusano más apetitoso! Sí, el más succulento y delicioso que había visto en su vida. Nunca vería otro igual, al menos en aquel océano. Así que...

Primero llamó por teléfono, al parecer a un domicilio particular, porque le respondió una doncella, en polaco, aunque enseguida cambió al alemán. Veinte minutos después, volvió a llamar y el encuentro quedó concertado. Para una hora después. En un bar de Praga, en el barrio obrero del otro lado del Vístula, frente a la zona elegante de Varsovia. Y, efectivamente, el francés no podía ser más simpático. Probablemente alsaciano, por su forma de hablar alemán. Era un individuo rechoncho con una cara redonda y resplandeciente de autoestima; una leve inclinación de la barbilla y la tensión del labio superior sugerían la inminencia de una sonrisa sarcástica, sensación que el

cuidado bigotillo no hacía más que acentuar. Por supuesto, no iba de uniforme; vestía un elegante jersey y un blázer con botones de latón.

Se hacía llamar Henri y, sí, a veces utilizaba los servicios de «expertos industriales». Su trabajo le exigía estar al corriente de los avances en determinadas áreas de la industria alemana, y pagaría bien por dibujos, planos y cualquier especificación relativa a, digamos, armamentos o blindajes. ¿Cómo de bien? Pues... tal vez quinientos marcos al mes, si los documentos lo merecían. O, si Uhl lo prefería, mil zloty, o doscientos dólares. A algunos de sus expertos les gustaba tener dólares. El dinero se pagaría en efectivo o se ingresaría en la cuenta bancaria y al nombre que Uhl sugiriera.

La palabra «espía» no se empleó en ningún momento; Henri hablaba del asunto con la mayor naturalidad. Eran transacciones muy corrientes; sus homólogos alemanes hacían exactamente lo mismo. Todo el mundo quería saber qué se hacía al otro lado de la frontera. Y debía añadir que, siempre que se actuara con la debida discreción, nadie era descubierto. Lo que se hacía en privado se mantenía en privado. Hoy en día, añadió Henri, en estos tiempos revueltos, las personas inteligentes comprendían que a quienes debían ser leales en primer lugar era a sí mismos y a sus familias. Por lo que a él respectaba, los gobiernos y los cambalaches diplomáticos podían irse al infierno, pero saltaba a la vista que Uhl era un tipo lo bastante listo como para ocuparse de su propio futuro. Y si en algún momento el acuerdo llegaba a resultarle incómodo, pues asunto concluido.

—Así que piénselo, no corre prisa. Vuelva a llamarme, o sencillamente olvide que me ha conocido.

¿Y la condesa? ¿Acaso también era una, hmmm... «experta»?

—¡Por favor, mi querido amigo! —exclamó Henri con una risita irónica—. Esas cosas... Bueno, puede que en las películas...

En fin, al menos el gusano no estaba compinchado.

De regreso en el Europejski —la visita al nuevo piso seguía siendo una promesa—, la condesa se superó a sí misma. Esta vez, fue ella quien se arrodilló en la alfombra y le hizo un par de cosas de las que Edvard sólo había oído hablar. El éxtasis... Otra copa de champán y más sorpresas. Después, Edvard dejó caer la cabeza en el almohadón y se quedó mirando al techo, satisfecho y exhausto. Orgulloso como un león. Sí, era un tipo listo: un solo intercambio con Henri, y aquellos mil zloty sacarían de apuros a la condesa durante unos meses. Pero por desgracia la vida nunca es exactamente como la planeamos, y Henri, ni la mitad de simpático que durante el primer encuentro, insistió —¡vaya si insistió!— en continuar con el trato.

Y luego, en agosto, en vez de Henri, apareció otro francés llamado André, alto, serio, callado y mucho menos satisfecho de sí mismo y del trabajo que hacía. Herido en la guerra —la del 14, suponía Uhl—, se apoyaba en un fino bastón de ébano con el pomo en forma de cabeza de lobo.

En el Hotel Europejski, un atardecer de otoño, Herr Edvard Uhl acabó de bañarse y se vistió, confiando en desnudarse minutos después. El camarero del servicio de habitaciones había traído una botella de champán en una cubitera de plata, había una pequeña lámpara encendida y las cortinas estaban corridas. Uhl movió una de ellas lo suficiente para mirar por la ventana y observar la entrada del hotel, ante la que se detenían los taxis, y el gigantesco portero abría las puertas a los pasajeros con una inclinación cortés. Gente muy distinguida: un oficial del ejército y su estupenda amiga, un caballero con sombrero de copa y levita y un risueño individuo con barba y monóculo. A Uhl le encantaba aquella vida, la vida de Varsovia, su mundo de ensueño, tan alejado del negro hollín y las patatas grumosas de Breslau. Pagaría por él con el encuentro de la mañana siguiente; luego, de vuelta a casa.

¡Ah, ahí estaba!

El Club de Tenis Milanowek había sido fundado a altas horas de una noche de junio de 1937. Casi en broma: «¡Vamos a abrir un club de tenis! ¿Por qué no? El Club de Tenis Milanowek... ¿No es fantástico?». El pueblo de Milanowek era un jardín en medio de un bosque de pinos, a treinta kilómetros de Varsovia, famoso por el olor a resina del aire —«aire de caoba», lo llamaban en broma, por lo caro que era vivir allí y respirarlo— y por sus regias mansiones rodeadas de parterres al estilo inglés, estatuas griegas, estanques y pistas de tenis. Famoso, también, por sus habitantes, el así llamado «corazón de la nación polaca», todo tipo de aristócratas del *Almanaque de Gotha* y toda clase de ricos empresarios judíos. Si alguien no podía disponer de su chófer, una línea de tren de vía estrecha salía de la ciudad y tenía su primera parada en el pueblo de Podkowa. En polaco, *podkowa* significa «herradura», lo que podía inducir a imaginarse una minúscula y antigua aldea, con un rústico herrero trabajando en su forja; sin embargo, Podkowa había sido diseñado a comienzos del siglo xx por el arquitecto inglés Arthur Howard, con las casas formando una herradura alrededor de un jardín comunitario.

La mansión de los príncipes Kazimierz y Antowina —Kaz y Toni para los amigos— disponía de tres pistas de tenis, porque la noble pareja Brosowicz, emparentada con diversas ramas de los Radzivill y los Poniatowski, no tenía un solo ejemplar de nada. Este gusto por la proliferación, de larga tradición en ambas familias, incluía mansiones —su otra propiedad campestre tenía una extensión de unos tres kilómetros y medio, pero estaba lejos de Varsovia—, pisos en París y Londres y casas de vacaciones —un chalet en Saint-Moritz y un *palazzo* veneciano—, y se extendía a criados, secretarios, caballos, perros y amantes. Pero, dondequiera que estuviesen en ese momento, para el príncipe Kaz y la princesa Toni no había nada mejor en el mundo que tener muchos amigos. La redacción anual de felicitaciones navideñas se prolongaba durante días.

A la mansión Milanowek, sus amigos iban a jugar al tenis, un deporte que apasionaba a toda la nación. En Polonia sólo había un campo de golf, pero el resurgimiento nacional había sembrado el país de pistas de tenis. Así que, bien entrada una noche de junio, decidieron hacerlo oficial.

—Ahora es el Club de Tenis Milanowek —decían a sus amigos, que se sentían muy honrados de pertenecer a él—. Venid a jugar siempre que queráis. Si no estamos nosotros, Janusz os abrirá.

«¡Qué buena idea!», pensaban sus amigos. Reservaban las pistas por teléfono y aparecían a cualquier hora del día, hasta el atardecer: el barón de tal y la marquesa de cual, el simpático dentista judío y su avispada mujer, un general del ejército y un capitán de la industria, un diputado socialista del Sejm, el parlamento polaco, y el ministro de Correos y Telégrafos, monárquico, varios jóvenes elegantes, que no hacían gran cosa, y el nuevo agregado militar francés, el apuesto coronel Mercier.

En realidad era teniente coronel, lo habían herido en dos guerras y no estaba para muchos trotes. No obstante, hacía lo que podía, por lo general jugando partidos de dobles, pero aun así los golpes cruzados solían dejarlo clavado, salvo cuando los dioses del tenis mandaban la bola fuera para castigar a sus contrincantes por abusar de un inválido.

Ese jueves de octubre por la tarde, bajo el inmenso cielo que cubría amenazadoramente la estepa, el coronel Mercier formaba pareja con la mismísima princesa Toni, tan atractiva y perfecta a sus casi cuarenta años que parecía una muñeca, impresión que acentuaban las sonrosadas mejillas y el pelo, del mismo tono pajizo que el del príncipe Kaz. La gente decía que parecían hermanos. Y a veces, en esas familias nobles... No, no era verdad, aunque el parecido resultaba asombroso.

—¡Buen intento, Jean-François! —gritó la princesa al ver que la pelota botaba lejos del francés; luego se apartó el pelo de los ojos e hizo girar la raqueta, mientras esperaba el siguiente saque.

En el campo contrario, una tal Claudine, casada con un diplomático belga, se disponía a sacar. Los equipos de dobles estaban pensados con equidad, porque Claudine sólo tenía un brazo; el izquierdo —con la manga de la camisa deportiva sujeta con un imperdible a la altura del hombro— se lo había arrancado una bomba alemana en la Gran Guerra, durante la que había servido como enfermera. Situada ante la línea de fondo, con la raqueta y la pelota en su única mano, lanzó la pelota al aire, volvió a asir el mango de la raqueta y logró un saque de aceptable potencia. En la otra punta de la pista, la princesa Toni restó con impecable estilo pero escasa fuerza, y el doctor Goldszteyn, el dentista judío, devolvió la pelota justo al alcance del coronel, pues cuando jugaban juntos nunca le lanzaba pelotas a las que no pudiera llegar. Mercier lanzó un tiro bajo al centro del campo contrario, y Claudine respondió con un globo.

—¡Mierda! —masculló la princesa Toni corriendo hacia atrás. Su forzado rechazazo mandó la pelota por encima de la valla, en el otro extremo de la pista—. Lo siento —le dijo a Mercier.

—Ya la recuperaremos —respondió el coronel en francés, la lengua de la nobleza polaca y, en consecuencia, del Club de Tenis Milanowek.

—¡Cuarenta a quince! —exclamó Claudine, mientras un criado que pasaba junto a la pista les lanzaba la pelota por encima de la valla.

La belga servía para Mercier. Su primer saque rozó la red, pero el segundo entró. El coronel restó con un fuerte rechazazo, el doctor Goldszteyn respondió con un revés, la princesa Toni llegó y Claudine corrió hasta la red e intentó un suave globo. Demasiado alto: Mercier se estiró y conectó un mate imparable... que se estrelló en la red.

—Juego para nosotros —anunció Claudine.

—Mi servicio —replicó la princesa Toni con voz desafiante: «Veremos quién se lleva el set».

Y casi fueron ellos: ganaron el siguiente juego, pero al final quedaron seis a cuatro. Al salir de la pista, la princesa Toni posó una mano en el antebrazo de Mercier, que percibió su olor a perfume y sudor.

—No importa —dijo la princesa—. Me gusta tenerlo de pareja, Jean-François.

«¿Qué?». No, hablaba del tenis. ¿O no? A sus cuarenta y seis, Mercier llevaba tres años viudo y era considerado un partido más que bueno por la

gente elegante de la ciudad. Pero la princesa...

—Volveremos a jugar juntos pronto —fue su respuesta, educada y apropiadamente amistosa.

Casi siempre conseguía estar a tono con aquella gente, porque, técnicamente, era uno de ellos: Jean-François Mercier de Boutillon, aunque su abuelo, de tendencias democráticas, había renunciado a la nobiliaria partícula «de», y el nombre de su solar ancestral había desaparecido con ella. Excepto en los documentos oficiales. Pero la participación en los ritos y rituales de ese mundo no era algo que lo atrajera mucho: la pertenencia al club de tenis y otras actividades sociales eran exigencias de su trabajo; de lo contrario, no se habría molestado. Un agregado militar tenía que oír y saber cosas, así que procuraba estar cerca de la gente que de vez en cuando decía cosas que convenía saber. «No demasiado a menudo —se dijo—. Pero con frecuencia», tuvo que admitir.

En la casa, se detuvo para recoger su bolsa blanca de lona y luego avanzó por el pasillo. El antiguo suelo de madera crujía bajo sus pies y en el aire flotaba el olor a cera de abeja: nada en el mundo olía como aquella casa inmaculadamente limpia. Pasado un saloncito, el salón de billar y un pequeño estudio con las paredes cubiertas de libros, había un aseo a disposición de los miembros del club de tenis. «Cómo vive esta gente...». Junto al lavabo, en una repisa de mármol travertino, un florero japonés con lirios recién cortados y jabón de olor en un platillo con incrustaciones de oro. Del toallero de cobre caliente pendían esponjosas toallas turcas color crema y la cortina de la ducha estaba adornada con una media cabeza y lo que parecían unos garabatos (¿dónde demonios la habrían encontrado?).

Se quitó el equipo de tenis y luego abrió la bolsa, sacó una camisa azul, unos pantalones de franela y una muda de ropa interior, los amontonó con cuidado en una mesita antigua, metió la ropa sucia en la bolsa, se quitó del anular derecho la *chevalière*, el sello de oro de la nobleza, la dejó sobre el montón de ropa y se metió en la ducha.

—Ahhhh...

La enorme alcachofa soltó una ancho y recio chorro de agua caliente. En su casa —la vivienda habitual del agregado militar en Varsovia— sólo había una bañera y un endemoniado calentador de gas que apenas calentaba el agua, y que puede que algún día completara el trabajo que sus enemigos alemanes y rusos no habían conseguido acabar. ¿Qué medalla había para eso? La *Croix de Bain*, concedida a título póstumo.



Bajito, para que si alguien pasaba por el pasillo no lo oyera, empezó a cantar.

Mercier giraba lentamente sobre sí mismo bajo el chorro de agua. Era alto — algo más de un metro ochenta, con un encorvamiento apenas perceptible que parecía una disculpa por su estatura—, delgado y musculoso de piernas y hombros, y con el cuerpo cubierto de cicatrices. A un lado de la rodilla derecha tenía una mancha roja, con la piel apergaminada —un trozo de metralla seguía ahí dentro, según le habían dicho—, y a veces, los días de frío húmedo, tenía que usar bastón. A la izquierda del pecho, un costurón blanco de siete centímetros; en la pantorrilla izquierda, la marca de una quemadura; a lo largo del interior de la muñeca derecha, una cicatriz mal suturada, producida por un alambre de espino, y en la espalda, justo bajo el omoplato izquierdo, el frunce de una herida de bala disparada por un francotirador. De esta última pudo haber muerto, pero se recuperó. Tuvo más suerte que la mayoría de la promoción de 1912 de la Academia Militar de Saint-Cyr, que yacían bajo cruces blancas en los campos del nordeste de Francia.

Bueno, eso era cosa del pasado. Dudaba que pudiera volver a soportarlo. Sencillamente, ya había tenido bastante. No sin esfuerzo, consiguió apartar la mente de esos pensamientos, que, a su juicio, le venían con más frecuencia de la deseable, y ese esfuerzo se leía claramente en su rostro, en absoluto feo. Tenía el pelo negro y espeso, con la raya a la izquierda. La tez clara, pálida, y las elegantes facciones lo hacían más joven, aunque esos rasgos, típicos de la aristocracia francesa, se contradecían en cierto modo con los ojos, muy profundos, muy pensativos y de un verde grisáceo. Sin embargo, era lo que era, tenía el tranquilo aplomo de la estirpe y, cuando sonreía, un toque de la despreocupada visión del mundo típica de la Francia meridional.

Los Mercier de Boutillon habían vivido allí, en un rincón perdido del Drôme, al norte de Provenza, mucho mucho tiempo, con el título de *chevalier*, que les habían otorgado en el siglo XII, junto con el señorío sobre el pueblo de Boutillon, con las tierras circundantes, y el privilegio de morir en las guerras de Francia. Cosa que habían hecho una y otra vez, desde la época de los Caballeros del Temple —Mercier también era un caballero de Malta y Rodas de la trigésimo sexta generación— hasta la guerra de 1914, que se había cobrado la vida de su hermano, en el Marne, y de uno de sus tíos, herido y sepultado bajo el cráter de un obús, en la segunda batalla de Verdún.

Con voz de barítono, Mercier canturreaba una vieja balada francesa que hacía años que no se le iba de la cabeza. Una cancioncilla insulsa, pero con una melodía pegadiza, triste y tierna. Cómo adoraba Jeannette a su amado ausente, cómo se acordaba de él, «*encore, encore*», la pobre *petite* Jeannette... Pero, si Jeannette se acordaba, Mercier no, de modo que cantaba el estribillo y tarareaba el resto, girando despacio sobre sí mismo bajo el chorro de la ducha.

Cuando oyó que la puerta del cuarto de baño se abría y volvía a cerrarse, se quedó callado. A través del grueso algodón de la cortina, vio una silueta que se quitaba el polo y los shorts, y luego corría la cortina lentamente, haciendo tintinear las anillas en la barra de metal. Tras la nube de vapor, con una pastilla de jabón de lavanda en la mano, apareció la princesa Antowina Brosowicz. Sin ropa, parecía más menuda, pero, efectivamente, tenía las perfectas proporciones de una muñeca. Sonriendo con picardía, extendió una mano hacia él y, con una uña, trazó una línea descendente entre el vello mojado que cubría el pecho de Mercier.

—Qué bien... —murmuró—. Puedo hacerte un dibujo en el cuerpo... ¿No vas a invitarme a entrar, Jean-François? —preguntó tras una pausa.

—Naturalmente. —La risa de Mercier no era del todo nerviosa, pero casi—. Me has cogido por sorpresa.

La princesa se metió en la ducha, volvió a correr la cortina, se acercó a Mercier hasta rozarle el pecho con los pezones, se puso de puntillas y posó sus labios en los de él con suavidad.

—Era lo que pretendía —dijo tendiéndole la pastilla de jabón.

«Sólo una princesa se metería con un hombre en la ducha de invitados pero llevando su propio jabón», se dijo Mercier.

Toni dio una vuelta completa bajo el chorro de agua, alzó el rostro hacia él y se peinó el pelo hacia atrás con los dedos. Luego apoyó las dos manos en los azulejos de la pared y le preguntó:

—¿Serías tan amable de frotarme la espalda?

—Será un placer —respondió Mercier.

—¿Qué estabas cantando?

—Una vieja canción francesa. La tengo grabada en la cabeza, no sé por qué.

—Bueno, por lo que sea... —dijo la princesa. ¿Quién sabía por qué pasaban las cosas?

—¿Tú cantas en la ducha?

Toni volvió la cabeza para que viera que estaba sonriendo.

—Puede que lo haga dentro de un rato.

La piel de su espalda aún conservaba parte del moreno del verano, pero por debajo de la curva del traje de baño era blanca como la leche. Mercier se llenó las manos de espuma, dejó el jabón en la repisa de la pared y deslizó las palmas arriba y abajo, y a derecha e izquierda, una y otra vez.

—Mmm... —murmuró Antowina y, luego, le advirtió—: No olvides la parte de delante, querido.

Mercier volvió a enjabonarse las manos y la rodeó con ellas. Mientras el agua los azotaba, la zona blanca del cuerpo de la princesa, resbaladizo y caliente, fue adquiriendo un tono sonrosado. Luego, a su debido tiempo, la princesa cantó, o algo parecido, y, aunque estuvieron allí un buen rato, el agua siguió igual de caliente.

17 de octubre, 5:15 de la mañana. Mercier cruzaba el Vístula en un tranvía abarrotado, con la espalda apoyada en la barra de acero de la parte posterior. Llevaba un sombrero viejo con el ala sobre la frente y un abrigo raído, comprados en un tenderete de ropa usada, en el barrio judío. Llevaba bajo el brazo una cartera barata y parecía —se dijo— un pobre diablo condenado a vivir en una novela rusa. Los obreros se apretujaban en el pasillo, camino de otra larga jornada en las fábricas del barrio de Praga, y, silenciosos y cariacontecidos, miraban ensimismados el cielo plomizo del amanecer y el agua gris del río bajo el puente de hierro.

En la tercera parada en el barrio de Praga, Mercier bajó por la puerta posterior, pasada la fábrica de caramelos Wedel: el olor a azúcar quemado flotaba en el frío aire de la mañana. Resiguió la fachada de la fábrica, torció en una calle de viviendas de ladrillo y luego dejó atrás una hilera de talleres, tinglados de madera en cuyo interior se oían máquinas que zumbaban y traqueteaban. Uno de ellos tenía las altas puertas abiertas, y en su interior se veían bultos oscuros arrojando paletadas de carbón a hornos que lanzaban resplandores amarillos y anaranjados.

Se metió en una calleja y se dirigió a un pequeño bar sin nombre queabría al amanecer, lleno de obreros que necesitaban echar uno o dos tragos antes de encerrarse en la fábrica. También allí reinaba el silencio. En la barra, los hombres se bebían su copa, dejaban unos groszy junto al vaso vacío y se marchaban. En una mesa arrimada a la pared de enfrente, Edvard Uhl, ingeniero de Breslau, permanecía impertérrito ante un café y un periódico polaco doblado junto a la taza y el platillo.

Mercier se sentó frente a él y le dio los buenos días. Hablaba alemán mal y despacio, pero se las apañaba. Como idioma del enemigo tradicional de Francia, el alemán era asignatura obligada en Saint-Cyr.

Uhl levantó la cabeza y asintió.

—Le va todo bien... —dijo Mercier.

No era exactamente una pregunta.

—Podría irme peor. —«¿No le doy pena?». No le gustaba demasiado el asunto que se traían entre manos. Mercier podía ver en su rostro sus dudas y su miedo. Quizá las cosas habían sido más fáciles con su predecesor, «Henri», Emile Bruner, ahora todo un coronel y superior de Mercier en el Estado Mayor, pero lo dudaba—. Considerando lo que tengo que hacer —añadió Uhl.

Mercier se encogió de hombros. ¿Y a él qué le importaba? Lo mejor era mostrarse frío y serio en los encuentros con los agentes. Tenían un acuerdo comercial; no hacía falta que fueran amigos.

—¿Qué ha traído?

—Estamos remodelando el *Ausf B*. —Se refería a la versión B del Panzerkampfwagen I, el carro de combate de la Wehrmacht—. Tengo los planos preliminares de la nueva torreta.

—¿Qué ha cambiado?

—Es un nuevo diseño, de la fábrica Krupp. Ahora la torreta podrá girar trescientos sesenta grados. Mediante una rueda accionada manualmente por el artillero.

—¿Y el blindaje?

—El mismo. Trece milímetros en los lados, ocho en la parte superior de la torreta y seis en la parte superior e inferior del casco. Pero ahora las chapas estarán cementadas, es decir, endurecidas con carbono. Muy caro, pero la resistencia aumentará considerablemente.

—Pasarán de detener disparos de fusil y ametralladora a detener los de las armas antitanque.

—Eso parece.

Mercier pensó unos instantes. Al Panzerkampfwagen IA no le había ido demasiado bien en España, donde las fuerzas de Franco lo habían empleado contra el T-26 soviético. Armado únicamente con un par de ametralladoras de 7,92 milímetros en la torreta, era eficaz contra la infantería, pero no podía enfrentarse a un blindado enemigo. Ahora, con el IB, se estaban preparando para otro tipo de combate.

—Muy bien, les echaremos un vistazo —dijo al fin—. Y la próxima vez nos gustaría conocer el proceso de cementación que están usando, la fórmula.

—La próxima vez... —murmuró Uhl—. Bueno, no sé si podré...

—El 15 de noviembre —lo atajó Mercier—. Si hay una emergencia, una auténtica emergencia, tiene un número de teléfono.

—¿Qué pasaría si simplemente no pudiera venir?

—Cambiaríamos la fecha. Pero para nosotros no es nada fácil hacer eso.

—Pero siempre cabe la posibilidad...

—Se las arreglará, Herr Uhl. Sabemos que es un hombre de recursos, y en este trabajo siempre hay problemas. Confiamos en que sepa resolverlos.

Uhl iba a decir algo, pero Mercier levantó la mano. Luego, abrió la cartera y sacó un periódico polaco doblado y una hoja de papel escrita a máquina y duplicada con multcopista: un recibo, con la fecha, la cantidad y el nombre de Uhl escritos en las correspondientes líneas, y una línea para la firma en la parte inferior.

—¿Necesita una pluma? —le preguntó Mercier. Uhl se llevó la mano a un bolsillo interior, sacó una estilográfica y firmó con su nombre al pie del recibo. Mercier lo guardó en la cartera y empujó el periódico hacia Uhl—. Mil zloty —dijo levantando una esquina del periódico, bajo la que asomaban los bordes de los planos de la torreta. Uhl cogió el periódico de Mercier, se lo puso bajo el brazo y se levantó, dispuesto a marcharse—. El 15 de noviembre —le recordó Mercier—. Nos encontraremos aquí, a la misma hora.

Un Herr Uhl muy apagado asintió con la cabeza, murmuró «adiós» y salió del bar.

Mercier miró su reloj. Las normas decían que debía conceder veinte minutos de ventaja a Uhl. Un par de obreros con chaqueta y pantalón grises, manchados de aceite, entraron en el bar y pidieron cerveza y vodka. Uno de ellos se volvió hacia Mercier y luego apartó la mirada. Lo que no significaba nada, se dijo Mercier. El oficial A se encuentra con el agente B en un país en que ambos son extranjeros: terreno neutral. Ni siquiera iba contra la ley. Al menos, eso le habían dicho en el cursillo de seis semanas para los nuevos agregados militares en la École Supérieure de Guerre, parte del complejo de los Inválidos en París, donde hizo un cursillo de una semana sobre técnicas de espionaje, como lo de los periódicos doblados. Y la frialdad en el trato. Aunque en el caso de Mercier no era fingida. No le gustaba Uhl, que traicionaba a su país por motivos egoístas. En realidad, no le gustaba nada de todo aquello.

—Admiren el ingenio de Monsieur D —les había dicho el menudo y atildado capitán del Deuxième Bureau que impartía el cursillo—. Durante la guerra, ante la necesidad de comunicar a su oficial de enlace una compleja serie de números, Monsieur D le afeitó parte del lomo a su perro, escribió los números en la piel del animal con tinta indeleble, esperó a que volviera a crecerle el pelo y cruzó la frontera sin el menor problema.

Sí, muy ingenioso, como Messieurs A, B y C. Mercier se veía afeitando a sus *braques ariégeois*, sus queridos perdigueros *Achille* y *Céleste*. Y se imaginaba su mirada: «¿Por qué nos haces esto?».

Quietos... Buen chico, buena chica. Acordaos del ingenioso Monsieur D.

En el cajón del escritorio, en su despacho del segundo piso de la embajada, Mercier guardaba una carta de renuncia al puesto. La había escrito en un mal momento, en los primeros y difíciles días de ese trabajo, pero la conservaba. No se imaginaba enviándola, aunque los tres años de destino allí le parecían una eternidad, y podían renovárselos. La próxima vez que visitara el cuartel general del Estado Mayor en París, puede que intentara conseguir un mando de tropa. Su primera petición, utilizando los canales oficiales, le había sido denegada, pero volvería a intentarlo, esta vez en persona, decidió. Esperaba que funcionase; porque, si no, no podría volver a solicitarlo. Era la norma oficiosa, grabada en piedra: dos intentos, y se acabó.

En el tranvía que lo llevaba de vuelta al centro, Mercier se preguntó en qué se había equivocado, por qué lo habían trasladado desde un puesto de combate en el Ejército de Oriente, con cuartel general en Beirut, a la embajada de Varsovia. Sospechaba que el motivo principal tenía algo que ver con Bruner, que quería ascender, estar en París, el centro de poder. Y lo había conseguido. Pero había que sustituirlo, y sustituirlo con alguien que al Estado Mayor polaco le pareciera un candidato atractivo.

Para Mercier debería haber sido un premio, un éxito en su carrera. Un destino en Varsovia era un honor para cualquier militar o diplomático francés, porque Polonia y Francia tenían unas relaciones privilegiadas, una larga e ininterrumpida historia de amistad política. En la época de la monarquía francesa, las familias reales de ambos países se habían casado entre sí, el francés había sido, y seguía siendo, la lengua de cultura de la aristocracia polaca y los polacos, especialmente los intelectuales, habían abrazado con entusiasmo los ideales de la Ilustración y la Revolución de 1789. Napoleón había respaldado las aspiraciones de Polonia de volver a ser un país libre y,

desde el siglo XVIII, los gobiernos franceses habían dado asilo a los exiliados polacos y apoyado su lucha contra la partición.

Así que, en el verano de 1920, cuando en Ucrania se iniciaron los combates entre unidades del ejército polaco y grupos de partisanos, y el Ejército Rojo atacó a las fuerzas polacas en los alrededores de Kiev, fue Francia quien acudió en ayuda de Polonia, en lo que se conocería como la Guerra ruso-polaca. En julio, Francia envió a Polonia una misión militar al mando nada menos que del general Maxime Weygand, uno de los héroes de la Gran Guerra. Entre los oficiales de la misión figuraban el discípulo de Mercier, más compañero que amigo, capitán Charles de Gaulle —se habían graduado juntos en Saint-Cyr, promoción de 1912— y el propio Mercier. Ambos habían regresado en 1918 de campos de prisioneros alemanes, tras frustrados intentos de fuga. Ambos habían sido condecorados por sus servicios durante la contienda. Y ahora, en julio de 1920, ambos viajaban a Polonia en calidad de instructores del cuerpo de oficiales polacos.

Pero a mediados de agosto, cuando el Ejército Rojo, tras romper las líneas defensivas polacas en Ucrania, llegó a las inmediaciones de Varsovia, Mercier se vio involucrado en los combates. Los rusos tenían la victoria al alcance de la mano; los diplomáticos extranjeros habían huido de la ciudad, el Ejército Rojo estaba a sólo unos kilómetros al este del Vístula. Y el Ejército Rojo era imparable. El capitán Mercier recibió la orden de unirse a una unidad de caballería polaca como observador, pero, tras la muerte de varios oficiales polacos, se vio obligado a tomar el mando, con la ayuda de un intérprete. Y, así, participó en el hoy famoso ataque por el flanco dirigido por el mariscal Pilsudski, que partió en dos la línea de avance del Ejército Rojo, en lo que daría en llamarse el Milagro del Vístula.

El ataque final sobre Varsovia se inició el 13 de agosto de 1920 a las cinco de la tarde, en la ciudad de Radzymin, a veinticuatro kilómetros al este de la capital. Cuando Pilsudski se lanzó al contraataque, el regimiento 207 de ulanos, con Mercier a la cabeza de su unidad, recibió la orden de tomar la estación de ferrocarril de Radzymin. Un lugareño de catorce años, aupado a la parte posterior de la silla de un ulano, los guió hasta la estación. Eran casi las ocho, pero la luz de aquella tarde de verano apenas había empezado a disminuir y, cuando Mercier vio la estación al final de una calle larga y estrecha, levantó el revólver, lo agitó en el aire y picó espuelas. Los ulanos se lanzaron a la carga entre gritos, mientras sobre sus cabezas la gente los vitoreaba asomada a las ventanas de las casas, en cuyas fachadas repercutía el atronador ruido de los cascos contra el empedrado.

Mientras galopaban calle adelante, los ulanos empezaron a disparar contra las ventanas de la estación, y las balas de fusil pasaban silbando junto a la cabeza de Mercier. El fuego de respuesta arrancaba esquirlas de ladrillo de los muros de los edificios y, bajo la lluvia de cristales que caían sobre el empedrado, un caballo rodó por el suelo y el jinete situado a la izquierda de Mercier lanzó un grito, soltó el fusil, cayó y, con un pie enganchado en el estribo, fue arrastrado por su montura, hasta que otro ulano consiguió agarrar la brida del animal.

Desembocaron en la plaza a galope tendido y, a un grito del intérprete de Mercier, se desplegaron a derecha e izquierda, mientras los taxistas de Radzymin salían huyendo de sus vehículos y los pasajeros lanzaban fuera el equipaje y se arrojaban al suelo cuan largos eran, buscando la protección del bordillo de la acera. Sólo una pequeña dotación rusa, poco más de un pelotón, defendía la estación, y los ulanos no tardaron en reducirlos, uno de ellos, alanceando a un oficial con una estrella roja en la gorra.

Durante unos minutos todo estuvo tranquilo. Agitando los costados, el caballo de Mercier soltó un relincho mientras su jinete lo hacía trotar unos metros vía adelante para echar un vistazo. ¿Dónde estaba el Ejército Rojo? En algún lugar de Radzymin, porque, de pronto, el primer proyectil de artillería aterrizó en la plaza de la estación: una ruidosa explosión, una columna de tierra negra ascendiendo en el aire y un plátano partido en dos. Mercier volvió grupas y regresó al galope a la estación, donde vio al resto de su unidad huyendo de la plaza y buscando refugio en una calle lateral.

Un momento después estaba en el suelo, con la vista nublada, un zumbido en los oídos y una rodilla chorreando sangre, mientras su caballo se alejaba galopando con los últimos hombres de su unidad. Mercier permaneció allí unos instantes; luego, un ulano y un tendero se acercaron corriendo bajo el fuego de la artillería y lo arrastraron hasta una tienda de tejidos. Lo tumbaron con cuidado en el mostrador, cortaron largas tiras de tela para tapizar — algodón estampado con figuras de caballeros y damas, no lo olvidaría en la vida— y consiguieron detener la hemorragia.

A la mañana siguiente se despertó acostado en un carro tirado por un caballo junto a varios ulanos heridos, camino de Varsovia, por una carretera flanqueada por dos hileras de polacos de toda condición, que se quitaban las gorras al paso del carromato. De regreso en la capital, supo que la arriesgada apuesta de Pilsudski había tenido éxito y que el Ejército Rojo huía en desorden hacia Ucrania: el Milagro del Vístula. Pero determinados dirigentes polacos no lo consideraban un milagro en absoluto. El ejército polaco se había



enfrentado a los rusos, los había sorprendido y los había vencido. En un momento crítico, habían sido fuertes, lo bastante fuertes para imponerse a una gran potencia y, por lo tanto, lo bastante fuertes para defenderse solos en Europa.

Pocos meses después, el ejército polaco distinguía a los capitanes De Gaulle y Mercier con la Cruz Virtuti Militari.

Durante algún tiempo, sus carreras siguieron trayectorias paralelas, puesto que ambos sirvieron con las fuerzas coloniales francesas en el Líbano, combatiendo a los grupos de bandoleros conocidos como *dandaches* en el valle de la Bekaa. La divergencia se inició en la década de los treinta, cuando De Gaulle, que a esas alturas se había convertido en el intelectual más prestigioso del ejército francés, conocido por sus libros y monografías como «la pluma de la milicia», obtuvo un puesto de profesor en la École Supérieure de Guerre. Para entonces, era bien conocido en el ejército y profusamente citado. Gracias a un puñado de frases memorables, en particular una pronunciada durante la Gran Guerra, cuando, bajo un repentino fuego de ametralladoras, sus compañeros oficiales se arrojaron al suelo y De Gaulle les espetó: «¡Vamos, caballeros, compórtense!».

Mercier no alcanzó esa notoriedad, pero siguió desempeñando, más que satisfecho, una serie de cargos en el Estado Mayor en el Líbano. Hasta que, como oficial francés condecorado tanto por Francia como por Polonia, y candidato perfecto para sustituir al coronel Emile Bruner, lo nombraron agregado militar en Varsovia.

Mercier se apeó del tranvía en el centro. El amanecer gris había dado paso a una mañana encapotada, con viento húmedo y frío. A Mercier la rodilla le dolía horrores. Pero en realidad, pensó no sin cierto regocijo, el dolor era en ambas rodillas y, por tanto, se debía menos a su condición de herido de guerra que a la de hombre alto que la tarde anterior había estado haciendo el amor en la ducha con una mujer bajita.

Mercier se fue derecho a casa, se puso rápidamente el uniforme y volvió a la embajada, un hermoso edificio en Nowy Swiat, a unas pocas puertas de la legación británica, en una plaza rodeada de árboles con una estatua en el centro. Una vez en su despacho, mecanografió un breve informe sobre su encuentro con Uhl. Muy conciso: el día, la hora y el lugar, la recepción de los

planos para la fabricación del nuevo modelo —el IB— del pánzer, el pago efectuado y la fecha del próximo encuentro.

¿Debía mencionar que Uhl remoloneaba? No, en realidad no había pasado nada. Seguro que en París preferían que no los molestaran con esas minucias. Echó un largo y cuidadoso vistazo a los planos para asegurarse de que eran lo que el ingeniero decía —porque el chasco podía ser mayúsculo; y, según le habían dicho, no sería el primero: planos para unos urinarios públicos, el diseño de un abrelatas mecánico...— y después entregó el informe, los planos y el recibo a un empleado de la embajada para que lo enviara al Estado Mayor en París, conservando una copia del informe para la oficina del embajador y otra para la caja fuerte en la que guardaba los documentos de su despacho.

A continuación, cogió un taxi —tenía un coche de la embajada y un conductor a su disposición, pero no quería molestar— hasta el barrio de la Ciudadela, donde tenía sus oficinas el Estado Mayor polaco y donde se encontraba el pequeño café en el que estaba citado con su homónimo polaco, el coronel Anton Vyborg. Fue el primero en llegar. Quedaban en aquel café no por mor de la discreción, sino por comodidad: era más agradable para hablar abiertamente, lejos de sus respectivos despachos. Ésa era una de las razones, pero había otra.

En cuanto se sentó a la mesa de costumbre, el dueño se acercó con una gran bandeja de *ponczkis*, una especie de pequeñas ensaimadas cubiertas de azúcar glaseado, ligeras y esponjosas, por las que Mercier empezaba a desarrollar una preocupante adicción. El rechoncho y sonriente propietario, enfundado en un delantal lleno de lamparones, le llevó también una jarra de plata llena de café. Mercier tuvo que echar mano de toda su aristocrática educación y su comedimiento diplomático para dejar los calientes y tentadoramente aromáticos *ponczkis* en la bandeja.

Gracias a Dios, Vyborg fue puntual como un reloj, y ambos se lanzaron sobre los *ponczkis*. El coronel Vyborg tenía algo de caballero báltico. Cuarentón, alto, fornido, con los labios finos, las comisuras de los ojos llenas de arrugas, de entrecerrarlos en las ventiscas, y el pelo hirsuto, pajizo y cortado al rape, al estilo de los oficiales de caballería. Calzaba botas altas de flexible cuero negro, bien lustradas con grasa para silla de montar (en su presencia, Mercier siempre percibía ese olor, mezclado con el de los puritos que fumaba).

Vyborg era oficial de más alto rango en el servicio de inteligencia, el Oddzial II —bautizado a semejanza del Deuxième Bureau francés— del Estado Mayor del ejército polaco, conocido como el Dwojka, que significa

«dos». El coronel trabajaba en la sección IIb, que se encargaba de Austria, Alemania y Francia, mientras que la sección IIa tenía a su cargo los países tradicionalmente enemigos —de ahí la «a»—: Rusia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania. ¿Tenía agentes en territorio francés la sección de Vyborg? Con toda probabilidad. ¿Hacía Francia lo mismo? Así lo creía Mercier, aunque lo mantenían en la ignorancia respecto a tales operaciones. En todo caso, en la ignorancia oficial; pero era más que probable que el SR francés, el Service des Renseignements, la sección clandestina del Deuxième Bureau, se encargara precisamente de eso. Conoce a tus enemigos, conoce a tus amigos y evita las sorpresas a toda costa. No obstante, el descubrimiento de esas operaciones siempre provocaba situaciones incómodas. Por razones del corazón más que del cerebro, se suponía que los aliados confiaban el uno en el otro. Y, cuando resultaba evidente que no, era como si la Humanidad hubiera descendido un peldaño.

—Cómase el que queda —le dijo Vyborg a Mercier volviendo a llenarle la taza.

—Para usted, Anton.

—No, debo insistir.

Educadamente, Mercier cedió a la diplomacia.

Finalizado el desayuno, Vyborg encendió uno de sus minúsculos cigarros y Mercier, un Mewa —un Gaviota—, un excelente cigarrillo polaco.

—Bueno —dijo Vyborg—, pasado mañana llegan los de Renault...

Estaba previsto que una delegación de ejecutivos e ingenieros de la compañía francesa visitaran Varsovia como paso previo a la venta de tanques Renault al ejército polaco.

—Sí, estamos listos para recibirlos —aseguró Mercier—. Los acompaña un senador.

—¿Asistirá usted a la cena?

Por toda respuesta, Mercier esbozó una sonrisa forzada: «Qué remedio».

Los dos hombres cruzaron una mirada. Compartían la misma aversión por los ineludibles compromisos sociales anejos a sus cargos.

—Será muy aburrido —aseguró Vyborg—. Por si le preocupaba.

—Cuento con eso.

—¿Iré acompañado?

Mercier asintió. Soltero y sin compromiso, iría con la subdirectora de protocolo de la embajada, que acompañaba en la mesa a Mercier y a otro diplomático soltero cuando surgía la necesidad.

—¿Conoce a Madame Dupin?

—Tengo ese placer —respondió Vyborg.

—¿Dónde será?

—Enviamos una nota a su despacho —dijo Vyborg arqueando una ceja. «¿No lee el correo?»—. En un comedor privado del Europejski. Durante el día, asistirán a unas maniobras, así que estarán agotados, lo que hará la velada más amena. Luego iremos a un club nocturno, el Adria, por supuesto, y bailaremos hasta el amanecer.

—Me muero de impaciencia.

—Es ineludible. Cuando nuestra delegación de compras visitó Renault en París, los llevaron a ver bailar cancán a algún sitio picarón. Aún siguen hablando de eso. Así que...

—¿Les comprarán algo?

—No deberíamos, pero todo es posible. Quieren vendernos el R-35, del que hicieron una demostración cuando nuestra delegación visitó la fábrica. Se supone que esta visita es para cerrar el trato.

—El R-35 no está mal. —Mercier, oficialmente leal a las industrias patrias, no podía decir otra cosa, y Vyborg lo sabía—. Como apoyo de la infantería.

Vyborg se encogió de hombros.

—Un cañón de 37 milímetros y una ametralladora. Y no pasan de los veinte kilómetros por hora, con una autonomía de ciento treinta. El blindaje es bastante grueso, pero es demasiado dinero por tan poca máquina. En realidad, si no fuera francés ni nos lo plantearíamos, pero la decisión corresponde a la oficina de Smigly-Rydz. —Se refería al inspector general del ejército polaco—. Y quizá tengan que plegarse a presiones políticas, así que es posible que las dotaciones de nuestros tanques mueran por un cancán.

—¿Qué tienen ahora? La última cifra que he oído era doscientos.

—Desgraciadamente, es bastante exacta. Los rusos tienen dos mil, que nosotros sepamos, y los alemanes, otros tantos. La fábrica Ursus está trabajando en el 7-TP, nuestro propio modelo, con licencia de Vickers; pero Ursus también tiene que fabricar tractores, y los necesitamos. Al final, el problema siempre es el mismo: el dinero. ¿Ha estado en la fábrica Ursus?

—Sí. Al final del verano.

—Puede que ésa sea la respuesta, o puede que no. En realidad, depende de cuánto tiempo tengamos hasta que estalle la próxima guerra.

Mercier se acabó el café y volvió a llenar las dos tazas.

—Hitler adora sus tanques —dijo.

—Sí, hemos oído esa historia. «¡Éstos son fantásticos! ¡Háganme más!». Como soldado de infantería en la guerra, sabe lo que los ingleses hicieron en Cambrai. Cien tanques, todos a la vez. Los alemanes se derrumbaron y huyeron.

—No es propio de ellos.

—No, pero ese día lo hicieron.

Por unos instantes, los dos militares se transportaron al pasado.

—¿Quién más asistirá a la cena? —preguntó Mercier.

—Bueno, como traen a un senador, habrá alguien del Sejm. Y unos cuantos representantes de la comunidad francesa: el omnipresente Monsieur Travas, director de la agencia Pathé, aparecerá con alguna amiga despampanante, seguro, y por supuesto invitamos al embajador, pero se excusó. Puede que tengamos al encargado de negocios.

—¿Quién es el senador?

—¿Bertrand? ¿Bernand? Algo así. Tengo los datos en el despacho. Uno del Frente Popular. Alguien de la oficina de Beck hablará con él, aunque dudamos que tenga algo nuevo que decir.

Josef Beck era el ministro polaco de Exteriores, y Vyborg se refería a un tema de constante actualidad entre Mercier y él, y entre Francia y Polonia. Tratados aparte, ¿acudiría Francia en ayuda de Polonia si ésta era atacada?

—Seguramente no tendrá nada nuevo que decir —opinó Mercier.

—Es lo que pensamos nosotros —dijo Vyborg—. Pero tenemos que averiguarlo.

La situación política francesa —huelgas, presión de los comunistas, una derecha dividida entre fascistas y conservadores, el fracaso en la ayuda a la República española— seguía deteriorándose. Puntos de vista completamente absurdos se consideraban sagrados, y había demasiadas componendas, aunque el resto del mundo contemplaba todo aquello con tolerancia, como una especie de simpático caos: un político inglés había dicho que lo que más se parecía a un mapa de la opinión política francesa era la melena de Einstein. Pero Mercier no lo encontraba tan divertido.

—Ya sabe lo que pienso, Anton. Si ocurre lo peor, y la cosa vuelve a empezar, deben estar preparados para defenderse solos. El mapa de Europa lo muestra con toda claridad. Es eso o una alianza con Rusia, que nosotros vemos con buenos ojos, pero Polonia nunca firmará. O una alianza con Alemania, que a nosotros, por supuesto, no nos gusta y a ustedes menos.

—Lo sé —murmuró Vyborg—. Todos lo sabemos. —Hizo una pausa y, más animado, comentó—: En cualquier caso, lo veremos en la cena de

Renault.

—Y luego en el Adria.

—¿Sacará a bailar a mi mujer?

—La sacaré. Y usted a Madame Dupin.

—Naturalmente —respondió Vyborg—. ¿Más café?

A las once, Mercier estaba de regreso en la embajada para la reunión política diaria. La presidía el embajador, que pasó revista a los acontecimientos políticos de las últimas veinticuatro horas y los preparó para la visita de Renault: especial cuidado con esto, no se preocupen de eso otro... Luego Le Beau, el encargado de negocios y primer funcionario de la legación, informó sobre el malestar social en Danzig, con potenciales manifestaciones antisemitas, y un incidente fronterizo en Silesia. A continuación, el embajador pasó al tema del consumo eléctrico en la embajada. ¿Tan difícil era apagar la luz cuando no se utilizaba?

A mediodía, Mercier se tomó un plato de caldo en un restaurante cercano. Medio plato —el caldo de pollo polaco era espeso y muy nutritivo, lleno de gruesos y serpenteantes fideos—, porque los *ponczkis* le habían quitado el apetito para el resto del día. Resolvió papeleo en su despacho hasta las dos y media y después se fue a casa, volvió a vestirse de paisano —pantalones grises de franela, chaqueta oscura de lana y una discreta corbata a rayas— y se encaminó hacia el tercer café del día. Esta vez, en la avenida Marszalkowska, una animada y elegante arteria llena de árboles, toldos, clubes nocturnos y selectas tiendas.

A media tarde, el Café Cleo era un refugio perfecto: mesas de mármol, suelo de baldosas blancas y negras, y una luna tras la que un mundo menos afortunado se movía con prisa por la avenida. La pequeña sala estaba casi llena; los clientes charlaban, leían el periódico, jugaban al ajedrez, tomaban humeantes tazas de chocolate con nata... Tumbados bajo las mesas, sus perros, en su mayoría sabuesos, esperaban pacientemente unas migas de tarta. Al fondo, en una esquina, Hana Musser, con las gafas en la punta de su respingona nariz, se golpeaba los dientes con un lápiz, absorta en el crucigrama que intentaba resolver.

A Mercier le gustaba Hana Musser, una mujer medio checoslovaca, medio alemana, de edad indefinida, que dos años antes había huido de la acuciante

presión nazi sobre los Sudetes y se había instalado en Varsovia, donde trabajaba en todo lo que encontraba, aunque la supervivencia económica en la ciudad le resultaba harto difícil. Tenía la piel y las facciones finas, una hermosa mata de pelo cobrizo recogida en la nuca con un pasador y llevaba una gran chaqueta de lana de un espantoso verde guisante tejida por ella misma. Mercier no sabía dónde la había fichado el coronel Bruner para hacer el papel de condesa Sczelenska, pero lo sospechaba. ¿Era una prostituta? En todo caso, no una profesional, suponía Mercier, sino más bien una mujer que, de vez en cuando, podía conocer a un hombre en un café y aceptar un regalo tras pasar la tarde con él en la habitación de un hotel. Y, si el hombre tenía dinero, el asunto podía continuar.

Cuando Mercier se sentó, Hana levantó la cabeza, se quitó las gafas y le sonrió.

—Buenas tardes —le dijo en alemán.

—Lo mismo digo —respondió Mercier—. ¿Va todo bien?

—Bastante bien, gracias. ¿Y a usted?

—No me puedo quejar —admitió Mercier. Un camarero se acercó, y Mercier le pidió un café—. ¿Quiere tomar algo?

—Otro chocolate, por favor.

—Hemos hecho el ingreso habitual —dijo Mercier cuando el camarero se fue.

—Sí, lo sé. Gracias, como siempre.

—¿Cómo ve a su amigo últimamente?

—Como de costumbre. Herr Uhl es un hombre sin complicaciones. Sus viajes a Varsovia son lo más interesante de su vida. Aparte de eso, no para de trabajar, como buen padre de familia.

—¿Y usted, Hana?

Una media sonrisa y cierto brillo en la mirada. Siempre coqueteaba con él, pero a él no le importaba.

—La condesa Sczelenska no cambia. A veces puede ser una mujer difícil, pero siempre es prisionera de los deseos de su corazón. Para serle sincera, me gusta bastante —añadió riendo.

El camarero apareció con el café y el chocolate. Alguien, seguramente el propio camarero, había añadido al chocolate una generosa ración de nata.

—¡Madre mía! —exclamó Hana juntando las manos.

¿Cómo le iba a hacer un feo a un camarero así? Se comió casi toda la nata con la cucharilla y mezcló el resto con el chocolate.

—Le agradecemos lo que hace por nosotros —dijo Mercier.

—¿De veras? —Se sentía halagada—. Supongo que hay centenares como yo.

—No, condesa, sólo usted.

—Sí, seguro —respondió ella con coquetería—. De todas formas, creo que nací para ser espía. ¿Usted qué opina?

—¿Si nació para esto? No sabría decirle. Puede que dependa más de la época en que le toca vivir. Las circunstancias. Hay un refrán francés que dice: «*Où Dieu vous a semé, il faut savoir fleurir*». Veamos: «Donde Dios te ha plantado, debes saber florecer». —Tradujo Mercier al alemán.

—Me gusta.

—Yo nunca lo he olvidado.

—Si supiera lo que hubo antes —dijo Hana tras una pausa—, comprendería que ser una condesa es toda una mejora. ¿Ha pasado hambre alguna vez, André? ¿Hambre de verdad?

—Alguna vez, durante la guerra.

—Pero sabía que la comida llegaría, tarde o temprano... —Mercier asintió—. Ya —dijo Hana—. De todas formas, quería decirle que, si Herr Uhl... En fin, si desapareciera, o le pasara lo que le pase a esa gente, quizá yo podría seguir. Quizá ustedes necesitaran algo... algo diferente.

—Quizá —respondió Mercier—. Nadie conoce el futuro.

—No —convino Hana—. Y seguramente es mejor así.

—Hablando del futuro, su próxima cita con Herr Uhl tendrá lugar el 15 de noviembre. Él no le habla de mí, ¿verdad?

—No, nunca. Viene a Varsovia por negocios. —«¿Se lo diría si lo hiciera?», se preguntó Mercier—. Me telefonará dentro de una o dos semanas —explicó Hana—. Desde la estación de Breslau. Es todo lo que me cuenta.

—Es un secreto de otro tipo... —dijo Mercier.

—Sí —respondió Hana—. El secreto de una aventura.

De nuevo la sonrisa y sus ojos buscando los de Mercier.

18 de octubre, 16:20 horas. En el tren que había salido de Varsovia a las dos y diez, el compartimento de primera estaba lleno, pero Edvard Uhl había llegado temprano y conseguido un asiento junto a la ventanilla. La tarde gris había descargado al fin una lluvia lenta sobre el campo otoñal, surcado por estrechos caminos de tierra que se alejaban hacia el bosque.



En el traqueteante convoy, que seguía atravesando Polonia central, Uhl estaba intranquilo. Miraba las gotitas que resbalaban por el cristal o los campos marrones tras la lluvia, pero su cabeza no paraba de darle vueltas al regreso a casa, la vuelta a Breslau, el trabajo y la familia. Su intranquilidad no era muy distinta a la de un colegial la noche del domingo; el fin de semana le había dejado probar la libertad, que la mañana del lunes no tardaría en arrebatarse. La mujer que iba sentada frente a él estaba comiéndose una manzana; se había extendido el periódico sobre las rodillas y, con un cuchillo de cocina, había cortado la manzana en trozos, que se iba metiendo a la boca lenta, parsimoniosamente. Herr Uhl no veía el momento de que acabara. El hombre sentado junto a ella era alemán, pensó Uhl; tenía un alargado y fúnebre rostro escandinavo y llevaba un tres cuartos de cuero, una prenda muy del gusto de la Gestapo. Pero sólo eran los nervios, se dijo Herr Uhl. Aquel hombre tenía la mirada perdida, en una especie de trance viajero, y, si le había echado algún vistazo, él no lo había sorprendido haciéndolo.

El tren se detuvo en Lodz y luego en Kalisz, donde hizo una larga parada, durante la que la locomotora siguió resollando lenta pero regularmente. En el andén, el jefe de estación hacía tiempo fumándose un cigarrillo frente al coche de primera; por fin, se sacó del chaleco un reloj de bolsillo y esperó mientras el segundero recorría la esfera. De pronto, cuando estaba levantando el banderín, dos hombres de negocios con sendos maletines aparecieron corriendo por el andén y subieron al coche justo cuando el jefe daba la orden de salida al maquinista y el tren arrancaba con una sacudida. Los dos hombres —uno de ellos, secándose las gotas de lluvia de las gafas con un pañuelo— avanzaron por el pasillo hasta el compartimento de Uhl y echaron un vistazo al interior. No había sitio. Tardaron unos instantes en convencerse de que estaba lleno y luego se fueron a buscar asiento en otra parte.

A Uhl no le habían gustado. «Tranquilízate —se recomendó—. Piensa en cosas agradables». La noche con la condesa Sczelenska. En detalle. Se había despertado en la oscuridad y había comenzado a tocarla, hasta que ella, somnolienta y con un suave y dócil suspiro, había empezado a hacerle el amor. El amor... ¿Estaba enamorada de él? No, era un arreglo. Pero parecía pasárselo bien; todas las señales que conocía Uhl lo confirmaban. En cuanto a él, era lo mejor que había en su vida. ¿Y si se fugaban juntos? Eso sólo pasaba en las películas, al menos según su experiencia; pero seguro que había gente que lo hacía, aunque no la gente que él conocía. Pero, si te fugas, tienes que fugarte a algún sitio. ¿Y qué sitio podía ser ése?

Hacía unos años, se había encontrado con un antiguo compañero del colegio que había dejado Alemania a principios de los treinta para marcharse a Sudáfrica, donde saltaba a la vista que le había ido de fábula como propietario de una lavandería industrial.

—Es un país estupendo —le había asegurado su amigo—. Y la gente, holandeses e ingleses, es muy simpática.

Pero ¿querría una condesa, aunque fuera una condesa falsa, irse a un sitio así? Uhl lo dudaba. Trató de imaginársela allí, en un pequeño bungalow rodeado por una cerca, haciendo la cena. Preparando una tarta.

Uhl consultó su reloj. ¿No iba el tren más lento de lo habitual? Volvió a su ensoñación, para tranquilizarse fantaseando con un dulce momento del futuro, feliz y despreocupado en algún lejano país. De pronto, el hombre del tres cuartos se levantó —era alto y tenía porte militar—, abrió la puerta del compartimento y se alejó por el pasillo en dirección a la izquierda. ¿La izquierda? El lavabo del coche de primera estaba a la derecha; Uhl lo sabía. Lo había utilizado muchas veces en sus viajes entre Breslau y Varsovia. Entonces, ¿por qué a la izquierda? Por ahí se iba a los coches de segunda. ¿Para qué iba a segunda? ¿Habría en esa dirección otro lavabo que, por alguna absurda razón, prefería? Uhl no lo sabía. Por supuesto, podía ir a comprobarlo; pero eso significaba seguir a aquel hombre por el pasillo. Y no pensaba hacerlo. ¿Por qué? No le apetecía, y punto.

Así que esperó. El tren redujo la velocidad al entrar en Krotoszyn y pasó resollando ante la pequeña estación. En un banco de madera, rodeados de maletas y cajas, había un grupo de imperturbables campesinos. Esperaban otro tren, un cercanías que los llevaría a algún otro sitio. En las afueras de Krotoszyn, un grupo de cabañas se apiñaba al borde de la vía. Uhl distinguió a un perro que veía pasar el tren asomado a una ventana. Alguien se había olvidado unas camisas en un tendedero; ahora estaban empapadas. ¿Dónde se había metido el individuo del tres cuartos? ¿Conocería a los dos hombres de negocios? ¿Habría ido a hacerles una visita? Obedeciendo a un impulso, Uhl se levantó.

—Disculpen —dijo mientras sus compañeros de compartimento encogían las piernas para dejarle pasar.

Al cruzar la puerta, vio que el pasillo estaba vacío. Se dirigió hacia la izquierda, mientras el golpeteo de las ruedas en los raíles se convertía en estrépito al pasar por un puente de hierro y luego volvía a disminuir. El coche dio un bandazo. Estaban cogiendo velocidad. Uhl siguió avanzando por el pasillo. Le daban ganas de mirar en cada compartimento para descubrir dónde

iban sentados los hombres de negocios, para comprobar si el del tres cuartos estaba con ellos, pero no se atrevía. A su modo de ver, hacer algo así no era correcto. Ahora estaba seguro de que cuando bajara de aquel tren lo detendrían, lo apalearían hasta que confesara y luego lo colgarían.

Al final del coche no había lavabo. Sólo la puerta que daba a las planchas metálicas que cubrían el enganche, otra puerta y un coche de segunda. Sobre los asientos, distribuidos en filas divididas por un pasillo, una nube de humo. En la primera fila, un hombre y una mujer, dormidos; ella tenía la boca muy abierta, lo que daba a su cara una expresión preocupada y tensa. Al volverse, Uhl descubrió que el revisor de primera clase lo había seguido por el pasillo. Agitando el pulgar hacia atrás sobre su hombro, le dijo algo en polaco. Luego, al darse cuenta que Uhl no lo entendía, repitió en alemán:

—Lo que está buscando está al otro lado, señor.

—¿Cuánto falta para llegar a Leszno?

El revisor consultó su reloj.

—Una hora, o poco más.

Uhl volvió a su compartimento. En Leszno, cuando los guardias fronterizos polacos revisaran los pasaportes de los viajeros de primera, el tren continuaría hasta Glogau, donde los pasajeros tendrían que apearse para el *Kontrol* en la frontera alemana. Luego, Uhl transbordaría al cercanías con dirección sur que lo llevaría a Breslau. De nuevo en su asiento, Uhl no dejaba de mirar el reloj. En diagonal frente a él, un asiento vacío. El hombre del tres cuartos no había vuelto. ¿Habían hecho alguna parada? No. Sencillamente, estaba en otro sitio.

Cuando llegaron a la frontera polaca en Leszno, eran casi las seis. Uhl decidió bajarse del tren y esperar al siguiente, pero el revisor se había plantado en la puerta para impedir el paso. Ancho y fornido, con los pies muy separados, se alzaba entre él y la salida como un muro oficial.

—Tiene que esperar a los agentes de aduanas, señor —dijo.

Qué maleducado. ¿Pensaba que quería huir? No, sabía que quería huir. Trabajaba en aquel tren seis días a la semana: ¿qué no habría visto? Desde luego, más de un fugitivo que había perdido los nervios y no se sentía capaz de enfrentarse a las autoridades.

—Por supuesto —respondió Uhl y, dando media vuelta, regresó a su compartimento.

¡Qué idiota había sido! No era más que un hombre corriente y no estaba hecho para una vida como aquélla. Él había nacido para ponerse las zapatillas de paño después de cenar, sentarse en la mecedora, leer el periódico y oír

música en la radio. En el compartimento, los demás viajeros esperaban tranquilamente. No hablaban, pero se movían, carraspeaban, se tocaban la cara... Y así pasaron veinte lentos minutos. Luego, por fin, al final del coche, un ruido de botas en la plataforma de acero, una bromita, una risa... Los dos oficiales entraron en el compartimento, cogieron los pasaportes uno tras otro, escrutaron a sus portadores, buscaron la página correspondiente y estamparon el sello: «*Odjazd Polska-18 Pazdziernik 1937*».

Bueno, no había sido para tanto. Los pasajeros se relajaron. La mujer sentada frente a Uhl rebuscó en su monedero, encontró un caramelo, lo desenvolvió y se lo metió a la boca: ¡ahí te quedas, frontera polaca! En ese momento, se dio cuenta de que Uhl la miraba.

—¿Le apetece un caramelo? —le preguntó.

—No, gracias.

—A veces, el movimiento del tren... —dijo ella mirándolo con simpatía.

¿Tendría mala cara? ¿Qué veía en ella aquella mujer? Volvió la cabeza y clavó los ojos en la ventanilla. El tren había dejado atrás las luces de Leszno. Fuera estaba oscuro; friera estaba Alemania. Ahora lo que Uhl veía en la ventanilla era su cara; pero si pegaba la frente al frío cristal podía distinguir un bosque, un pueblo con una sola calle, un coche negro, reluciente bajo la lluvia, esperando ante la barrera de un paso a nivel. ¿Y si, la próxima vez que fuera a Varsovia, simplemente no se presentara a la cita con André? ¿Qué harían?, se preguntó. ¿Lo delatarían? ¿O lo dejarían en paz? Lo primero, se dijo. Estaba atrapado y no lo soltarían. El mundo no funcionaba así; al menos, el mundo de esa gente. Su mente trabajaba como una máquina enloquecida: fantasías de huida, fantasías de captura, una docena de coartadas a cual más absurda, la posibilidad de que se asustara de sombras, de que ninguna de ellas fuera real...

—¡Glo-gau! —aulló la voz del revisor en el pasillo.

El tren atravesó los barrios periféricos de la ciudad como una exhalación y luego redujo la velocidad para cruzar el puente sobre el Oder, sostenido por una larga sucesión de arcos, en cuyos tajamares la corriente se hendía y espumeaba. Frontera inmemorial: dondequiera que los diplomáticos trazaran sus líneas, «al este del Oder» significaba la Europa eslava, la otra Europa.

—¡Glogau! ¡Todo el mundo abajo!

El control de pasaportes estaba instalado en la entrada del edificio de la estación, bajo una gran bandera que ostentaba la esvástica. Uhl contó cinco hombres. Uno estaba sentado ante una mesita; otro sujetaba la correa de cuero trenzado de un pastor alemán. Tres llevaban uniforme y sendas sobaqueras

con pistolas, y los otros dos, civiles, permanecían de pie para consultar un fajo de hojas colocado sobre la mesa. Una lista.

Uhl puso el pie en el andén con el corazón en un puño. «No tienes nada que temer», se dijo. Si lo cacheaban, sólo encontrarían mil zloty. ¿Y qué? Todo el mundo llevaba dinero. «Pero tienen una lista». ¿Y si su nombre figuraba en ella? Hacía unos meses, lo había visto, allí mismo, en la estación de Glogau. Un hombre grueso, con la cara roja, guiado, arrastrado fuera de allí por una mano que lo sujetaba por encima del codo. En ese momento, Uhl vio a los dos hombres de negocios; estaban algo más adelante, en la cola que llevaba al control de pasaportes. Uno de ellos volvió la cabeza y le susurró a su compañero algo confidencial. «Sí, está ahí, detrás de nosotros». Y, un instante después, Uhl descubrió al hombre del tres cuartos. Él no estaba en la cola, sino sentado en uno de los bancos arrimados a la fachada de la estación, con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas, tan tranquilo. Porque no tenía que pasar el control, porque era «uno de ellos», un hombre de la Gestapo que lo había seguido desde Varsovia para asegurarse de que no se bajaba del tren. Y ya había cumplido su misión: asunto concluido. Mañana, otro encargo. Uhl notó que tenía la frente cubierta de sudor, se quitó el sombrero y se la secó. «Huye».

—*Ach!* —exclamó volviéndose hacia el hombre que lo seguía en la cola—. Me he dejado la maleta.

Abandonó la cola y volvió al tren con el maletín bien sujeto bajo el brazo. En cabeza del convoy, mientras los viajeros de segunda se agrupaban esperando su turno para hacer cola, el revisor se fumaba un cigarrillo.

—Disculpe —le dijo Uhl—. Me he dejado la maleta. —«No, no se la ha dejado». La cara del revisor mostraba a la perfección lo que sabía: no había ninguna maleta. Y Uhl lo comprendió. «Éste es el fin», pensó. Luego, en voz baja, suplicó—: Por favor.

Los ojos del revisor se movieron y miraron detrás de Uhl, hacia los uniformes de las SS, los civiles, la bandera, el perro, la lista... Su expresión cambió y, de pronto, se hizo a un lado, lo justo para dejarle pasar. Cuando habló, su voz era apenas audible:

—¡Bah, que les den! —Uhl avanzó hacia la escalerilla de hierro que llevaba al coche—. Todavía no —masculló el conductor sin quitar ojo a los alemanes y la mesa. Uhl notó que una gota de sudor se deslizaba por debajo del sombrero y le resbalaba por la frente; quiso secársela, pero la mano no lo obedeció—. Ahora —dijo el revisor.

19 de octubre, 15:30 horas. La reunión semanal de inteligencia se celebraba en la sala de conferencias de la cancillería —la sección política de la embajada—, alejada de las zonas de acceso público y los solicitantes de documentos de viaje, pasaportes nuevos, licencias comerciales y el resto de las certificaciones que llevaban a los civiles hasta el edificio de la embajada. Los especialistas en códigos estaban en el sótano —a disgusto, porque según ellos la humedad dañaba los equipos—, junto con la cartería que se ocupaba de las valijas diplomáticas, mientras que el despacho de Mercier se encontraba en el último piso.

Presidía la reunión Jourdain, segundo secretario y funcionario político —lo que significaba que también él correteaba por la ciudad camino de encuentros secretos en lugares siniestros—, y el mejor amigo de Mercier en la embajada. Entrado en la treintena, risueño, con el pelo rubio rojizo, Jourdain era un diplomático de tercera generación —a su padre acababan de nombrarlo embajador en Singapur—, con tres hijos pequeños que estudiaban en escuelas privadas de la capital polaca. Enfrente de Mercier estaba sentado el agregado de aviación, en un extremo de la mesa, el agregado naval y en el otro, el secretario de Jourdain, tomando notas taquigráficas que su jefe convertiría en un informe para el Quai d’Orsay, el ministerio francés de Asuntos Exteriores.

—No hay grandes novedades —dijo el agregado de aviación, un cincuentón corpulento y hosco—. La producción de los Pezetelkis sigue avanzando a buen ritmo. —«Pezetelki» era el nombre familiar, tomado de sus iniciales, que recibía el PZL P-24F, el mejor caza polaco, y el monoplano de persecución más avanzado de Europa hasta hacía cuatro años—. Pero las fuerzas aéreas no lo verán ni de lejos. Eso tampoco ha cambiado. Sólo para la exportación.

—¿Los mismos compradores? —preguntó Jourdain.

—Sí. Turquía, Grecia y Yugoslavia.

—Uno de estos días lo lamentarán —comentó el agregado naval.

Su colega de aviación se encogió de hombros.

—Están intentando equilibrar la balanza de pagos. El país está al borde de la quiebra. Así que venden lo que les compran.

—Supongo que saben lo que hacen —dijo Jourdain, que claramente pensaba lo contrario.

—Aparte de eso, muy pocas novedades. —El agregado de aviación consultó sus notas—. El pasado miércoles hubo un accidente, sobre el campo de Okecie. Uno de sus P-7 le arrancó la cola a otro. Los dos pilotos ilesos y los dos aparatos, muy dañados. Uno, perdido: el piloto se tiró en paracaídas.

El otro consiguió aterrizar. —Volvió a encogerse de hombros—. Así que podemos decir —concluyó mirando al secretario— que, en cualquier caso, su número se ha reducido en uno.

—Ponga simplemente —dijo Jourdain volviéndose hacia el secretario— que debemos insistir en que la relación de la aviación polaca con la Luftwaffe sigue siendo de veinticinco a uno a favor de los alemanes. —Y, dando el asunto por concluido, se volvió hacia el agregado naval—. ¿Jean-Paul?

Mientras el aludido encendía un cigarrillo y removía sus papeles, se oyeron dos golpes secos en la puerta, tras la que apareció una de las mujeres que trabajaban en la centralita de la embajada.

—¿Coronel Mercier? ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Disculpen —dijo Mercier saliendo al pasillo y cerrando la puerta tras él.

La operadora, una francesa de mediana edad, era, como muchas de las mujeres que trabajaban en la embajada, viuda de un oficial muerto en la guerra del 14.

—Un tal Monsieur Uhl ha telefoneado a su casa —le dijo a Mercier—. Le ha dejado un número a su doncella. Confío en que sea correcto, señor, porque estaba muy nerviosa.

—Pobre Wlada... —dijo Mercier.

«¿Qué pasará ahora?». La operadora le tendió un trozo de papel, y Mercier subió a su despacho. Buscó en el cajón del escritorio, sacó un listado de centrales telefónicas alemanas, marcó el número de la centralita y pidió una operadora extranjera. Cuando apareció al otro lado de la línea, le dio el número de teléfono.

—¿Puede ponerme de inmediato? —le preguntó en un polaco tan correcto como lento.

—Sí, señor, es una tarde tranquila.

Mientras esperaba, Mercier miró por la ventana hacia la plaza de la embajada. Bajo las desnudas ramas de un castaño, un hombre subido a una furgoneta vendía un panecillo con una salchicha a un padre con su hijo de corta edad. Al otro lado de la línea, un débil tono de llamada sonó una sola vez.

—¿Hola? ¿Hola?

—Sí, estoy aquí. ¿Herr Uhl?

—¿Hola? ¿André?

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Estoy en la estación. —Mercier podía oír un tren—. Ayer, a la vuelta, tuve un problema. En Glogau.

—¿Qué problema?

—Me estaban vigilando, en el tren.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues... lo noté. Dos hombres de negocios. Y un agente de la Gestapo.

—¿Lo interrogaron? ¿Lo cachearon?

Mercier tuvo que obligarse a disminuir la presión de la mano en el auricular.

—No, no, conseguí eludirlos.

—¿Sí? ¿Cómo lo hizo?

—En el *Kontrol* de la frontera, en la estación de Glogau. Dejé la cola y volví al tren de Varsovia. Me metí bajo los coches y repté. A lo largo de la vía. Al final del tren, estaba el puente de Glogau, pero encontré una escalera que bajaba hasta la orilla del río. Volví a la ciudad y cogí un taxi a la siguiente estación de la línea, donde me subí al cercanías a Breslau.

—Buen trabajo —respondió Mercier.

—¿Qué?

—Digo que buen trabajo.

—Me fue de poco. En la estación casi me tenían.

—Puede ser. Dígame, Herr Uhl: ¿qué ha pasado esta mañana?

—¿Esta mañana? He ido a trabajar.

—¿Le han hecho alguna pregunta? ¿Lo han acusado de algo?

—No, todo ha sido normal.

—Entonces, está a salvo. Los individuos del tren, ¿le dijeron algo?

—No. Pero me miraron. Actuaban de un modo... furtivo.

—Me cuesta creer que los agentes de vigilancia alemanes actúen de un modo furtivo, Herr Uhl. Puede que la imaginación le gastara una mala pasada...

—Puede. Pero puede que no. En todo caso, creo que no debería seguir con nuestros encuentros.

—¡Bueno, no nos asustemos tan pronto! Créame, si la Gestapo tuviera algún motivo para sospechar de usted, ahora no estaría hablando conmigo por teléfono. Por cierto, ha mencionado a un agente de la Gestapo. ¿Cómo lo reconoció? Supongo que iba de uniforme...

—No. Llevaba un tres cuartos de cuero. Fue por su forma de mirarme.

Mercier rió.

—¿Su forma de mirarlo?



—Bueno...

—Su trabajo es importante, Herr Uhl, y nosotros no perdemos a la gente que nos ayuda; no podemos permitirnoslo. ¿Quiere que haga algunas averiguaciones? ¿Para comprobar si lo vigilan?

—¿Puede comprobar eso? —preguntó Uhl tras unos instantes de silencio.

—Somos un servicio con recursos —respondió Mercier—. Podemos hacer muchas cosas. ¿Por qué no le pido a ciertas personas que averigüen si ocurre algo y luego le mando una postal, si todo es normal?

—¿Y si no lo es?

—Encontraré el modo de hacérselo saber. ¿A qué hora sale del trabajo?

—Normalmente, a las seis.

—¿Todas las tardes?

—Sí, casi todas.

—Entonces, sabremos cómo encontrarlo. Por el momento, espero verlo en noviembre. ¿Recuerda la información que le pedí?

—Sí.

—Piense que a nosotros nos interesa mantenerlo a salvo, tanto como a usted continuar su trabajo.

—Muy bien, ya veremos —respondió Uhl al cabo de unos instantes—. Si todo sigue... igual...

—Lo hizo usted muy bien, Herr Uhl. En todo caso, pecó por exceso de precaución, y eso es muy loable. Es evidente que tiene usted dotes para esta clase de trabajo. —Uhl no respondió—. El quince podemos hablar de ello, si quiere —le propuso Mercier—. Lo queremos sano y salvo, no lo olvide. Y, después de todo, tiene usted otros motivos para visitar Varsovia. ¿Dejaría de venir, sin más?

—No, pero...

—Entonces, estamos de acuerdo. Estaré esperándolo. O, si hay algún problema, me aseguraré de que lo sepa.

—De acuerdo —murmuró Uhl.

No estaba convencido, pero seguiría adelante, se dijo Mercier. Al menos, de momento.

Mercier se despidió, colgó y escribió una nota a modo de recordatorio: «Mandarle una postal a Uhl». «Por aquí, todo bien. Espero verte pronto. Tu tía Frieda». No había ninguna posibilidad de comprobar si Uhl estaba bajo la vigilancia de la Gestapo; puede que el Deuxième Bureau tuviera espías dentro del aparato de la seguridad alemana, pero Uhl no era lo bastante importante para hacer ese esfuerzo. En las clases de adiestramiento les recomendaban

mentir, y estaba claro que en aquel caso había funcionado. La conversación telefónica le hacía pensar que Uhl se había asustado solo.

Volvió a la sala de conferencias, donde la reunión continuaba en medio de una nube de humo de tabaco.

—¿Todo bien? —le preguntó Jourdain, ligeramente preocupado.

—Un problema con un agente —dijo Mercier.

—Pero no vamos a perderlo, ¿verdad?

—No lo creo. Supongo que vio visiones.

—A los del *deux bis* les gusta lo que nos trae —dijo Jourdain aludiendo al *Deuxième Bureau*, cuya dirección en París era rue de Tourville, 2 bis.

Mercier asintió. Puede que a los del Estado Mayor también les gustara. Nunca decían nada; simplemente, cogían lo que había y a continuación pedían más. No obstante, era mejor no perder agentes si no querías que te mandaran a una isla diezmada por la malaria en mitad del océano; la expresión «en el culo del mundo» apenas daba idea de la lejanía de algunos asentamientos del Imperio colonial francés.

—Con esto acabo —dijo el agregado naval—. Maniobras en el Báltico, frente a la costa de Gdynia. Una escuadra de destructores.

—¿Alcanzaron sus objetivos? —preguntó Mercier.

—Bueno, al que casi alcanzan es al remolcador. Pero eso pasa en las mejores familias.

Mercier acabó el papeleo a las seis y se fue a casa. Tenía la cena de Renault a las ocho y media, con Madame Dupin, la subdirectora de protocolo de la embajada. Suspiró —interiormente— ante la perspectiva de una de esas largas y aburridas cenas políticas en las que uno procuraba hablar poco y que ese poco no fuera demasiado. En cuanto a Madame Dupin, era una excelente persona que se animaba y charlaba por los codos en las reuniones sociales, un don que a algunos podía parecerles trivial, hasta que entraban en el servicio diplomático.

Mercier apreciaba sus esfuerzos, pero la velada le trajo a la mente otros tiempos, y a Anne-Marie, su mujer, fallecida tres años antes. Recordó que, mientras se vestían, bromeaban sobre la gente insoportable con la que iban a cenar y a la que tendrían que «entretener». Eso lo hacía más llevadero: una comedia para marido y mujer, una molestia compartida, con la voluntad instintiva de encontrarle el lado divertido.

La vivienda del agregado militar estaba en la segunda planta del 22 de la *aleja* —la avenida— Ujazdowska, el equivalente polaco de los Campos Elíseos. Aunque no tan ancha, era una calle de elegantes edificios de cinco pisos, con las fachadas magníficamente esculpidas con toda clase de adornos de cantería, separadas de la calzada por árboles y setos, y protegidas por rejas de hierro que rodeaban toda la manzana. Durante mucho tiempo, la embajada francesa había tenido su sede en esa misma avenida, pero se había trasladado a Nowy Swiat dos años antes. De todos modos, desde la legación hasta la vivienda sólo había un paseo de quince minutos, suficientes para despejar la niebla del trabajo en su cabeza.

El piso llevaba incluidos a la doncella, Wlada, delgada y nerviosa, que tenía su propia habitación, la cocinera, gruesa y callada, que iba todos los días menos el domingo, y el chófer, Marek, un tipo duro que había servido como sargento en la Legión Polaca de Pilsudski y paseaba a Mercier en lo que él llamaba el «Biook», un Buick sedán S41 de 1936, el coche preferido por la embajada francesa y algunas otras, un armatoste de ocho cilindros, resistente suspensión y protuberante maletero, que se defendía bastante bien en las carreteras polacas siempre que llevaras al menos dos ruedas de repuesto, aunque durante las lluvias de primavera y otoño —la muralla estacional de Polonia contra la expansión alemana— nadie iba a ninguna parte.

Al entrar en casa, Mercier echó un vistazo al correo del taquillón del vestíbulo y se puso en camino hacia el vestidor. Se tardaba en llegar. El piso era enorme: diez grandes habitaciones con techos altos, medallones de escayola en todas las esquinas y muebles caros, gentileza de la derrochadora esposa de un adinerado inquilino anterior. Si eras un diplomático de alto rango, más valía que tuvieras una fortuna personal, porque el sueldo no daba para la necesaria ostentación: las gruesas cortinas que cubrían las ventanas del techo al suelo, los sofás tapizados de damasco, las mesitas de ébano, las exóticas lámparas orientales con pantallas de seda color crema y una cubertería de plata como para hundir un barco de pequeño tonelaje. En aquel piso, Mercier se sentía como un invitado. Los sencillos y gastados muebles de su casa de campo en el centro de Francia, en su mayoría antiguos —¿cómo era posible que a sus perros les quedaran pelos, si los dejaban por todas partes?—, eran el único estilo que le hacía sentirse cómodo.

En el vestidor, Wlada le había dejado preparado su mejor uniforme, impecablemente lavado y planchado, y el quepis, que había cepillado sin piedad. La dichosa gorra era cara, pero en ese tema no había nada que hacer con Wlada; cuanto más importante le parecía una cosa más la maltrataba.

Mercier abrió el primer cajón de la cómoda y sacó el rectángulo de cartón forrado de fieltro azul en el que se alineaban sus condecoraciones, clavadas en pulcras hileras. Había un montón: el equivalente a veintiocho años en el ejército. Con los de Renault convenía lucirse, así que cogió la Croix de Guerre y la Virtuti Militari y las dejó sobre la cómoda. ¿Un baño? No, eso podía esperar. Se quitó el uniforme de diario, los zapatos y los calcetines, se puso el albornoz, entró en el dormitorio contiguo y se tumbó en el sofá, junto a la ventana. «Sólo veinte minutos». Fuera, bajo las farolas, la avenida estaba en silencio; un perro ladró, un taxi tirado por un caballo pasó traqueteando, seguido por una pareja que paseaba charlando en voz baja... «Qué paz». Otra velada decimonónica en la avenida Ujazdowska.

Como tantas otras veces, se adormiló pensando en Anne-Marie. La echaba de menos; ya hacía tres años que se la había llevado una gripe, confundida al principio, y durante demasiado tiempo, con un catarro invernal. Pese al mucho tiempo que pasaba alejado de ella, habían sido una pareja unida, muy dada a las pequeñas pero continuas atenciones de la vida conyugal. Le había dado dos hijas, que ahora tenían veintipocos; la mayor, casada con un arqueólogo, vivía en El Cairo, y la otra trabajaba en un museo de Copenhague: aventureras como su padre, y como su padre, por desgracia, tremendamente independientes. Era lo que él quería, y lo había conseguido. Y la vida continuaba. De vez en cuando, una carta llena de noticias. Pero ya hacía mucho tiempo que no había visto a ninguna de las dos. Eran, si no guapas, atractivas y moderadamente etéreas; flotaban lo justo sobre el mundo material, un poco como Anne-Marie. «Anne-Marie...». A veces, cuando las chicas ya no vivían con ellos, con una cena para dos planeada para más tarde, hacían el amor a esa hora, la mágica hora entre la tarde y la noche, *l'heure bleue* de los franceses, porque es el momento en que las sombras se adensan. A veces, ella...

En el estudio, separado del dormitorio por varias habitaciones, el estridente timbre del teléfono... Oyó a Wlada corretear por el suelo de madera de castaño, jaderar un «*Rezydencja panstwa Mercier*» y alguna otra frase en polaco y, por fin, dirigir sus pasos hacia el dormitorio.

—¿Coronel? ¿Está despierto?

—¿Sí?

—Es Madame «Dipen».

—Muy bien. Voy enseguida. —Mercier se ató el cinturón del albornoz mientras se dirigía al estudio—. ¿Madame Dupin?

—Buenas tardes, coronel Mercier. Por favor, perdone por llamar tan tarde...

—Por supuesto, no se preocupe.

—Me temo que... no me encuentro bien. Algo... —La mujer hizo una pausa: «¿Cómo decirlo?»—. Algo que me ha sentado mal.

—Lo siento. ¿Necesita alguna cosa? Puede mandar a Marek a la farmacia...

—Es muy amable de su parte, pero no, gracias. El caso es que no podré asistir a la cena de esta noche...

—No se preocupe, puedo ir solo.

—¡No, no! Eso no puede ser. Le he encontrado una sustitua, una amiga mía. Vive con un ruso, un periodista, pero a él no le importará. De todos modos, mi querida amiga ha aceptado. Porque un asiento vacío, una mesa desequilibrada... simplemente, no puede ser. ¿Tiene donde escribir?

—Un momento... —respondió Mercier, y cogió una libreta y una pluma del escritorio antiguo—. ¿Sí?

Madame Dupin le dio un nombre, Anna Szarbek, y una dirección.

—Su chófer sabrá dónde es.

—Que se mejore, Madame Dupin. Estoy seguro de que sabremos arreglárnoslas.

—Mi amiga le gustará —aseguró ella—. Es una mujer excepcional.

—Me gustará, seguro —dijo Mercier.

A las ocho en punto, Mercier se sentó en el asiento posterior del «Biook» y le dio la dirección a Marek.

—Sí —contestó el chófer—. Lo encontraré.

Pero no era tan fácil. Maldiciendo entre dientes, Marek daba vueltas y más vueltas por las callejas del norte de la ciudad. Mercier tenía un callejero, pero en el cajón de su escritorio. Miró el reloj, procurando mantenerlo por debajo del respaldo del asiento delantero, pero Marek lo sorprendió y siguió maldiciendo en voz alta. Por fin, a las ocho y veinte, dieron con la casa. Llegarían tarde, lo que para algunos podía ser hasta elegante; para Mercier, no.

El edificio tenía dos plantas y, cuando le convino, el portero contestó a sus golpes en la puerta y señaló la escalera con un gesto malhumorado. En el segundo piso, un penetrante olor a col hervida y dos puertas. Mercier llamó a

una, esperó treinta segundos y, cuando iba a llamar a la otra, se abrió la primera.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Madame Szarbek? Soy el amigo de Madame Dupin, el teniente coronel Mercier.

—Soy yo. Disculpe por hacerle esperar. Pase, por favor.

Mercier ya estaba aliviado: no tendría que pasarse la noche luchando con su titubeante polaco; el francés de Madame Szarbek era fluido y correcto, con apenas un atisbo de acento en aquella voz ligeramente ronca y áspera. Rondaría los cuarenta y era muy atractiva: pelo abundante de color rubio oscuro recogido en la nuca y una cara que, de algún modo, sugería sensualidad: la nariz ligeramente curvada hacia abajo, la boca de labios carnosos, la tez pálida, la barbilla puntiaguda y los ojos de un verde oscuro, cautelosos e inquietos, casi como los de un animal nocturno. Para la ocasión especial, había elegido un vestido negro de seda, una chaqueta a juego y, más en su auténtico estilo, un pañuelo rojo oscuro alrededor del cuello, pendientes con gemas verdes y una nube de un perfume penetrante, más acre que dulce. Por un momento, lo miró con una sonrisa dubitativa en los labios: «¿Voy bien?».

—Enseguida estoy —aseguró y, tras guiarlo al interior del piso, se alejó por el pasillo diciendo—: Por favor, preséntese ustedes mismos.

En el sofá, un individuo corpulento con rizos de vello gris asomando por el cuello de la camisa abierta se levantó de entre un montón de periódicos.

—Buenas noches, general —dijo con una sonrisa y un apretón de las carnosas manos—. Soy Maxim.

Por la sonrisa, Mercier comprendió que Maxim sabía que no era general; sólo era su manera de ser simpático. Se quedaron así unos instantes, un tanto azorados, hasta que Anna Szarbek llegó a toda prisa por el pasillo, ahora llevando un pequeño bolso de noche.

—¿Vamos con mucho retraso? —preguntó.

—No, está bien —dijo Mercier.

Anna besó a Maxim en la mejilla y le dijo algo al oído.

—No me la traiga muy tarde, general —dijo Maxim guiñándole un ojo a Mercier: «Cenar y punto, ¿eh? No te hagas ilusiones».

Mercier siguió a Anna, que bajó las escaleras vacilando ligeramente sobre los zapatos, de tacón muy alto, y deslizando la mano por la barandilla. En la calle, mientras les sujetaba la puerta del coche, Marek miró a Mercier y arqueó la cejas con complicidad.

—Vamos al Europejski —dijo Mercier, y miró el reloj.

Ese gesto fue todo lo que necesitó Marek: el Buick arrancó con un chirrido de neumáticos y voló por la calleja. Anna se acomodó en un extremo del asiento trasero, se inclinó para mirar en el interior del bolso, sacó una delgada pitillera de carey y se la ofreció a Mercier. El risueño Baco y las dos ninfas de la tapa sólo llevaban unas hojas de parra.

—¿Fuma? —le preguntó Anna.

—Sí, pero ahora no, gracias —respondió dándole fuego con un encendedor de acero.

Pues ella lo necesitaba: le dio una fuerte calada, exhaló dos largas columnas de humo por las fosas nasales y se recostó en el asiento.

—Marie no me ha explicado gran cosa —dijo, aludiendo a Madame Dupin.

—Es muy amable de su parte hacer esto en el último momento.

—Por santa Marie, cualquier cosa. Ella siempre está haciendo favores a todo el mundo, así que...

—Es una cena que el Estado Mayor polaco ofrece a una delegación de la empresa Renault. Han venido de París. Y, después de la cena, un *nightclub*.

—¿Un *nightclub*?

—Sí, el Adria.

—Qué bien. No he estado nunca.

La expresión de Mercier decía que no esperara demasiado.

—Un espectáculo en vivo y, probablemente, baile.

Anna asintió con un gesto sombrío pero decidido: que fuera lo que Dios quisiera.

—Así que trabaja en la embajada...

—Efectivamente. Soy el agregado militar.

—Sí, ya me lo ha dicho Marie.

Sabía lo que hacían los agregados militares —al menos, alguna tarea relacionada con el servicio de inteligencia—, pero al parecer lo consideraba una parte inevitable del trabajo en el servicio diplomático.

—Un montón de papeleo, eso es lo que hago. Y asistir a maniobras militares de vez en cuando. Y, como puede imaginarse, a interminables reuniones. —Anna no hizo ningún comentario, así que Mercier le preguntó—: ¿Siempre ha vivido aquí, en Varsovia?

Marek conducía a gran velocidad, haciendo ronronear el enorme motor del Buick. Adelantaron a un tranvía y giraron temerariamente ante él, resbalando en los raíles.

—No, vivo aquí desde hace cosa de año y medio, pero paso mucho tiempo viajando, sobre todo al sur, aunque a veces subo a Danzig. Soy abogada de la Sociedad de Naciones, por lo que también voy bastante a Ginebra. Así que no me hable de reuniones.

—Entonces, ¿de dónde es?

—Soy de origen polaco, pero nací en París.

—Una familia de exiliados...

—Sí. Crecí hablando polaco en casa y francés fuera.

—¿Qué hace para la Sociedad de Naciones?

—Principalmente, la asesoro sobre reclamaciones legales, una forma de arbitrio. Cuando la Sociedad de Naciones modificó la frontera silesia en 1921, tras el tercer levantamiento, decenas de miles de polacos y alemanes se encontraron en un nuevo país, y ciudadanos particulares siguieron poniendo reclamaciones ante la Sociedad de Naciones, en busca de la satisfacción que no podían obtener en los tribunales nacionales. Es lo mismo que ocurrió en Danzig, declarada Ciudad Libre por la Sociedad de Naciones, que, aunque tiene mayoritariamente una población alemana está gobernada *de facto* por polacos. Todo eso llevó a disputas locales sobre propiedad de tierras, administración injusta, problemas de impuestos... No tenemos fuerza legal, pero intentamos mediar, y a veces los tribunales nacionales se muestran receptivos. En cualquier caso, somos el último recurso, no sólo para los polacos, sino también para los alemanes, pese a que Alemania abandonó la Sociedad de Naciones cuando Hitler llegó al poder. La Sociedad de Naciones tendrá sus defectos, pero es persistente: la guerra no arregla nada, recurre a los tribunales.

—Recurre a lo que sea.

Sorprendida por sus palabras, Anna miró a Mercier con atención.

—No es el sentir habitual de los uniformados —dijo.

—No crea —respondió Mercier—. Cuando has estado metido en una...

Anna se volvió para apagar el cigarrillo en el cenicero del brazo del asiento.

—Pues va a volver a estar metido en otra. España sólo es el comienzo. Se extenderá desde allí.

—¿Cree usted que es inevitable?

—Según la gente con la que hablo, sí. Gente reconcomida por el resentimiento, sobre todo los alemanes. Sólo piensan en desquitarse.

—Tiene un trabajo difícil, Madame Szarbek.



—Anna, por favor. Y es Mademoiselle, por lo menos de momento. ¿Su trabajo es más fácil que el mío?

—No, la verdad es que no.

En el Europejski, los condujeron por una escalera de mármol hasta un comedor privado con las paredes revestidas de madera y un suelo resplandeciente. Bajo las arañas de cristal, la larga mesa estaba puesta para treinta comensales; el mantel de damasco, la pesada cubertería de plata y la vajilla de porcelana fileteada de oro brillaban a la luz de una docena de candelabros. En la puerta, los recibieron un oficial del Estado Mayor polaco y su esposa, adornada con magníficas joyas.

—No saben cuánto nos alegramos de que hayan podido venir... —les dijo la mujer con una amplia y cálida sonrisa.

El rumor de las conversaciones llenaba la sala. Oficiales de uniforme, la mayoría de los demás hombres, en traje de etiqueta, y la mayoría de las mujeres, en traje de noche. Tal vez momentáneamente impresionada por todo aquel lujo, Anna se cogió del brazo de Mercier, que al instante fue consciente del contacto de su mano descansando suavemente en su manga.

Desde alguna época remota, un viejo camarero de frac avanzó hacia ellos con el apergaminado rostro iluminado por una sonrisa beatífica y las apergaminadas manos sosteniendo una bandeja de plata con dos copas de champán, que temblaban ligeramente. Bebida en mano, lo observaron mientras regresaba a la cocina arrastrando los pies. Anna iba a decir algo, pero en ese momento la mujer de otro oficial se les plantó delante en compañía de un individuo menudo en traje negro, uno de los hombres de Renault. Tras las presentaciones, la mujer del oficial se alejó en busca de otros despistados.

—Bueno, Monsieur Blanc —dijo Mercier—, ¿ha merecido la pena el viaje, hasta ahora?

—Sí, yo diría que sí. Estamos en el buen camino. El tanque R-35 es una máquina magnífica.

—¿Y qué hace exactamente en Renault?

—Soy ingeniero jefe. Me ocupo fundamentalmente de las orugas.

—¡De las orugas! —exclamó Anna asintiendo con alentadora admiración.

—¡Sí, es lo mío! ¿Y usted, coronel?

—Soy el agregado militar de la embajada.

—¡Ah, entonces tiene que apoyarnos! Estos polacos pueden ser muy tozudos. ¿No le parece, Madame Mercier?

—¡Uy, no lo sabe usted bien! Tozudos como ellos solos.

—Dígame, comandante Kulski, ¿le gusta el tanque de Renault? —preguntó Anna.

—Hmmm, bueno...

—Tal vez no está convencido...

—Hmmm. ¿Y a qué debemos el placer de tenerla aquí esta noche, Pani Szarbek?

—Acompaño al coronel Mercier. Está allí, junto a la columna.

—Entonces, vivirá usted en la ciudad...

—Sí, comandante.

—Me lo estaba preguntando. ¿Sabe? Cuando acaba mi jornada en el ejército, soy lo que podríamos llamar un artista. Ésa es mi verdadera pasión en la vida. Así que permítame decirle que sería una magnífica modelo para un dibujo del natural. Realmente soberbia.

—¿Cómo va la visita? —le preguntó Mercier al coronel Vyborg estrechándole la mano.

—No demasiado mal. Esta tarde he tenido una charla con el ayudante de Habich. ¿Conoce a Habich?

—Lo conozco.

—El mejor diseñador de armamento de Europa. Bueno, pues su ayudante cree que, si compramos ese juguetito del R-35, los ingenieros pueden hacer algo para mejorarlo.

—Eso es alentador. ¿Han mencionado alguna cifra?

—No, todavía no. Tenemos que conseguir uno y la gente de Habich lo despedazará. Luego, veremos lo que se puede hacer y después hablaremos de cifras.

—Así que está en la Sociedad de Naciones... —Ella tenía setenta y tantos, se dijo Anna, y su marido, con espectaculares mostachos blancos de oficial de caballería, al menos ochenta—. Realmente, qué idea tan esperanzadora, querida. ¡Una sociedad de naciones! Cuánto hemos avanzado en este

espantoso mundo... Mi marido, aquí presente, fue el hijo tardío de un coronel de húsares. Le estoy hablando de 1852. Un gran héroe, el padre de mi marido... Luchó en la Batalla de Leipzig y recibió una medalla al valor. Aún la tenemos.

—Así que en Leipzig...

—Sí, querida, con Napoleón.

—Al fin —dijo Mercier volviendo junto a Anna—. Es la hora de la cena. ¿Tiene hambre?

—Sí. He probado el caviar.

—Parece que ha encontrado gente con la que hablar. La he estado observando.

—Gente de todas clases. He conocido a un comandante que me ha propuesto que pose para un dibujo del natural.

—Qué perillán. ¿Y posará?

—Claro, no me lo perdería por nada del mundo. Creo que necesitaré una boa de plumas. O quizá no.

—¡Coronel Mercier! —dijo una mujer desde la mesa—. Usted se sienta aquí.

—Gracias. —Mercier retiró una silla dorada y Anna se sentó y se ahuecó la falda del vestido—. Aquí está el menú.

Anna buscó en su bolso de noche y sacó una gafas con montura dorada.

—Por fin puedo ver.

El gran menú —se necesitaban las dos manos— estaba impreso en finas cursivas, con un cordón dorado y una borla entre las dos hojas, y se limitaba a enumerar los platos que se servirían. Mientras observaba a Anna leyendo, Mercier se dijo que sus prolongadas y escrutadoras miradas eran simplemente eso: miopía, no personalidad.

—Hay lenguado *a la meunière* —dijo—. Lo he comido aquí y está bueno. Luego, un asado. Abundante.

—Abundante es la palabra —respondió Anna—. Seis platos.

—Estamos en el Europejski. Y debería probar los vinos. La bodega es famosa. —A modo de respuesta, Anna esbozó una sonrisa irónica. «Champán, tres vinos... Verás tú»—. Sí —dijo Mercier, contagiándose del humor de su acompañante—, todo exquisito y abundante. Y asegúrese de dejar sitio para el flan de mandarina.

A la derecha de Mercier, la tarjeta decía: «Madame de Michaux». Una mujer formidable, con un amplio escote y un semicírculo de rubíes en el grueso cuello. Evidentemente, ella también leyó su tarjeta.

—Mercier de Boutillon —murmuró—. ¿Y de qué parte de Francia es usted?

—Del Drôme, a una hora de Montélimar.

—Creo que hay una Albertine Mercier de Boutillon en París. ¿Familia suya?

—Mi prima. ¿Amiga suya?

—Bueno, nos hemos visto alguna vez. Mi marido está en el consejo de dirección de Renault, y también en la Ópera. Creo que la conozco de eso. Una mujer muy simpática, coleccionista de antigüedades, ¿no es así?

—En efecto. Objetos de ónice. Especialmente camafeos, creo.

—Tiene que decirle que estuvimos sentados juntos en una cena en Varsovia. ¿Qué curioso, no?

—Se lo diré en cuanto vaya a París.

—¿Va a menudo, coronel?

Después del paté de pato, el consomé y el lenguado, mientras les traían unos platos con grandes lonchas de rosbif, las convenciones de la cena de gala aconsejaban volverse hacia el otro compañero de mesa, un cambio nada desagradable para Mercier. Anna Szarbek parecía una interlocutora fácil y cómoda después de la decidida Madame de Michaux, una de esas señoras de clase alta que, pese a su exquisita educación, en lo tocante a escarbar en las intimidades ajenas, son tenaces como topos. Anna explicó a Mercier que el hombre de su izquierda, Julien Travas, director de la agencia Pathé en Varsovia, era tremendamente interesante. Una especie de aventurero que en su juventud había viajado de Shanghai a Siam a pie y en carros tirados por bueyes, y lo contaba muy bien.

Mercier y Anna hicieron los honores al rosbif y la guarnición de verduras, dejaron el tembloroso flan de mandarina sin tocar, se tomaron el café y probaron el coñac. Luego, llegó la hora del club nocturno. El Adria no estaba lejos del Europejski, pero lo suyo era ir en coche.

—¿Hace esto a menudo? —le preguntó Anna a Mercier mientras el Buick los alejaba del hotel.

—De vez en cuando. Forma parte del trabajo.

—¡Dios mío!

—Prueba el vino, prueba la comida y encuentra a todos fascinantes... Un buen lema para la diplomacia.

Anna meneó la cabeza.

—Supongo que es una manera de salvar el mundo.

—Sí, una de ellas —respondió Mercier—. Después de los platos de pescado.

En el Adria, había mesas reservadas para ellos con más tarjetas, lo que provocó unos momentos de confusión y desenfadados comentarios en la oscuridad y el humo de la sala. Mercier descubrió que el coronel Vyborg había hecho que los colocaran en su mesa, con el director de la división de armamento de Renault, un comandante de la sección de compras del Estado Mayor polaco con gafas e incipiente calva, y sus señoras.

Cuando se sentaron, Vyborg pidió champán: tres botellas de Veuve Clicquot. Mientras el camarero abría la primera, un foco azul horadó la oscuridad y, en la pequeña tarima que servía de escenario, descubrió a Marko el Mago —eso decía un cartel en un atril—, con sombrero de copa, frac y la cara cubierta de maquillaje blanco. Y a su ayudante, una chica con un escueto vestido de lentejuelas, de cuya boca, con immaculados guantes blancos, Marko empezó a sacar pelotas rojas. Una, y luego otra, y otra... Entre tanto, la ayudante lanzaba miradas horrorizadas al público cada vez que descubría que aún quedaban pelotas rojas en su interior. La mujer del comandante, sentada a la izquierda de Mercier, soltó una risita, y Mercier se dijo que había hecho algo más que probar los vinos de la cena.

—La próxima vez no te comas tantas pelotas, cariño —murmuró la señora del director de Renault.

—¿Qué tal la cena? —le preguntó Vyborg a Anna.

—Muy buena.

—¿Y el vino?

—También muy bueno.

Inclinándose por delante de su mujer, el director de Renault le preguntó al comandante:

—¿Qué le pareció nuestra presentación en París? Si no recuerdo mal, usted formaba parte de la delegación de compra...

—Sí, así es —respondió el comandante—. Me pareció una excelente demostración sobre el terreno. Claro que el suelo estaba seco...

—Sí, siempre estamos a merced del tiempo.

—Nosotros también —dijo el comandante—. Ya sabe, nuestras famosas carreteras...

—Para nosotros es muy duro —terció la mujer del comandante—. En este país, cuando hace mal tiempo nos quedamos en casa.

—Pero eso está cambiando, ¿no? —preguntó el director.

—Cierto —respondió Vyborg—. Estamos asfaltando algunas carreteras, pero es un proceso largo.

—En Alemania son mejores —comentó el director en tono provocador.

—Eso dicen —admitió el comandante—. Espero que no tengamos que comprobarlo.

—Es algo sobre lo que nuestros jóvenes capitanes y tenientes de tanque han estado haciendo apuestas —explicó Vyborg—. Cuántas horas tardarán hasta Berlín.

—Supongo que hay que fomentar ese tipo de actitud —dijo el comandante—. Pero sería mucho mejor que todos nos quedáramos en nuestro lado de la frontera.

—Mucha gente piensa que los alemanes no lo harán —les recordó el director—. ¿Y entonces?

En el escenario, Marko había acabado con las pelotas rojas, pero, de pronto y para su sorpresa, descubrió que su glotona ayudante se había tragado un canario, lo que arrancó unos cuantos aplausos al público y unos trinos al pájaro. Con un floreo, Marko empujó un carrito con una especie de ataúd hasta la luz del foco. La ayudante abrió unos ojos como platos: «¡Oh, no, eso no!».

—Creo que la van a cortar en dos con una sierra —vaticinó Mercier.

—Parece muy asustada —dijo Anna—. Confío en que esté fingiendo.

La mujer de Vyborg rió.

—Una ayudante por actuación...

—He oído que con los pájaros hacen eso, sacrificar uno en cada truco —dijo la mujer del director.

—¿En serio? —se asombró Mercier.

—Es verdad, yo también lo he oído —confirmó la mujer del comandante.

—Como decía —intervino el director con voz tranquila pero firme—, y entonces, ¿qué? Necesitarán ustedes todas las fuerzas acorazadas que puedan desplegar.

—Desde luego, tiene usted razón, Monsieur —respondió el comandante—, pero nuestros recursos son limitados. La industria alemana se recuperó de

la guerra más rápidamente que la nuestra, y nos superan en número de tanques en una proporción de treinta a uno.

Mercier se acordó de la reunión con Jourdain en la embajada. Si la memoria no le fallaba, y juraría que no, Jourdain había dicho «veinticinco a uno».

—Sabemos que Polonia no es un país rico —dijo el director—. Pero para eso están los bancos.

El comandante asintió con una expresión sombría.

—Que esperan recuperar su dinero —respondió con voz suave.

—Por supuesto. Pero le diré algo: no serán tan puntillosos si las divisiones alemanas cruzan la frontera.

—Si lo hacen, se arrepentirán —aseguró la mujer de Vyborg—. Puede que en un primer momento nos barran, pero a la larga lo lamentarán. Y, mientras aquí nos encargamos de eso, tendrán al ejército francés cruzando su otra frontera.

—Eso podría retrasarse unas semanas, ¿sabe? —dijo el director—. Con toda sinceridad. Mis disculpas al coronel Mercier.

—No son necesarias —respondió el aludido—. En 1914, tardamos en organizarnos y ahora ocurriría lo mismo.

«No, no vendremos. Nos quedaremos sentados en la Línea Maginot».

—Sospecho que Hitler lo sabe —comentó el director.

Entre tanto, la ayudante de Marko se había metido en el ataúd, con la cabeza asomando por un extremo y los pies por el otro. Blandiendo una sierra impresionante, el mago se inclinó sobre el ataúd en el lado opuesto al público y puso manos a la obra. Obviamente, la hoja descendía entre dos bandas metálicas que rodeaban el ataúd, pero lo hacía con ruidoso realismo. De pronto, la joven chilló con auténtico terror. ¿Había fallado el truco? El público contuvo la respiración.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer del director llevándose las manos a la boca.

Marko reanudó la tarea y siguió serrando, mientras su ayudante trataba de levantar la cabeza para mirar por encima del ataúd. Por fin, el mago apartó la sierra, se volvió hacia el público y, en un golpe de efecto, separó las dos partes del ataúd. La gente aplaudió y Marko empujó las dos mitades de su ayudante fuera del escenario.

—Los pies son falsos —aseguró Vyborg.

—O en la otra mitad hay otra ayudante hecha un ovillo —apuntó Anna.

—Y como pueden ver —dijo la mujer del director en tono triunfal—, ni una brizna de serrín.

El mago cedió el escenario a una *chanteuse* que cantó canciones románticas, a la que siguieron tres acróbatas barbudos con pantalones bombachos, que daban volteretas a través de un aro en llamas. Cada vez que aterrizaban gritaban «¡Hop!» y el suelo del Adria se estremecía. Luego, apareció un trío —saxofón, guitarra y batería— que empezó a tocar piezas de baile. Vyborg se levantó y le ofreció la mano a su mujer, y el director y el comandante siguieron su ejemplo. Mercier fue el último en decidirse.

—¿Bailamos? —le preguntó a Anna con voz insegura. Al fin y al cabo, no era «totalmente» obligatorio.

«Si no me queda más remedio...».

—Creo que deberíamos.

Un foxtrot lento. Mercier no había pasado de unas lecciones tomadas a los diez años, con chicas y chicos provistos de guantes blancos, y sus movimientos eran torpes y mecánicos. Anna no lo hacía mucho mejor, pero se las arreglaron para dar vuelta tras vuelta al pausado ritmo de la pieza en su trozo de pista. Mercier, rodeando suavemente a Anna con el brazo, encontró su espalda firme y luego blanda por encima de las caderas. Y los movimientos de su cuerpo —ágil y flexible bajo la fina seda del vestido—, más que interesantes, hasta el punto de que su brazo, como si tuviera voluntad propia, quería cerrarse alrededor de la cintura de Anna, que lo envolvía en su penetrante perfume y le sonreía mientras bailaba. ¿Era una sonrisa cómplice? ¿Alentadora? ¿Incitante? A Mercier le habría gustado que lo fuera, y se la devolvió. Por fin, reanudando la charla cortés, Anna comentó:

—Ese tipo de Renault es un perdonavidas.

—Cargos y privilegios aparte, es un comerciante. Vendiendo su producto.

—Aun así... —empezó a decir Anna. El interludio de la canción era lento. La mano de Anna, ligeramente húmeda, apretó la suya—. Podría ser un poco más sutil.

—Sí, pero el comandante ha aguantado el tipo —opinó Mercier.

Al girar, una mujer que estaba detrás de Anna retrocedió bruscamente, chocó con ella y la arrojó a los brazos de Mercier.

—Lo siento —murmuró Anna—. No se me da demasiado bien —dijo apartándose al cabo de un instante.

—Ni a mí —admitió Mercier.



Anna lo miró. Realmente, se dijo Mercier, tenía unos ojos verdes preciosos.

—¡Bueno! —dijo Anna riendo—. Lo de esta noche ha sido totalmente inesperado.

—¿Se le ha hecho muy pesado?

Mercier sonrió esperanzado.

—No —respondió Anna—. No demasiado.

La canción terminó y volvieron a la mesa.

A medianoche, mientras regresaban en el Buick, Anna encendió otro cigarrillo, y esta vez Mercier la acompañó. Iban en silencio, tras haber hablado animadamente durante toda la velada; se limitaban a contemplar las calles que se sucedían tras los cristales y las escasas luces que permanecían encendidas en la ciudad dormida.

—No hace falta que me acompañe arriba —dijo Anna cuando el coche se detuvo ante su puerta.

—¿Seguro? —preguntó Mercier con la mano en la manilla de la puerta.

Era de suponer que Maxim, su novio, estaría despierto, esperándola.

—Sí. Gracias, coronel. Ha sido una noche para recordar.

—Soy yo quien le está agradecido, Mademoiselle Szarbek.

«Y quien recordará esta noche».

Marek abrió la puerta. Anna bajó del coche y luego se volvió y se despidió con la mano. Cuando desapareció en el interior del edificio, el Buick arrancó.

23 de octubre. En Glogau, la mañana era húmeda. Al amanecer había llegado un frente frío, y sobre el río flotaban jirones de blanca bruma. En el centro de la ciudad, no muy lejos del puente del ferrocarril, la planta baja del edificio de ladrillos del 35 de la Heimerstrasse estaba ocupada por una juguetería, con los escaparates abarrotados de trenecitos, muñecas y soldados. La tienda, toda una institución local, llevaba allí años y sólo había cerrado momentáneamente cuando su propietario, un judío, había abandonado la ciudad de improviso, para volver a abrir un par de días después, con las lunas reemplazadas por el nuevo dueño, que siguió vendiendo juguetes, como siempre.

El anterior propietario, que había prosperado hasta el punto de poder comprar todo el edificio, había instalado a su familia en la primera planta, una

espaciosa vivienda de ocho habitaciones. Tras su huida, el piso, una vez vendidos los muebles, se había transformado en oficina. Ahora era la sede en Glogau del SD, el Sicherheitsdienst, el servicio de inteligencia de las SS, originalmente integrado en la sección de seguridad del Partido Nacional Socialista y con tanto peso en la actualidad como la Abwehr, la sección de inteligencia militar del Estado Mayor del ejército. En 1933, al llegar al poder, el partido necesitaba un servicio más adecuado a sus particulares objetivos políticos, por lo que el SD se convirtió en un departamento oficial que se ocupaba del contraespionaje extranjero, mientras su hermana, la Gestapo, funcionaba como la policía de seguridad del Estado. La oficina de Glogau, dependiente del SD de Breslau, se ocupaba de Polonia y su personal consistía en dos secretarías, dos administrativos, tres tenientes y un supervisor, el Stürmbannführer —comandante— de las SS August Voss, conocido por sus subordinados como Cara de Rana.

¿Por qué? ¿Se parecía a esos batracios? En realidad, no tanto. Sí, tenía bolsas bajo los ojos, un poco saltones, que observaban el mundo a través de unas gafas de culo de vaso; pero había más: una especie de furia depredadora en el rictus de la boca, como si estuviera impaciente por zamparse algún bicho pero no viera ninguno en el agua que se deslizaba junto a su roca. Bueno, de vez en cuando veía algunos, pero nunca los suficientes, y, si no encontraba más, se quedaría en aquella roca de Glogau para los restos. En sus años mozos, mientras ejercía como profesor auxiliar de Economía en Dresde, se había unido a los jóvenes y brillantes abogados, ingenieros y periodistas del emergente Partido Nazi, decidido, tras una guerra perdida, a aupar a la nación hasta la supremacía en Europa. Ingresaron en las SS, la Orden Negra, y se comprometieron a guardar secreto, obedecer y ejercer toda la violencia y el terror que fueran necesarios para alcanzar poder. Y, a su debido tiempo, lo alcanzaron.

Para August Voss, eso significaba un puesto en el SD y, esa húmeda mañana de octubre en Glogau, la noticia de un bicho en potencia. La puerta de su despacho permanecía abierta, pero su lugarteniente, tras arreglarse el nudo de la sobria corbata —en el SD, una organización secreta, vestían de paisano—, golpeó la hoja respetuosamente con los nudillos.

—¿Sí? —gruñó Voss, que había nacido enfadado y parecía amenazar con cada palabra que salía de su boca.

—Hemos recibido un informe de la policía de Glogau, señor.

—¿Que dice...?

El lugarteniente echó un rápido vistazo al documento para asegurarse de que lo había leído correctamente.

—Que dice que una vecina de Glogau observó un comportamiento sospechoso por parte de un ciudadano alemán. En el expreso Varsovia-Glogau.

—¿Qué hizo ese hombre?

—Actuó de un modo sospechoso, no descrito, y posiblemente eludió el control de pasaportes de la estación de Glogau.

Voss extendió una mano y chasqueó los dedos.

—No dice cómo —constató tras leer el informe—. Sólo que estaba en la cola y al cabo de un momento había desaparecido.

—Sí, señor.

Voss volvió a leer. El teniente permanecía callado. En el silencioso despacho, al que sólo llegaban el teclear de las máquinas de escribir y el siseo de los radiadores, el ruido de los dedos de Voss tamborileando en el escritorio metálico sonaba fuerte y seco.

—Hmmm —murmuró—. ¿La Gestapo tiene esto?

—No, señor. Sólo nosotros.

—¿Por qué?

—Porque el supervisor de la policía está convencido de que, para él, es mejor así.

Por toda respuesta, Voss tensó ligeramente las comisuras de los labios, gesto que quienes lo rodeaban habían aprendido a interpretar como una sonrisa.

—Muy bien. —Voss hizo una pausa, dejó el documento extendido sobre la mesa y lo leyó una vez más. «Puede que a continuación se revuelque en él», pensó el teniente—. Hágale saber que apreciamos su sentido común.

—Lo haré, señor.

—Y tráigame a esa Frau Schimmel. Sabe más de lo que dice el informe.

—Sí, señor. ¿Esta tarde, señor?

—Ahora.

—Sí, señor. ¿Envío un despacho a la oficina del control de Glogau?

—No, aún no.

—Sí, señor.

—Eso es todo, teniente.

—Gracias, señor.

Los dos tenientes no se fueron de inmediato; antes comprobaron que el nombre de Frau Schimmel no figuraba en el registro de presuntos comunistas, socialistas, homosexuales, masones y demás gente de interés. Luego, se dirigieron en coche a uno de los barrios más degradados de Glogau: viejos y tristes edificios de viviendas del siglo XIX.

Cuando Frau Schimmel oyó los golpes de nudillos —golpes oficiales—, estaba en bata y llevaba una redecilla en la cabeza. Viuda con hijos ya mayores, alargaba la vida de su vestido bueno dejándolo en el armario hasta un momento antes de salir. Cuando oyó llamar, estaba preparándole el desayuno a su perra salchicha: trocitos de carne con una pizca de tocino para mejorar el lustre de su pelaje. Dejó lo que estaba haciendo y salió de la cocina a toda prisa, con el corazón palpitante. Aún le latió más deprisa cuando abrió la puerta y vio a aquellos dos jóvenes con abrigo y sombrero, porque parecían exactamente lo que eran.

—¿Sí?

—¿Frau Berta Schimmel?

—Sí, señor.

—Su documentación, Frau Schimmel.

La mujer cogió el monedero y sacó el documento con manos temblorosas.

—Pertenece a los servicios de seguridad, Frau Schimmel —dijo el teniente al devolvérselo—. Tenga la amabilidad de acompañarnos a nuestra oficina.

Frau Schimmel empezaba a sospechar que aquello tenía algo que ver con las declaraciones que había hecho a la policía, en la persona de un grueso y paternal sargento de la comisaría de Glogau, declaraciones que se había visto obligada a hacer. Con enorme inocencia, había mencionado al hombre del tren delante de un vecino, que primero había sugerido que informara a las autoridades y luego, en un tono sutilmente amenazador, había insistido en ello. Bueno, pues mira la que le había caído encima. A sus pies, la perrita le pedía el desayuno.

—Luego, *Schatzi* —le dijo—. Ahora pórtate bien.

Sabía que aquellos hombres no iban a quedarse esperando mientras le daba de comer a *Schatzi*. Se echó el abrigo por encima de la bata y se quitó la redecilla. Estaba espantosa, pensó; pero, cuando unos hombres como aquéllos llamaban a tu puerta, hacías lo que te mandaban.

Vistas desde el asiento trasero del Grosser Mercedes, las húmedas calles formaban un Glogau totalmente nuevo para Frau Schimmel, que había vivido allí toda su vida. Tuvo que aguantarse las ganas de entablar conversación, de

decirles que era una buena y honrada ciudadana que cumplía todas las leyes; pero sabía mantener la boca cerrada. Al cabo de unos minutos, el coche se detuvo ante la juguetería de la Heimerstrasse. Luego, la acompañaron al primer piso.

En la oficina, se sentó al borde de una silla, frente a la mesa de una secretaria, y esperó. La secretaria era la hija pequeña de una modista para la que Frau Schimmel cosía ocasionalmente, y las dos mujeres se habían encontrado más de una vez, pero no se saludaron. Al rato, la llevaron a otro despacho, donde la esperaba uno de los jóvenes que la habían detenido —así lo veía ella—, sentado ante un escritorio vacío. Casi enseguida, se le unió otro individuo, un hombre de aspecto atemorizador, con gafas gruesas, que se sentó en una silla justo al lado de ella, pero un poco más atrás, de tal forma que no podía verlo completamente.

Preguntas y más preguntas. Hizo todo lo que pudo para contestarlas, con la voz entrecortada por la angustia.

—Conteste, Frau Schimmel —dijo el hombre sentado tras ella.

En primer lugar, ¿quién era? ¿Quién había sido su marido y en qué había trabajado? ¿Y sus hijos? ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? ¿Cuánto llevaba viviendo en su dirección actual? Y antes, ¿dónde vivía? ¿Y antes de eso? Luego: ¿a qué había ido a Varsovia? A visitar a su hermana, casada con un polaco de origen alemán; la veía un par de veces al año, las únicas ocasiones en las que viajaba, porque su pensión no daba para mucho, y su hermana la ayudaba a pagar el viaje. Bien, entonces su cuñado polaco, ¿qué hacía? Y así sucesivamente.

Por fin, al cabo de cuarenta y cinco minutos, la interrogaron sobre el viaje en tren a Varsovia y el individuo pálido e inquieto que iba sentado frente a ella. Se había levantado rápidamente, había salido del compartimento y, luego, había intentado bajar del tren antes del control de pasaportes de Polonia. Había algo en él que la había hecho sentirse incómoda; estaba asustado, había pensado Frau Schimmel, como si tuviera algo que ocultar: no paraba de mirar a su alrededor y observar a los otros pasajeros. Más tarde, en la estación de Glogau, lo había visto ponerse en la cola del control de pasaportes y, minutos después, cuando ella casi había llegado a la mesa, se había vuelto y no lo había visto en ningún sitio. Había desaparecido. Al día siguiente, había acudido a la comisaría de policía para informar a las autoridades.

Si esperaba que se mostraran agradecidos, se llevó una triste decepción. El joven del escritorio no mostró la menor reacción y el hombre al que no podía

ver permaneció en silencio.

—Ahora, Frau Schimmel, díganos qué aspecto tenía ese hombre tan nervioso del expreso Varsovia-Glogau.

Ella respondió lo mejor que supo: un hombre bastante corriente, les dijo, de altura y peso tirando a normales. Habían cruzado unas palabras; ella le había ofrecido un caramelo y él lo había rechazado educadamente, en un alemán que se correspondía bastante con el que hablaba todo el mundo en Silesia. Tenía poco pelo, cuidadosamente peinado para cubrirse la calva, un bigote bastante tupido y la nariz protuberante, dividida en la punta. No, no era pobre, ni tampoco rico, a juzgar por su ropa; quizá un profesor, o un hombre de negocios. Luego, le hicieron empezar de nuevo desde el principio, no una, sino dos veces, repitiendo las preguntas pero de otra manera. Sin embargo, el hombre del tren era el mismo. Tal vez volvieran a llamarla, le advirtió el joven, y, si recordaba más detalles, su deber era ponerse en contacto con ellos. ¿Entendido? Sí.

Por fin, le permitieron irse. Tenía algunos *Groschen* en el bolsillo, lo suficiente para coger el tranvía y regresar a su barrio. Una vez en casa y a salvo, le dio de comer a la perrita, abrió el armario de la cocina, sacó la botella de schnapps de patata, se sirvió un poco en un vaso de agua y volvió a servirse. Agotada, se dejó caer en el sofá, al que la perrita se apresuró a trepar para sentarse a su lado. Había sido una mala mañana para las dos.

—Pobre *Schatzi* —dijo. El animal la miró y agitó la cola una sola vez—. Tú mamá es una cándida, pequeña... Habla demasiado. Pero nunca más, nunca más. —Otro meneo de la cola: «Aquí estoy»—. Eres una buena chica, *Schatzi*. ¿Y si no hubiera vuelto a casa? ¿Entonces, qué?

31 de octubre. El último cuarto de la luna menguante, según el calendario lunar de Mercier. En el piso de la avenida Ujazdowska eran poco más de las ocho de una mañana muy animada. Marek había llegado una hora antes y ahora estaba leyendo el periódico matutino y charlando con Wlada y la silenciosa cocinera, que apenas le hacían caso, atareadas en preparar sándwiches —jamón con mantequilla en gruesas rebanadas de pan blanco recién traído de la panadería—, hirviendo huevos y haciendo una pequeña tarta de huevos, mantequilla y uvas, para envolverlo todo en papel de estraza y meterlo en una cesta de mimbre, con seis botellas de cerveza negra y un termo de café.

Mercier estaba en su despacho, limpiando y engrasando su arma de reglamento, una Browning Le Français automática de 9 milímetros, de aspecto muy similar a la Luger alemana. Cuando acabó, la cargó cuidadosamente y luego se metió la caja de balas en un bolsillo del Barbour y la pistola en el otro. ¿Funcionaba la linterna? La encendió, deslizó el haz luminoso a lo largo de la cortina de seda y optó por cambiar las pilas. A continuación, cogió unas botas del vestidor, se las puso sobre unos gruesos calcetines de lana y se anudó los cordones. Se sentía cómodo. Le gustaba llevarlas, y también ponerse el Barbour, cosa que ahora apenas hacía, porque ya no salía a cazar. De vez en cuando, lo invitaban a la caza del *rogacz*, el gran jabalí de los bosques de las montañas polacas, pero siempre se excusaba, porque ya no quería dispararle a nada.

Y, salvo por cierta conocida opresión en la boca del estómago, también se alegraba de salir de la ciudad. Había estado ocupado escribiendo despachos, redactando informes, estableciendo contacto con dos... en fin, no había más remedio que llamarlos «agentes» de Bruner, que trabajaban en la industria del armamento. Se enteraba de todo lo que necesitaba saber a través de Vyborg y otros, que estaban encantados de tenerlo al día. Pero era habitual hablar con informadores especializados, y sospechaba que Vyborg y el Dwojka sabían exactamente cuándo lo hacía, aunque no le daban mayor importancia, puesto que sin duda sus agregados en Francia actuaban del mismo modo.

Así que, durante la semana anterior, había estado prácticamente encerrado en su despacho, aunque una tarde, bajo un débil sol otoñal, había encontrado tiempo para jugar un partido de dobles en Milanowek. Entre los jugadores estaba la princesa Toni, pero esta vez como oponente, aunque después del partido se habían encontrado para charlar unos instantes. Cálida y animadamente, como siempre, sin la menor alusión a la escena del cuarto de baño de invitados. Un hombre de mundo, una mujer de mundo, una brejos del cabo Bon. Localizarlo no habría sido ningún problema en otros tiempos, cuando cada punta, cada cabo, puerto y desembocadura de río de las rutas frecuentadas por los mercantes disponía de luces de identificación descritas en los almanaques náuticos; pero la guerra había convertido las costas en bajas y borrosas formas al borde del mar, un mar que había vuelto a ser el de Homero. Ratter había observado las estrellas la noche anterior y estimado la posición del barco respecto del sol de mediodía. Poseía un talento innato para las matemáticas y era un magnífico oficial de derrota, infinitamente superior a DeHaan, o a cualquier otro miembro de la tripulación, a la hora de determinar

el rumbo observando los cuerpos celestes. Y, cuando un débil resplandor iluminó el horizonte por el lado de tierra, afirmó que era Bizerta.

Esa noche, el barco permaneció con las luces apagadas, mientras surcaba lentamente las tranquilas aguas en dirección al desierto costero. A las 20:30 se oyeron pasar aviones que se alejaban hacia el este.

—Puede que sean de los nuestros —dijo Sims.

Volaban a gran altura, produciendo un zumbido sordo y constante, y su paso duró unos treinta segundos. Ahora el *Noordendam* se encontraba en el centro geográfico de la guerra en el Mediterráneo, con Cerdeña y Sicilia al norte; las bases británicas de Malta a unas dos mil millas al este; las divisiones de Wavell, que luchaban contra los italianos en el desierto de Libia, a unos cientos de millas al sur, y la Grecia ocupada por los alemanes y las fuerzas británicas de Creta a unas ocho mil millas al este. Poco después de las nueve, DeHaan bajó a la radio para escuchar las noticias de la BBC con el señor Alí.

A DeHaan le gustaba visitar a Alí, un cairota muy fino —gafas de montura dorada y boquilla de marfil—, muy culto y muy orgulloso de su inglés británico —había quien aseguraba haberle oído utilizar la expresión «*old boy*»—, aprendido en colegios coloniales. Excelente operador de radio, chapurreaba varios idiomas y, como sintonizaba la BBC cada hora, se había convertido en el periódico del barco.

DeHaan se había perdido parte de la emisión, de modo que el señor Alí se la resumió. La noticia principal se refería a la situación en Irak, donde las tropas británicas habían tomado Basora y los campos petrolíferos del sur. El gobierno de Raschid Alí estaba aliado con las potencias del Eje y pedía la intervención alemana, pero, como decía el locutor, nada podría detener el avance inglés sobre Bagdad.

—Y luego —dijo el señor Alí—, el pobre Londres ha sufrido un bombardeo realmente horrible. El Museo Británico, en el que he estado, y la abadía de Westminster —lamentó el radiotelegrafista, mientras la BBC informaba de que Rudolf Hess, tercero en la jerarquía del Reich, había volado hasta Escocia, aterrizado en paracaídas y, en esos momentos, estaba siendo «interrogado por las autoridades».

El locutor finalizó la noticia de un modo un tanto abrupto, sugiriendo que ni la BBC ni nadie sabía lo que estaba ocurriendo, y pasó a los «mensajes personales», comunicaciones en clave a los agentes clandestinos repartidos por toda Europa y el Norte de África.



—La clase del señor Johnson, de la escuela Preston, está visitando el zoo. La clase del señor Johnson, de la escuela Preston, está visitando el zoo.

»Gabriel, tu prima Amelia tiene el ramo de flores. Gabriel, tu prima Amelia tiene el ramo de flores.

Y así sucesivamente, mientras DeHaan y el señor Alí el cielo de negro humo, en una atmósfera cargada de polvo y olor a carbón quemado.

Marek condujo en dirección norte durante un rato y luego tomó una pista de tierra llena de profundos surcos, maldiciendo entre dientes mientras el coche saltaba y se balanceaba, y las ruedas patinaban en el barro de los charcos. Las luces de Katowice desaparecieron a sus espaldas. Altos cañaverales ocultaban la pista. El Buick trepó una larga y suave pendiente hasta una granja con las ventanas tenuemente iluminadas, ante la que Marek detuvo el vehículo. Con un gruñido de satisfacción por el trabajo finalizado, puso punto muerto y apagó el motor. Dos perros, del tipo mastín alemán, se acercaron trotando y empezaron a ladrar y correr en círculo alrededor del coche, pero en ese momento un hombre salió de la casa poniéndose los tirantes y masculló una orden. Al instante, los animales se callaron y se tumbaron sobre el vientre, jadeando.

—Se acordará de Josef... —dijo Marek.

Mercier se acordaba. Pariente de Marek, o de su mujer. Le estrechó la mano, que parecía un trozo de madera cubierto de lija.

—Me alegro de volver a verlo. Entre.

Pasaron junto a un corralillo en el que dormían dos cerdos y entraron en la casa, donde dos mujeres sentadas a la mesa se pusieron en pie. Una de ellas ajustó la lámpara de aceite para que diera más luz.

—¿Quieren beber algo, señores? —preguntó la otra.

—No, gracias —respondió Marek—. No podemos quedarnos mucho.

—Han llegado en buen momento. La siguiente patrulla pasará a las once treinta y cinco.

—¿Siempre son puntuales? —preguntó Mercier.

—Como un reloj —aseguró Josef.

—¿Llevan perros?

—En ocasiones. La última vez que estuve allí, diría que los llevaban, pero sólo ladran si huelen algo.

Mercier consultó su reloj.

—Deberíamos irnos.

—Pasarán junto a la granja de Rheinhart, a unos quince minutos de aquí. Es mejor que no se acerquen demasiado. ¿Comprenden?

—Sí —respondió Mercier—. Volveremos dentro de dos horas. Si no aparecemos, tendrá que hacer algo con el coche.

—Nos ocuparemos de él —respondió Josef.

—Tengan cuidado —dijo la mujer más joven.

Cuando las luces de la granja desaparecieron detrás de una colina, la oscuridad se hizo casi total, con el delgado arco de la luna menguante asomando de vez en cuando entre las densas nubes. Del oeste soplabla un viento cortante y continuo, y al principio Mercier tuvo frío, pero costaba avanzar por aquel terreno pantanoso, y el esfuerzo no tardó en hacerle entrar en calor. Llevaba la linterna apagada: la patrulla alemana aún tardaría en pasar, pero no podían arriesgarse. A Mercier, la noche le producía una sensación de desamparo, de aislamiento del mundo, en medio de un profundo silencio en el que sólo se oía el suspiro del viento, interrumpido una sola vez por el grito de una rapaz nocturna.

Se mantuvieron alejados de la granja de Rheinhart, una granja alemana, y luego treparon por una empinada cuesta que ascendía hasta la alambrada polaca. Mercier había visto las defensas polacas desde el otro lado, durante una visita oficial con un capitán del ejército como guía. No eran muy profundas: tres líneas de alambre de espino —una maraña de dos metros y medio de espesor—, unas cuantas casamatas disimuladas, fortines de hormigón con troneras... Trampas mortales, lo sabía bien, ideadas para detener al enemigo durante unos minutos preciosos. Donde acababa la alambrada polaca, bajaron al otro lado de la colina y se dirigieron hacia la izquierda, al territorio alemán.

Mercier le dio un golpecito en el hombro a Marek, que mantuvo el abrigo abierto para tapar el haz de la linterna mientras Mercier consultaba el mapa y confirmaba lo que había memorizado esa mañana. La primera alambrada alemana estaba a unos doscientos metros al oeste, y allí se dirigieron. Avanzaban lentamente, tanteando el terreno y parándose cada pocos minutos para quedarse completamente inmóviles y escuchar. Sólo se oía el viento. En una ocasión, al reanudar la marcha, Marek creyó oír algo e indicó a Mercier que se detuviera. Éste se llevó la mano al bolsillo y, mientras buscaba la empuñadura de la pistola, vio que Marek hacía lo mismo. ¿Voces? ¿Pasos? No, silencio y luego, al este, el lejano fragor de un trueno. Pasado un minuto, volvieron a ponerse en marcha y llegaron a la alambrada alemana, un amasijo de alambre de espino sujeto mediante estacas de hierro oxidado clavadas en la

tierra. Marek y Mercier la cortaron con unas grandes tenazas y se turnaron para sujetarla hasta que los dos estuvieron al otro lado. Treinta metros más allá, la segunda línea, que cruzaron del mismo modo.

Un poco más adelante, Mercier perdió el equilibrio: de pronto, notó que el suelo se hundía bajo sus pies, y estuvo a punto de caer, pero consiguió agarrarse a la tierra con una mano. Terreno suelto y blando. ¿Qué demonios era aquello? A su lado, Marek hurgaba en la tierra con un pie. Conteniendo las ganas de encender la linterna, Mercier se arrodilló, palpó el suelo y empezó a excavar con una mano. Gateó un poco, volvió a excavar y esta vez, a algo menos de medio metro de profundidad en la tierra suelta, su mano encontró una superficie de áspero hormigón, conglomerado. Podía notar las piedras en la argamasa de cemento. Mientras seguía cavando, Marek se acercó a gatas y le susurró al oído:

—¿Qué es?

«Un diente de dragón», pero no sabía cómo se decía en polaco.

—Una trampa para tanques —respondió.

—¿Enterrada?

—Sí, abandonada.

—¿Por qué?

Mercier meneó la cabeza. No había motivo, o, mejor dicho, había demasiados.

Siguieron gateando, con las rodillas hundiéndoseles en la blanda tierra, hasta llegar a terreno firme; por sus dimensiones, la trampa era muy parecida a las que Mercier conocía: una zanja con las paredes en pronunciada pendiente, de unos seis metros de anchura, con una hilera de puntiagudos pilones de hormigón a media altura. Si un comandante de tanque no la veía, su vehículo caería por la pendiente hasta chocar con el morro contra los llamados dientes de dragón y quedaría inmovilizado. No era un elemento insólito en una fortificación fronteriza, pero lo habían excavado y más tarde habían vuelto a llenarlo; luego, la lluvia y el tiempo habían asentado la tierra removida.

Y Mercier sabía que no figuraba en el mapa, que mostraba una tercera línea de alambradas. Minutos después la encontraron y la cruzaron tras cortarla. Apenas visible, a unos cincuenta metros frente a ellos, se alzaba una torre de vigilancia, una tenue silueta contra el cielo nocturno. De pronto, en algún punto situado a la derecha de la torre, se encendió un foco, cuyo haz barrió la oscuridad, pasó de largo y luego volvió. Para entonces, los dos

estaban tumbados boca abajo. Del lugar del que procedía la luz, les llegó un grito:

—*Haití!* —Luego, también en alemán—: ¡En pie!

Mercier y Marek se miraron. El arma del polaco, una Radom automática, apuntaba hacia la voz y la luz, que de pronto se apagó. «¿En pie? —pensó Mercier—. ¿Entregarnos? ¿Admitir avergonzados quiénes somos? ¿Llamadas de teléfono a la embajada francesa en Berlín?». Mientras Marek permanecía alerta, Mercier sacó la pistola del bolsillo y se la apoyó en la parte interior del codo. La luz volvió a encenderse y empezó a moverse a medida que su portador avanzaba hacia ellos. Fue Marek quien disparó primero, pero Mercier apuntó a la luz y lo imitó al instante, haciendo que el arma se agitara dos veces en su mano. Luego, rodó por el suelo tan rápido como pudo para alejarse de Marek y el lugar desde el que habían disparado. En la oscuridad, la luz se apagó y una voz exclamó «¡*Ach!*!» y soltó un juramento, mientras la descarga de respuesta silbaba por encima de la cabeza de Mercier. De pronto, sintió una punzada en un lado de la cara y, cuando intentó volver a apuntar, los fogonazos naranja de los disparos alemanes seguían flotando ante sus ojos. Se llevó la mano debajo de la sien y se la miró. No era sangre, sólo barro.

Silencio. Mercier contó sesenta segundos, setenta, noventa... La luz volvió a encenderse, sólo durante uno o dos segundos, dirigida, no a ellos, sino al suelo bajo ella, y luego se apagó. Mercier creyó oír susurros y un débil ruido de gente moviéndose. ¿Sería posible que escaparan de aquella? Con enorme cautela, empezó a arrastrarse hacia atrás y, cuando Marek se dio cuenta, lo imitó. Volvieron a esperar, tres, cuatro minutos... Luego, Mercier hizo señas a Marek: «Volvamos a movernos». Otros diez metros, y otro alto.

Un último minuto, y se levantaron y, agachados, echaron a correr hacia Polonia.

Mercier tenía previsto pasar la noche en un hotel de Katowice, pero se lo pensó mejor. Cuando llegaron a la granja, subieron al Buick y se alejaron a toda velocidad, botando y traqueteando sobre los surcos de la pista, sin encender los faros hasta que alcanzaron la carretera principal. Cuando salieron de Katowice y estuvieron en campo abierto, Marek murmuró:

—Nos ha ido de poco.

—Sí. Creo que hemos tenido suerte.

—No iba a permitir que me cogieran, coronel.

Mercier asintió. Sabía que Marek había sido prisionero de los rusos cuando luchaba en la Legión Polaca a las órdenes de Pilsudski. Sólo habían sido diez horas, pero nunca olvidaría lo que le habían hecho.

—Hay algo que quiero preguntarle —dijo Marek—. ¿Por qué han tapado la trampa para tanques?

—Tal vez cambiaron de opinión —respondió Mercier—. Tal vez no estaba donde les convenía. Tal vez haya otra a unos cientos de metros al norte, no lo sé, pero es la explicación más plausible. O, mirándolo de otro modo, un ejército que se dispone a atacar con una fuerza blindada se libraría de las defensas estáticas entre sus tanques y la frontera enemiga. Porque, en ese caso, serían un estorbo.

La descripción técnica de Mercier apenas sugería lo que temía. Aquello era sencillamente la preparación para la guerra, un clásico e inequívoco signo de que se planeaba una agresión. Los periodistas podían retorcerse las manos desde la edición matutina hasta el cierre del periódico —«¡Se acerca la guerra! ¡Se acerca la guerra!»—, pero lo que él había descubierto en mitad de la noche no era una opinión, sino una trampa para tanques abandonada, una defensa retirada, y lo que venía a continuación era un ataque, una ofensiva, casas ardiendo en la noche.

Marek no quería creerlo.

—Vendrán hacia aquí, coronel, eso es lo que usted piensa, ¿verdad? —murmuró al cabo de unos instantes—. Tanques alemanes, avanzando hacia el territorio polaco...

—Eso sólo Dios lo sabe. A veces, los gobiernos se preparan para actuar y luego cambian de opinión. Las alambradas seguían en pie.

—¿Informará de ello, coronel?

—Sí, Marek, ése es mi trabajo.

Viajaron toda la noche, y Mercier sustituyó a Marek al volante durante unas horas. Al este de Koluszki, con el polaco conduciendo de nuevo, reventó una rueda, y tuvieron que parar para cambiarla. Manejando la llave de tubo se les helaron las manos. El cielo empezaba a clarear cuando llegaron a Varsovia y, cuando Mercier entró en casa, Wlada oyó sus pasos y, temiendo que se tratara de un intruso, preguntó:

—¿Coronel?

—Sí, Wlada, soy yo.

La mujer abrió la puerta de su habitación y salió a la cocina.

—Ha vuelto temprano —dijo—. Gracias a Dios.

—Sí —respondió Mercier—. He vuelto. Vuelve a la cama.

Dejó la pistola automática sobre el escritorio. Ahora tendría que volver a limpiarla. Luego, mientras se quitaba la ropa, pensó en la carta que guardaba en el cajón de su mesa en la embajada, una carta en la que pedía el traslado. Tendría que romperla.

La trampa abandonada seguía dándole vueltas en la cabeza. Como prueba no era gran cosa, y para los mandamases del Estado Mayor no significaría nada; pero a él lo había dejado helado, y no podía dejar de pensar en ella. Por otra parte, se dijo, mientras devolvía el Barbour a su colgador, si seguía en Varsovia, podría volver a ver a Anna Szarbek. Verla a solas, en algún sitio. Pasar una tarde con ella. Desde luego, a él le gustaría. Puede que a ella también.

—Buenas noches, coronel —dijo Wlada desde la otra punta del piso.

«Sí, querida Wlada, estoy en casa y a salvo».

—Buenas noches, Wlada. Que descanses.

## **EN LA COLINA DEL CUERVO**

7 de noviembre de 1937. El ministerio polaco de Asuntos Exteriores, que tenía su sede en un elegante edificio de la plaza Saxon, celebraba su tradicional cóctel de otoño en la biblioteca, en la que habían desaparecido las largas y relucientes mesas y se había instalado un bar —vodka polaco y champán francés, en homenaje a una alianza secular— frente al alto ventanal cubierto con cortinas del final de la sala. Una biblioteca magnífica. Libros antiguos encuadernados en piel y alineados hasta el techo, algunos, en latín medieval, sobre las especialidades nacionales, matemáticas y astronomía — allí estaba, entre otros, Copérnico—, en las que sus sabios habían sobresalido tradicionalmente. La solemnidad de la imponente biblioteca se traducían en serias, incluso elevadas conversaciones entre los invitados a la fiesta, tan concurrida como de costumbre. Y el arenque fresco a la crema era excepcional. Tan trascendentalmente bueno que a uno podía empezar a importarle el derecho de acceso al Báltico de los polacos a través de Danzig.

El contingente francés se reunió en la embajada y se puso en camino en una procesión de Buicks encabezada por el embajador y su esposa, a los que seguían Le Beau, el encargado de negocios, y Jourdain, que acompañaba a Mercier en su coche, con un Marek impecable en su traje azul más sobrio y oficial. Cerraban la comitiva el agregado naval y el de aviación.

En la biblioteca, una multitud deslumbrante: medallas por doquier y uniformes de al menos ocho ejércitos y seis armadas. Mercier observó las caras de las mujeres presentes con una atención que más de una encontró halagadora, pero no vio ni rastro de Anna Szarbek. Allí estaban los Biddle — el embajador de Estados Unidos y su esposa—, pareja particularmente visible en la cima de la alta sociedad de Varsovia, y el coronel De Vezenyi, formidable húngaro, decano de los agregados militares de la ciudad, acompañado por su amante, la espectacular estrella del cine polaco conocida como Karenka. Mercier charló unos minutos con ellos. De Vezenyi tenía la dudosa fama de conocer al dedillo todas las intimidades de la comunidad diplomática.

—Y, según me han dicho, se pegó dos horas en el armario, en calzoncillos y temblando.



Acto seguido, Mercier se encontró en compañía de los Rozen, Malka y Viktor, burócrata de segundo rango en la sección comercial de la embajada soviética. En Polonia no abundaban los comunistas; la seguridad interna se mostraba singularmente implacable en su persecución, así que nada de manifestaciones obreras ni recogidas de firmas para exigir justicia en el asunto que tocara esa semana. Para tener un punto de vista desde ese ángulo en particular, Mercier debía conversar con los Rozen o alguno de sus camaradas, cuando el azar le ofrecía esa oportunidad. Pero no le importaba. Los Rozen le caían bien.

Y, ¿cómo no? Eran encantadores hasta decir basta. Viktor Rozen, encorvado por una enfermedad infantil padecida en Odessa, miraba a sus congéneres alzando la cabeza, lo que hacía creer a los más tontos que estaban por encima de él. Y su mujer era irresistiblemente afable y maternal, con una sonrisa siempre a punto de transformarse en risa. ¡Vaya dos! En ocasiones como aquella, siempre se los veía juntos —dos intelectuales judíos de ojos brillantes, él; con su monacal corona de pelo gris, y ella, alta y corpulenta— y siempre estaban ansiosos por saber de tu vida. Trabajaban para el GRU, se decía, el servicio secreto del ejército ruso, no para la brutal NKVD, no los buenazos de los Rozen. ¿Quién era el jefe de los espías en la familia, Malka o Viktor? Entre los diplomáticos locales, las opiniones estaban divididas.

—Bueno, ¿cómo le trata la vida, mi querido coronel? —le preguntó Viktor Rozen en un alemán suavizado por un deje yiddish.

—Muy bien, gracias. ¿Y a ustedes?

—Podría tratarnos mejor, pero no nos quejamos. Por cierto, ahora mismo Malka y yo manteníamos una pequeña discusión...

—¿Ustedes?

La sonrisa de Malka se hizo más amplia.

—Pero muy pequeña.

—Tal vez usted pueda zanjarla. Nos preguntábamos qué ha sido de Von Sosnowski.

—Creo que está en la cárcel, en Alemania —dijo Mercier.

Von Sosnowski, el protagonista de lo que se conocía como «el affaire Sosnowski», un atractivo oficial de caballería polaco residente en Berlín, había reclutado a cuatro o cinco atractivas alemanas, todas de familia noble, primero como amantes, locamente enamoradas de él, y luego como agentes, para espiar a su empresa, el Estado Mayor alemán, para el que, empobrecidas por la Gran Guerra, trabajaban como administrativas.

—Lo estaba —respondió Viktor—. Es indudable que estuvo en prisión, condenado a cadena perpetua, el pobre diablo; pero tengo entendido que lo soltaron.

—¿De una prisión alemana? —repuso Malka—. Jamás.

—Me ha contado un pajarito que lo canjearon por una alemana que espiaba a los polacos, a petición del SD, Heydrich y los suyos.

Mercier meneó la cabeza lentamente.

—No. Al menos, yo no lo he oído.

—¿Lo ves? —le dijo Viktor a Malka—. El coronel es un gran amigo de la administración polaca. Sin duda se lo habrían contado. Demasiado bueno para no contarle, ¿no?

—No me dicen tantas cosas, Herr Rozen.

La aparente ingenuidad de la sonda hizo sonreír a Mercier.

—¿No? Entonces puede que no. Pero he oído que Sosnowski está aquí, en Varsovia, destrozado, con el pelo blanco desde que estuvo en la cárcel, alcoholizado, viviendo en la miseria en una habitación, en algún sitio.

Cuando Mercier estaba a punto de responder, lo distrajo la risa estentórea de un invitado próximo a ellos y, al mirar por encima del hombro de Malka, vio al individuo que vivía con Anna Szarbek, Maxim, hablando con un señor con monóculo y fajín. Al lado de Maxim, Anna, vestida de un modo muy similar a la noche del Europejski, respondía a la broma del joven mirándolo con una sonrisa. Una sonrisa meramente educada, pensó Mercier. ¿O quizá forzada?

Los Rozen siguieron su mirada.

—¿Amigos suyos? —le preguntó Viktor.

—No, en realidad no.

—Es Maxim Mostov —dijo Viktor—, un refugiado ruso. Escribe para un periódico local. —Una sombra cruzó su rostro—. Qué triste ver cómo nos abandona alguna gente, gente brillante —añadió meneando la cabeza con pesar.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Mercier.

—Bah, conoce a todo el mundo y va a todas partes —respondió Viktor—. A la gente le gusta ver su nombre en los periódicos.

—¿Escribe ecos de sociedad?

—No, querido coronel, no exactamente. Crónicas, observaciones sobre la vida social, una forma elevada de chismorreó, quizá. En la Unión Soviética, antes de exiliarse, hacía algo muy parecido, creo.

—Entonces, ¿por qué se fue? —preguntó Malka—. En Moscú, era un periodista famoso.

—No todo el mundo quiere construir el socialismo, amor mío —respondió Viktor medio en broma y, volviéndose hacia Mercier, explicó—: Lo sustituyeron, como sustituyen a todos los que nos abandonan. En la tierra de la que venimos, la vida no es fácil: caótica, terrible en invierno, y a veces, por qué no admitirlo, desalentadora. Pero mejor que lo que teníamos antes, coronel. ¿No lo ve así?

—Más o menos —dijo Mercier—. Cada país tiene su lado difícil.

—Cuánta razón tiene usted... —convino Malka posando la mano en el brazo de Mercier—. Y todos debemos ayudarnos unos a otros, porque si no...

—Bueno, supongo que, en caso necesario, podemos arreglárnoslas solos —repuso Viktor—. Pero los amigos siempre son bienvenidos. Es un sentimiento humano.

—Muy bienvenidos —puntualizó Malka—. Valorar la amistad es un rasgo del alma rusa.

«Bueno, suficiente por hoy». Mercier se acabó el vodka.

—Creo que tomaré un poquito más de esto —dijo preparando la huida.

Viktor asintió. «Sí, sí, ¡corra!».

—Llámenos algún día, querido coronel. Una cena casera supondría un buen cambio en el ajetreo de la diplomacia. —Y, acercándose a Mercier, añadió en voz baja—: Sabemos lo que la gente piensa de nosotros, coronel, pero, a veces, cuando los problemas llaman a la puerta, merece la pena conocer a personas como nosotros. ¿Comprende?

Mercier sonrió e inclinó la cabeza para indicar que comprendía.

En el Buick que los llevaba de vuelta a la embajada, Jourdain parecía ausente, cosa rara en él.

—¿Qué has bebido, vodka o champán? —le preguntó Mercier.

—Champán, pero me he limitado a sostener la copa. ¿Y tú?

—Vodka, puede que un poco más de la cuenta.

—Te he visto conspirando con los Rozen. ¿Se han insinuado? ¿Han intentado reclutarte?

—Sí, como siempre.

—Son incorregibles —dijo Jourdain con afecto—. Confío en que tengan una cuota mensual, como todo el mundo en ese condenado país. Es la forma

de pensar de Moscú: tantas proposiciones equivalen a tantos reclutamientos. Sé de solteros que hacen lo mismo.

—No creo que cambie de bando, Armand, por lo menos de momento.

—¿Les interesaba algo en particular?

—Me han preguntado por Von Sosnowski. Se supone que los alemanes lo han canjeado y vuelve a estar en Varsovia.

—Bueno es saberlo, si es cierto. La versión que hizo circular la propaganda alemana era un folletín sin pies ni cabeza: sexo y espionaje. Pero ésa no es toda la historia. Sosnowski utilizaba el cuarto oscuro del sótano de la embajada polaca para revelar negativos de fotografías de documentos de la Wehrmacht. Un día, otro agente polaco, que trabajaba en secreto para los alemanes, bajó para revelar los suyos, por supuesto falsos, y descubrió el material bueno: elementos de los planes de batalla alemanes para Francia y Polonia. Eran parciales: memorandos, borradores, esbozos... Una de las amiguitas de Sosnowski se encargaba de quemar documentos al acabar la jornada, pero antes los fotografiaba para él. La despampanante Benita von no se qué. Acabó decapitada, lo mismo que su amigo. Una salvajada, lo del verdugo encapuchado con el hacha, aunque supongo que no mucho peor que la guillotina. Otra de las mujeres desapareció, supongo que en las dependencias del SD. En cuanto a Sosnowski, puede que los polacos negociaran para traerlo de vuelta.

—¿Y el plan de batalla contra Francia? —preguntó Mercier—. ¿Lo hemos visto?

—No lo sé. Todo eso ocurrió en 1934, antes de que me destinaran aquí, pero podría ser. Aunque tendría tres años de antigüedad. Los planes de Estado Mayor cambian constantemente. Ahora no valdría mucho, y desde luego no lo suficiente para importunar a los polacos.

Se quedaron callados unos instantes.

—¿Pasa algo, Armand? —preguntó al fin Mercier.

Jourdain lo miró. No le gustaba que se le notara, fuera lo que fuese.

—He perdido a uno de mis hombres —murmuró.

—Mala suerte —dijo Mercier.

—Es algo inevitable, pasa una y otra vez, pero siempre es un mal trago. Una mañana se fue a trabajar y ¡zas!, no se lo volvió a ver.

—¿En Alemania?

—Aquí.

Jourdain lanzó una mirada a la espalda de Marek. Era de confianza, pero no tanto.

—Si puedo hacer algo, ya me lo dirás.

—Tendré que escribir un despacho. En París se pondrán furiosos, no sé si mucho, pero no les gustará.

—Bienvenido al club.

—¿Y tu pequeña incursión en el oeste? ¿El tiroteo con los guardias fronterizos alemanes?

—Bruner estaba indignado.

Jourdain se echó a reír.

—Nada tan seguro y cómodo como un despacho en París.

—Sí, una bonita tarde de otoño, una ventana al Champ de Mars y... «¡Merde, mira lo que ha hecho Mercier!». —Sonrió y se encogió de hombros; cosas de la vida—. Al infierno con ellos, Armand.

A juzgar por su expresión, Jourdain pensaba lo mismo.

—Sólo lo siento por él. Era un buen tipo. Las verdaderas ratas siempre parecen sobrevivir.

14 de noviembre, 8:22 horas. En Glogau, en la oficina del SD, encima de la juguetería de la Heimerstrasse, una de las secretarias del comandante Voss contestó al teléfono y pasó la llamada a su jefe de inmediato.

—¿Sí?

El comunicante se identificó como un sargento de las SS destinado en el control de pasaportes de la estación de Glogau.

—Hemos hecho una posible identificación de la persona que le interesa, señor.

—¿Mejor que la de la semana pasada? Esto empieza a parecer una broma.

—Eso esperamos, Herr Stürmbannführer. El pasaporte del sujeto fue emitido a nombre de un tal Edvard Uhl, U-H-L. Salió en el expreso 814 a Varsovia, y concuerda con la descripción que nos proporcionó su oficina.

—Como las tres anteriores, sargento.

—Lamentamos los errores, Herr Stürmbannführer.

—Muy bien, esperemos que esta vez hayan acertado.

Voss colgó el auricular y gritó el nombre de uno de sus tenientes. El aludido entró corriendo en el despacho.

—Tenemos «otro». La mitad de los varones alemanes tiene la nariz protuberante. Esta vez, el nombre es Edvard Uhl. Averigüe inmediatamente quién es, pero antes mande a alguien al expreso 814 a Varsovia.

El teniente miró su reloj con cara de pánico.

«Idiota». En el tono fingidamente suave que un padre exasperado podría emplear con su estúpido retoño, Voss dijo:

—Mande un telegrama a Zoller, en Leszno, y dígame que coja el tren. Los polacos se toman su tiempo para comprobar los pasaportes. Tendrán el tren en Leszno al menos media hora. Y, teniente, asegúrese de que el genio de Zoller lleva consigo la descripción que hemos emitido. ¿Me hará ese favor, teniente? Le agradecería... tanto... ¡que me lo hiciera! —Voss retomó su habitual tono gruñón—. Y, en cuanto a informarse sobre ese hombre... —Voss consultó su reloj—. Tiene veinte minutos.

El teniente salió corriendo del despacho, con las palmas empapadas en sudor.

—*Quak, quak!* —dijo entre dientes, imitando en alemán el croar de una rana.

Ocho minutos después, estaba de vuelta, tras abroncar —Voss podía oír sus gritos al teléfono— a diversos chupatintas de oficinas gubernamentales desde Glogau a Berlín. El Stürmbannführer levantó la vista del horario de trenes extendido sobre su escritorio.

—Herr Edvard Uhl reside en Breslau —dijo el teniente—. Tengo su dirección. Trabaja en esa misma ciudad para la fundición Adler, como ingeniero en jefe del proyecto de diseño de un tanque para la compañía Krupp. Según su jefe, esta mañana está en las oficinas de un subcontratista de Gleiwitz.

—¿Y la fotografía?

—En camino, Herr Stürmbannführer, con un motorista de Breslau.

—Traigan a esa mujer inmediatamente. ¿Algo más?

—Herr Uhl ha recibido un visado de salida para visitar Sudáfrica. Solo, sin su familia.

Voss asintió y se frotó las manos.

—Un país espectacular, teniente. Pero nunca lo verá.

15 de noviembre, 5:45 horas. Rodeado por una taciturna muchedumbre de obreros, Mercier viajaba en el tranvía que llevaba al barrio de Praga para encontrarse con el ingeniero Uhl. Estaba nevando, aunque no era una de las terribles nevadas del invierno polaco, sólo un anuncio: grandes copos perezosos que flotaban en la luz gris y dejaban las calles blancas en algunos sitios, y húmedas y relucientes en otros. ¿Acudiría Uhl a la cita? Podía ser que no. La última vez ya titubeaba. Así que probablemente no. Mercier se lo tomó

como una apuesta y apostó a que no. ¿Y después? Después nada. Nunca delatarían a Uhl a los alemanes, ni él ni nadie. Porque si Uhl quedaba comprometido, todo lo que les había dado hasta entonces también quedaría comprometido, aunque no es que los alemanes pudieran hacer mucho al respecto. ¿Cambiar el diseño del tanque? La otra posibilidad, que hubieran detenido a Uhl, era poco probable a juicio de Mercier. Había mandado la postal prometida: Hans estaba disfrutando de su visita a Varsovia, lo que significaba que en Alemania todo iba bien.

Mercier se apeó del tranvía en la tercera parada del barrio de Praga, dejó atrás el olor a azúcar quemado de la fábrica de caramelos y enfiló la estrecha calleja del bar sin nombre. Esa mañana era particularmente anodina: bebedores solitarios absortos en sus copas, el camarero aburriéndose con el periódico de la mañana y un oficinista con el traje raído ante un café sin probar que se enfriaba en la taza. Y —apuesta perdida— Edvard Uhl, sentado a la mesa del rincón más apartado.

—¿Qué tal el viaje en tren de ayer, Herr Uhl? —le preguntó Mercier tras los saludos de rigor—. ¿Muchos agentes de la Gestapo?

—Todo fue normal —dijo Uhl—. De Gleiwitz a Glogau, sólo un puñado de pasajeros. Luego, en el expreso de Varsovia, una multitud, pero nada fuera de lo habitual, sólo gente corriente mirando en el compartimento para ver si había sitio.

Mercier asintió: «Bueno, menos mal».

—Entonces, a trabajar, Herr Uhl.

Uhl había traído la fórmula del acero cementado que se emplearía en el blindaje del nuevo tanque, como le había pedido Mercier.

—Está ahí —dijo Uhl indicando el periódico con un gesto—. Tuve que copiarlo a mano; la multicopista estuvo ocupada toda la mañana.

Por lo demás, pocas novedades en Breslau: los trabajos de diseño de la versión Ausf B del Panzerkampfwagen I seguían adelante, ninguna de las especificaciones había cambiado y los planos definitivos estaban casi listos.

—Nuestro próximo encuentro será el 14 de diciembre —dijo Mercier buscando a tientas el sobre con los zloty en un bolsillo de su gastado abrigo—. Confío en que traerá copias de los planos.

—¿El 14? —preguntó Uhl.

«Ya estamos».

—El 14 no, imposible —dijo el ingeniero—. No podré venir a Varsovia hasta la noche del 17.

—¿Por qué no?

—Tengo que ir a Schramberg, por el trabajo.

—¿Schramberg?

—En la Selva Negra. Iremos tres de la fundición, todos ingenieros. Asistiremos a unas maniobras con tanques; luego, nos pedirán nuestra opinión y nuestras recomendaciones. Esa noche habrá una cena en el hostel de Schramberg, con oficiales de la Wehrmacht, técnicos, y nos iremos la mañana del 15. Como ve, no podré venir a Varsovia antes de la noche del 17. Nos encontraríamos a la mañana siguiente.

—¿En qué lugar de la Selva Negra hay terreno para tanques, Herr Uhl?

A Mercier, aquello le sonaba a cuento. Aquel chivato tramaba algo. Pero ¿qué?

—No sé exactamente dónde, pero me dijeron que las maniobras tendrían lugar en el bosque.

—Los tanques no se mueven por los bosques, Herr Uhl. En los bosques hay árboles. Los tanques no pueden pasar.

—Sí, eso creía yo. Tal vez quieran que les sugiramos modificaciones para hacerlo posible. La cuestión es que, no sé lo que están haciendo, pero, en cualquier caso, me han ordenado que vaya y tengo que ir.

«Ya».

—Nos escribiré un informe sobre las maniobras, Herr Uhl. Sea exhaustivo, por favor: formaciones, velocidades, ángulos de ascenso y descenso, cuánto tardan en recorrer determinada distancia... Y también, los nombres de los oficiales de la Wehrmacht presentes. ¿Necesita apuntárselo?

Uhl meneó la cabeza.

—Sé lo que quieren ustedes.

—Entonces, volveremos a vernos la mañana del 18.

Uhl asintió, pero Mercier percibía una renuencia creciente; el día en que aquellas reuniones serían cosa del pasado parecía estar cada vez más cerca. Deslizó el sobre con el dinero en el interior del periódico y cogió la fórmula del acero. Uhl firmó el recibo y abandonó el bar.

Mercier encendió un Mewa, mientras le daba vueltas en la cabeza a lo que acababa de contarle Uhl. ¿En qué bosque en concreto estarían pensando los alemanes? ¿Las montañas de la frontera con Checoslovaquia, la región de los Sudetes? En la frontera entre Alemania y Dinamarca, no había bosques, que él supiera. Y la estepa polaca parecía hecha a propósito para las formaciones de tanques. ¿Qué otros sitios había? ¿Los bosques entre Alemania y Francia? ¿Bajo la artillería de los fortines de la Línea Maginot? Un suicidio. ¿Austria? Hitler podía atacar Austria, pero sería una invasión política, no militar.



¿Qué quedaba? Quedaban las Ardenas, en Bélgica, al norte de la Línea Maginot. No. Era una posibilidad muy remota, por miles de razones. Entonces, ¿dónde?

Mercier se acabó el café, aunque era pésimo. Y el bar, deprimente; no le gustaba tener que esperar allí a que Uhl abandonara la zona, mirando continuamente el reloj. Por fin: veinte minutos. Bueno, casi. Las normas sobre las citas con agentes decían que el último en llegar debía ser el primero en marcharse, pero Mercier lo hacía a su manera, y hasta la fecha no había tenido problemas.

Una vez en la calle, apretó el paso entre los flotantes copos de nieve en dirección a la parada del tranvía. Estaba impaciente por llegar a casa, quitarse el disfraz —aquel abrigo y aquel sombrero viejos— y marcharse a la embajada, donde podría consultar sus mapas. Miró a lo lejos para asegurarse de que no alcanzaba a Uhl, aunque con aquel tiempo no se habría entretenido, y además tenía que coger el tren de vuelta a Breslau. ¿Subía al tranvía en el mismo sitio que él? Difícil saberlo; la calleja estaba prácticamente a medio camino de dos paradas. Mercier estaba acercándose a la esquina donde cogía el tranvía, cuando oyó la campana a su espalda, y echó a correr tan deprisa como pudo. Por suerte, el conductor lo vio y esperó. Mercier saltó al interior y le dio las gracias.

Empezó a avanzar hacia la parte posterior por el pasillo abarrotado, pero, de pronto, se detuvo en seco. ¡Uhl! En mitad del tranvía. En fin, tendrían que hacerse los desconocidos. Evidentemente, Uhl había ido a la otra parada, y el tranvía había tardado. Mercier encontró un hueco en el otro extremo del pasillo, se puso a mirar por la sucia ventanilla y, al cabo de unos instantes, se arriesgó a echar un rápido vistazo a Uhl. ¡Vaya! Si no estaba solo... Agarrándose al respaldo de uno de los asientos de mimbre, con el maletín bajo el brazo, charlaba animadamente... ¿con quién? Con un ángel. Ésa fue la palabra que acudió a la mente de Mercier. Como estaba a la izquierda del ingeniero y vuelta hacia él, Mercier podía verle la cara, podía ver que era muy joven, apenas una veinteañera, e, incluso en una ciudad de rubias despampanantes, preciosa e inocente como una niña, con el cuello de piel de conejo del abrigo subido y un gorro de lana azul marino con una borla que hacía resaltar su larga melena. Muy cerca de Uhl, con la cabeza inclinada hacia atrás, parecía embelesada, extasiada por lo que decía el ingeniero, mientras reía llevándose la enguantada mano a la boca y, acto seguido,

agitaba seductoramente el pelo. Aquello, ¿acababa de empezar? ¿Allí en el tranvía? Mercier se dijo que no: había empezado en la parada. La chica volvió a reír y se inclinó hacia Uhl, casi —pero sólo casi— hasta tocarlo. ¿Sería una prostituta? Nada lo indicaba, al menos a los ojos de Mercier. Y, si lo era, se trataba de un espécimen nada común; no de las que le habrían echado el anzuelo a un hombre en una parada de tranvía a las seis y media de la mañana y nevando.

Mercier comprendió que algo no encajaba. Se obligó a apartar la mirada y posarla en la hilera de fábricas de ladrillo que en esos momentos desfilaban tras los cristales, hasta que el tranvía se detuvo en la siguiente parada. Luego, volvió a mirar de reojo. Si bajaban juntos, ¿qué hacía?

Pero seguían en el tranvía. Que cruzó el puente sobre el Vístula, mientras el viento hacía girar la nieve sobre la negra corriente. Ahora le tocaba hablar a ella, que se dirigía al hombre mayor, experimentado, que acababa de conocer con una expresión seria, como deseosa de que lo tomara en serio. ¿Hablaban en polaco? ¿Entendía Uhl ese idioma? Breslau —Wroclaw, por lo que respectaba a los polacos— siempre había sido una ciudad disputada, y era muy probable que el ingeniero hablara un poco de polaco. Una mujer que estaba junto a Mercier —que podía oler la lana húmeda de su abrigo— lo vio observando a la pareja y lo miró con mala cara. «Métase en lo suyo». Mercier se volvió hacia la ventanilla. El tranvía se estaba acercando a la parada del centro de Varsovia y, cuando el conductor tiró del cordel que hacía sonar la campana, Mercier se volvió hacia el pasillo y vio que Uhl y la rubia avanzaban hacia la puerta posterior.

Mercier bajó por la puerta delantera, dio la vuelta alrededor del tranvía — que lo ocultaba a la vista de la pareja—, se apresuró a cruzar la calle y eligió una tienda con la puerta un poco metida en la fachada. «Como un astuto detective privado —se dijo—, acechando en un portal». Resultó ser una perfumería de lujo, de la que salían fragantes bocanadas de aire cada vez que se abría la puerta. Cuando el tranvía se alejó, localizó el gorro azul entre la gente que esperaba para hacer transbordo a otro tranvía. ¿Adónde demonios iban? Al Europejski no. Un taxi con un par de mujeres en el asiento posterior se detuvo delante de la perfumería, y Mercier llegó a tiempo para sujetarles la puerta mientras se apeaban.

—¡Oh, qué amable! —le dijo la primera.

—No tiene importancia —murmuró Mercier subiendo al vehículo.

—¿Señor? —preguntó el taxista.

—De momento, no se mueva —dijo Mercier—. Unos amigos están esperando el tranvía. Los seguiremos.

—¿Unos amigos?

Una sonrisa de sabelotodo: «¿A quién quieres engañar?».

—Sí, es una sorpresa.

El taxista se rió por lo bajo. Mercier separó veinte zloty del fajo que tenía en el bolsillo (a los encuentros con agentes, había que llevar bastante dinero). El taxista le dio las gracias y los dos hombres esperaron juntos, con el viejo motor tosiendo en punto muerto.

Esperaron diez minutos muy largos. Por fin, llegó el tranvía, y el gorro azul subió a bordo, seguido por Uhl.

—Ése es al que tenemos que seguir —dijo Mercier.

El taxista se puso en marcha y se colocó detrás del tranvía.

—Es de la línea 4, que acaba en Muranow —informó.

No se le daba mal; seguramente, no era la primera vez que lo hacía. Se arribaba a la acera y se detenía cada vez que el tranvía lo hacía. Los raíles torcían hacia la calle Nalewki, arteria principal del barrio judío: carnicerías *kosher*, carros de mano atestados de ropa vieja o cacharros de cocina, hombres con caftán o gorra de piel apretando el paso bajo la nieve... Mercier podía ver que el número de viajeros dentro del tranvía había disminuido considerablemente. ¿Se habrían bajado Uhl y la chica sin que él los viera? No, la siguiente parada era Gesia, la calle del Ganso, y, cuando el tranvía redujo la velocidad, la pareja apareció en la plataforma posterior. Mercier bajó la cabeza.

—¿Son éstos?

—Sí.

—Pues menuda chavala...

Mercier le dio otro puñado de zloty y se apeó. Estaba ante un tenderete instalado sobre el empedrado, una pollería: aves escuálidas colgadas de ganchos por la cabeza, el olor casi hizo que le lloraran los ojos. Ahora era la chica la que parecía guiar a Uhl; caminaba a buen paso cogida de su brazo. Mercier los siguió manteniendo la distancia y pegado a las fachadas, listo para esconderse en el quicio de una puerta si alguno de los dos se volvía. Gesia era una calle antigua —edificios de tres pisos, unos de madera y otros de piedra gris ennegrecida por el tiempo y el humo de carbón— en la que todas las tiendas intentaban atraer la atención del potencial comprador: un reloj que pendía encima de la acera anunciaba una relojería; un letrero pintado

ostentaba un par de ojos con gafas; en otro podía leerse: M. PERLMUTTER - GUANTES DE CALIDAD...

HOTEL ORLA.

Ahora Mercier sabía adonde iban. Dejó que se alejaran, cruzaran la calle y pasaran junto a un grupo de colegiales con *kippas* y patillas en forma de tirabuzones, y un carro de carbón tirado por un caballo, cuyo conductor, enfundado en un gran delantal de cuero, arrojaba paletadas de carbón por una trampilla que llevaba al sótano del hotel. El Orla —«águila»— tenía pinta de hotel que alquila habitaciones por horas y no hace preguntas: un «hotel parisino», como los llamaban en Varsovia. Mercier se apostó en la entrada de una librería desde la que podía ver la puerta del hotel; los estantes de los escaparates estaban atestados de libros viejos, algunos con caracteres hebreos en el lomo. Al cabo de unos instantes, el librero salió a la puerta, lo miró de arriba abajo y meneó la cabeza con una ligera expresión de fastidio: «Bueno, aquí tenemos a otro de esos que vigilan el hotel».

Eran las nueve pasadas, y Uhl, que tendría que volver al Europejski a por su maleta, iba a perder el expreso a Breslau. Bueno, siempre habría otro, y Uhl, que se había rendido a los encantos de la condesa Sczelenska, ahora aprovechaba una nueva oportunidad; pero así era la vida, o en todo caso la vida de Uhl. Una oportunidad demasiado buena para ser cierta, pensó Mercier; pero quizá estaba viendo los mismos fantasmas que habían asustado al ingeniero durante su anterior viaje a Varsovia.

El Orla no paraba: una pareja salió a toda prisa del hotel y, un minuto después, otra. Un hombrecillo vivaracho, todo prisas, se acercó a grandes zancadas por la calle Gesia, miró a derecha e izquierda —«¿nos sentimos culpables, Monsieur?»— y entró en el hotel. Poco después, un lujoso Opel negro, un coche alemán con matrícula polaca, se detuvo ante la entrada y se quedó esperando con el motor en marcha. Mercier cambió de postura, echó un vistazo a los libros del escaparate, observó a las señoras que iban a la compra capazo en mano y con la cabeza cubierta con un pañuelo...

Y, de pronto, la chica rubia salió del hotel.

¿Y eso? Muy pálida, y con expresión preocupada, miró a su alrededor y echó a andar, casi a correr, hacia un taxi aparcado calle adelante. La nieve impedía verlo con claridad, pero a Mercier le pareció que en la ventanilla posterior se recortaba una silueta. No podía estar seguro, porque la chica aún estaba cerrando la puerta cuando el taxi arrancó y aceleró calle abajo.

Mercier se puso tenso; tenía que entrar allí y encontrar a Uhl. Había cruzado la mitad de la calle cuando un hombre grueso con la cara roja salió

del Orla encorvado bajo el peso del bulto envuelto en una colcha que llevaba al hombro. Paso a paso, se dirigió hacia el Opel. Su conductor, un hombrecillo con gafas de sol y aspecto siniestramente ratonil, saltó del coche y fue a la parte posterior para abrir el maletero.

Por un instante, Mercier no supo qué estaba mirando. Y, de pronto, lo supo. Corrió los últimos pocos metros que lo separaban del hombre del bulto y se le plantó delante.

—Déjelo en el suelo —le dijo en alemán.

Y en alemán le contestaron:

—Apártese.

El peso obligó al hombre de la cara roja a dar un paso hacia un lado.

La rata dejó lo que estaba haciendo y, con una mano como una garra, agarró del codo a Mercier con brusquedad.

—Lárguese de aquí, amigo, esto no es asunto suyo.

El hombre del bulto intentó pasar, pero Mercier se movió para interceptarlo. Por el rabillo del ojo, vio que la gente empezaba a pararse para ver qué ocurría. En un arranque de rabia, el hombre de la cara roja lanzó la mano libre hacia Mercier y lo golpeó en el pómulo. No muy fuerte. Mercier dio un traspiés, se recuperó y respondió propinándole un puñetazo en plena boca. En ese momento, la rata lo golpeó por la espalda con una cachiporra.

Mercier sintió que le fallaban las piernas e hincó las rodillas en el suelo. Pero la cachiporra había sido un error. Mercier oyó un ruidoso ¡clanc!: el carbonero había soltado la pala y, ahora, como un gigante vengativo, con la cara negra de carbonilla, tenía al hombre de la cara roja agarrado por el cuello del abrigo. Cuando gruñó algo en polaco, la rata salió huyendo, saltó al Opel y pisó el acelerador. El hombre de la cara roja consiguió soltarse, intentó mantener el equilibrio, lo perdió y, mientras caía, el bulto le resbaló del hombro y fue a aterrizar en la acera con un ruido sordo. El de la cara roja, ahora escarlata, consiguió sentarse en el suelo y se llevó la mano al interior de la chaqueta; pero, al oír un grito procedente del Opel, se detuvo y se puso trabajosamente en pie, mientras el carbonero avanzaba hacia él. En ese momento, la puerta del acompañante se abrió de par en par, y el hombre de la cara roja subió al coche y, con una mirada de puro y absoluto odio a Mercier, cerró de un portazo, al tiempo que el Opel arrancaba haciendo chirriar los neumáticos.

De pronto, el hombrecillo al que Mercier había visto avanzar a zancadas por la calle Gesia salió del hotel como una exhalación, gritó en dirección al Opel y echó a correr tras él. El Opel frenó en seco, su perseguidor saltó al

asiento trasero y el vehículo se alejó botando sobre el empedrado y agitando la puerta del maletero.

Mercier consiguió ponerse en pie con la ayuda de alguien, y el carbonero le devolvió su sombrero. Temiendo lo peor, se arrodilló junto al bulto y, envuelto en el fuerte olor de algún producto químico, comprobó que la colcha —margaritas amarillas sobre un campo rojo— estaba atada por ambos extremos con sendos trozos de cuerda. Rodeado por los curiosos, empezó a deshacer los nudos del primero.

—¡Unas tijeras! —pidió una voz.

Al fin, Mercier consiguió desatar la primera cuerda; luego, el carbonero, impaciente, se agachó, agarró la segunda y la partió con las manos. El olor del producto químico iba en aumento a medida que Mercier desenrollaba la colcha. «Cloroformo —se dijo—, o algo por el estilo».

Uhl estaba muerto. Los ojos cerrados, la boca floja... Los copos de nieve le caían en la cara.

—Está tieso —dijo una voz entre la gente, y varias personas se alejaron a toda prisa.

Mercier puso los dedos en el cuello del ingeniero y le buscó el pulso. Nada. Una mujer se arrodilló junto a él.

—Disculpe, por favor —le dijo apartándole los dedos y palpando a su vez—. No —murmuró—. Es débil, pero lo noto. Lo mejor es llamar a una ambulancia.

—Atrevido —dijo Jourdain—. Increíble. En pleno día... —Estaban en la cancillería, en el despacho de Jourdain. Fotografías de diplomáticos estrechándose las manos adornaban las paredes—. ¿Te duele?

—Sí.

—Te estás mojando el cuello de la camisa.

Mercier se apretaba una toalla llena de hielo contra la nuca con una mueca de dolor.

—Da igual.

Había sido Jourdain quien, tras una llamada telefónica, lo había recogido en la comisaría de policía, donde les dio igual que dijera que era el agregado militar francés. Tenían informes que rellenar: se quedaría allí un rato. Uhl estaba en el hospital, con un agente montando guardia ante la puerta de su habitación.

Mercier se recostó en el respaldo de la silla, cerró los ojos y siguió apretando la toalla contra el impresionante chichón.

—Maldito bastardo...

Se oyeron dos secos golpes de nudillos en la puerta, tras la que apareció el embajador: alto, canoso y encolerizado. Mercier hizo ademán de levantarse, pero el embajador le indicó que siguiera sentado.

—Coronel Mercier... —dijo, y luego—: ¿Está herido?

—No, señor, sólo dolorido.

Con eso solucionado, el embajador preguntó:

—¿Podemos esperar más cosas como ésta, coronel? ¿Tiroteos? ¿Peleas callejeras? Sí, sé el motivo, y usted tenía que intervenir, pero aun así...

—Lo siento, señor —se disculpó Mercier—. Las circunstancias...

El embajador asintió, como si esa explicación significara algo.

—Hmmm. Siento no poder estar presente cuando cuente esto en París. Porque, con toda seguridad, lo... hmm, lo convocarán. —Mercier respiró hondo, pero no rechistó—. ¿Se ocupará usted de ese... asunto del hospital?

—Esta tarde, señor.

—Jourdain lo ayudará. No tiene usted demasiado buen aspecto.

—Cuenta con ello, señor —respondió Jourdain—. Y, por favor, no se preocupe.

—No, tiene razón, no debería estar preocupado —replicó el embajador, queriendo decir justo lo contrario—. Lo que estoy es impaciente por leer los periódicos de la tarde. ¿Fotografías, coronel? ¿Tendremos que verlas?

—No, señor. La policía fue más rápida que los periodistas.

El embajador soltó un suspiro.

—El agregado de prensa hará todo lo que pueda y yo ya he hecho unas cuantas llamadas. —Y, retrocediendo hacia el pasillo, añadió—: Y, coronel, que la cosa quede ahí, ¿de acuerdo? No quisiera perderlo.

Mercier asintió, no sin agradecimiento.

—Sí, señor.

Cuando el embajador se disponía a cerrar la puerta, sus ojos se encontraron con los de Mercier y su expresión cambió: sutilmente, pero lo suficiente para que Mercier comprendiera que quizá estaba algo más que un poco orgulloso de su agregado militar.

Al anoecer, de nuevo en casa, Mercier mandó a Wlada a buscar los diarios de la tarde y pudo comprobar que el asunto se había tapado bastante bien. Un

incidente ante el Hotel Orla, un intento de secuestro, frustrado por un viandante. Unos desconocidos habían drogado a un tal Hermann Schmitt, posiblemente por motivos políticos, y la policía seguía investigando.

Wlada, que lo había dejado leyendo en el despacho, apareció de nuevo con el viejo y raído sombrero de Mercier en las manos.

—Coronel, no puedo hacer nada con esto, está destrozado —dijo, mostrándoselo para que lo comprobara.

En el ala, la negra huella del pulgar del carbonero.

—Por favor, Wlada, no se preocupe —respondió Mercier con suavidad—. No está destrozado. En absoluto.

28 de noviembre. El vuelo 815 de la compañía LOT entre Varsovia y París sólo tenía un tercio de sus plazas ocupadas, y Mercier iba sentado solo, hacia la cola del avión. Tras la ventanilla, los campos polacos estaban cubiertos de nieve, y el avión saltaba y se sacudía luchando contra los vientos mientras ascendía al cielo azul por encima de las nubes.

Como había pronosticado el embajador, Bruner y sus superiores lo habían llamado a consultas a París, así que podía esperar unas cuantas reuniones desagradables y al menos la posibilidad de que lo trasladaran lejos de Varsovia. Por otro lado, su culpa consistía en haberse enfrentado a unos alemanes, y a los polacos no les gustaría que París lo devolviera al Estado Mayor por algo así.

La tarde que siguió al intento de secuestro, había visitado a Uhl en el hospital, donde había llegado a la conclusión de que, entre otras cosas, el ingeniero era un hombre con suerte. Mercier no sabía cómo lo habían descubierto, aunque se pasó un buen rato examinando con él los detalles de su vida familiar y laboral. Todo empezó a aclararse cuando supo que Uhl había obtenido un visado para viajar a Sudáfrica. Sí, planeaba huir lejos, de Breslau, de «André», del trabajo y de la familia. Con su condesa o, si no, solo. El SD o la Gestapo, pensó Mercier, se habían enterado del asunto del visado y, temiendo su inminente huida, habían decidido actuar cuando aún podían echarle el guante. Si no, simplemente habrían dejado que volviera a Alemania, lo habrían mantenido bajo vigilancia allí y detenido cuando les conviniera.

Alguien, seguramente el oficial al cargo del caso, había perdido los nervios y ordenado un secuestro casi improvisado a algunos de los agentes alemanes en Polonia. Que casi había tenido éxito, aunque al final se fuera al



traste; pero aun así se había evitado que un posible espía se desvaneciera en el aire. Ahora Uhl era el problema de Mercier. ¿Qué hacía con él? A corto plazo, Mercier y Jourdain tenían que dar por sentado que el hospital estaba vigilado, de modo que, tras pasar tres días en él, el ingeniero lo abandonó en una camilla cubierta con una sábana, que fue introducida en un coche fúnebre. Luego, en la funeraria, salió por la puerta de atrás para dirigirse a una habitación alquilada en las afueras de la ciudad.

—Ahora sólo tenemos que mantenerlo alejado de las faldas —había bromeado Jourdain.

—Sospecho que ha aprendido la lección —le había respondido Mercier—. Nunca volverá a conocer a una mujer atractiva sin recelos.

A largo plazo, el problema era más grave, y Mercier y Jourdain se pasaron horas barajando posibles soluciones. Mercier estaba sorprendido de lo mucho que le importaba, pero, como todo buen oficial, sentía una enorme responsabilidad respecto a los hombres que estaban bajo su mando, y cualquier perjuicio sufrido por cualquiera de ellos, fuera cual fuese su opinión sobre el individuo, lo afectaba mucho más profundamente de lo que el mundo civil podía comprender.

Dado, en primer lugar, que Uhl no podía volver a Alemania, ni tampoco irse a Sudáfrica, donde lo estarían esperando agentes alemanes, y, en segundo lugar, que el Deuxième Bureau del Estado Mayor no iba a proporcionar protección a su exespía el resto de su vida, Uhl tendría que trabajar. Con una nueva identidad y una biografía reescrita en un despacho del 2 bis de la Rue de Tourville. Trabajar, ¿dónde? La Martinica y la Guayana francesa sólo fueron breves candidatas; la elección lógica era Canadá, el Quebec, donde el Estado Mayor francés tenía amigos que podían ayudarle y asegurarse de que Uhl llevara una vida tranquila y muy muy discreta. En París ya estaban perfilando ese plan, y Mercier esperaba tener noticias al respecto cuando llegara. «Llamado a París —pensó sonriendo—. ¡Qué dura es la vida!». Había escrito a su prima Albertine para que sus habitaciones en el enorme piso de los Mercier Boutillon del Séptimo Distrito estuvieran preparadas y esperándolo. Arrullado por el monótono zumbido de los motores, echó un vistazo a Nubelandia, un reino de los libros infantiles, y se quedó frito.

Cuando despertó estaban sobrevolando Alemania: pulcros pueblecitos impecables y, luego, pulcra granjas rodeadas de campos. Bajo el avión, la nieve fue disminuyendo hasta desaparecer, dejando los bosques tan oscuros y

desnudos como correspondía a la estación. Sacó del maletín un libro nuevo muy popular en Alemania, un éxito de ventas en esos momentos, titulado *Achtung, Panzer!*, obra del coronel Heinz Guderian, comandante de la Segunda División Panzer. Con un diccionario francés-alemán sobre las rodillas, Mercier se puso a trabajar.

«Vivimos en un mundo que resuena con el estrépito de las armas. La humanidad se está armando en todas partes, y ¡ay! del Estado que no pueda o no quiera confiar en su propia fuerza. Algunas naciones tienen la fortuna de haber sido favorecidas por la naturaleza. Sus fronteras son fuertes y les brindan protección total o parcial contra una invasión hostil en forma de cadenas montañosas o grandes extensiones de mar. Por el contrario, la existencia de otras es inherentemente precaria. Su espacio vital, reducido y rodeado en muchos casos por fronteras intrínsecamente abiertas, vive bajo la constante amenaza de numerosos vecinos que unen a su temperamento inestable la superioridad armada».

«Bueno, está claro que ha leído el libro de De Gaulle... y escrito un párrafo inicial muy parecido». Mercier se saltó las páginas que examinaban los ataques británicos y franceses con tanques en la segunda mitad de la Gran Guerra y llegó a la descripción que hacía Guderian de la situación en los primeros meses de 1937.

«A comienzos de 1937, los franceses contaban con más de 4500 tanques, lo que significa que, incluso en tiempo de paz, su número excede ampliamente al de piezas de artillería. Ningún otro país muestra tal desproporción entre blindados y armas pesadas. Cifras como éstas son alimento para la imaginación».

Cierto, se dijo Mercier, los números eran conocidos; pero ¿qué se hacía con esas máquinas? ¡Ah, ése era el postre del alimento para la imaginación!

Hacia el final del libro, Mercier encontró las conclusiones tácticas: el empleo con éxito de tanques dependía de la «sorpresa», el «despliegue en masa» y la «adecuación al terreno». Ésas eran precisamente las conclusiones de De Gaulle en su libro y en posteriores monografías, en las que consideraba urgente la formación de unidades blindadas, que llamaba «*brigades de choc*». Brigadas de choque para eludir el atolladero de una estática guerra de trincheras. Los tanques debían combatir juntos, en gran número, en lugar de diseminarse para apoyar a las compañías de infantería. En cuanto al terreno, Mercier tendría que leer todo el libro, pero Guderian parecía concentrarse en el tema de las redes de carreteras nacionales como medio para llevar los tanques hasta el frente, evitando los terrenos sembrados de trampas antitanque naturales o transformados en barro líquido por los bombardeos preparatorios de la artillería, que a veces duraban días; durante la Gran Guerra, los cañones de campaña habían llegado a disparar cinco millones de obuses.

¿Y los bosques? No aparecían mencionados expresamente, aunque era probable que el libro se refiriera a ellos en algún momento. Y, ahora que habían perdido a Uhl, se dijo Mercier, tendría que idear algún otro modo de observar las maniobras de la Wehrmacht en Schramberg.

A las cinco y media, al bajar del taxi en la Rue Saint-Simon, Mercier sintió que la magia de París se apoderaba de su corazón: un súbito e indefinible hechizo flotaba en el aire húmedo, que olía a tabaco negro y patatas fritas, y que estaba impregnado de la inquieta melancolía de la ciudad al final de la jornada. Sí, estaba en casa, lo sentía en lo más profundo de sí mismo; no entre la neblina otoñal del Drôme, viendo a sus perros correr libres por el campo, pero aun así estaba en casa, de donde una parte de él nunca había salido.

Allí, en las profundidades del Séptimo Distrito, los parisinos eran ricos, taciturnos y fríos, los guardianes del sanctasanctorum. Una ciudad llena de muros que ocultaban cuidados jardines y silenciosos conventos, cuarteles napoleónicos y embajadas extranjeras. Apenas se veía gente: oficiales retirados del ejército en terno oscuro, mujeres de la nobleza, perfectas en sus trajes Chanel de tarde...

El 23 de la Rue Saint-Simon estaba en mitad de la estrecha calle. Mercier pulsó el timbre de la puerta —pensada para la altura de un coche de caballos—, y el portero, que lo conocía desde hacía veinte años, se la abrió. Cruzó el patio interior ignorado por los cantarines gorriones y, haciendo resonar sus pasos en el suelo de piedra, subió al segundo piso, abrió la puerta y entró en la vivienda. Adquirida a mediados del siglo XIX por su bisabuelo, no había sufrido más transformaciones que la sustitución de las cañerías; lo demás estaba como siempre había estado: ventanas de cristal emplomado en pequeños cuarterones, grandes alfombras oscuras y enormes armarios y arcones. Los muebles, más que elegantes, era sólidos. Los Mercier vivían en mansiones campestres, y las mujeres de la familia siempre habían considerado «el piso de París» una engorrosa necesidad: las personas de su clase social tenían que visitar la capital constantemente por un motivo u otro, y la alternativa eran hoteles y restaurantes. Inimaginable. Así que habían economizado en la compra de fundas y colgaduras, todas negras, para que duraran y no mostraran el uso. Además, estas telas estaban protegidas por postigos cerrados y gruesos cortinajes. Allí el sol no tenía permiso para entrar.

Mercier dejó la maleta y el maletín en el dormitorio, y encontró una nota de su prima Albertine en la mesilla de noche:

«Querido Jean-François:

»Bienvenido a casa. Pasaré fuera la tarde, pero volveré a las seis y media, y saldremos a cenar o, si estás cansado, puedo prepararte alguna cosa. Estoy impaciente por verte.

ALBERTINE»

En el pasado de Mercier, la prima Albertine ocupaba un lugar muy especial. Era la hija menor del hermano favorito de su padre, que más tarde moriría en la guerra, y habían crecido siendo vecinos —las propiedades de los dos hermanos estaban a escasos kilómetros de distancia— y, en consecuencia, se veían a menudo: en Navidad y Semana Santa, y en verano, cuando volvían de sus respectivos internados. Desde luego, Albertine siempre había sido la rara del clan Mercier: alta, desgarrada, pálida, seria y, curiosamente, pelirroja —en realidad, tenía el pelo castaño rojizo—, con la frente salpicada de pecas. ¿A quién habría salido?, se preguntaba la familia. El resto de los Mercier, incluido Jean-François, eran morenos, así que era de suponer que algún antiguo gen había reaparecido en la prima Albertine, haciéndola diferente. La otra posibilidad nunca se tuvo en cuenta, o más bien nunca se mencionó.

Una mañana de sábado al final del verano, cuando Jean-François tenía catorce y Albertine dieciséis, el tío Gérard y su familia les hicieron una visita. Los adultos y los demás niños se fueron a algún sitio —a una feria de ganado en un pueblo lejano, si no le fallaba la memoria—, y Albertine y él se quedaron solos en la casa. En la planta baja, los sirvientes preparaban el almuerzo; ese día serían doce a la mesa, porque se les unirían otros miembros de la familia.

En su habitación, Jean-François, que se estaba vistiendo para la comida, posaba con su mejor camisa y unos calzoncillos delante del espejo de la pared, intentando anudarse la corbata. Primero, la parte de abajo quedaba ridículamente corta y luego demasiado larga. Al tercer intento, la puerta se abrió y la prima Albertine apareció en el espejo. Lo miró unos instantes y, luego, con una extraña expresión en la cara, tímida y decidida a un tiempo, se le acercó por la espalda.

—¿Me dejas intentarlo? —le preguntó.

—Puedo hacerlo yo —respondió Jean-François.

—Quiero intentarlo —insistió ella—. Para ver si puedo.

—¿Qué sabes tú de corbatas?

—Me he fijado en mis hermanos cuando se la ponen.

—¡Oh!

En realidad, Jean-François iba a decir «¡Oh, ya veo!», pero todo lo que salió de su boca fue un «¡Oh!», porque, cuando Albertine le pasó las manos

alrededor del cuerpo, sus generosos pechos, bajo el fino vestido de verano, se aplastaron suavemente contra la espalda de Jean-François.

—Ahora —dijo Albertine—, la pasamos por debajo y la metemos por aquí.

En el espejo, Albertine, con los ojos entornados y la boca ligeramente abierta, tenía una expresión soñadora. También en el espejo, la parte delantera de los calzoncillos se había abombado considerablemente. Por unos instantes, los dos primos se quedaron como estatuas, hasta que, de pronto, Albertine susurró:

—Quiero verla.

Y, metiendo los pulgares bajo el elástico, le bajó los calzoncillos.

—Alber... ¡tine!

—¿Qué?

La prima Albertine cerró la caliente y húmeda palma alrededor del objeto de su interés. Jean-François se apoyó en ella unos instantes y luego se apartó.

—Se supone que nosotros no...

—¡Bah! —respondió Albertine, que no estaba dispuesta a dejarse coartar por la moral familiar—. Te gusta —afirmó deslizando un dedo arriba y abajo, una y otra vez—. ¿A que sí?

Jean-François sólo pudo asentir.

Albertine empezó a restregarse contra él, que echó las manos atrás, le cogió las nalgas y la apretó aún más contra su espalda. Ella se puso a acariciarlo con el índice y el pulgar. ¿Dónde había aprendido a hacer aquello? Jean-François estaba muy excitado, y la inevitable conclusión llegó segundos después, acompañada por un sonido a medio camino entre el suspiro y el grito ahogado, que le salió del alma.

—Ya está —dijo ella con suavidad, y retiró la mano.

—Bueno, es lo que pasa.

—Eso ya lo sé.

Jean-François iba a apartarse, pero ella le rodeó los hombros con los brazos y lo retuvo con fuerza.

—Ahora me toca a mí —le susurró al oído.

—¿Qué? —murmuró Jean-François con un nudo en la garganta.

Albertine se levantó el vestido, que dejó al descubierto unas bragas blancas de algodón, se lo sujetó alrededor de la cintura y, a continuación, le cogió la mano y se la puso entre las piernas. Jean-François, que nunca había tocado a una chica en ese sitio, no tenía la menor idea de lo que se esperaba de él, pero no tardó en descubrirlo, porque ella se apretó contra su mano y

empezó a movérsela. Jean-François veía la cara de su prima en el espejo: con los ojos cerrados, se mordía delicadamente el labio inferior. Con la mano libre, volvió a cogerle las nalgas, que, con ritmo lento, se tensaban, se relajaban y volvían a tensarse. Tras lo que a él le pareció un buen rato, cuando empezaba a preguntarse qué estaba haciendo mal, Albertine exhaló el aire con fuerza y, respirando ruidosamente, se agarró a él como si temiera caerse. ¡Increíble! Nunca había imaginado que a las chicas les pasara aquello. Sus amigos del colegio tenían una versión completamente distinta de las cosas.

Jean-François se subió los calzoncillos y se dejó caer en el borde de la cama. Albertine se arregló el vestido y luego se sentó a su lado.

—¿Te ha gustado, Jean-François? —le preguntó rozándole la cara con su largo pelo.

—Sí, mucho.

—¿Las dos cosas?

—Sí, las dos.

Albertine le dio un beso, un beso suave en la mejilla.

—Creo que eres muy dulce —dijo y, durante unos instantes, se quedó con la cabeza apoyada en el hombro de Jean-François.

Para los dos primos, aquélla no fue la única vez; lo repitieron en otra ocasión, antes de volver a sus respectivos colegios en el norte. A la semana siguiente, la cocinera hizo unos brioches enormes, grandes como tortas, y su madre le pidió a Jean-François que llevara dos a casa de su tío Gérard. Él, que ya soñaba con convertirse en oficial de caballería, se montó en la bicicleta y pedaleó como un endemoniado por los estrechos caminos que serpenteaban entre las colinas que separaban las dos propiedades. Una vez en casa de su tío, en medio del caos habitual, dejó los brioches en la mesa de la cocina y esperó mientras su tía escribía una nota de agradecimiento. Albertine apareció cuando estaba bajando la bicicleta por la escalinata que llevaba a la terraza y le dijo a su madre que acompañaría a su primo durante parte del trayecto de vuelta. A medio camino, sacaron las bicicletas del sendero y las dejaron en un pequeño alcornocal, donde esta vez Albertine propuso que se quitaran toda la ropa.

Jean-François, no muy seguro de lo que ocurriría a continuación, dudaba.

—No quiero que tengamos un niño —dijo.

Albertine se echó a reír y se apartó el pelo de la cara.

—No vamos a hacer «eso». Los primos no deben hacerlo. Pero podemos jugar. Jugar siempre está permitido.

Jean-François no sabía por qué reglas se regía Albertine, pero en los días posteriores a su primer encuentro, antes de irse a dormir y cuando se despertaba por la mañana, había poseído a su desgarbada prima de todas las maneras que le ofrecía la imaginación, y ahora estaba más que preparado para cualquier cosa que a ella se le pudiera ocurrir. De modo que, blanca a la luz del sol, Albertine posó con desenvoltura para él y luego, con todo el tiempo del mundo en aquel día de verano, mientras las cigarras zumbaban en las altas hierbas, le dejó jugar con ella dos veces.

Fiel a su palabra, Albertine regresó al piso a las seis y media. Ahora tenía el pelo más oscuro y lo llevaba más corto, a la altura de la barbilla. Llevaba un sobrio traje chaqueta de *tweed* con grandes botones, la falda bastante por debajo de las rodillas y un elegante fular de una firma de alta costura alrededor del cuello y metido por el escote de la chaqueta. Con sus pendientes de perlas y sus guantes de cuero fino, era la típica aristócrata del Séptimo Distrito. Como en todos sus encuentros a lo largo de los años, Mercier podía volver a descubrir a la Albertine que había conocido aquel verano, porque, como ella misma decía, «seguía ahí». Podía descubrirla, si lo intentaba.

Albertine preparó un par de vermouths con rodajas de limón y le enseñó las últimas adquisiciones de su colección: camafeos y taraceas de ónice en pequeños soportes de madera que llenaban los estantes de dos vitrinas. Algunos de los nuevos eran antiguos, griegos y romanos, y otros, de la Rusia de los zares y el Imperio austrohúngaro.

—Son magníficos —dijo Mercier tomándose su tiempo para admirarlos y valorar lo que había conseguido su prima.

Luego, salieron al bulevar y fueron a una concurrida cervecería de la Rue Saint-Dominique. Una solución de compromiso: ella no tenía ganas de cocinar, pero era demasiado pronto para ir a un restaurante propiamente dicho, y a ninguno de los dos le importaba demasiado. Así que pidieron *omelettes* y *frites* y una botella de Saint-Estèphe.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Jean-François —dijo Albertine tras tomar el primer sorbo de vino—. ¿Cómo va todo? Imagino que echas mucho de menos a Anne-Marie.

—Todos los días.

—¿Sales con alguien?

«Ojalá», pensó Mercier imaginándose a Anna Szarbek, que le sonreía en la pista de una sala de baile.

—No —respondió—. Me gustaría, pero no es fácil encontrar a alguien que esté... disponible.

—Bueno, ya la encontrarás —aseguró Albertine mirándolo con afecto—. La gente siempre acaba encontrándose, de un modo u otro.

—Esperemos que sí. ¿Y tú?

Años atrás, había habido un novio, y luego otro. Después, silencio.

—Bah, me he acostumbrado a esta vida —dijo Albertine—. ¿Y las chicas?

—Estupendamente, pero muy ocupadas. Beatrice está en El Cairo y su hermana Gabrielle en Copenhague. Hace mucho que no las veo. Tal vez en navidades... Es posible que Gabrielle venga a la casa de Boutillon y coincidamos. Bueno, falta que pueda ir yo.

—¿Y Varsovia? ¿Estás a gusto?

Mercier asintió.

—Desde luego, no paro de ir de aquí para allá: hoteles, restaurantes, recepciones, cócteles...

—¡La gran vida! —La amarga sonrisa de su primo hablaba por sí sola—. Un trabajo nuevo siempre es difícil —dijo Albertine—. Pero estoy segura de que se te da bien.

—Tiene sus altibajos. Como tú dices, es un trabajo nuevo.

—¿No te gusta?

—No, pero soy militar. Hago lo que me mandan.

—¿Y qué es? ¿Eres un superespía?

—Nada tan novelesco. La mayor parte del tiempo, hago de enlace entre los estados mayores polaco y francés. Todo el mundo tiene que saber lo que andan haciendo los demás.

Llegaron las *omelettes* —*aux fines herbes*—, acompañadas de sendas guarniciones de *frites*, doradas, crujientes e intensamente aromáticas. Albertine, repentinamente maternal, echó sal en ambos platos.

—Aun así, te enterarás de secretos...

—Eso es de mala educación, cuando el país anfitrión es un amigo tradicional, Albertine.

—Sí, claro, es lógico —dijo Albertine reflexionando un instante—. ¿Y secretos alemanes?

—Bueno, si llegan flotando en la corriente, los pesco.



—Son un hatajo de cerdos, Jean-François. Tienen secuestrado a su propio país. Conozco a unos judíos, un matrimonio amigo, que huyeron de Frankfurt con lo que llevaban puesto. Seguro que eran una grave amenaza para el gobierno: chelistas, los dos. ¿Sabías que, según las leyes alemanas, las personas con más del veinticinco por ciento de sangre no aria tienen prohibido interpretar a Beethoven, Mozart, Bach o cualquier otro compositor ario? ¿Te lo imaginas? Sé que no debería meterme, pero, si tienes ocasión de plantarles la bota en el culo, confió en que les des un puntapié extra de mi parte.

—Lo recordaré —dijo Mercier—. Nunca se sabe. —Volvió a llenar las dos copas—. ¿Y tú, Albertine? ¿En qué andas metida?

Albertine se encogió de hombros.

—Me esfuerzo en lo que hago: obras de caridad, consejos de dirección, cosas así. Allí donde necesiten gente, pueden contar conmigo, sin tener que pagar. Por cierto, hablando de consejos de dirección, una mujer terrible, una tal Madame de Michaux... ¿cenó contigo en Varsovia? Le faltó tiempo para contármelo. La dejaste muy impresionada.

—Sí, me había olvidado de su nombre. La cena era un banquete, en el Europejski.

—Ya que estás en París, quizá podrías hacerle una visita...

—No seas mala, Albertine.

Ella sonrió. «Puedo serlo, lo sabes bien».

—Una pequeña noticia. En diciembre, iré a Alepo. —¿Por algún motivo en especial?

—Tal vez compre algo para la colección, ya veremos. Voy con una amiga que es profesora de Arqueología en la Sorbona, lo que me abrirá las puertas de los coleccionistas locales... y los ladrones de tumbas —dijo Albertine y, tras una pausa, le preguntó—: ¿Tienes alguna misión secreta para mí, mientras estoy allí?

—No me ocupo de Siria, cariño. Y es mejor que no digas esas cosas.

—¡Bah! No nació ayer.

—Albertine, eres incorregible —dijo Mercier riendo.

Los ojos de Albertine vagaron por la sala y, al cabo de unos instantes, se posaron en una mesa cercana. Mercier se comió unas patatas y luego se volvió para ver qué le había llamado la atención a su prima. Un hombre bastante atractivo estaba cenando con su hija de unos doce años, que no paraba de charlar mientras se comía un plato de caracoles. Era realmente hábil: con una mano sujetaba la cáscara con el utensilio adecuado y con la

otra sacaba la carne del caracol usando un tenedor especial, todo ello sin dejar de hablar. El padre la escuchaba muy serio.

—¿Sí?... ¿De verdad?... Debió de ser muy interesante. Albertine se inclinó hacia Mercier.

—¿Has visto?

—¿El qué?

—¿No lo ves?

—No. ¿Qué pasa?

—Le está enseñando cómo cenar con un hombre.

Mercier echó otro vistazo.

—Sí, ahora que lo dices, es verdad.

Albertine estaba encantada con lo que acaba de descubrir.

—Cómo me gusta este *quartier*... —dijo—. Y, pensándolo bien, este país. Quiero decir, ¿en qué otro sitio...?

De vuelta en el piso, Albertine se aseguró de que Mercier tenía todo lo que necesitaba y luego se fue a su habitación, al final del pasillo. Mercier intentó leer a Guderian, pero había sido un largo día, se habían acabado el Saint-Estèphe y la teoría militar alemana no era la mejor compañera de cama. Pensó en la mañana siguiente, en Bruner y los demás. ¿Se defendería? ¿O se quedaría allí sentado, escuchándolos? La última era la opción más fácil y el mejor modo de conservar su puesto. Su indagación sobre las intenciones de la Wehrmacht —la trampa para tanques abandonada, la lectura atenta del libro de Guderian— había cambiado la naturaleza de su misión en Varsovia. Eso, unido al intento de secuestro de su agente, Uhl, había convertido un trabajo de despacho en algo mucho más parecido a una lucha, así que abandonar ahora significaría huir de una pelea, cosa que nunca había hecho y nunca haría.

Fuera, en la tranquila Rue Saint-Simon, reinaba el silencio, que se extendía a todo el edificio y se hacía íntimo y profundo en el interior del piso, agradablemente caldeado por los radiadores. La habitación estaba envuelta en la penumbra; sólo la pequeña lámpara de la mesilla de noche iluminaba la cama. Del fondo del pasillo, le llegó una música tenue —Albertine debía de tener una radio en su habitación—, una orquesta de *swing* que tocaba una pieza para bailar, seguida por una vocalista, cantando una canción que conocía: *Night and Day*. ¿Estaría leyendo Albertine? ¿O escuchando la música, tumbada en la oscuridad? No es que fuera a saberlo, se dijo; no saldría al pasillo y llamaría a su puerta. Nunca lo sabría, se dijo; no saldría al

pasillo y llamaría a su puerta. Y ella tampoco esperaba que lo hiciera. Ni saldría al pasillo y llamaría a la suya. Y no es que él lo esperara. Tanto como eso, no.

29 de noviembre. Con su mejor uniforme y los zapatos relucientes, Mercier recorrió la Rue de Grenelle, pasó ante el muro que rodeaba la embajada soviética y siguió andando por la avenida de los Inválidos hasta la avenida de Tourville. La mañana, fría y gris, típica de la ciudad en esa época del año, no contribuía a suavizar la adustez de los edificios oficiales, el corazón del París militar. Saludado por el centinela, entró en el 2 bis, subió las escaleras que llevaban al despacho de Bruner y, a las diez en punto, como le habían ordenado, llamó a la puerta.

Bruner se tomó su tiempo y, cuando al fin se dignó a responder «¡Entre!», su recibimiento fue frío: correcto pero seco.

—¿Qué tal el vuelo, coronel?

—Sin novedad, señor. Puntual.

—Cuando estaba destinado en Varsovia, la LOT siempre me pareció muy fiable. —Bruner sacó una hoja de papel de un cajón del escritorio y se la puso delante, alisándola con las yemas de los dedos. Mercier se dijo que estaba exultante con el ascenso a coronel y el nuevo puesto. Bajo y corpulento, con la cara redonda y un cuidado bigotillo, irradiaba vanidad y su temible hermana gemela: la infinita capacidad de venganza ante los agravios—. Bien —dijo al fin—. El espía en Alemania que hemos perdido.

—Sí, coronel.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sé.

—Tendrá que averiguarlo, ¿no cree?

—En el viaje anterior, tuvo la sensación de que lo vigilaban. De algún modo, la Gestapo, o una unidad de contraespionaje del SD, lo descubrió. Lo he interrogado a fondo, y él ha prestado toda su colaboración, pero no tiene la respuesta.

—¿Y qué propone usted que hagamos al respecto? Es una pérdida grave, una fuente de información sobre el armamento alemán, lo que implica tácticas, y eso son datos vitales para nuestra propia planificación. Ahora mismo estamos en medio de un conflicto político; los políticos no quieren gastar dinero en tanques y aviones; nuestra tasa de paro aún es muy alta. Pero Hitler no tiene ese problema. Gasta lo que quiere.

—Soy consciente de ello, coronel.

—Puede que ese puesto en Varsovia no sea de su gusto, coronel Mercier. ¿Quiere que le busque un nuevo destino?

—No, coronel. Prefiero seguir en Polonia.

Bruner retomó al asunto del espía perdido, dedicó algún tiempo al tiroteo de Silesia, y vuelta a empezar. Era como un terrier: una vez hacía presa, ya no la soltaba. Pero al final, con una o dos amenazas más, Mercier obtuvo permiso para retirarse.

—Habrás más reuniones, coronel Mercier, así que, por favor, tenga la bondad de mantenerse en contacto con mi ayudante durante los próximos dos días. También tendrá que entrevistarse con el general De Beauvilliers. Llame a su oficina para más detalles.

«¡Oh, no!». De Beauvilliers no. Ahora sí que lo mandarían a alguna isla diezmada por la fiebre, se dijo Mercier.

Cuando salió del despacho de Bruner, se moría por un café. Esa mañana, Albertine no había dado señales de vida, y él no se había molestado en preparárselo para él, así que bajó a la cantina de oficiales del sótano y se sentó en una mesa libre. En la de al lado había tres oficiales, entre ellos, un comandante, otro agregado militar con el que había coincidido en el curso de adiestramiento de la primavera anterior. Se saludaron con un gesto y, después, mientras Mercier le pedía un café a un camarero, el comandante siguió contando una historia, que los otros dos escuchaban con evidente regocijo.

—Así que me llevaron a la otra punta del palacio —dijo el comandante—, a una sala espectacular; ya saben, divanes y cortinas de gasa.

—Puede que fuera el harén.

—Puede. Pero allí no había ninguna mujer. Sólo estábamos el sultán, el jefe de los eunucos, el del ejército, que era el hermano menor del sultán, y yo. Durante un rato, charlamos de manera informal sobre la construcción de su red ferroviaria y su guerra con una de las tribus de la montaña. Luego, apareció un criado con turbante, una daga en el fajín y chinelas con las puntas vueltas hacia arriba, trayendo una bandeja de cobre. Que contenía cuatro pequeñas pipas de plata, plata afilegranada, muy antiguas y bonitas, y un cuenco también de plata, en el que había cuatro... bueno, cuatro piedras marrones del tamaño de un guijarro.

—¡Ah! —dijo uno de los oficiales—. Opio.

—No, hachís. Como era el invitado de honor, me sirvieron en primer lugar. O sea, que el criado metió una piedra en la cazoleta de una pipa y me sostuvo una vela hasta que conseguí encender el maldito chisme.

—¿No podía declinar la invitación?

—Por supuesto, pero con un sultán no se puede ser descortés. Habría sido el fin de las concesiones francesas en el sultanato.

—¿Cómo era el sabor?

—Áspero. Tan áspero que no podía parar de toser. Luego, el sultán encendió su pipa, seguido por su hermano el general y el eunuco. El humo tiene un olor aromático, muy agradable, que no se parece a ningún otro. Y entonces empezamos a negociar... ¿Se lo imaginan? Yo había memorizado una lista de objetivos: lo que queríamos, lo que podíamos ofrecer a cambio...

—Y entonces les ofreció Marsella...

—Gracias a Dios, no la quisieron.

—¿Y cómo se sentía?

—Atontado. Y feliz. Con unas ganas enormes de sonreír, unas ganas locas.

—¿Y lo hizo? ¿Sonrió?

—No del todo. Conseguí mantener las comisuras de los labios en su sitio. Mientras tanto, el eunuco me observaba atentamente, y el general empezó a hablar del Scheneider-Creusot, el cañón de setenta y cinco milímetros. Pero, de pronto, el sultán lo interrumpió y empezó a contar una historia, una historia de lo más tonto, la verdad, sobre su visita a Francia antes de la guerra, un hotel de Niza, los zapatos que dejaban en la puerta por la noche para que los limpiara el portero, y su primo desemparejándolos y poniendo dos del pie derecho aquí, dos del izquierdo allí... Ahora no suena tan divertido, pero si hubieran estado allí...

Mercier se acabó el café y salió a la calle. En cierto modo, la historia del comandante —un agregado militar «colocado» en un reino del desierto— había sido instructiva. Chusca, sin peligro, pero no obstante, como sus propias experiencias, un percance propio del servicio en el extranjero. Puede que al comandante también lo hubieran «llamado a consultas». La cuestión, se dijo Mercier, es que había sobrevivido, soportando sin perder los estribos a aquel asno pomposo de Bruner, que con su último rebuzno le había ordenado sustituir a Uhl, aunque sólo fuera para asegurar la observación de las maniobras de Schramberg. Era más que razonable. Mercier lo habría hecho por iniciativa propia sin necesidad de viajar a París. Lo que ahora tenía por delante era una sesión con el Service des Renseignements, el servicio clandestino del Deuxième Bureau, que no sería un rapapolvo, sino una simple entrevista. Y un encuentro con el general De Beauvilliers, que sí era para preocuparse, aunque ahora no le apetecía. Para volver, cogió la Rue Saint-

Dominique, una calle comercial muy animada a última hora de la mañana, donde vio un ramo de gladiolos rojos en el escaparate de una floristería y los compró para el piso.

30 de noviembre. El Stürmbannführer August Voss regresaba de Berlín en el expreso a Glogau. En el compartimento de primera sólo había otro pasajero —el uniforme de las SS era ideal para viajar cómodo—, y Voss miraba por la ventanilla, pero no veía nada, porque la rabia lo reconcomía. Había ido a la oficina del mando central en la Wilhemstrasse para la rutinaria reunión mensual con su superior, pero el encuentro no había tenido nada de rutinario. Su jefe, el Oberstürmbannführer Gluck, un joven y brillante abogado de Berlín en la vida civil, lo había amonestado por el asunto de Edvard Uhl. Ni una felicitación por descubrir a un espía; sólo críticas por aquella absurda locura del hotel de Varsovia. Gluck no era sarcástico ni daba voces; tampoco era de los que pegan un puñetazo en la mesa: estaba demasiado arriba y tenía demasiado poder para eso. No. «Lamentaba» el incidente y «se preguntaba» si no había sido un tanto «precipitado» secuestrar a aquel individuo en medio de una ciudad extranjera y bastante «desafortunado» que el secuestro hubiera fracasado. Era el estilo de Gluck: una irritación flemática que parecía descartar la auténtica preocupación. Pero luego, cuando salías del despacho, hacía que le llevaran tu expediente y te hundía. Y lo siguiente era un nuevo destino: te mandaban a pudrirte en una de esas oficinas en las que coleccionaban fracasados a los que mantenían ocupados con papeleo inútil.

Por lo que Voss sabía, puede que aquello fuera asunto concluido; pero se había prometido que la cosa no quedaría ahí. Zoller, su agente en Leszno, que había seguido a Uhl a Varsovia, ya estaba en los Balcanes —trasladado a Zagreb, para que se las apañara con los croatas y los serbios—, y Voss se había asegurado de que todos los de su oficina se enteraran. Pero ahora lo más importante era ocuparse del idiota que había intervenido delante del Hotel Orla.

Voss había estado trabajando en ello con mucho empeño durante los días posteriores al fallido secuestro. ¿Quién era? Los agentes de Varsovia sabían qué aspecto tenía, y Voss había llamado a su jefe, un fascista polaco, a Glogau y le había echado una bronca de padre y muy señor mío. «¡Encuéntrelo o prepárese!». Le daba igual cómo. Y el polaco lo había conseguido en menos de una semana. Su mejor matón, antiguo luchador profesional en Chicago, había estado vigilando el principal hospital de

Varsovia y... ¡bingo! Allí estaba. Había ido de visita por la mañana, salido una hora después y regresado a la embajada francesa. Vestía uniforme de oficial, pero el agente lo había visto con claridad en el Orla y aseguraba que era él.

Voss no había informado enviando un despacho desde Glogau, porque presentía que podría necesitar su descubrimiento durante el encuentro de Berlín. Y al principio creyó que había acertado. Cuando Gluck se había cansado de criticarlo, Voss le había dicho:

—Bueno, al menos hemos identificado al individuo que intervino...

Y había hecho una pausa, esperando recibir palabras de elogio. Pero nada.

—¿Sí? —se había limitado a preguntar Gluck educadamente.

—Un francés que trabaja en la embajada. Un oficial del ejército.

—¿Un agregado militar?

—Quizá, no lo sabemos con seguridad. Pero lo descubriremos cuando le pongamos las manos encima.

—¿Cuando le pongan las manos encima, Stürmbannführer Voss? ¿A un agregado militar? ¿Al servicio diplomático de una embajada? —Gluck lo había fulminado con sus azules y fríos ojos de abogado—. ¿No estará hablando en serio?

—Pero...

—Por supuesto que no. Está irritado por su fracaso, naturalmente, ¿quién no lo estaría? Pero ¿tomarla con el agregado militar de una embajada? —Gluck había cerrado los ojos y meneado la cabeza lentamente: «Esto debe de ser una pesadilla en la que me veo obligado a trabajar con idiotas»—. ¿Es necesario que sigamos hablando de esto, Stürmbannführer Voss?

—No, señor. Por supuesto que no. Lo comprendo perfectamente.

En el compartimento del expreso Berlín-Glogau, la furia de Voss iba en aumento a medida que recordaba la conversación. ¡Cómo se había arrastrado! El otro viajero lo miró e hizo crujir el periódico. ¿Había hablado en voz alta? Tal vez, pero daba igual. Lo importante era que aquel francés pagara por meter las narices donde no lo llamaban. El agente polaco lo había descrito como «bien parecido, altanero, aristocrático». Sí, exactamente: justo el tipo de francés al que uno podía aborrecer con todas sus fuerzas. «Bien, Pierre, pagarás por lo que me hiciste». No podía hacerlo oficialmente, pero siempre había «alternativas»; bastaba con tener «iniciativa». En su monólogo interior, Voss remedaba a su jefe. Eso no lo aplacó —nada podía aplacarlo—, pero hizo que se sintiera mejor.

—¿Dónde?

En el piso, Albertine se volvió hacia Mercier con la botella de vermut suspendida sobre el vaso.

—En la Brasserie Heininger. Mañana, para comer.

—¿En la Bastilla? ¿Ese sitio? ¿Para comer con un general?

—Sí.

—Dios mío —murmuró Albertine.

1 de diciembre. Cuando vio a dos oficiales esperando que los acompañaran a la mesa, Papá Heininger, propietario de la cervecería cercana a la plaza de la Bastilla, irguió el cuerpo inconscientemente.

—Buenas tardes, señores —dijo haciendo un gesto al *maître* para que se retirara.

—Sí —dijo el militar de más edad, que, a juzgar por el uniforme y los galones, debía de ser por lo menos general—. La reserva está a nombre de «De Beauvilliers». —Y, volviéndose hacia su acompañante, que caminaba apoyado en un bastón, le explicó—: Tenemos mesa arriba. Es más tranquilo.

«Arriba, puede —se dijo Mercier—; porque lo que es aquí...». El Heininger era famoso por su desmesura: escalera de mármol blanco, bancos de felpa roja, rechonchos cupidos pintados en las paredes entre espejos con marcos dorados, colgaduras con pasamanería... Los camareros, la mayoría con patillas de hacha, iban de aquí para allá haciendo equilibrios con las bandejas de plata, llenas de rosáceos langostinos y negras y rugosas ostras, y los clientes de mediodía, alegres, ruidosos y envueltos en nubes de humo y perfume, reían, alzaban la voz sobre el guirigay y pedían más champán.

Papa Heininger los acompañó escaleras arriba y se dirigió a la mesa del rincón más apartado, para descubrir que estaba ocupada por un alemán de pelo plateado y una morena mucho más joven, que, sentados muy juntos en el banco, se hablaban tiernamente al oído con las cabezas pegadas. Iban muy bien vestidos... de momento. Horrorizado, Heininger se disponía a hablar, pero el alemán lo fulminó con la mirada.

—Ha habido un error —dijo al fin, e inició una complicada explicación.

—Cualquier sitio nos sirve —lo atajó el general con una voz entre el suspiro y la orden.

De nuevo abajo, los acompañaron a la mesa catorce, que exhibía el cartel de «Réservé» en un atril de plata.



—Nuestra mesa más solicitada —dijo Heininger retirándolo con un pomposo floreo—. Y, por favor, permítanme traerles una botella de champán, gentileza de la casa.

—Gracias —respondió el general. Luego, cuando Mercier se deslizó en el banco, rezongó—: La famosa mesa catorce. —Indicó con la cabeza el espejo de la pared, que tenía un agujerito rodeado de pequeñas grietas en la parte inferior.

—No puede ser lo que parece.

—Pues lo es. Un agujero de bala. —De Beauvilliers esbozó una sonrisa benévola. Era un sesentón con la cara alargada y triste de un galgo, los ojos enrojecidos del insomne y un enmarañado bigote gris. Tenía fama de ser el intelectual del Conseil Supérieur de la Guerre, el alto comité de las decisiones militares, y se decía que era uno de los hombres más poderosos de Francia, aunque nadie sabía lo que hacía exactamente ni cómo—. Hace unos meses —empezó a contar De Beauvilliers—, creo que en junio, tenían aquí de jefe de sala a un exiliado búlgaro que jugaba a la política y consiguió que lo mataran mientras se ocultaba en una cabina del aseo de señoras. Los asesinos también dispararon en el comedor, y hubo que cambiar todos los espejos; todos menos éste, que dejaron como recuerdo. Al menos, la historia es buena. Personalmente, vengo aquí por el chucrut. He visto suficientes agujeros de bala en mi vida.

El champán llegó en una cubitera de plata, y ambos pidieron chucrut.

—En el mío puede poner una salchicha extra —pidió De Beauvilliers.

El camarero descorchó el champán y les llenó las copas.

—Habría preferido cerveza —dijo De Beauvilliers cuando se quedaron solos—. Pero siempre tienen que estropearte hasta los placeres más sencillos. —Probó el champán y echó un vistazo a la etiqueta—. No está mal —admitió—. ¿Se la armó Bruner?

—Sí.

—No se preocupe por él. Ocupa su sitio en el esquema de las cosas, pero lo tenemos atado corto. Quiero que siga en Varsovia, coronel.

—Gracias —respondió Mercier—. Allí hay mucho trabajo que hacer.

—Lo sé. Lo siento por los polacos, pero hay que hacerles comprender que no iremos a ayudarlos, digan lo que digan los tratados. Podríamos estar en condiciones de hacerlo, si De Gaulle y sus aliados, como Reynaud, llevaran la voz cantante, pero no es así. La doctrina militar francesa está en manos del mariscal Pétain, enemigo de De Gaulle, y no cederá.

—Defensa y más defensa. La Línea Maginot.

—Exacto. De Gaulle está en Metz, mandando el regimiento de tanques quinientos siete. Pero no habrá muchas divisiones blindadas más; por lo menos, hasta 1940.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo Mercier.

—Eso quisiera saber yo —respondió De Beauvilliers—. Es lo que algunos querríamos saber desde que Hitler remilitarizó Renania en el 36. Pero la respuesta no es tan complicada. Pétain y sus aliados están a favor de la teoría de la Batalla Metódica. Apaciguar a Hitler, para ganar tiempo, para cimentar nuestra alianza con Gran Bretaña, y luego una guerra de desgaste. La Armada británica bloquea, los alemanes pasan hambre y nosotros lanzamos una contraofensiva en dos o tres años. En el 18 funcionó, después de que los estadounidenses entraran en escena.

—Esta vez no funcionará, mi general. Hitler está a favor de los regimientos blindados. En el 18 estaba allí; vio lo que pasó.

—Sí. Y sabe que si los alemanes no ganan en seis meses, no ganarán, punto. Pero Francia cree que no puede competir: restricciones políticas, falta de dinero, un sistema de compras errático, escasez de hombres, falta de zonas de entrenamiento... Gamelin, el jefe del Estado Mayor, no tiene más que excusas.

—Los alemanes están fabricando tanques —dijo Mercier—. Estaba obteniendo información a través de un agente, pero lo perdí. Y tienen programadas maniobras en Schramberg, en la Selva Negra. Creo que están pensando muy en serio en los bosques de las Ardenas, en Bélgica, donde acaba la Línea Maginot.

—Lo sabemos. Por supuesto que lo sabemos. Y hemos realizado simulacros de combate basados en una ofensiva con tanques a través de las Ardenas. Pero lo importante en los simulacros es la conclusión, la lección que se extrae.

—¿Puede decirme cuál es, mi general?

De Beauvilliers se tomó unos instantes para pensar su respuesta.

—En Francia estamos obsesionados con la idea de los grandes hombres. A nadie más se le habría ocurrido erigir el Panteón. Así que el mariscal Pétain, el héroe de Verdún, tan condecorado, tan adorado, incluso, está convencido de que es infalible. «Los bosques de las Ardenas son impenetrables —ha escrito en un reciente panfleto—. Y, si los alemanes son tan imprudentes como para meterse en ellos, no tendremos más que capturarlos cuando salgan».

—Eso es absurdo, señor —respondió Mercier—. Perdone la brusquedad, mi general, pero lo es.

—Creo que ése fue el adjetivo que usé yo, coronel. Y me quedé corto. Pero, en fin, ¿qué podemos hacer?

*Les choucroutes!* El camarero les sirvió —un montón de col en salmuera, chuletillas de cerdo, gruesas y alargadas tajadas de tocino y una salchicha, dos para el general— y dejó un tarro de mostaza picante entre los dos.

—Un plato perfecto para hablar de Alemania —comentó De Beauvilliers, y se volvió hacia el camarero—. Tráigame una jarra de su mejor cerveza rubia —le pidió.

—Uno debería tener lo que quiere —dijo Mercier.

—Por lo menos, para comer. Cuénteme lo que está pasando en Polonia.

—Como sabe —dijo Mercier mientras el general se lanzaba al ataque de la primera salchicha—, perdí un agente, casi a manos de los alemanes, aunque por el momento lo tenemos escondido en Varsovia. Por lo demás, la cosa está tranquila. Los polacos se esfuerzan en comprar armas, pero es un proceso lento. La Depresión sigue afectando a su economía. Pero mantienen la confianza. Después de todo, les ganaron la guerra a los rusos y resolvieron sus disputas fronterizas en Silesia y Lituania, y no han olvidado ni lo uno ni lo otro. En el este siguen combatiendo a los nacionalistas ucranianos, armados en secreto por los alemanes, pero no van a ceder ni un palmo de terreno.

—La confianza no siempre es buena.

—No, y la muerte de Pilsudski empeoró las cosas. Tras su fallecimiento, el gobierno dio un giro a la derecha, y en las universidades hay una fuerte presencia fascista, con acciones contra los judíos; pero los fascistas siguen siendo una minoría. Debo añadir que no soy un experto en el tema. Me concentro fundamentalmente en el ejército, no en la política.

De Beauvilliers asintió para indicar que comprendía.

—Me han llegado rumores de que Von Sosnowski fue canjeado por una espía alemana.

—A mí también.

—¿Ah, sí? ¿De dónde?

—Los rusos. Agentes de inteligencia de la embajada en Varsovia. Durante un cóctel.

—En ese terreno, es mejor moverse con pies de plomo —le aconsejó De Beauvilliers y, haciendo una pausa, con el tenedor lleno de col en el aire, sonrió con afecto y dijo—: Jurik von Sosnowski, el Caballero von Nalecz... Sí, eso es lo que yo llamo un buen espía. —El general se comió la col y

añadió—: No se puede negar que el bueno de Jurik llegó lejos. Hasta la misma Sección I. N. 6 —*Intelligenz Nachforschung*, «investigación de inteligencia»— del Estado Mayor alemán, el departamento de Guderian. Y consiguió el plan de ataque, con regimientos de tanques, para la invasión de Polonia. Pero, al final, los polacos sospecharon que los alemanes sabían lo que estaba haciendo y que le proporcionaban información falsa.

—Me cuesta creerlo —repuso Mercier—. Eso implicaría que los planes de ataque eran distintos. Pero ¿qué iban a hacer? ¿Bombardear con artillería las defensas fronterizas y luego un lento avance? Lo dudo mucho, la verdad.

—También podría haberse apoderado de los planes de invasión contra nosotros, pero nunca nos han dicho que fuera así. En cualquier caso, estuvo activo unos pocos años y lo detuvieron en el 34, así que es probable que los detalles hayan cambiado completamente.

—Sí, seguramente han cambiado.

—Por supuesto, sólo hay un modo de averiguarlo —dijo De Beauvilliers, y una extraña expresión, quizá de amargo regocijo, afloró a su rostro por un instante—. Planes de invasión... —murmuró—. En este turbio negocio, hay muchas gemas, coronel, toda clase de rubíes y esmeraldas, que siempre merece la pena robar, si puedes. Pero planes de invasión... ¡Ah, eso son diamantes! Y sólo proceden de una mina, el mismo I. N. 6 en el que Sosnowski consiguió infiltrarse con sus amiguitas alemanas. Pero, por desgracia, probablemente no pueda volver a hacerse.

—Probablemente no.

—No obstante, si por casualidad, la persona adecuada, en el momento adecuado...

—En ese caso, se podría intentar.

—Por supuesto que se podría. Y opino que merecería la pena. Pero dudo que la seducción sea la respuesta; hoy en día, con la Gestapo y el SD, no. Y el viejo Von Sosnowski era único, ¿no le parece? Cien mujeres en un año, se rumoreaba. No volvería a funcionar, diría yo; la repetición no es la respuesta. No, esta vez tendría que ser dinero.

—Mucho dinero —puntualizó Mercier.

De Beauvilliers asintió con una expresión más bien sombría. Sin embargo, no todo estaba perdido. Cuando se inclinó hacia Mercier, su voz era baja pero firme.

—Ni que decir tiene que tenemos mucho dinero.

Dicho esto, volvió a su almuerzo. Mercier bebió un poco de champán y, de pronto, sin que se le ocurriera ningún motivo en especial, tuvo clara

conciencia de la vida a su alrededor, de la charla y las risas de los parisinos, que llenaban el aire saturado de humo del restaurante. Una extraña conciencia, más cercana a la aprensión que a la placidez. «Como los perros», se dijo. A veces, estaban tumbados y, de repente, levantaban la cabeza, alertas a algo distante, para volver a echarse un instante después, siempre con una especie de suspiro.

3 de diciembre. Varsovia. La nieve invernal ya había empezado a caer. Por la noche, se fundía en doradas gotitas sobre las farolas de gas de la avenida Ujazdowska y, por la mañana, dejaba la calle blanca y silenciosa. En el campo, cerca de los pueblos, se veían las primeras huellas de patas de lobos.

Con las felicitaciones de Navidad, el correo de Mercier había engordado. Los Vyborg le mandaron un pesebre con el Niño y unas ovejas, lo mismo que el agregado naval español. Del príncipe Kaz y la princesa Toni, con matasellos de Venecia, un tronco de Navidad espolvoreado con plata y un «Esperamos verlo en primavera» escrito con esmerada letra de colegiala bajo la felicitación impresa. De Albertine, una carta bastante cariñosa, no muy distinta a la que le había mandado él. Ahora debía de estar en Alepo, se dijo, y se puso a pensar en el oscuro pasillo que llevaba a la habitación de su prima y en la tenue música que había oído esa noche.

De los Rozen, una tarjeta de Januká con un candelabro de siete brazos, y otra del doctor Goldszteyn, su compañero en algunos de los partidos de dobles en el Club de Tenis Milanowek. Dentro de la tarjeta había una carta escrita en una hoja de color crema.

«Querido coronel Mercier:

»Le deseamos una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo. Por desgracia, debo aprovechar la ocasión para despedirme. Muy pronto mi familia y yo estaremos en Cincinnati, en compañía de mi hermano, que emigró allí hace unos años. Creo que será una situación mejor para nosotros. Le doy las gracias por su bondad y su amable consideración, y le deseo que pase unos días muy felices. Lo saluda cordialmente,

JUDAH GOLDSZTEYN»

Mercier leyó la carta más de una vez y pensó en contestar, pero luego comprendió algo más triste que la propia carta: no había nada que decir. No fue capaz de tirarla, así que la metió en un cajón.

El correo también incluía invitaciones, algunas muy elegantes —en esa época del año, las imprentas de Varsovia hacían su agosto—, a un sinfín de celebraciones oficiales y a varias fiestas privadas. Se rogaba contestación.

Declinó la mayoría y aceptó unas pocas. Una nota manuscrita de Madame Dupin, la subdirectora de protocolo de la embajada, lo invitaba a un *vernissage* «de Marc Shublin, uno de los mejores pintores jóvenes de Polonia». El *vernissage* —el «barnizado», en alusión a la finalización de una pintura al óleo— era una antigua tradición francesa, la primera muestra de la obra nueva de un pintor, habitualmente en su estudio.

Mercier había añadido la nota al montón del «no», pero al día siguiente Madame Dupin, tan encantadora y convincente como siempre, se presentó en su despacho.

—¡De verdad, tiene que venir! —le dijo—. Es una gente muy agradable, se lo pasará bien. Marc es tan popular... Se hará en un invernadero en desuso de la calle Hortensya. Por favor, Jean-François, diga que sí. Ese joven merece la pena, mi amiga Anna también irá y este año todo lo demás es un aburrimiento. Por favor...

—Por supuesto, Marie. Allí estaré.

La tarde del 11, en traje y corbata, Mercier cogió un tranvía hasta las afueras de la ciudad para encontrarse con un individuo llamado Verchak. Era un favor que le había hecho el coronel Vyborg y, en consecuencia, un ofrecimiento que no podía rechazar, aunque dudaba que fuera productivo. Verchak había servido en el batallón Dabrowsky durante la guerra civil española y, al ser herido en combate, se le había permitido —«por su familia», había dicho Vyborg— regresar a Polonia. La mayoría del batallón estaba integrada por mineros polacos de la región francesa de Lille, casi todos miembros del sindicato comunista, que habían luchado como parte de la XI Brigada Internacional, destacada en la defensa de Madrid. Los exiliados comunistas se lo pensaban dos veces antes de regresar a Polonia, de modo que Verchak era una valiosa rareza, según Vyborg.

El piso de dos habitaciones, situado en un barrio obrero, estaba immaculado —la limpieza era el antídoto polaco contra la penuria— y olía a medicamentos. Mercier siguió a Verchak a la segunda pieza, carente de decoración, salvo por un pequeño cedro con bonitos adornos navideños de madera colocado sobre un banco. El exbrigadista le ofreció la única silla buena, mientras él se sentaba enfrente en otra hecha de tablas. Pani Verchak sirvió té y ofreció azúcar, que Mercier tuvo la delicadeza de no aceptar, y abandonó la habitación.

Un hombre destrozado, se dijo Mercier observando a su marido; no tenía ninguna herida aparente, pero estaba envejecido y débil más allá de su edad. Su polaco era lento y preciso, cosa que Mercier agradecía, y alguien, sin duda Vyborg, le había pedido que se mostrara comunicativo. Mercier tan sólo dijo que era amigo de Vyborg y quería oír la experiencia de Verchak en la guerra de España.

El exbrigadista aceptó sus palabras y empezó a recitar una historia que sin duda había contado más de una vez.

—Durante la primera semana de noviembre, hizo frío y llovió todos los días. Tomamos el pueblo de Boadilla, cerca de la carretera de La Coruña, entre Madrid y Las Rozas. Los nacionales querían cortar esa carretera y poner sitio a la capital y, al cabo de unas horas, mientras preparábamos nuestras defensas, rodearon el pueblo y nos atacaron.

—¿Cómo fue ese ataque?

Verchak miró por la ventana, absorto en sus recuerdos, y al cabo de unos instantes se volvió de nuevo hacia Mercier.

—No pudimos pararlo, señor —dijo al fin—. Primero, nos bombardearon los aviones, luego vinieron los tanques, después dos oleadas de infantería y por último otra vez los tanques. Pero resistimos durante mucho tiempo, aunque perdimos a la mitad de nuestros hombres.

—¿Con qué disparaban a los tanques?

—Con ametralladoras, pero no sirvió de mucho. A uno le prendimos fuego con un cañón de campaña y matamos a la tripulación cuando salió por la escotilla. Un par se quedaron atascados en el barranco, y lanzamos granadas de mano bajo el motor, en la parte de atrás. Pero había demasiados.

—¿Cuántos?

Verchak meneó la cabeza lentamente.

—Demasiados para contarlos. Teníamos al lado al Batallón Thaelmann, comunistas alemanes en su mayoría, y decían que lo llamaban «guerra relámpago».

—¿Lo dijeron en polaco?

—No, señor, en alemán.

—Entonces, ¿*Blitzkrieg*?

—Puede. No lo recuerdo.

—Ese nombre, ¿se lo dieron ellos? ¿Los alemanes de la Brigada Thaelmann?

—Creo que dijeron que se lo habían oído a los asesores alemanes que luchaban con los nacionales.

—¿Cómo pudieron oírlo, Pani Verchak? ¿De boca de un prisionero?

—Puede ser, señor. No lo dijeron. Quizá escuchaban a sus compatriotas hablando por radio. Eran gente muy lista.

—¿Volvieron los aviones?

—Ese día no. Volvieron a la mañana siguiente, mientras nos replegábamos hacia Madrid. Nos habíamos quedado sin munición. Los oficiales de Madrid nos mandaron balas de fogeo.

—¿Por qué?

—Para mantener la moral, decían algunos, para que no nos retiráramos.

—¿Los hombres de los tanques hablaban con los aviones, Pan?

—No sabría decirlo. Pero puede hacerse.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe?

—Lo vi con mis propios ojos, más tarde, cuando luchamos en el río Jarama. Allí los tanques estaban en nuestro bando, grandes tanques rusos, y vi a un comandante de tanque, con medio cuerpo fuera de la escotilla, utilizando una radio y mirando a los aviones rusos en el cielo. Les gritó cuando las bombas empezaron a caer en nuestras trincheras. Yo estaba sólo a unos metros. Después de que les gritara, el bombardeo cesó. No lo bastante pronto, señor; algunos camaradas estaban muertos, pero cesó. Por supuesto, aquel ruso no debería haber salido del tanque, porque los moros lo acribillaron. — Verchak hizo una pausa, como si pudiera ver al comandante ruso—. Fue una guerra terrible, señor —añadió.

Poco después, la mujer de Verchak volvió a entrar, una señal, pensó Mercier, de que a su marido no le convenía seguir hablando. Mientras se levantaba para marcharse, metió mil zloty en una hoja doblada de su cuaderno de notas y los dejó bajo el árbol de Navidad. Los Verchak se miraron — ¿podían aceptar semejante regalo?—, y Pani Verchak empezó a hablar. Pero Mercier le dijo que, en esas fechas, según una vieja costumbre francesa, cuando se entraba en una casa en la que había un árbol de Navidad, había que dejar un regalo debajo.

—Tengo que seguir mis tradiciones —añadió.

Y, como había supuesto, el matrimonio no se lo discutió.

11 de diciembre. Caía la noche, el cielo era amenazador, el aire gélido y no corría ni la más ligera brisa. A las ocho y media, Mercier llegó dando un paseo hasta el viejo invernadero de la calle Hortensya, que en su día había abastecido los jardines y parques de la ciudad, pero llevaba abandonado



mucho tiempo. Mercier se dijo que era típico de Madame Dupin tomar bajo su protección a un artista de la ciudad donde vivía e involucrarse en una interminable serie de proyectos y pasatiempos. Shublin estaba en la puerta del invernadero, acompañado por ella. Era joven, con el atractivo de un truhán, y muy serio. Qué otros placeres, más allá de la satisfacción del apadrinamiento, podría haber proporcionado a Madame Dupin era un asunto abierto al debate, como de hecho lo estaba su vida erótica, tema de cierta especulación en la comunidad diplomática. Esa noche se mostró efusiva y nerviosa: cogió la mano de Mercier entre las suyas y le dijo que estaba muy contenta de que hubiera acudido. Evidentemente, temía que no lo hiciera.

Shublin y sus amigos habían hecho todo lo posible para convertir el viejo invernadero en un estudio de pintura, llevando para la velada los fetiches del artista, esqueletos, estatuillas de individuos deformes y animales imaginarios, caballetes con recortes de periódico, un maniquí en una jaula de alambre... — y colocando el cuadro de mayor tamaño sujeto con cuerdas a una barra de hierro colgada del techo, entre un par de esqueletos, cuyos nombres figuraban en tarjetas de cartón que les pendían del cuello—. A Mercier le gustó al instante, como el resto de pinturas que descansaban apoyadas en las viejas y empañadas paredes de cristal. Fuego. El fuego en todos sus aspectos: llamas anaranjadas ascendiendo hacia el azul del cielo, negro humo brotando de un cegador destello amarillo... Fuego y más fuego.

A Mercier, ataviado para la velada bohemia con un jersey amplio bajo un abrigo largo, pantalones de pana y una bufanda de lana negra enrollada al cuello con descuido —o eso esperaba—, lo presentaron a diestro y siniestro. Durante un rato, habló con un profesor de Historia del Arte y sacó a colación el tema de la pintura polaca de guerra, un tesoro desconocido para él, que había descubierto en Varsovia: grandes escenas de batalla atestadas de jinetes y cañones, exquisitamente detalladas y convincentes. Pero al profesor no le interesaba demasiado; en cambio, al enterarse de que Mercier era francés, no paró de hablar de Matisse. Mercier también charló con la novia de Shublin, que estaba muy al tanto de la política europea, probablemente lo último de lo que a él le apetecía hablar. Pero la chica era inteligente y divertida, y Mercier descubrió que se lo estaba pasando tan bien como le habían prometido. Había vino y vodka en abundancia, y un buen restaurante había traído bandejas con comida, generosamente costeadas por Madame Dupin. ¿Con fondos secretos de la embajada? Dios mío, Mercier esperaba que no.

Eran las nueve y cuarto cuando apareció Anna Szarbek. La misma Anna Szarbek: pelo rubio oscuro recogido en la nuca y con el flequillo a un lado,

ojos de un verde intenso, cautelosos e inquietos, y la ligera curva descendente de la nariz y los carnosos labios sugiriendo sensualidad. Sugiriéndosela a él, ciertamente. Al verla, su corazón empezó a palpar; quería huir con ella en taxi a través de la noche y llevársela a su dormitorio, donde la liberaría del abrigo, el jersey, la falda, las botas y todo lo demás, donde vería lo que apenas había palpado la noche en que habían bailado juntos. Y luego... En fin, su imaginación funcionaba perfectamente, y en ella el deseo de Anna, en aquel primer momento en que se conocieron, era equivalente al suyo, y el suyo casi lo mareaba. Pero no tanto como para no recorrer la sala con la mirada en busca de Maxim, del que no vio ni rastro. Mercier, absurdamente eufórico, sintió que una gran sonrisa afloraba a su cara. A quien no se le pasó por alto su búsqueda por la sala fue a Madame Dupin, que, medio vuelta hacia él junto a un grupo que charlaba, lo miraba con ojos penetrantes e inquisitivos. ¿Ése era el motivo por el que había insistido en que fuera? ¿Estaba haciendo de celestina? ¿Podía ser? Las preguntas se atropellaban en su mente.

Atrapado, entre tanto, por el hombre más aburrido del mundo —«Pero es que la normativa de la ciudad prohíbe expresamente construir un muro en ese sitio. No me lo puedo creer, la verdad.»—, Mercier respondía con un «Hmmm» tras otro, mientras sus ojos vagaban descortésmente por encima de los hombros de su interlocutor. Anna era fácil de localizar —llevaba un jersey rojo oscuro con un collar de perlas bajo el cuello alto—, mientras navegaba por el abarrotado invernadero. Cuando otro invitado le indicó los esqueletos, se detuvo para mirarlos, echó un vistazo de miope a los cartelitos de los nombres y, tras sonreír irónicamente a modo de respuesta, siguió su camino.

—Podríamos acudir a los tribunales, se lo merecerían, tendrían que contratar a algún abogado caro...

—Hmmm. Hmmm.

Lo había visto. Estaba buscándolo. El corazón se le paró en el pecho.

—Disculpe, creo que iré a por otra copa de vino.

—Pero si no tiene ninguna...

—Entonces, iré a por una.

Mercier se dirigió hacia Anna, y los dos intercambiaron sonrisas cómplices —«¡Uf, cuánta gente!»— ante las dificultades de su avance. Cuando al fin estuvieron juntos, se dieron la mano. Anna aún la tenía helada.

—Me alegro de volver a encontrarla —dijo Mercier.

—Me pareció verlo en el cóctel de Asuntos Exteriores —respondió Anna.

Su voz era ligeramente ronca. Mercier lo había olvidado, lo mismo que el leve acento.

—Me vio. Y yo a usted, pero no me pude acercar a saludarla.

—Parecía muy ocupado.

—Una recepción oficial. Tenía que asistir. Pero esto es mucho mejor.

—Con Marie de por medio, las fiestas siempre son divertidas. El pobre Maxim tenía que entrevistar a un político, así que he estado a punto de no venir. Pero he pensado: «¿Por qué no?». Además, lo había prometido.

—¿Quiere beber algo?

—Bueno, no me vendrá mal. Hace un frío espantoso, hasta para Varsovia. Se abrieron paso hasta el bar, que estaba en una esquina de la sala.

—Dos vodkas, por favor —pidió Mercier, y se volvió hacia Anna—: ¿Le parece bien? Es un buen antídoto contra el frío.

—Sí, gracias. Ya imaginaba que esto estaría helado. Después de todo, es de cristal.

—Tienen estufas de queroseno.

Anna no parecía impresionada.

—Pobres plantas.

—Ya no. ¿Qué le parecen los cuadros?

—Dan un poco de miedo. No son fuegos reconfortantes.

—¿Bélicos, diría usted?

—Por lo menos, violentos. Por suerte no se ve lo que arde. Casas, o barcos.

—Puede que haya que imaginarlos.

Ana asintió: «Sí, podría ser». Luego, buscó en el bolso y sacó un cigarrillo y un encendedor, que le tendió a Mercier.

—Si quiere, voy a buscar un cenicero —dijo él tras darle fuego.

—Lo acompaño. Aquí no conozco a nadie.

Cuando empezaban a avanzar hacia la mesa del bufet, un fuerte golpe de viento sacudió el invernadero y, de pronto, se oyó el ruido del granizo repiqueteando con fuerza en el techo de cristal. Pero cesó tan rápidamente como había empezado.

—Yo tampoco conozco a nadie —dijo Mercier—. En estas fiestas, se supone que tienes que presentarte tú mismo.

—Yo no lo hago. Para eso tienes que ser simpático e ingenioso. Y no lo soy. ¿Y usted?

—Tampoco.

—Habría dicho que sí...

—Necesito que me presenten. Luego, sé relacionarme. Si no...

—El temido rincón. Y la sonrisa tonta.

Sortearon al profesor, que ahora estaba acompañado por una anciana y seguía piropeando a Matisse. De pronto, Madame Dupin se materializó ante ellos.

—Hola, pareja. Veo que se han encontrado.

—Así es —dijo Anna—. Has reunido a una pequeña multitud...

—Marc está encantado, al menos eso creo. Habla poco. Yo estaba preocupada por el tiempo... Estaba.

—Buscábamos un cenicero —dijo Mercier.

—Allí, en la mesa. No se vayan sin probar el esturión ahumado, lo ha hecho el chef del Bristol. —El viento volvió a ulular—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó Madame Dupin. Una breve lluvia de granizo tamborileó con furia en las paredes del invernadero—. ¿Lo oyen? A lo mejor tenemos que quedarnos toda la noche. —La atribulada anfitriona miró al cielo con el ceño fruncido—. Me voy, queridos —anunció—. Por favor, procuren divertirse.

—Quizá debiéramos hacerlo —dijo Anna cuando estuvieron solos.

Mercier se encogió de hombros.

—¿Por qué?

Anna sonrió de oreja a oreja.

—¡Qué granuja! —exclamó dándole un suave empujón en el hombro.

—¡Lo soy, y mucho! —respondió Mercier, queriendo decir justo lo contrario, pero deseando que fuera así.

En la mesa del bufet, encontraron un cenicero y luego probaron el esturión, la trucha ahumada y las tostadas de huevas de salmón con huevo duro. Anna comía con apetito, emitiendo algún débil sonido de satisfacción cuando alguno de los entremeses era especialmente bueno. A continuación, volvieron al bar a por otros dos vodkas y brindaron antes de beber. Fuera, la tormenta empezaba a azotar los cristales enloquecidamente.

—Está visto que tendremos que quedarnos toda la noche.

—¡Por favor! —dijo Anna—. Hará que me meta en problemas.

—Bueno, al menos déjeme acompañarla a casa.

—Gracias —respondió Anna—. Eso sí me gustaría.

Veinte minutos después, se despedían de Shublin y Madame Dupin y abandonaban el invernadero. Mercier miró a su alrededor en busca de un taxi, pero la calle estaba desierta.

—¿En qué dirección está su casa? —le preguntó a Anna.

—Por allí —respondió ella señalando con el dedo—. En la avenida Marszalkowska podremos coger el tranvía, o encontrar un taxi con más facilidad.

Se pusieron en marcha, primero en dirección oeste y luego norte, caminando contra el viento, que aullaba y ululaba en la estrecha calle, hacía volar hojas de periódico sobre sus cabezas y les impedía avanzar. Al principio, no fue tan malo, pero al cabo de un rato tuvieron que renunciar a dar animosas zancadas contra el vendaval y andar de lado, encorvados y con los ojos medio cerrados, mientras el granizo les golpeaba la cara.

—¡Diantre! —gruñó Anna—. Es peor de lo que imaginaba.

Mercier seguía buscando un taxi, pero no se veían luces de faros por ninguna parte.

—Voy a tener que cogermelo de su brazo —dijo Anna—. ¿Le importa?

—En absoluto.

Anna se agarró a él con los dos brazos y, apretándose contra su cuerpo, ocultó el rostro detrás de su hombro. Avanzando despacio, llegaron a la avenida Marszalkowska, el Broadway de Varsovia.

—¿Cuánto falta? —preguntó Mercier, comprendiendo que Anna no podía más.

—Veinte minutos, cuando hace buen tiempo.

Mercier notaba que Anna estaba temblando y, cuando se volvió hacia ella, vio que tenía las pestañas cubiertas de cristales de hielo.

—Quizá deberíamos entrar en algún sitio —propuso Mercier.

El frío era atroz, el jersey de Anna, fino, y su abrigo, más elegante que práctico.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—No lo sé. En el primer sitio que veamos.

A lo largo de la avenida Marszalkowska, los cafés y los restaurantes estaban cerrados y a oscuras. A lo lejos, un hombre avanzaba despacio, agarrándose el sombrero sobre la cabeza, y las farolas, cubiertas de hielo, resplandecían débilmente sobre el blanco pavimento, en el que no se veía una sola huella de neumático.

—Mi padre solía hablarme de estas tormentas —dijo Anna—. Llegan de Siberia; un regalo de Rusia a Polonia —añadió castañeteando los dientes, y se agarró a él con más fuerza.

Mercier empezaba a considerar la posibilidad de meterse en un portal o incluso intentar abrir las puertas de alguno de los coches aparcados en la avenida, cuando vio una luz que brillaba a lo lejos en su misma acera.

—Sea lo que sea —le dijo a Anna—, allá vamos.

Ella asintió con fuerza: «Donde sea, pero pronto».

La luz salía de un cine, de la cabina de la taquilla, retirada de la acera y protegida por una pequeña marquesina. La anciana taquillera llevaba una pañoleta en la cabeza y un chal sobre los hombros.

—No deberíais estar en la calle con este tiempo, hijos —dijo mientras Mercier le pagaba.

En el patio de butacas, el público, ajeno a la tormenta, reía y se lo pasaba en grande. Mercier encontró un par de asientos.

—Ha sido espantoso —dijo Anna—. Espantoso de verdad.

—Puede que pare —respondió Mercier frotándose las manos—. Si no, al menos estaremos calientes un rato.

En la pantalla, un soldado bajito con bigote a lo Hitler saludaba a un oficial; era un saludo enérgico pero raro: la parodia de un saludo. Un primer plano de la cara del oficial mostraba a un hombre al límite de su paciencia. Farfullaba algo. El soldado volvía a intentarlo. Aún peor. Era el típico recluta que cree haber adoptado una actitud marcial, pero sólo consigue remedar la postura ortodoxa. Mercier se inclinó hacia Anna.

—¿Sabe cómo se titula la película?

—*Dodek na froncie*, Dodek va a la guerra. Ése es Adolf Dymsha.

—El nombre me suena.

—Es el Chaplin polaco.

—¿Ya la había visto?

—No, la verdad es que no —respondió Anna y, al cabo de unos instantes, con voz risueña, le preguntó—: ¿Estaba preocupado?

—Por supuesto.

—A veces, es usted muy gracioso, coronel.

—Jean-François.

—Muy bien. Jean-François.

—¡Chssss! —protestaron a su espalda.

—Perdón.

Mercier intentó seguir la película. Pero tenía más de comedia romántica que de farsa y, como la banda sonora siseaba y crepitaba ruidosamente, se perdía la mayor parte del diálogo, que era lo que causaba la hilaridad del público. En determinado momento, Anna también rió, y Mercier le preguntó al oído:

—¿Qué han dicho?

Para no molestar al espectador de la fila de atrás, Anna le susurró:

—En francés sería: «Qué curioso, mi perro dijo lo mismo».

Pero, tras responder, Anna no se volvió; esperó y, cuando Mercier la miró, cerró los ojos y dejó que la besara, con ternura, mientras sus labios resecos se movían suavemente contra los de Mercier. Al cabo de unos pocos pero largos segundos, Anna se recostó en la butaca, apoyó el hombro en el de Mercier y ahí lo dejó.

Cuarenta minutos después, la película acabó y tuvieron que abandonar el cine. La tormenta no había amainado. Empezaron a andar con paso vivo, ella, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Ninguno de los dos quería ser el primero en hablar. De pronto, cuando el silencio empezaba a resultarles incómodo, Mercier vio un coche de caballos de alquiler y gritó agitando los brazos. El cochero se detuvo, y Mercier ayudó a Anna a subir al vehículo. Aquello parecía una oportunidad enviada por los dioses del amor, pero no fructificó. Anna estaba callada y pensativa. Mercier intentó iniciar una conversación intrascendente, pero ella, con mucha educación, le dio a entender que en esos momentos no le apetecía hablar, así que Mercier permaneció en silencio mientras el intrépido caballo, con la manta cubierta de granizo medio derretido, trotaba por la avenida. Por fin, Anna indicó al cochero que girara en la calle que Mercier recordaba de la noche en que la había acompañado al Europejski.

Tras pedir al conductor que esperara —volvería a casa en el coche—, Mercier ayudó a bajar a Anna, y los dos se quedaron frente a frente en la acera. Antes de que él pudiera decir nada, Anna apoyó la palma de la mano en su pecho y la mantuvo allí: un gesto que lo silenció, pero al mismo tiempo — y Mercier lo sentía con fuerza— significaba atracción, deseo teñido de pesar. Mercier podía leer la preocupación en su cara: por lo que había ocurrido en el cine, por lo que había ocurrido durante toda la noche.

—Buenas noches... Jean-François. —murmuró.

—¿Puedo volver a verte?

—No lo sé. Tal vez sea mejor que no.

—Entonces, buenas noches.

—Sí, buenas noches.

Durante su encuentro en París, Mercier y la gente del Deuxième Bureau habían hablado largo y tendido sobre las maniobras que la Wehrmacht tenía programadas en Schramberg. En consecuencia, el diez de diciembre, cuatro agentes alemanes que trabajaban para el Service des Renseignements habían

viajado a dicha localidad: un caballero maduro y su esposa, que iban a celebrar su aniversario de boda paseando por las colinas de la Selva Negra; un viajante de una fábrica de utensilios de cocina de Stuttgart, que recorrería los comercios locales, y un representante de la UFA, la productora cinematográfica de Berlín, que buscaba localizaciones para una nueva versión de los cuentos de los hermanos Grimm.

Las sinuosas calles del casco antiguo de Schramberg, con sus casitas con entramados de madera e inclinadas cubiertas y sus tiendas con rótulos en letras góticas, no eran una mala elección como decorado para un cuento de hadas. Realmente encantadoras. Y los vecinos estaban deseosos de hablar, de alabar su maravilloso Schramberg, mientras pensaban en los beneficios que les reportaría la gente del equipo de rodaje, que como se sabía gastaba el dinero a manos llenas. La mejor clientela: llegaban y, aunque molestaran a todo el mundo, se iban dejándose el dinero.

De modo que los dignatarios locales, el alcalde y los concejales, no se cansaban de enumerar los *gemütlich* encantos de la localidad. Aunque —compréndalo, por favor— aquél no era el mejor momento para visitarla. Como todo el mundo sabía, la Wehrmacht estaba a punto de llegar; una de las carreteras que ascendía hasta el pueblo serpenteando entre las colinas permanecía cerrada, todas las habitaciones del hostel estaban reservadas, ya habían llegado varios camiones con suministros y se esperaba que llegaran más en cualquier momento. En fin... No obstante, el estimado caballero podía ver con sus propios ojos lo pintoresco que era el bosque y, aunque allá arriba, en el Rabenhügel, la colina del Cuervo, las máquinas del ejército habían puesto la zona patas arriba, había muchos otros sitios igual de bonitos. ¡Más bonitos! Y ¿contrataría la productora a gente del pueblo para salir en la película? ¿En una multitud, quizá? ¿O incluso, digamos, para hacer de alcalde? Naturalmente que sí, respondía el de la UFA; eso era lo que siempre se hacía. ¿Y esos dos individuos corpulentos que se tomaban el segundo desayuno sentados junto a la ventana del café Schwarzwald? ¡Oh, no, éstos no eran del pueblo! Acababan de llegar; estaban allí para asegurarse de... de que todo iba bien. Guiño.

Con los señores del aniversario, que, vestidos de loden verde con sombreros alpinos a juego, no tardarían en hacer gorgoritos al estilo tirolés, ocurrió algo muy parecido en cuanto sacaron el mapa ante la señora que les había alquilado la habitación. No, no, allí no, allí estaba prohibido hasta después del 14; al este del pueblo, al Rabenhügel, no se podía ir, pero al sur... ¡ah, aquello era aún más bonito! Unos pinos magníficos, y los pajarillos rojos,



que se quedaban a pasar el invierno... ¿El sur? ¡Muchísimo mejor! ¿Querían que les preparara una cesta para ir de picnic? ¿Sí? *Ach, wunderbar!* Estaría en un periquete.

Y con el viajante, ídem. Cuando se dirigía al pueblo de Waldmossingen, con el asiento trasero del Panhard lleno de ollas y sartenes de muestra, tuvo que detenerse ante una barrera suspendida sobre caballetes custodiada por tres soldados, que le dijeron que aquella carretera estaba cerrada; tendría que volver a Schramberg, bajar hasta Hardt y dar un rodeo. Por supuesto que se sabía el camino; sólo cogía aquella carretera por el paisaje. Y el cierre, ¿era permanente? No, señor, sólo por unos días. «*Heil Hitler!*». «*Heil Hitler!*».

13 de diciembre. Mercier cogió el primer vuelo de la LOT a Zurich, luego un tren a Basilea y por último un taxi hasta el consulado francés. El hombre que subía las escaleras en dirección al despacho del cónsul era el Mercier más sombrío: tenso, pensativo y sin ganas de charla educada, un estado de ánimo previo al combate que conocía de sobra. Pero el cónsul, un meridional con barba de chivo, era justo lo que necesitaba.

—Así que, ¿un paseíto por los bosques alemanes, coronel?

«Puede que sea la mejor actitud», se dijo Mercier. Ironía frente al peligro. Porque aquello era peligroso. A la Wehrmacht le daría igual que fuera un agregado militar quien observara sus maniobras para descubrir debilidades y fortalezas, lo que determinados tanques podían y no podían hacer en un bosque. Porque, si acababa estallando la guerra, esa información se traduciría en bajas y podría suponer la diferencia entre la victoria y la derrota.

La gente del 2 bis, al recibo de los informes de sus agentes alemanes, había actuado con rapidez, enviando mapas de la zona de Schramberg a Varsovia: carreteras, caminos forestales, la colina conocida como Rabenhügel y otras dos cercanas desde las que se dominaba el terreno en que se desarrollarían las maniobras. Un radiomensaje cifrado del servicio meteorológico del Estado Mayor pronosticaba una temperatura nocturna de dos grados bajo cero, que ascenderían a grado y medio a mediodía, y la posibilidad de una ligera nevisca durante la mañana del 14. Mercier tenía sus prismáticos y, tal como le habían prometido en París, un correo había llevado el resto de su equipo a Basilea: la maleta que había tras la puerta del despacho.

El cónsul la puso sobre una mesa, le dio la llave a Mercier y observó con curiosidad los objetos que iban saliendo de su interior: un sobretodo del

ejército suizo, con los distintivos retirados hacía mucho tiempo, un gorro de lana con orejeras, una manta enrollada y una mochila.

—Vaya, han pensado en todo —dijo el cónsul cuando Mercier desenvolvió una Pathé Baby, una cámara de nueve milímetros y medio.

Con la cámara, una hoja con instrucciones mecanografiadas. Bastante sencillas: se hacía girar la manivela; la acción la realizaba un resorte. La cámara contenía un rollo de película y en la mochila había otros diez. Las instrucciones para la recarga, acompañadas de un dibujo, estaban al final de la hoja.

—¿Y qué pasa con la distancia? —preguntó el cónsul.

—Supongo que habrán reajustado las lentes. Si no, tendrán un desfile de tanques microscópicos. De todas formas, lo pueden ampliar en el laboratorio. O eso creo.

—Entonces, ¿basta con apuntar y apretar el botón?

Mercier enfocó con la cámara al cónsul, que saludó con la mano sonriendo y luego fue a un armario y sacó un bastón de un metro ochenta de altura hecho con la rama de un árbol.

—No le contaré lo que hemos tenido que hacer para conseguirlo, pero como París insistió en que lo tuviera...

—Una herida de guerra.

—Entonces, le vendrá bien. Pero, por favor, coronel, procure no perderlo —dijo el cónsul—. Bueno, saldrá usted al anochecer; su conductor llegará dentro de una hora. Si desea descansar hasta entonces, le hemos preparado una habitación. ¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

El cónsul asintió.

—A mí me pasó lo mismo, en *la dernière*. —Era una expresión habitual entre la gente que había participado en la Gran Guerra, «la última». El cónsul abrió un cajón de su escritorio, sacó un pasaporte suizo y se lo entregó. Albert Ducasse, de Lausana, es decir, un suizo francófono. La fotografía, añadida en el 2 bis, era un duplicado de la que acompañaba su expediente en París. El cónsul carraspeó antes de decir:

—Tengo instrucciones de pedirle que deje su documentación francesa en este despacho.

—¿De quién había sido la idea, de Bruner? Sin uniforme, en territorio extranjero y en vigilancia encubierta, era un espía, según las reglas. Pero sin uniforme y con una identidad falsa, era una espía en toda regla. Por supuesto

—añadió el cónsul—, si lo capturan en estas circunstancias, podrían fusilarlo. Es decir, técnicamente hablando.

—Sí, lo sé —respondió Mercier, y le entregó el pasaporte.

En el temprano anochecer invernal, Mercier subió a un Opel con matrícula alemana. El joven que lo conducía se llamaba Stefan y dijo pertenecer a una familia de exiliados instalada en Besançon.

—En el 33 —añadió—. En cuanto Hitler se hizo con el poder, mi padre hizo la maleta. Era un político socialista, y sabía lo que pasaría. Luego, cuando nos instalamos en Francia, enseguida apareció la gente para la que usted trabaja, que me ha mantenido ocupado desde entonces.

Entraron en Alemania con mucha facilidad, Stefan, usando un pasaporte alemán, y se dirigieron hacia el norte por la carretera a Tubinga, que pasaba por Schramberg.

—Tardaremos cosa de hora y media —dijo Stefan—. Lo llevaré al pueblo y luego hasta la carretera del bosque, donde lo recogeré mañana por la noche, así que fíjese bien en el sitio.

—Antes de la barrera.

—Mucho antes. Está a dos kilómetros y medio de la plaza del pueblo.

—Entonces, mañana por la noche...

—A las nueve y cinco. No salga del bosque hasta esa hora. Seré puntual. ¿Son maniobras de un solo día?

—Seguramente no, pero me quieren lejos mañana por la noche.

—Buena idea —opinó Stefan—. Es lo que yo digo, no hay que ser codicioso. Y tenga cuidado con los forestales.

—No se preocupe, mantendré la cabeza agachada.

—Siempre están en el bosque, cortando y podando. Si te paras a pensarlo —dijo tras una pausa—, éste es un país curioso. Muy ordenancista. Hay reglas para todo: las ramas de cada árbol sólo pueden rozar las de los otros lo justo y cosas por el estilo.

—¿Cómo sabe eso?

—Todo el mundo lo sabe, en Alemania.

Siguieron avanzando y cruzando bonitos pueblos suabos. En la plaza mayor, todos tenían su *Christbaum*, un gran abeto con velas encendidas y una estrella en lo alto. También había velas en todas las ventanas y coronas de acebo con bayas rojas colgadas en las puertas. A la entrada de cada pueblo, a un lado de la carretera, había un letrero en el que se atacaba a los judíos. A

Mercier le pareció una especie de competición, porque no había dos iguales. Tras un *Juden dürfen nicht bleiben* —«Los judíos no pueden quedarse»—, venía un *Wer die Juden unterstuzt fordert den Kommunismus* —«Quien ayuda a los judíos fomenta el comunismo»—, seguido por el melodramático «El extranjero de los pies planos, el pelo crespo y la nariz ganchuda no disfrutará de nuestra tierra, nunca, nunca».

—Ése debe de ser un poeta aficionado —comentó Stefan.

—Cada cual publica donde puede —respondió Mercier.

—Bastardos... —masculló Stefan—. Me crié en medio de todo esto. Al principio, costaba creerlo —dijo poniendo segunda para subir una cuesta en la que el bosque parecía cerrarse sobre la oscura carretera. Stefan había estado charlando en el vacilante francés del exiliado, pero de pronto cambió a su lengua materna y murmuró—: *Ihr sollt in die Hölle schmoren!*

«¡Deberían arder en el infierno!».

Veinte minutos después, llegaban al pueblo de Schramberg. Unos cuantos oficiales de la Wehrmacht vagaban por las sinuosas callejas, parándose de vez en cuando en algún escaparate y reanudando el paseo para abrir el apetito antes de la cena. En honor del ejército, en la plaza mayor, frente al viejo edificio del ayuntamiento, ondeaba una hilera de banderas con la esvástica. El fondo rojo intenso de la tela formaba un hermoso contraste con el verde del *Christbaum*, en el que las velas vacilaban en la brisa del atardecer. Stefan giró a la derecha nada más pasar el ayuntamiento, echó un vistazo al cuentakilómetros y, cuando la calle desembocó en una estrecha carretera asfaltada y el pueblo empezó a alejarse, apagó los faros.

—No hace falta que sepan que nos acercamos —dijo entornando los ojos para escrutar la carretera y mirar el cuentakilómetros. Por fin, paró el motor y dejó que el vehículo siguiera rodando hasta detenerse—. En mitad de esta curva. ¿Ve esa roca? Ésa es nuestra referencia. —Mientras Mercier se volvía para coger el bastón del asiento trasero, Stefan abrió la guantera y le dio una gruesa barra de chocolate—. Cójala —le dijo—. Podría necesitarla.

Mercier le dio las gracias y, tras asegurarse de que no se veían los faros de ningún vehículo, se apeó y cruzó la carretera. Stefan bajó la ventanilla.

—Buena caza —le deseó en un susurro—. Y recuerde: a las nueve y cinco, en la roca.

Con tres movimientos, le dio la vuelta al Opel y regresó hacia Schramberg.

«Pura noche». Eso le parecía a Mercier. Débiles estrellas, jirones de nubes y ni el menor ruido. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su copia a lápiz del mapa del Deuxième Bureau. Tenía que subir la colina que dominaba la carretera, dirigirse al este y caminar algo más de tres kilómetros; luego, volver a bajar, subir otra colina y bajar de nuevo hasta un punto no muy alejado de la cima, desde donde se suponía que podría ver las maniobras. De momento, no tenía frío, aunque podía sentir los primeros mordiscos del relente nocturno. Gorro de lana, sobretodo militar, bastón y mochila: el típico excursionista suizo, si alguien lo veía; pero el plan era que nadie lo viera. Y con una cámara en la mochila, más le valía. Se internó en el bosque y empezó a subir con pasos casi inaudibles por la tierra cubierta de agujas de pino.

No tardó en dolerle la rodilla, y se alegró de llevar el bastón. Al oír el motor de un coche, se ocultó detrás de un árbol y observó las luces de los faros, que iluminaron la carretera, barrieron los árboles de la curva y desaparecieron. Debía de ser el relevo de la guardia de la barrera, se dijo Mercier. Diez minutos después, el coche regresó en dirección a Schramberg y Mercier reanudó la ascensión.

El bosque no llegaba a espesarse; tal como había dicho Stefan, era un espacio forestal tratado como si fuera un jardín, con todos los árboles identificados y podados con esmero. Ni siquiera se veían ramas secas en el suelo, quizá porque la gente necesitada las recogía para hacer fuego. De pronto, sintiendo su presencia, un animal salió huyendo por la ladera. Mercier no llegó a verlo; un jabalí, o tal vez un ciervo. Lástima que no lo acompañaran sus perros; lo habrían olido mucho antes de que saliera al descubierto, habrían hecho la muestra, los dos con la pata izquierda levantada, la cola tiesa y el hocico apuntando a la presa: «¡La cena, justo allí!». Luego, al no oírle disparar la escopeta, lo habrían mirado, esperando su orden para moverse.

¡Cuánto los echaba de menos! Bueno, los vería cuando fuera a casa por Navidad. Si es que podía. Pero, en caso afirmativo, era probable que su hija Gabrielle no estuviera. Había querido ir muchas veces, pero luego el ajetreo se lo impedía. Y tampoco estaría Anne-Marie. Nunca más. Así que estaría solo con los perros, y Fernand y Lisette, que vivían en la casa y cuidaban de la propiedad; ahora casi era más de ellos que suya. «Y se están haciendo viejos», se dijo: los había contratado su abuelo. ¿Qué pensarían de Anna Szarbek?, se preguntó Mercier. Ahora nunca lo sabría. «Para y descansa». Apoyó una mano en un pino y se obligó a quedarse quieto hasta recobrar el

aliento. Fuera cual fuese el espíritu sin nombre que lo impulsaba, lo había llevado a subir la colina a toda velocidad.

Realmente, ¿tenía alguna necesidad de estar allí? Cualquier agente de confianza habría podido manejar la cámara, pero los del 2 bis habían decidido que fuera él quien sustituyera al espía que había perdido, y él había aceptado con entusiasmo. Aun así, era... bueno, no exactamente peligroso —Francia no estaba en guerra con Alemania—, pero sí un fracaso humillante en potencia, una amenaza para su carrera más que para su vida.

Reanudó la marcha. Al llegar a un barranco, con un arroyuelo helado en el fondo, se descolgó por la pendiente y, luego —un momento difícil—, tuvo que trepar penosamente por la opuesta. Una hora después, estaba al otro lado de la segunda colina, en mitad de la ladera, con los árboles de la colina de enfrente plateados por la luna. Echó un vistazo con los prismáticos, buscando una unidad avanzada, pero no vio nada, así que desenrolló la manta bajo un roble, se sentó en ella con la espalda apoyada en el tronco, comió un poco de chocolate y se dispuso a esperar a que amaneciera.

Horas lentas. De vez en cuando, se quedaba dormido, hasta que el frío lo despertaba, e instantes después volvía a dormirse, para despertarse del todo con un sobresalto, con la cara entumecida y las manos tan heladas que apenas podía moverlas. Cuando consiguió levantarse, empezó a andar de aquí para allá, frotándose las manos para entrar en calor. Su reloj decía que eran las 4:22, pero, a una semana del solsticio de invierno, el amanecer aún tardaría. Sobre su cabeza, las estrellas eran nítidos puntos de luz en la negrura del cielo, y el aire, frío y limpio, olía ligeramente a bosque. De pronto, en la distancia, oyó un débil rumor de motores.

Al prestar atención, descubrió que no procedía de Schramberg, al oeste de allí, sino del norte. ¡Claro! La Wehrmacht había decidido evitarse acondicionar un parque de blindados en los alrededores del pueblo —una tarea larga y complicada, que implicaba instalar una cantina, una enfermería y depósitos de combustible—; venían de una base del ejército, situada seguramente en las cercanías de Tubinga.

Mercier enrolló la manta y subió por la ladera hasta encontrar un espeso arbusto; el invierno lo había despojado de sus hojas, pero aun así era un buen escondite. El ruido fue en aumento hasta alcanzar un formidable *crescendo*: el fragor de los enormes motores y el estrépito metálico de las orugas de tracción. Una columna de tanques se acercaba por la carretera. ¿Cuántos? Lo

habitual era una formación de treinta; tenía que suponer que al menos eran ésos. Cuando las primeras luces de la columna aparecieron en la carretera, la tierra empezó a temblar bajo sus pies y el aire se llenó de un penetrante olor a gasolina. Al pie del Rabenhügel, aparecieron dos coches militares, seguidos por un tanque y, luego, otros dos, mientras el resto de la columna permanecía oculto tras la curva de la colina.

Un oficial saltó al suelo desde el primer coche y señaló con la mano; segundos después, Mercier oyó el ruidoso petardeo de unas motocicletas y vio luces moviéndose entre los árboles. Al enfocarlas con los prismáticos, descubrió las siluetas grises de los motoristas, que subían por la leve pendiente y patinaban en la tierra cubierta de agujas de pino, con un pie fuera de estribo para mantener el equilibrio mientras zigzagueaban entre los árboles. De pronto, por el rabillo del ojo captó el movimiento de un bulto que avanzaba rápidamente ladera arriba y, al volverse, consiguió verlo un instante antes de que desapareciera: un pequeño oso, que gemía asustado mientras corría pegado al sotobosque, huyendo de la invasión de su hábitat. Cuando volvió a mirar a la carretera, unos cuantos oficiales de tanque se habían reunido junto a uno de los coches y fumaban y hablaban moviendo el haz de una linterna sobre un mapa abierto sobre el capó.

«El tiempo del ejército». De momento, no pasaba nada importante. La espera. Veinte minutos después, llegaron un par de Mercedes procedentes de Schramberg y un civil con abrigo bajó del primero e hizo el saludo romano al que debía de ser el oficial al mando, que le respondió con una versión un tanto abreviada del mismo saludo. Luego, el militar señaló algo y el civil volvió a subir al Mercedes, que se alejó por la carretera. Seguramente, se dijo Mercier, eran los ingenieros que asistirían a las maniobras.

A las ocho en punto, cuando el sol empezaba a arrojar sombras sobre las colinas, los tanques hicieron la primera tentativa de ascenso al Rabenhügel.

Sin pérdida de tiempo, Mercier cogió la mochila, sacó la cámara, comprobó que la película estaba enrollada a tope, enfocó los tanques que trepaban por la ladera y apretó el botón. El estrépito de los motores apenas le dejaba oír. Además, lo distrajo otro ruido; por un instante, se quedó perplejo, y eso estuvo a punto de costarle caro. Un zumbido, apenas audible sobre el fragor de los motores, en algún lugar sobre su cabeza. «Merde!». Un avión. Se arrojó al suelo, se deslizó bajo las ramas del arbusto y se puso boca arriba.

Girando perezosamente en el cielo matutino, un Fieseler Storch de reconocimiento, pequeño y lento, con aspecto de superviviente de la guerra del 14, pero letal. ¿Lo habrían visto? ¿Habría llegado ya la alerta por radio a uno de los coches de la carretera? Se tapó la cara con una manga del sobretodo verduzco y permaneció totalmente inmóvil. La trayectoria del aparato lo alejó hacia el norte y luego lo trajo de regreso a la colina, sobre la que descendió hasta menos de treinta metros. A su velocidad más baja, pasó por encima de los pinos que rodeaban el arbusto; treinta segundos después, el zumbido empezó a alejarse en dirección oeste. Pero Mercier se quedó bajo el arbusto. El Fieseler volvió de nuevo, aunque ahora ganando altitud. Durante quince minutos, siguió sobrevolando el escenario de las maniobras. Luego, desapareció.

Cuando Mercier volvió a apostarse tras el arbusto, los tanques estaban desplegados en la ladera a unas decenas de metros de la carretera; pero el ejercicio no iba bien. Mercier podía ver al menos seis, del modelo ligero en el que había estado trabajando Uhl. Uno había tenido problemas enseguida, muy cerca de la carretera; la dotación había retirado la puerta de la escotilla posterior y estaba en la cubierta, intentando reparar el motor. Otro había conseguido trepar unos diez metros y se había parado; de la rejilla de ventilación salía un chorro de humo azulado y el comandante, arrodillado entre las orugas, comprobaba la distancia entre el suelo y la parte inferior del chasis. Un tercero había intentado derribar un pino, lo había partido, se había quedado atascado en el tocón y había perdido una oruga. Los otros tres habían llegado a la cima de la colina y desaparecido al otro lado. Pero Mercier podía ver que no todo iba bien para al menos uno de ellos, porque a lo lejos, hacia el norte, una columna de humo negro ascendía lentamente sobre los árboles.

Siguieron de maniobras toda la mañana y buena parte de la tarde. De vez en cuando, el Fieseler Storch regresaba durante media hora y Mercier tenía que esconderse bajo el arbusto. Luego, a última hora de la tarde, mientras el débil sol de diciembre se acercaba al horizonte, probaron otra cosa. Procedente del norte, un Opel sedán azul llegó por la carretera y se detuvo junto a los coches militares. Saltaba a la vista que era un coche particular: tenía unos cuantos años, la carrocería descolorida y polvorienta y una abolladura en una puerta. El conductor, un joven oficial de la Wehrmacht, un teniente —Mercier pudo distinguir los galones con los prismáticos—, habló con los oficiales al mando unos instantes y luego sacó del coche un largo tubo de hierro que asomaba



por una de las ventanillas posteriores. Mientras los demás lo observaban con las manos entrelazadas a la espalda en una clásica pose militar, el teniente se arrodilló ante el morro del Opel y ató el tubo de hierro al parachoques con alambres. Mercier graduó los prismáticos y enfocó la cara del teniente, que charlaba mientras retorció los extremos de los alambres para asegurar el tubo: «Bah, seguramente no funcionará, pero nunca se sabe...». Por unos instantes, Mercier se preguntó qué estaba haciendo el teniente pero, de pronto, cuando lo vio sacar una cinta métrica, lo comprendió perfectamente: el tubo tenía la misma anchura que un tanque ligero. El teniente se puso al volante del Opel y empezó a ascender la colina con precaución. De vez en cuando, calculaba mal las distancias, y un extremo del tubo de hierro golpeaba un árbol; entonces, tenía que retroceder y volver a intentarlo por otro sitio. Pero la idea era simple y efectiva.

Si pensabas atacar con tanques a través de un bosque, todo lo que necesitabas era un coche y un tubo de hierro. Si el tubo cabía entre los árboles, los tanques también.

En Schramberg, el matrimonio que celebraba su aniversario estaba disfrutando su cuarto día de vacaciones. La mañana del 14, después de un abundante desayuno, se marcharon dispuestos a iniciar su cotidiana excursión por la Selva Negra, mientras la señora que les había alquilado la habitación les decía adiós desde la puerta. Qué pareja tan encantadora, con sus pantalones cortos de loden verde, sus calcetines altos y sus sombreros tirolese... Se dirigieron hacia el sur del pueblo, como su amable anfitriona les había aconsejado, pero luego giraron hacia el norte, usando una brújula para asegurarse de que no caminaban en círculos. Tras una hora de paseo, sacaron un receptor de radio de la mochila y colocaron la antena en lo alto de un árbol, sujetándola con una cuerda. Como no obtuvieron resultado, siguieron andando. Al cuarto intento, funcionó. El anciano caballero, con unos auriculares en la cabeza, sonrió satisfecho: un guirigay de voces, órdenes, maldiciones, «sí, señor», «no, señor»... Las comunicaciones por radio de una formación de tanques moviéndose por un terreno escabroso. Ahora la pareja estaba dentro del alcance de la onda corta de las radios de los tanques, unos ocho kilómetros. Conectaron una grabadora al receptor y lo dejaron todo funcionando para el resto del día. Seguramente, la gente con la que trabajaban podría descifrar aquello; desde luego, ellos así lo deseaban.

Porque tal como la pareja lo entendía no se trataba de gente «para» la que trabajaran, sino «con» la que trabajaban. Se habían negado a que les pagaran; para ellos, espiar era un caso de conciencia. Cristianos convencidos, luteranos alemanes, habían contemplado con horror cómo los nazis violaban todos los preceptos que eran sagrados para ellos. Pero ¿qué podían hacer? No podían marcharse de Alemania, por una serie de banales motivos domésticos; así que, un año antes, habían hecho un viaje a París, alquilado una habitación en un hotel modesto, enviado una nota al cuartel general del Estado Mayor y esperado respuesta. Pasó una semana. Dos hombres se presentaron en el hotel, y la pareja les ofreció sus servicios. No, no querían que les pagaran. Habían rezado juntos durante horas, arrodillados, explicaron, antes de tomar una decisión, pero ahora estaba tomada. La gente que dirigía Alemania era mala, y ellos estaban obligados, por su fe, a actuar contra esa gente.

—Muy bien —había dicho uno de aquellos hombres—. Denos su dirección en Alemania. Comprobaremos quiénes son y, después, llegado el momento, alguien se pondrá en contacto con ustedes.

Y, tres meses después, ese alguien lo hizo.

## **EL FRENTE NEGRO**

22 de diciembre de 1937. Schorfheide. Una región a ochenta kilómetros al noreste de Berlín, conocida por sus campos desiertos, sus marjales y bosques, sus profundos lagos, su riqueza cinegética y sus magníficos pabellones de caza. Y, en especial, el Karinhall de Hermann Göring, donde hacía unos meses, en una de sus tristemente famosas fiestas, el mariscal de campo había aparecido vistiendo un jubón de cuero, empuñando una lanza y llevando un par de bisontes atados con una cadena. Luego, habían excitado a los bisontes para que copularan, mientras los invitados intercambiaban susurros de asombro. La noticia se extendió como la pólvora.

No muy lejos de Karinhall, en el pabellón de caza de un banquero de Berlín, esa noche se celebraba una fiesta que el Stürmbannführer August Voss no había querido perderse.

—Creo que los compró —dijo Meino, amigo de Voss, refiriéndose a las pieles de lobo y oso, y las cornamentas de ciervo que adornaban las paredes de madera de pino.

Estaban de pie ante el crepitante fuego que ardía en una chimenea de piedra natural, bebiendo champán después de una cena a base de jabalí con patatas a la crema.

—No tienes más que verlo —respondió Voss—. Dudo que haya cazado alguna vez.

El banquero, en animada conversación con un coronel de las SS, era un duendecillo rechoncho que se frotaba las manos y reía le dijeran lo que le dijeren. No parecía un hombre que acostumbrara a salir al campo, y menos a cazar.

—Puede que cace mujeres —sugirió Willi, tercero en el trío de compinches de las SS.

—O chicos, más bien —respondió Meino.

Voss buscó en el interior de la guerrera, sacó un cigarro y lo encendió.

—¿Queréis?

Meino negó con la cabeza.

—Me fumaré uno de éstos —dijo Willi sacando su propio paquete.

Se conocían desde hacía años. Meino, que parecía un orondo angelote, barrigudo y culón, y Willi, prematuramente calvo, con su falsa cicatriz de duelo en la mejilla, que se había hecho con un cuchillo de cocina, y su flamante *von* delante del apellido. Ahora trabajaba en las oficinas administrativas del SD en Berlín, mientras que Meino era el número dos del cuartel general en Regensburg. Habían ingresado en las SS a finales de los veinte, habían luchado juntos contra los estibadores comunistas de Hamburgo, apaleado juntos a un buen puñado de judíos y bebido y vomitado juntos. Eran amigos del alma y compañeros de armas, y eso nunca cambiaría.

—¿Dónde están sus mujeres? —preguntó Willi.

—En el salón, chismorreando —respondió Voss.

Willi frunció el ceño.

—Eso no traerá nada bueno.

—¿Qué pasa con ese francés? —preguntó Meino, volviendo a un tema anterior de conversación.

—Es el agregado militar en Varsovia —explicó Voss—. Me hizo quedar como un idiota. Luego, Gluck me llamó a Berlín y me puso a caldo.

—¿Gluck? —dijo Willi.

—El Oberstürmbannführer. Mi jefe.

—¿Ah, ese gilipollas? —preguntó Willi soltando una gran bocanada de humo.

—Abogado gilipollas, ¿no? —terció Meino.

—Sí, hasta que descubrió el partido. Un oportunista —masculló Voss escupiendo el calificativo—. Dije algo sobre desquitarnos, pero aún se puso más furioso.

—Entonces, ¿qué? No puedes dejarlo así —afirmó Willi.

—Willi tiene razón —dijo Meino—. Odio a esos mariquitas de franceses. Se creen los amos del mundo.

—Éste necesita que le den una lección —murmuró Voss.

—Eso es, Augi —dijo Meino—. No puedes dejar que se salga con la suya. Voss se quedó pensando unos instantes.

—Quizá deberíamos ir a hacerle una visita a Varsovia. Los tres. Y llevar a unos cuantos amigos.

—*Jah* —dijo Willi—. Como Mucki Drimmer —añadió, y se echó a reír.

—¿Qué anda haciendo el viejo Mucki últimamente? —preguntó Meino.

—Dachau —respondió Willi—. Segundo del comandante. Una vez lo vi rasgar en dos una guía telefónica.

—¿No es un truco? —preguntó Voss.

—Bueno, Drimmer hace trucos, pero no con las guías. Trucos con alicates, con esposas... Ése es el estilo de Mucki.

Voss se echó a reír; luego, miró la copa vacía.

—Yo necesito otro trago.

Willi le dio una sonora palmada en el hombro, que hizo volverse a la gente a su alrededor.

—Anímate, Augi, verás cómo lo arreglamos. Hace mucho que no voy por Varsovia.

Y los tres se dirigieron al bar.

23 de diciembre. El vuelo de Mercier a París del día anterior se había retrasado, y habían aterrizado en Le Bourget en plena noche. Mercier se había ido al piso familiar, frío y silencioso con Albertine en Alepo, y, como no le apetecía cenar en un restaurante, se había ido a la cama con el estómago vacío y sintiéndose bastante solo. Al día siguiente, se alegró de estar fuera de allí, para coger el expreso a Lyon a las seis de la mañana y luego un cercanías hasta Montélimar. Allí lo esperaba Fernand con su traje de los domingos, junto a la vieja y desvencijada camioneta, sonriéndole mientras se acercaba a él.

La camioneta, poco más grande que un coche, había sido una Renault en los años veinte, pero con el tiempo se había convertido en una colección de piezas de recambio extirpadas a máquinas de todo tipo. El bonito verde de antaño se había tornado gris nube, el asiento era una manta de caballo doblada sobre muelles aplastados, los dos indicadores del salpicadero se habían inmovilizado años ha y el cambio de marchas hacía más ruido que un loco con un martillo. El motor conseguía mantener los cuarenta por hora en terreno llano, pero las cuestas eran una aventura sólo apta para espíritus temerarios. Tardaron más de dos horas en llegar a Boutillon y otros veinte minutos en divisar la casa al final de la larga avenida flanqueada de viejos tilos.

«Ahí sigue». Al verla, Mercier sintió que el corazón le latía con más fuerza. No estaba en ruinas, ni mucho menos, pero sí abandonada, con los postigos desgoznados y la primitiva sillería visible bajo los numerosos desconchones. Aun así, tenía una presencia magnífica; los visitantes extranjeros pretendían llamarla *château*, pero sólo era una vieja casa de campo. En cualquier caso, su casa. Su casa. Lisette, alertada por los perros, que, como la mayoría del vecindario, habían oído llegar la camioneta cuando aún iba por la carretera, estaba en la puerta. Los dos animales se acercaron

por el camino de acceso galopando y ladrando como locos y corrieron junto a la camioneta hasta que se detuvo. Fernand apagó el contacto y, un instante después, el motor se paró.

*Achille y Céleste* estaban contentos de volver a verlo, con la circunspecta alegría del *braque ariégeois*: un par de débiles gañidos y un lametón en la cara cuando se agachó para acariciarles las graciosas y lacias orejas. Tras saludar a su dueño, estaban ansiosos por salir al campo, impacientes por trabajar para él, su mayor muestra de afecto.

—Aún no, preciosidades. Luego, luego.

Por el momento, Lisette le hizo una tortilla, que Mercier se comió de pie ante el tablero de zinc de la mesa de la cocina; había pan recién traído del horno de Boutillon y una botella de vino sin etiqueta. Mientras Lisette recogía la mesa, Fernand le trajo un telegrama que había llegado esa mañana: estaré ahí el 27. Gabrielle.

—Madame Gabrielle llegará el viernes —dijo Fernand.

—Le prepararé su antigua habitación —se limitó a responder Lisette.

Pero Mercier sabía que estaba casi tan contenta como él.

La tarde tocaba a su fin, así que Mercier se puso ropa de campo, que olía a los meses que llevaba guardada en un armario húmedo, y sacó los perros a dar un paseo. *Achille y Céleste* mostraban los pájaros y, una vez sueltos, levantaron una liebre, que echó a correr en zigzag y consiguió meterse en un agujero por los pelos. Frustrados, los dos animales se quedaron allí plantados, con las cabezas ladeadas con perplejidad —«¿por qué pasan estas cosas?»— y luego se volvieron hacia Mercier en busca de una respuesta. Pero él, amo de todo, tampoco podía hacer nada. Se detuvo junto a ellos y contempló el pálido campo invernal, que se extendía hasta las montañas del este. Luego, siguió caminando largo rato, mientras el sol declinaba, para recorrer al menos en parte su propiedad, antaño una sucesión de trigales, dedicada desde los años veinte al cultivo comercial de la lavanda.

En el Drôme siempre había crecido la lavanda, pero los agrónomos habían aprendido a cultivarla de forma extensiva, y las empresas de perfumería de Grasse pagaban a buen precio las cosechas de Mercier. En la época de la recogida, el aire se llenaba de su aroma, mientras unos cuantos camiones, pero sobre todo carros tirados por caballos, con grandes montones de ramas de color púrpura, avanzaban lentamente por las estrechas carreteras. Daba suficiente dinero para vivir en su día, pero no ahora; si renunciaba a su cargo,

le esperaba la vida de un menesteroso noble rural. El pleito sobre las lindes que había entablado su vecino del este se había alargado años; las facturas del abogado de Montélimar llegaban semestralmente. Había que pagar a Fernand y Lisette, comprar leña y queroseno en invierno, y disponer de paja y heno para *Ambrose*, el caballo de tiro, que ahora vivía solo en un establo con ocho *boxes*, algo un poco triste para una familia en la que había habido oficiales de caballería durante generaciones, y *Ambrose* se iba haciendo viejo. Gasolina para la camioneta, jornaleros en la época de la cosecha y los impuestos, ¡oh, los impuestos! Todo sumaba.

Ahora la oscuridad era total y el tiempo, típico del invierno en el sur, con un viento continuo del este, que enfriaba el aire húmedo. Los visitantes extranjeros lo llamaban «mistral», pero el mistral soplaba del noroeste, a veces durante días, además de tener fama de volver loca a la gente, hasta el punto de que una antigua ley exoneraba de los delitos cometidos por la locura que provocaba por su incesante lamento. Mercier no quería regresar a casa, aún no. Daría media vuelta al llegar al final del campo, al grupo de retorcidos olivos, con unos pocos cipreses, delgados y altos. Aquella tierra, como buena parte del paisaje francés, era una pintura, pero Mercier, embargado por la melancolía, comprendió, y no por primera vez, que los lugares hermosos son duros para la gente solitaria.

—¡*Achille!* ¡*Céleste!* ¡Venga, chicos, es hora de cenar!

Los dos perros se acercaron trotando por el campo con la lengua fuera, porque ahora estaban cansados, y echaron a andar hacia la casa.

Esa noche, estuvo despierto hasta tarde, leyendo en la cama con un jersey encima de la chaqueta del pijama para no coger frío. Al oscurecer, le habían encendido la estufa de queroseno y, cuando subió a la habitación, vio que Lisette lo había precedido con un calentacamas de cobre lleno de ascuas de la chimenea; pero los muros de piedra exhalaban el invierno dentro de las habitaciones y había que dormir tapado hasta las cejas.

Las revistas que se había traído de Varsovia deberían haberlo ayudado a dormir, pero tuvieron el efecto contrario. Con el humo de un cigarrillo ascendiendo del cenicero de la mesilla, se puso a descifrar un artículo de la *Deutsche Wehr* —«Defensa Alemana»—, una de las publicaciones del Estado Mayor General alemán. El autor no se esforzaba en disimular lo que Alemania tenía en mente para el futuro: un ejército de trescientas divisiones, suficiente combustible para diez mil tanques y otros tantos aviones, y la



intención de construir tanques medianos y pesados para sumarlos a los ligeros que ya se estaban fabricando. Si el Deuxième Bureau hubiera tenido la suerte, o el acierto, de hacerse con aquella información, se habría producido una reacción en cadena y se habrían multiplicado las reuniones y los informes, mientras la doctrina militar francesa se revisaba a la luz de las intenciones alemanas. Y, sin embargo, allí estaba, a la vista de todo el mundo. ¿Leían aquella revista en París? Y, si era así, ¿no se lo creían? ¿O pensaban que, como no lo mantenían en secreto, no podía ser verdad? «Pobres de nosotros como lo sea», pensó Mercier, y le dio una calada al cigarrillo.

En el *Militärwissenschaftliche Rundschau*, la revista de ciencia militar, encontró un artículo del jefe del Estado Mayor del Cuerpo Acorazado alemán, que estudiaba la posibilidad de un ataque por el norte, una gran ofensiva con tanques a través de las Ardenas sobre Bélgica y, a continuación, Francia. Era la misma ruta que habían seguido en 1914 y, más o menos, lo que Mercier había presenciado durante las maniobras en Schramberg. Había enviado la película a París con un informe detallado de lo que había observado, incluyendo la coordinación de las fuerzas aéreas y terrestres. No podía añadir: «Esto es importante». Sólo esforzarse en ser gráfico, técnico y preciso. ¿Qué más podía hacer? ¿Mandar una nota al general de Beauvilliers? «Escúchenme». No, sencillamente no era apropiado. Además, ¿por qué iban a hacerlo?

Los artículos alemanes tenían, en opinión de Mercier, un texto concomitante, que había leído ese mismo año: un libro del general francés Chauvineau titulado *L'Invasión, est-elle encore possible?* (¿Aún es posible la invasión?). Con un prólogo nada menos que del mariscal Pétain. En Varsovia, en un archivador de la embajada, había una copia manuscrita del texto de Pétain, que a Mercier le había parecido conveniente guardar:

«Si todo el teatro de operaciones está bloqueado, no hay fuerza en el mundo capaz de romper la insuperable barrera formada sobre el terreno por las armas automáticas unidas a las vallas de alambre de espino».

Y, en el mismo cajón y la misma carpeta, el propio general Chauvineau:

«Situando dos millones de hombres con el número adecuado de ametralladoras y búnkeres a lo largo de la extensión de cuatrocientos kilómetros que los alemanes deben atravesar para invadir Francia, estaremos en condiciones de detenerlos durante tres años».

De modo que la respuesta a la pregunta «¿Aún es posible la invasión?» era «No».

Las dos de la mañana. Apagó la luz y se subió la ropa de la cama hasta los ojos. Fuera, el viento seguía haciendo vibrar la ventana y ululaba en la esquina de la casa.

Nochebuena. Fernand y Lisette se habían ido con la camioneta a Grignan para pasar la Navidad con su hijo, su cuñada y sus nietos, así que Mercier tenía la casa para él solo. Pero luego, a las siete de la tarde, su tío Hércule, que vivía en otra propiedad de los Mercier, a unos quince kilómetros al sur, pasó a buscarlo con el Citroen de la familia, nuevo y reluciente, y se lo llevó a casa para que cenara con ellos. Único hermano de su padre que aún vivía, y probablemente el que menos simpatía le inspiraba, Hércule era un hombre delgado y nervioso que se había enriquecido especulando con acciones de compañías ferroviarias sudamericanas. Ahora tenía unas opiniones políticas muy virulentas y se dedicaba a escribir panfletos derechistas y cartas a los periódicos, a menudo sobre la intención de los bolcheviques de contaminar las depuradoras públicas. Pero las navidades eran las navidades, y los diversos Mercier debían reunirse bajo un mismo techo, asistir a la Misa del Gallo y luego sentarse juntos alrededor de la mesa para celebrar el *réveillon*, la tradicional cena navideña a base de salchichas blancas y negras, y ganso relleno de castañas.

Una larga, larguísima velada para Mercier. Catorce personas en el salón, entre tíos, primos y sobrinos, con su tío Hércule despotricando contra el gobierno, su tía viuda, la madre de Albertine, desempolvando recuerdos de los años que Mercier y Anne-Marie habían pasado juntos, con apenas miradas en su dirección, y dos sobrinos manteniendo una tensa conversación —en Nochebuena, no podía haber discusiones— sobre una absurda película estadounidense. Otra de sus tías había estado en Grecia y la encontraba «sucia». A Mercier le preguntaron por Varsovia y respondió lo mejor que pudo, pero a las once y cuarto, cuando salieron en los distintos coches hacia la iglesia de Boutillon, respiró aliviado.

En la entrada del templo, Mercier se arrodilló y se santiguó; luego, la familia permaneció los minutos de rigor ante el sepulcro de sus antepasados, una lápida de mármol bajo una inscripción grabada en el muro:

ICI REPOSENT LES DÉPOUILLES MORTELLES

de Messires:

François Mercier de Boutillon Décédé à Montélimar

Le 29 Juin 1947

Mad<sup>e</sup> La Chevalier Sa Femme née De Mauronville Décédé à Boutillon

le 21 Février 1853  
Albert Mercier de Boutillon Décédé à Boutillon  
le 8 Août 1868  
Seigneurs de Boutillon et Autres Places  
Tranférés en ce Lieu Le 15 Août 1868  
Sous les Auspices de M<sup>r</sup> Combert Maire  
et de M<sup>r</sup> Grenier Curé de Boutillon  
Aux frais du Général Édouard Mercier de Boutillon  
Légion d'Honneur Domicilié à Boutillon

El sepulcro había sido encargado por Édouard Mercier, un antepasado del siglo XIX, que lo había costado —como debidamente constaba en la inscripción, junto con su condecoración y los nombres del alcalde y el cura párroco—, había trasladado allí unos cuantos restos mortales en 1868 y luego había muerto a su vez en combate en la ciudad de Metz, durante la guerra de 1870 contra Prusia. Y ése —se dijo Mercier— era el problema con los sepulcros familiares, al menos con el de su familia: los antepasados varones morían en lejanos campos de batalla y allí se quedaban, en inmensos cementerios o en tumbas anónimas.

A Mercier, la ceremonia religiosa le serenó el ánimo: el humo dulzón que ascendía del incensario, el tintineo de la campanilla, los salmos en latín del sacerdote. En Varsovia, un par de veces al mes, oía misa a primera hora de la mañana en una pequeña iglesia cercana a casa, tras confesar sus pecados profesionales —por ejemplo, la doblez— de la forma indirecta que permitía el protocolo católico. Había crecido creyendo sin dudar, pero la guerra había acabado con eso. ¿Qué Dios podía permitir semejante horror, semejante carnicería? Pero con el tiempo había encontrado consuelo en un Dios que estaba más allá de la comprensión, y rezaba por las personas a las que había perdido, por las personas a las que quería y porque el mal desapareciera del mundo.

Cuando el servicio tocaba a su fin, Mercier fue súbitamente consciente de la congregación, de los bancos llenos de hombres y mujeres con la mirada puesta en el sacerdote y el altar. Y, en ese momento, como durante la comida con el general De Beauvilliers en la Brasserie Heininger, volvió a sentir una oscura aprensión, una sensación de vulnerabilidad. Aquello era una misa a medianoche, no la algarabía de un restaurante parisino a la hora del almuerzo, pero la sombra era la misma. ¿Se debía a las revistas del Estado Mayor alemán que había estado leyendo? Si había que creerlas, aquella gente estaba condenada a otra guerra. Pero no debía dejarse llevar por la imaginación. Los

conflictos entre naciones eran eternos, inevitables, y aquél entre Francia y Alemania podía extinguirse por sí solo en la interminable guerra de la política, en el tira y afloja entre radicales y conservadores, en la brutal carrera armamentística, en el carnaval de tratados y alianzas.

Mercier miró su reloj. Ya era Navidad. Y, muy pronto, sería 1938, un año nuevo y quizá mejor que aquél.

27 de diciembre. Mercier llegó temprano a la estación de Montélimar, miró con nerviosismo las ventanillas de los coches mientras el convoy desfilaba lentamente ante él y acababa deteniéndose, y agitó la mano al ver a Gabrielle bajando al andén. Qué guapa estaba... Aunque no se parecía a su madre, sino más bien a él: su misma frente, pálida y obstinada, el pelo negro y los ojos de un verde grisáceo. Al verla sola, respiró aliviado, no porque no le gustara su yerno, corresponsal en Dinamarca de la agencia de noticias Havas, que le gustaba. Pero así la tendría para él solo.

Mientras la camioneta traqueteaba camino de Boutillon, Gabrielle le contó que había hecho noche en el piso de París, tras viajar en el expreso de Copenhague a través de Alemania hasta la Gare du Nord. Un viaje empañado por lo que calificó de «espantosa pantomima nazi»: hombres de las SS con sus perros y banderas con esvásticas por todos lados.

—Acabas harta —dijo Gabrielle—. En los periódicos, en la radio, en todas partes.

—Es una enfermedad nacional —murmuró Mercier—. Tendremos que esperar a que se les pase.

—Tal como son ahora, me dan miedo.

—A ti y a medio mundo, cariño.

—Quizá deberíamos haber hecho algo al respecto. Desde luego, Paul lo cree así.

En la carretera había un rebaño de cabras guiado por una niña con un palo. Mercier detuvo la camioneta mientras la chica juntaba a los animales en la cuneta. Cuando pasaron despacio junto a ella, la niña agarró del pescuezo a la primera cabra.

—Sí, mirar atrás —dijo Mercier mientras la camioneta iba adquiriendo velocidad—. Pero ahora todo lo que podemos hacer es esperar. Y prepararnos para la guerra.

—Y tú te encargas de eso —dijo Gabrielle.

Mercier se echó a reír.

—Yo me encargo de un escritorio.

—A pesar de todo, los alemanes del tren eran bastante agradables.

—Claro. Eso es lo peor de todo: hacen como que no se enteran. Es todo eso del «*Still, sprach durch die Blume*».

—¿Qué significa?

—«¡Chitón, habla a través de la flor!». No digas nada sobre el gobierno, si no es para alabarlo.

Gabrielle emitió un gruñido de desaprobación.

«Basta del asunto», se dijo Mercier.

—¿Podrás quedarte hasta Año Nuevo?

—Me temo que no. Me iré el 31. Celebraré el Año Nuevo en el piso de París. Pero no me importa, papá. Quería aprovechar las fiestas para verte.

Lisette había asado un capón para la cena y Mercier encontró un Château Latour de 1923 en la bodega, que resultó —uno nunca sabía— perfecto. Se lo acabaron en el salón, donde Mercier encendió un fuego con troncos de roble usando sarmientos para que prendiera. Los perros lo observaron, sentados pacientemente, hasta que acabó y luego se tumbaron sobre un costado, delante de la chimenea, y se pusieron a dormir.

—Me he estado preguntando una cosa —dijo Gabrielle.

—¿Qué?

—¿Te estás viendo con alguien en Varsovia?

—No, cariño, en realidad no.

—Pues deberías, ¿sabes? No es bueno para ti que estés solo.

—A partir de cierta edad, no es tan fácil, Gabrielle.

—Ya me lo imagino, pero aun así... Seguro que habrás conocido a alguien que te guste.

—Sí, pero no está libre.

—¿Casada?

—No, aún no.

—Bueno, entonces quizá tendrías que insistir...

—Ya lo he hecho, en cierto modo.

Gabrielle no parecía convencida.

—¿De veras? Porque, ¿sabes?, si realmente lo hubieras hecho... En fin, muchas mujeres te encontrarían difícil de resistir.

—Hmm. Me parece que no eres demasiado imparcial, cariño. Pero eres muy amable al decir eso.

—No estoy siendo amable, papá. Es verdad.

—De acuerdo —dijo Mercier. Luego, bebió un sorbo de vino y se levantó para echar otro tronco a la chimenea—. ¿Algún cuadro nuevo en el museo nacional?

Gabrielle era conservadora para Europa Occidental, Escandinavia excluida. Meneó la cabeza ante el cambio de tema de su padre, con una expresión que significaba: «¡Qué hombre tan difícil!».

—Vale, de acuerdo, te dejaré tranquilo. En cuanto a nuevos cuadros, la mala noticia es que hay demasiada oferta. Constantemente acuden a nosotros marchantes que representan a judíos. Es un mercado favorable al comprador. No te imaginas las cosas que salen a la venta.

Gabrielle siguió hablando. Un acaudalado vienés que se había visto obligado a vender su empresa de utensilios de cocina había conseguido pasar de contrabando a Copenhague una obra maravillosa de De Hooch, un maestro flamenco...

Mercier escuchaba con atención —no podía malgastar el poco tiempo que iba a pasar con su hija—, pero, en lo más profundo de sí mismo, estaba furioso. «No desaparece». Ibas y venías, hablabas de esto y de lo otro, pero, después, ahí estaba, esperándote.

Al cabo de un rato, empezaron a hablar de Béatrice, su hija mayor, que vivía en El Cairo.

—¡Le gusta tanto...! —dijo Gabrielle—. Ya verás, he traído cartas tuyas. Sus alumnos tienen muchas ganas de aprender y Maurice trabaja en las excavaciones arqueológicas, las tumbas, los pueblos sepultados... Si pudieran quedarse, sería perfecto, pero aún no es seguro... La situación política en Egipto...

Gabrielle se fue el 31. Mercier tuvo que celebrar la Nochevieja *chez* tío Hércule. A medianoche, fieles a la tradición, todos los Mercier de Boutillon salieron al jardín, bajo la llovizna, para recibir el nuevo año con una cencerrada de cacerolas. Luego, el 3 de enero, Mercier cogió el tren de vuelta a París y al día siguiente regresó a Varsovia, para encontrar la ciudad blanca y helada.

El 5, su primer día en la embajada, encontró dos cables esperándolo. El primero era del coronel Bruner y muy escueto, poco más que un acuse de recibo de su informe sobre las maniobras de la Wehrmacht en Schramberg, en el que podían leerse tibios elogios entre líneas. El segundo, del general

De Beauvilliers, era algo más generoso, especialmente respecto a los dos agentes que habían grabado transmisiones de radio durante los ejercicios. En concreto, el general citaba un caso —«Q-24, un barranco delante de ustedes, a unos doscientos metros»— en el que el piloto del Fieseler Storch se había comunicado directamente con los tanques. El Estado Mayor francés mostraba escaso interés por aquel concepto —la comunicación aire-tierra—, pero De Beauvilliers estaba convencido de que sería crucial en futuras contiendas. «El mariscal —decía refiriéndose a Pétain— y su camarilla no piensan más que en el bloqueo naval y la defensa estática».

A Mercier le halagaba que el general depositara su confianza en él de aquel modo, pero al llegar al final del cable descubrió que esos halagos tenían un precio.

«Por supuesto, recordará nuestro interés en el Estado Mayor de la Wehrmacht, especialmente en su sección I. N. 6. En consecuencia, esperamos que, de presentarse la ocasión, sepa aprovecharla, empleando todos los medios a su alcance, con el fin de mejorar nuestro conocimiento de sus intenciones».

¿Y si esa ocasión no se presentaba? Obviamente, el general daba por sentado que Mercier sabría qué hacer al respecto.

Como de costumbre, Jourdain inició la reunión de inteligencia del día 7 con un repaso a los recientes acontecimientos políticos. Y, como de costumbre, las noticias no eran buenas. A finales de diciembre, el rey Carol de Rumanía había elegido al poeta fascista Octavian Goga para encabezar el gobierno como virtual dictador. Las medidas antisemitas no se habían hecho esperar, y los checos habían reforzado las unidades fronterizas en Sighet, donde los refugiados estaban intentando abandonar el país.

En Viena, se estaba juzgando a veintisiete nazis austríacos acusados de actividades antigubernamentales. Los diplomáticos alemanes habían tratado de impedirlo, lo que había motivado un discurso del canciller austriaco, Schuschnigg, en el que venía a decir que Austria quería conservar su independencia como país.

—Está aguantando el tipo —dijo Jourdain—. Pero ya veremos cuánto dura.

En España, el ejército republicano había recuperado la ciudad de Teruel, pero se esperaba un contraataque de los rebeldes fascistas en cuando pudieran reabastecer a las unidades del frente. En la URSS, continuaban las purgas; viejos bolcheviques detenidos, interrogados y fusilados. Iba a celebrarse un

nuevo juicio público, esta vez contra Bujarin, Rykov y Yagoda, el anterior jefe de la NKVD.

—Supongo que se declararán culpables —dijo Jourdain con sequedad, y añadió que Jean-Paul Sartre había recomendado que se evitaran las declaraciones públicas sobre el proceso, para no desmoralizar al proletariado francés.

—Desde luego, a los rusos los desmoraliza —comentó el agregado naval.

—Y, por último, recordarán que, en diciembre, Hitler aseguró que Alemania no regresaría nunca a la Sociedad de Naciones. Sin embargo, Alemania y Polonia han reafirmado su voluntad de proteger los derechos de los polacos y los alemanes que viven en sus respectivos países. Mientras tanto, el 20 de este mes la Sociedad de Naciones celebrará una conferencia en Belgrado sobre la protección de los derechos de las minorías étnicas de todos los Estados europeos y sobre la situación de las reclamaciones legales. Es una conferencia importante. No se ríen, caballeros. El embajador está invitado, y asistirá el encargado de negocios.

«Así que reclamaciones legales...», se dijo Mercier. Eso significaba que los abogados estarían allí, y Anna Szarbek, la primera.

¿Se atrevería? El recuerdo de Gabrielle animándolo a insistir le decía que lo hiciera. Al acabar la reunión, le echó un vistazo al calendario. El 20 caía en sábado; los de la Sociedad de Naciones llegarían a Belgrado durante el fin de semana e inaugurarían la conferencia el lunes. Abandonó la cancillería, llegó al área pública de la embajada y subió las escaleras hasta el tercer piso, donde el embajador había hecho instalar una fuente refrigerada, justo ante la puerta del despacho de Madame Dupin. Mercier se tomaba un vaso de agua siempre que pasaba por allí, y no porque le encantara el agua, sino porque, pese a sus cuarenta y seis años, le gustaban las burbujas que subían del fondo y el siseo que hacían.

Esa mañana, también le gustaba el hecho de que Madame Dupin nunca cerrara la puerta. Su despacho estaba permanente abierto al mundo.

—¿Jean-François? ¡Entre a saludarme!

Primero, en la más seria e ineludible tradición francesa: «¿Qué ha hecho durante las fiestas?». Ella había estado en Suiza, dijo, en una estación de esquí. ¡Fondues de queso! ¡Lugareños en traje regional! ¡Danzas folclóricas! «Y Dios sabe qué más», se dijo Mercier, que la escuchaba atentamente con su



mejor sonrisa. Cuando llegó su turno, informó debidamente sobre su visita a Boutillon.

Y, luego, atacó.

—Me han dicho que, dentro de dos semanas, la Liga de Naciones celebra una conferencia en Belgrado.

Madame Dupin empezó a remover papeles.

—Sí, sobre derechos legales y minorías étnicas —respondió Madame Dupin—. ¿Está interesado? —le preguntó, sorprendida.

—Quizá. Tengo entendido que asistirá el encargado de negocios.

Ahora Madame Dupin se puso a buscar en la bandeja de salidas. Además de subdirectora de protocolo, también era la responsable de organizar los viajes del personal de la embajada.

—Aquí está. Cogerá el expreso nocturno el viernes, porque sólo circula dos días a la semana. —Madame Dupin, que seguía perpleja ante la pregunta de Mercier, lo miró y, de pronto, dejó de estarlo—. ¡Ah, claro! ¡Ahora lo entiendo, Jean-François! Está usted... bueno, más que interesado, ¿verdad? —dijo, y sus ojos brillaron con complicidad.

—Supongo que su amiga Anna irá... —murmuró Mercier, sonriendo.

—Yo diría que sí, como abogada de la Sociedad de Naciones. Pero podría preguntárselo...

—No, por favor, no lo haga. Sólo quería...

—¿Le reservo el billete?

—Ya lo haré yo. La embajada no tiene por qué pagarlo. —¡Qué hombre tan honrado, nuestro Jean-François! Pero su picara sonrisa significaba: «¡Menudo granuja!».

9 de enero. Lentamente, los engranajes sociales de la Varsovia diplomática empezaron a chirriar de nuevo. Un cóctel en la embajada holandesa, a las seis, para presentar al nuevo agregado comercial, Mynheer de Vries. Mercier se cubrió de medallas y renqueó escaleras abajo para reunirse con Marek, que lo esperaba junto al «Biok». Mientras se arrastraban por las calles heladas entre los grandes lomos de nieve amontonada a ambos lados, en el asiento de atrás, Mercier se fumaba un Mewa, un tanto alicaído. Había reservado una cabina de primera en el expreso nocturno a Belgrado que le había costado un ojo de la cara, y seguramente para nada. La noche del *vernissage*, Anna había tomado una decisión, y ahora él no iba a hacer más que un ridículo espantoso. ¿Por qué se había dejado influir por Gabrielle? En Varsovia había muchas

mujeres, entre otras, las casquivanas esposas de la comunidad diplomática, y el círculo social que pescaba en las mismas aguas. «*Merde!* —se dijo—. Soy demasiado viejo para esto».

El cóctel no fue tan aburrido como se temía. Evitó la ginebra holandesa y, con una copa de champán en la mano, probó el salmón ahumado y los arenques en escabeche. Vagó por la sala buscando a Anna Szarbek con la mirada, pero no estaba allí, ni Maxim tampoco. A quien sí encontró fue al coronel Vyborg, que estaba solo, y el oficial de inteligencia polaco y él se contaron lo que habían hecho en navidades. Cuando Mercier mencionó sus descubrimientos sobre las formaciones de tanques en las revistas de la Wehrmacht, Vyborg frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Es un mal sueño —dijo—. Escriben libros y artículos sobre lo que piensan hacer, y nadie parece enterarse, o darle importancia.

Luego, Mercier estuvo unos minutos con Julien Travas, el director de la agencia de noticias Pathé, que tenía al lado a una chica preciosa.

—Vaya lleno —comentó Mercier—. No falta ninguno de los habituales, ni siquiera nosotros.

Travas se encogió de hombros.

—Deciden invitarme y, como yo decido acudir, siguen invitándome. Necesitan gente para hacer bulto. Y mi amiga Kamila nunca había estado en una de estas cosas. ¿Te lo estás pasando bien, querida?

—Me parece muy interesante —respondió la interpelada—. Mynheer de Vries conoce a Greta Garbo.

—Y opina que te pareces a ella. ¿Me equivoco? —dijo Travas.

—Pues... sí, eso ha dicho. Exactamente eso.

—El coronel Mercier es un héroe de guerra —le explicó Travas.

—¿Ah, sí? Tiene que contarme su historia, coronel.

—Algún día —respondió Mercier—. En la próxima fiesta.

«¡Oh, no!». Ahí estaban los Rozen, los espías rusos favoritos de todo el mundo. La encantadora pareja de ancianos venía derecha hacia él, como dos tiburones hambrientos.

—Está usted muy solicitado —dijo Travas alejándose con su presa—. *À bientôt!* —añadió, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Conque está aquí! —exclamó Malka Rozen dándole unas palmaditas en la mejilla—. Le dije a Viktor que vendría usted, ¿verdad, Viktor?

—Ya lo creo —respondió Rozen, alzando la cabeza hacia su mujer desde su permanente encorvamiento—. Y tenías razón. Aquí está.

—Entonces, vamos a ver, mi querido camarada francés —dijo Malka—. ¿Es que no le gustamos? En casa le espera una cena deliciosa, y tarde o temprano tendrá que comer, ¿no? No puede vivir a base de canapés.

—He estado muy ocupado, Madame Rozen. Las fiestas...

—Naturalmente —terció Viktor—. Pero ahora es enero, la época de los grandes fríos, de visitar a los amigos, tomarse una copa, comer un buen pollo... ¿Tan malo es eso?

—En absoluto —dijo Mercier, seducido a su pesar—. Dígame, ¿cómo van las cosas en la madre patria?

«Esto debería funcionar».

Una sombra cruzó el arrugado rostro de Viktor. ¿Iría a decir algo, realmente?, se preguntó Mercier.

—Los juicios...

—Los juicios sobre la situación... —lo atajó Malka, que le lanzó una mirada significativa.

—Exacto —se apresuró a decir Viktor—. Son siempre difíciles, pero parece que sobrevivimos.

—¿Fueron a casa en navidades? —preguntó Mercier.

—No. —La voz de Viktor era excesivamente aguda—. Quiero decir, no, el viaje en tren es tan largo... a Moscú. Puede que vayamos en primavera.

Malka cambió de tema.

—¿Sabes lo que pienso, Viktor? Que el coronel no vendrá a cenar hasta que no reciba una invitación, una invitación por escrito.

—Tienes razón —dijo Viktor—. Eso es lo que deberíamos hacer. Enviarle una carta.

—No hace falta que lo hagan —repuso Mercier, desconcertado—. Es que, en esta época del año, estoy tan ocupado...

—Pero sería muy distinto —repuso Malka—. Estoy segura de que lo sería.

Mercier miró a su alrededor. ¿Habría aparecido Anna Szarbek? No, pero el coronel de Vezényi, el agregado militar húngaro, captó su mirada y le hizo señas para que se acercara, así que Mercier se disculpó ante los Rozen, a los que, sorprendentemente, no pareció importarles que se fuera.

Durante la siguiente media hora, deambuló por la sala, deteniéndose brevemente con la gente de costumbre, diciendo cosas sin importancia y oyendo cosas sin interés. Luego, dio las gracias a los anfitriones, le dijo a Mynheer de Vries que se verían pronto y, aliviado, salió a la fría y serena noche.

Los relucientes coches diplomáticos formaban una larga fila delante de la embajada. Mercier encontró el Buik, y Marek le abrió la puerta. Al ir a sentarse en el asiento trasero, vio la esquina de un papel amarillo en el suelo, asomando bajo el asiento del conductor. Mientras Marek maniobraba para abandonar la fila, Mercier se inclinó y cogió el papel. Un sobre cuadrado.

—¿Marek?

—¿Sí, coronel?

—¿Te has quedado en el coche mientras yo estaba ahí dentro?

—No, señor, he estado con unos amigos, otros chóferes. Nos hemos sentado en uno de los coches y nos hemos fumado un pitillo.

Mercier examinó el sobre del derecho y del revés. Era de mala calidad, hecho con papel basto, de un tipo que no recordaba haber visto con anterioridad. Tenía la solapa pegada y no llevaba nada escrito.

—¿Es esto tuyo? —le preguntó a Marek.

El chófer volvió la cabeza y le echó un vistazo al sobre.

—No, coronel.

—Cuando te has ido con esos amigos, ¿has cerrado el coche con llave?

—Eso siempre, coronel. No dejo de hacerlo, nunca.

Con cuidado, Mercier introdujo el índice bajo la solapa y abrió el sobre. La hoja que contenía, grisácea con líneas azules, había sido arrancada de un cuaderno escolar. La carta estaba escrita a lápiz, con mayúsculas y en francés. No tenía encabezamiento.

«Estamos en graves dificultades. Nos han ordenado volver y no podemos hacerlo, porque nos detendrán y nos ejecutarán. Por favor, ayúdenos a abandonar la ciudad y encontrar un sitio seguro. Si está de acuerdo, vaya a la oficina central de Correos, en la plaza Warecki, mañana a las 5:30. No nos verá, pero sabremos que está conforme. Luego, volveremos a ponernos en contacto con usted.

»Ayúdenos, por favor».

Mercier volvió a leer la carta.

—Cambio de planes —le dijo a Marek.

—¿No vamos a casa?

—No, a la embajada.

La residencia del embajador estaba en la misma embajada, y su titular apareció en la cancillería con un batín verde de terciopelo sobre una camisa y unos pantalones de vestir, casi inmediatamente después de que Mercier lo telefonara. Jourdain tardó más, pero llegó en taxi minutos después. Cuando

entró en el despacho de Mercier, la carta estaba encima del tablero negro de una mesa totalmente vacía.

—Échale un vistazo —le dijo Mercier.

—Vaya, vaya —murmuró Jourdain tras leerla—. Una defección. Y yo que creía que el invierno iba a ser aburrido... Muy hábil, ¿no? Ni una pista, a menos que sepas qué país está fusilando a la gente cuando regresa a casa. ¿Quién la ha escrito, Jean-François? ¿Alguna teoría?

—Los Rozen —respondió Mercier.

—¿Estás seguro?

—Sí. Me lo han dado a entender en el cóctel de los holandeses.

—No me sorprende —dijo Jourdain—. Ahora Stalin está matando a todos los viejos bolcheviques, haciendo limpieza general, instalando a sus compinches de Georgia...

—¿Cuál es su importancia? —preguntó el embajador volviendo a leer la carta.

—Se cree que son agentes del GRU —respondió Jourdain—. La inteligencia militar soviética. No sabemos su rango, pero sospecho que es alto, sólo inferior al del agregado militar.

—¿No son de la NKVD? —insistió el embajador.

—No, no son auténticos matones. Por supuesto, podrían ser cualquier cosa. Viktor Rozen, un funcionario menor y Malka, simplemente su mujer.

—Eso lo dudo —terció Mercier—. Trabajan juntos. La invitación a cenar se convierte en petición de información, algo de poca monta, y luego intentan que aceptes dinero.

—Bueno, pues ahora el dinero lo aceptarán ellos —dijo el embajador—. O al menos, la seguridad de sus vidas. Y luego vendrá la información. ¿No será una trampa, coronel?

—No lo creo, señor.

—Los rusos son gente astuta —dijo el embajador—. Ven la vida como una partida de ajedrez. Te atraen hasta algún laberinto clandestino para ratones y luego cierran la trampa.

—Creo que es una oferta sincera de cambio de bando —insistió Mercier—. Viktor Rozen parecía... en fin, cuando menos preocupado, tal vez desesperado. Su mujer es más fuerte.

—Puede que sea su superior —sugirió el embajador—. No sería el primer caso. En cuanto al siguiente paso, mandaremos... es decir, mandará un cable a París, coronel. Esta noche. Quiero ver el texto antes de que se lo entregue al especialista en códigos.

—¿Esta noche? —preguntó Jourdain—. ¿No podríamos... estudiar las posibilidades?

El embajador esbozó una sonrisa irónica.

—Tiene usted un instinto excelente, Jourdain. Pero, si nos entretenemos, en París querrán saber por qué. De todas formas, coronel, no diga más que lo necesario. Limítese a cubrir el expediente.

—Los tendremos aquí, señor —dijo Jourdain—. Encima de nosotros.

—Tal vez. Pero no se puede evitar.

—Entonces, mañana a las cinco y media —dijo Mercier.

—Unos sellos nunca van mal —respondió el embajador—. Bueno, yo me voy a la fiesta de los Biddle. Trabajen los detalles ustedes dos.

Jourdain y Mercier estuvieron hablando mucho rato: qué querían, qué podían conseguir, cuál era el precio de la salvación esa semana...

10 de enero. De paisano, pero bien vestido para la ocasión, Mercier se dio un paseo por la plaza Warecki bajo una fina nevisca. Luego, a las 5:30 en punto, entró en la concurrida oficina de Correos, hizo cola y compró una hoja de sellos. Muy bonitos, del modelo de dos groszy, azules y dorados, con un retrato de Chopin magníficamente grabado.

14 de enero. Velada flamenca en la embajada española. El embajador representaba al gobierno republicano, el legítimo de España, pero se sabía que en Varsovia había otro embajador del bando nacional, un fascista, esperando para presentar sus credenciales. Las fuerzas de Franco habían partido el país en dos, quedándose con la parte más grande, así que la comunidad diplomática pensaba que el relevo sólo era cuestión de tiempo.

Mercier llegó a la embajada española justo a las nueve y encontró un asiento al final de una de las últimas filas. No había tanta gente como de costumbre; dado que la asistencia estaba determinada por las alianzas políticas, ni los diplomáticos alemanes ni los italianos aparecerían por allí. Pero no habría problema para llenar la sala, porque al parecer la mitad de la legación rusa adoraba el baile español. Esta vez, Mercier vio a Maxim —lógico, porque una velada de flamenco, flamenco «político», era perfecta para su ingeniosa columna periodística—, que había reservado el asiento de al lado dejando encima el abrigo doblado. Al cabo de un rato, cuando atenuaron las luces y el embajador español apareció en el escenario, una silueta familiar se

acercó rápidamente por el pasillo y ocupó el asiento libre. Mercier se quedó sorprendido ante lo que ocurría en su interior. Un simple atisbo de su silueta había sido suficiente. El embajador español estaba hablando, aunque Mercier no oyó una sola de sus palabras, hasta el final:

—... Antigua y noble herencia de nuestra nación, hoy gravemente herida y en peligro, pero que, como el apasionado arte que les ofrecemos esta noche, sobrevivirá.

Un aplauso estruendoso.

A Mercier, el flamenco le gustaba bastante —las feroces guitarras, el ritmo marcado del baile—, pero su corazón estaba en otro sitio. Y, cuando el conjunto volvió a salir para el segundo bis, recorrió rápidamente el pasillo y se dirigió a la sala donde se celebraría la recepción. En una larga mesa cubierta con un mantel rojo: botellas de vino y bandejas con queso y pan. Se apartó un poco y esperó a que la gente fuera llegando.

Maxim estaba encantado de volver a verlo. Se acercó a él dando zancadas, echó la mano atrás, luego adelante, y cogió la de Mercier como si quisiera triturársela.

—¡Aquí está el general! ¿Qué, cómo va la guerra?

Ligeramente detrás de él, Anna alzó los ojos, miró a Mercier y volvió a bajarlos.

—De momento, bastante bien —respondió Mercier.

—Me alegra oírlo, me alegra oírlo, general, siga así.

Y, con una mano de propietario en el brazo de Anna, se dirigió hacia el vino.

Esa noche, los ánimos estaban alborotados. Mientras Mercier se abría paso por la sala, las conversaciones eran ruidosas, apasionadas, fervientes. Las opiniones sobre la guerra en España estaban rabiosamente divididas; la batalla por una vieja nación se había convertido en una batalla por el corazón de Europa. Al fin, junto a la puerta del vestíbulo, descubrió a los Rozen, escuchando a un político de opereta, un ministro de algún país, con frac, quevedos y perilla. Al ver acercarse a Mercier, Viktor le dijo algo al funcionario y empezó a llevárselo, mientras el otro blandía un cuchillo imaginario sin parar de hablar.

Malka Rozen no perdió un segundo.

—Tiene que ser pronto —dijo en voz baja, con una sonrisa falsamente amplia y radiante.

—¿Los están vigilando? —le preguntó Mercier—. ¿Aquí? ¿Esta noche?

—No podría decirlo. Saben hacerlo muy bien cuando no quieren que te enteres.

—Nuestra respuesta es sí, los ayudaremos a salir de Polonia.

—Gracias a Dios.

—Pero, a cambio, tendrán que ayudarnos. Vendrán trayendo regalos, como suele decirse.

—¿Qué quieren?

Bajo el cálido exterior, su determinación era como el acero.

—Fotografías, a ser posible. O copias a mano. De documentos relacionados primero con Francia —operaciones en Polonia que afecten a intereses franceses— y luego con Alemania.

—¿Qué le hace pensar que tenemos algo así? Trabajamos contra Polonia, no contra Francia o Alemania.

—Madame Rozen... —respondió Mercier, queriendo decir: «No juegue conmigo, por favor».

—¿Y si no podemos conseguir nada de lo que quieren? Entonces, ¿dejarán que nos maten?

—Usted trabaja para cierta gente, Madame, y yo trabajo para cierta gente. Puede que la gente para la que trabajamos no sea tan distinta.

—Espero que lo sea —respondió Malka.

—¿Está diciendo que no lo intentarán?

—No, no. Lo intentaremos. Pero no tenemos mucho tiempo. La semana pasada nos ordenaron volver a Moscú. Les dijimos que teníamos encuentros importantes en Varsovia, así que nuestro regreso se pospuso. Tenemos dos semanas a partir de hoy. Después, la llamada a la puerta a medianoche y se acabó. Por veinte años de trabajo secreto, por veinte años de fe y obediencia, nueve gramos.

El peso de una bala de revólver, que en el argot soviético aludía a la ejecución.

—Volveremos a encontrarnos dentro de cuatro días —dijo Mercier—. En el ministerio de Economía polaco dan una charla. «Las perspectivas para 1938». Estoy seguro de que no querrán perdérsela. Pero, en caso de emergencia, pueden alertarnos. En la oficina central de Correos, en la cabina que está junto a la ventana, encontrarán una guía telefónica de Varsovia. En la página veintisiete, subrayen el primer nombre en la columna de la izquierda. Háganlo a las nueve de la mañana o a las tres de la tarde, y los recogeremos en el café del otro lado de la plaza Warecki treinta minutos después.

—¿Página veintisiete? ¿En la columna de la izquierda?



—Exacto. Pero espero verlos el 18. Y también que para entonces tengan algo para nosotros. Al menos, un comienzo.

Malka pensó unos instantes.

—De acuerdo —dijo al fin—. Buscaremos en los archivos.

Su estado de ánimo había cambiado. Ahora era resignado, con algo parecido a la decepción. Sí, sabía de sobra lo que el trabajo de Mercier implicaba, pero había percibido en él cierta integridad básica y había creído que jugaría a su favor. Por eso, había acudido a él y no a los británicos, la otra opción lógica. Pero ahora descubría que era como todos y jugaría según las reglas.

—Puede que haya algo —dijo al ver que Mercier tardaba en responder.

—Harán ustedes lo que tengan que hacer, Madame Rozen. Ya saben lo que está en juego.

Viktor regresó, tras librarse del político parlanchín.

—¿Jugando como buenos amigos, niños?

La expresión de su mujer, sombría y amarga, le dijo todo lo que necesitaba saber.

Mercier se despidió con un gesto de la cabeza, se alejó y cruzó la puerta.

El 18, Mercier fue de los primeros en llegar a «Las perspectivas para 1938», pero los Rozen no dieron señales de vida. Sentado en la dura silla de madera, intentó sujetar las riendas de su imaginación, pero en vano. Mientras el ministro de Economía seguía perorando —«Con la reapertura de la mina de Slawska, la producción de carbón en Silesia...»—, Mercier podía ver a Viktor y Malka como en una película, abriendo la puerta a medianoche, entrando en el automóvil que los esperaba para llevarlos a Danzig y viajando bajo custodia en un barco soviético con destino a Leningrado. Luego, la prisión de Lubianka, los brutales interrogatorios y los nueve gramos en la nuca. Mercier también sabía que no todas las víctimas de Stalin llegaban tan lejos; las más afortunadas morían antes, a causa del maltrato o el puro terror. Esperaba equivocarse —no existían indicios y había todo tipo de explicaciones para la ausencia de los Rozen—, pero temía estar en lo cierto.

La tarde del 19, con Jourdain supervisando la vigilancia de la oficina de Correos, Mercier salió de la embajada y se fue a casa. Allí, hizo la maleta con cuidado y se vistió aún más cuidadosamente: una camisa —suave, gruesa y

gris—, que eligió a la cuarta, una corbata marrón y una discreta americana de *tweed*. Decidió ponerse un poco de la colonia que había comprado el día anterior que supuestamente olía a bosque, pero cambió de opinión. Estaba decidido —era extraño cómo funcionaba el deseo— a ser él mismo en la medida de lo posible. Además, a juzgar por el recio Maxim, a Anna Szarbek no le gustaban los hombres que se perfumaban. Entonces, ¿cuáles? ¿Y qué le gustaba de él?

Esa obsesión era mejor que romperse la cabeza con los Rozen. Habían llovido los cables de París: alguien del Bureau quería agentes dobles, el gran premio de la profesión, que revelaran lo que los rusos sabían y les dijeran a los rusos lo que los franceses querían que creyeran. El clásico juego de espías. Pero no había tiempo para eso, y Mercier y Jourdain acabaron «defendiéndolos» como leones. Los Rozen revelarían sus redes de agentes, polacos y posiblemente alemanes, cuando los interrogaran en París y, antes de que los sacaran del país, se llevarían de la embajada soviética todo lo que pudieran. Eso si seguían estando libres. O si seguían estando vivos. Porque había veces que aquellas cosas acababan en un abrir y cerrar de ojos.

Marek lo llevó a la estación Warszawa-Wiedenski a las cinco menos cuarto de la tarde, temprano para el tren de las cinco y cuarto. La idea de Mercier era esperar a que llegara Anna Szarbek, asegurarse de que Maxim no había venido a despedirla y, después, hacerse el encontradizo con ella cuando fuera a subir al tren. Al principio estaba nervioso. Estratégicamente situado detrás de un carro de equipajes cargado hasta arriba de baúles, se dispuso a vigilar el andén. La locomotora, que soltaba humo blanco con un ruidoso siseo, y el olor a hierro candente y carbón quemado de los trenes, sugerían viajes y aventuras. Pero, al cabo de un rato, cuando las manecillas del reloj del andén marcaban las cinco y diez, el nerviosismo se transformó en angustia. ¿Dónde se había metido? Cuando el revisor se situó ante la escalerilla del coche cama de primera, Mercier comprendió que debía subir al tren. ¿Tendría que viajar solo? Junto a la puerta, un panel de esmalte azul anunciaba con letras blancas la ruta del convoy:

WARSAWA - KRAKOW - BRNO  
BRATISLAVA - BUDAPEST - BEOGRAD

Beograd, el nombre serbocroata de Belgrado, estaba a unas diecisiete horas. Horas que, al parecer, pasaría solo en la magnificencia de su lujoso compartimento. ¿Habría conseguido subir al tren sin que él la viera? Puede

que ni siquiera tuviera pensado asistir a la conferencia. Pero ahora la cosa ya no tenía remedio y, confiando en que sencillamente no la hubiera visto llegar, subió la escalerilla y siguió al encargado de los coches cama, que esperaba para acompañarlo a su compartimento. Desde luego, era magnífico. Todo felpa verde oscuro y revestimientos de caoba, con la pantalla de la lámpara de lectura hecha de un cristal verde tallado en forma de tulipán, un florero con tres lirios blancos en un soporte de cobre... Cuando se hiciera de noche, un mozo abriría el largo asiento y haría la cama.

Bajó la ventanilla y paseó la mirada por el andén, por el que unos cuantos viajeros corrían hacia el tren animados por el revisor, pero Anna no estaba entre ellos. Instantes después, sonó un pitido, el tren se movió con una sacudida y Mercier, cariacontecido, cerró la ventanilla de golpe y se dejó caer en el asiento. Cuando el tren salió de la ciudad y empezó a adquirir velocidad, el encargado de los coches cama volvió a aparecer para preguntarle si prefería el primer o el segundo turno del restaurante.

—¿Qué turno ha elegido Pani Szarbek?

El hombre paseó los ojos por el listado de arriba abajo y luego de abajo arriba.

—Ese nombre no figura en la lista —dijo al fin.

—Entonces, el segundo.

Cuando el portero se marchó, Mercier salió al amplio pasillo y lo recorrió echando un vistazo a los compartimentos, en los que vio a todo tipo de pasajeros, leyendo, hablando o ya durmiendo, pero no al que buscaba. Llegó al final del coche y pasó al siguiente, otro coche cama de primera, pero sólo vio al encargado de negocios, que por suerte no levantó la vista del periódico mientras pasaba a su lado a toda prisa.

Mercier volvió a su cabina y, cuando se cansó del paisaje invernal, bajó la cortina de seda adornada con borlas y, soltando un suspiro, sacó de la maleta una novela, *Rojo y negro*, de Stendhal, que había cogido de la biblioteca de casa, un libro que había leído hacía muchos años. Según uno de sus instructores de Saint-Cyr, se trataba de una novela política, casi de espías, una de las primeras de ese género. Pero Mercier no la había elegido por ese motivo; más bien, hacía juego con la chaqueta de *tweed*, casi como un accesorio de su atuendo de viaje, pensado para que lo viera Anna. Siempre le habían gustado los libros difíciles, que recompensaban el esfuerzo, pero, cuando iba por la página catorce, se rindió y sacó lo que realmente le apetecía leer: un *roman policier* de Simenon, *La amargura del condenado*, que había encontrado en la sección de literatura francesa de una librería de Varsovia.

A las ocho y media, mientras el convoy avanzaba a buen paso por los campos a oscuras, un mozo hizo sonar dos veces su triángulo para anunciar el segundo turno del restaurante. Cuando Mercier se disponía a seguir a los demás pasajeros hasta la puerta del final del pasillo, el revisor recogió su pasaporte, una cortesía hacia los viajeros de primera que les ahorra tener que despertarse en mitad de la noche al paso de cada frontera, una cortesía que además solían aprovechar los agentes secretos.

El coche restaurante tenía las mesas iluminadas con velas y era aún más romántico que el compartimento: parejas bien vestidas y grupos de cuatro en íntima conversación alrededor de los blancos manteles, mientras el rítmico golpeteo de las ruedas acababa de crear una agradabilísima atmósfera de tiempo detenido. Sentado en una mesa para uno, Mercier se fijó al instante en la atractiva mujer que ocupaba la mesa contigua, también sola, y espléndida en una chaqueta de terciopelo negro, con un rostro delgado y altivo bajo el pelo rubio ceniza, que empezaba a platear. El camarero, que llegó enseguida, se dirigió a ella como «*Baronin*», baronesa en alemán, y, cuando acabó de tomarle nota, ella y Mercier intercambiaron una mirada de solidaridad: «Aquí estamos los dos, tan anchos». El camarero volvió trayendo un plato con una manzana, que no aparecía en el menú y que la *Baronin* se comió despacio, con cuchillo y tenedor y movimientos precisos, delicados y, en cierto modo, sugestivos. Mientras tanto, Mercier se dejó la crema de espárragos y jugueteó con la trucha al vino. Demasiado alicaído para comer, despidió al pescador y pidió un coñac. Y otro tanto hizo la baronesa.

Poco después de las nueve, Cracovia. Mientras la locomotora jadeaba en la estación, la baronesa se acabó el coñac, se levantó de la mesa, sonrió a Mercier y se dirigió hacia la puerta del coche cama de primera. Bueno, él también se había bebido el coñac; esperó a que la mujer saliera del restaurante y luego tomó la misma dirección. Llegó al pasillo a tiempo para verla entrar en su compartimento, el C, y cerrar suavemente la puerta cuando él estaba acercándose.

De nuevo en el suyo, Mercier vio que la cama estaba hecha, con el extremo superior de la manta de los Ferrocarriles Polacos doblado en un ángulo impecable. Se tumbó encima, levantó la cortina y apagó la lamparilla. Fuera, Polonia meridional a la luz de la luna. Ahora el tren, traqueteando a gran velocidad, se dirigía al norte, a pocos kilómetros por encima de la frontera. La pequeña estación de Oswiecim pasó en un abrir y cerrar de ojos, seguida por Strumien; se estaban acercando a Karvina, por donde entrarían a Checoslovaquia. Mercier se reconvino. No más fantasías absurdas, pensó, que

nunca acabarían en nada real. Inquieto y triste, comprendió que no conseguiría dormirse y decidió dar un paseo tan largo como le permitiera el tren. Salió al pasillo, donde, a la derecha, sólo había unos pocos compartimentos, del H al A, incluido el C, y fue hacia la izquierda.

Pasado el otro coche cama de primera, una sucesión de coches de segunda en la que los pasajeros ocupaban asientos de gastado cuero. Bajo una nube de humo, los viajeros dormían o, absortos en sus pensamientos, miraban la oscuridad del otro lado de las ventanillas. Mercier recorrió todo el coche y, cuando estaba a medio camino del siguiente, vio a una mujer con un abrigo gris largo y de corte sobrio. Llevaba botas de cuero suave y una boina negra ladeada sobre el pelo rubio oscuro, recogido en la nuca con horquillas. En animada conversación con una joven sentada junto a la ventanilla, tenía la espalda vuelta hacia el pasillo. Cuando Mercier se detuvo junto al asiento, la joven alzó los ojos hacia él.

—Hola —le dijo Mercier—. ¿Anna?

La mujer de la boina se volvió.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida de verlo allí. Por un instante, se quedó petrificada, mirándolo con unos ojos como platos y los labios entreabiertos—. Ursula —dijo al fin en polaco—, le presento al coronel Mercier.

La joven movió la cabeza a modo de saludo.

—Encantado de conocerlo, coronel.

—Ursula trabajaba en nuestra delegación en Danzig —le explicó Anna—. Nos hemos encontrado en la estación de Cracovia.

Mercier miró su reloj.

—Ahora ya se puede tomar una copa en el coche restaurante; ha acabado el segundo turno del comedor. ¿Me acompañan?

—¿Ursula? —preguntó Anna—. ¿Quiere venir a tomar algo?

Ursula se lo pensó, pero comprendió la situación con bastante claridad.

—Creo que no. ¿Por qué no van ustedes?

—¿Está segura?

—Hmmm...

—No sea tímida, se lo pasará bien. ¿Ursula?

—Gracias, pero no, Pani Szarbek. Puede que más tarde me una a ustedes.

—¿Llevas maleta? —le preguntó Mercier a Anna mientras avanzaban hacia la cabeza del tren.

—La he dejado en mi compartimento, que está por ahí delante. Luego, he ido a hacerle una visita a Ursula.

—¿Un compartimento individual?

—Doble. Tengo la cama de arriba.

Cuando llegaron al coche restaurante, los acompañaron a una mesa junto a una ventanilla.

—Esto es toda una sorpresa —dijo Anna cuando estuvieron sentados—. ¿Vas a la conferencia?

—Bueno, podría. Desde luego, el tema es interesante.

Los ojos de Anna buscaron los suyos, inseguros.

En ese momento, apareció el camarero.

—¿Qué quieres? —le preguntó Mercier a Anna—. ¿Un cóctel?

—No sé... Sí, ¿por qué no?

—La noche es joven, toma lo que te apetezca.

—Entonces, un gin fízz.

—Para mí, un coñac —le dijo Mercier al camarero.

—Qué lujo... —murmuró Anna mirando a su alrededor—. Siempre te veo en sitios estupendos.

Mercier asintió.

—Tengo suerte, supongo. La mayoría de mis compañeros oficiales están o en un cuartel o en alguna isla perdida, tomando pastillas contra la malaria.

—Tienes suerte.

—Bueno, no siempre, pero a veces sí. Depende.

Anna, de nuevo confusa, dudó antes de preguntar:

—¿Qué te interesa sobre la conferencia, coronel?

Mercier estuvo hablando unos instantes sobre las minorías nacionales y las tensiones políticas, hasta que llegaron las bebidas. Anna le dio un sorbo al gin fízz y luego otro.

—Qué bueno —aprobó—. Veo que aquí saben hacerlos.

—Tómame otro, si quieres.

—No me tientes —respondió Anna esbozando una sonrisa.

—¿No? ¿No debería?

—Estabas hablando de la conferencia.

—En realidad, la conferencia me da igual, Anna.

—Puede que tengas algún motivo... hmm... profesional para ir.

—No.

—¿Entonces?

—Estoy aquí porque me enteré de lo de la conferencia, y suponía, esperaba, que estuvieras en este tren.

Anna rebuscó en su bolso, encontró la pitillera —Baco y las ninfas, desnudos—, se puso un cigarrillo entre los labios y se inclinó hacia delante

mientras él le daba fuego.

—Así que una aventura en un tren...

—No —respondió Mercier—. Algo más.

Anna se volvió hacia la ventanilla.

—No hay ninguna necesidad de decir esas cosas, coronel —murmuró con la voz más ronca y el acento más marcado.

Cuando se volvió de nuevo hacia él, era evidente que la idea de una aventura no le desagradaba en absoluto.

—Es que no es sólo una frase —respondió Mercier y, tras una pausa, añadió—: Y, por cierto, me llamo Jean-François. Creo que ya estábamos de acuerdo en eso.

De repente, parecía regocijada.

—Si tuviera un espejo de bolsillo... —Mercier la miró sin comprender—. Es que, ahora mismo, pareces un coronel... Jean-François.

La tensión desapareció. La cara de Mercier se relajó, y extendió la mano encima de la mesa, con la palma hacia arriba. Al cabo de unos instantes, Anna la cogió, le dio una calada al cigarrillo y soltó el humo con una especie de suspiro de resignación.

—¡Ay, señor! —exclamó—. Después de la noche de la tormenta, le había dicho adiós a todo esto, ¿sabes? —Esperó unos instantes y luego dijo—: Imagino que habrás cogido un compartimento muy elegante para ti solito.

—Pues sí.

—Y ahí es adonde vamos a ir.

—Vale. ¿Ya?

—Me gustaría tomarme ese segundo gin que has sugerido, si no te importa.

—¿Y por qué iba a importarme? Yo pienso tomarme otro coñac.

Anna le apretó la mano.

Mercier llamó al camarero.

Se llevaron las bebidas al compartimento.

—Vaya, vaya... —rezongó Anna—. Lirios.

Mercier la ayudó a quitarse el abrigo, aspirando su perfume, y lo colgó de una percha, mientras ella dejaba la boina en la rejilla del portaequipajes. La cama ocupaba casi todo el espacio, así que Anna se sentó en el extremo más alejado, con la espalda apoyada en la pared de la ventanilla. Luego, se quitó

las botas, que dejaron al descubierto unas medias negras, movió los dedos de los pies y soltó un suspiro de alivio.

—¿Un largo día? —le preguntó Mercier desatándose los cordones de los zapatos.

—Horroroso. He tenido que verme con medio Cracovia.

El tren redujo la velocidad y, al cabo de unos instantes, entró en una pequeña estación y se detuvo con un siseo de vapor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Anna—. En Brno, todavía no, ¿verdad?

—En Kravina. Control fronterizo. ¿Le has dado el pasaporte al revisor?

—Sí, al subir al tren.

Mercier se quitó la chaqueta, la dejó doblada en la rejilla del portaequipaje, colocó encima la corbata y se sentó en la cabecera de la cama, con la espalda apoyada en la almohada y las piernas extendidas en diagonal sobre la manta. Por el andén pasó un grupo de funcionarios de aduanas polacos y checos en dirección a los coches de segunda. Uno de ellos echó un vistazo al compartimento a través de la ventanilla.

—¿Te habló Marie Dupin de la conferencia?

—Me enteré yo; luego, le pregunté.

—Sospecho que esto fue idea suya desde el principio. Hacer que nos conociéramos.

—Le gusta tomar parte en la vida de sus amigos.

—Sí, le gusta.

Anna se acabó el gin fizz y dejó el vaso en el estante de debajo de la ventanilla. Luego, entrelazó las manos detrás de la cabeza, cerró los ojos y se puso cómoda. Al deslizarse hacia delante, el dobladillo de la falda le quedó por encima de las rodillas. En la estación, alguien gritó unas palabras en checo, y se oyó una risa de mujer.

—¿Un sueñecito? —bromeó Mercier.

Anna movió la cabeza muy lentamente.

—Sólo estaba pensando.

Un mozo pasó junto a la ventanilla empujando un carro cargado de maletas que chirriaba al rodar. Anna abrió los ojos, se volvió a mirar y los cerró de nuevo.

—Ahhh, Kravina.

La locomotora soltó vapor, un viajero recorrió el pasillo golpeando la pared con la maleta y el tren se puso en marcha perezosamente, haciendo desfilar los pilares de la estación tras la ventanilla con lentitud. Anna extendió una pierna y apoyó el pie en el de Mercier. Un pie caliente y suave. El convoy



empezó a adquirir velocidad a medida que cruzaba la ciudad, dejando atrás calles cubiertas de nieve y plazas iluminadas por farolas. Esbozando una tenue sonrisa, Anna metió la mano por debajo de la falda a derecha e izquierda, soltó las ligas y enrolló las medias no muy abajo, aunque sí lo suficiente para que Mercier pudiera ver el extremo superior. Mercier apagó la lamparilla, gateó hasta ella y acabó el trabajo, esforzándose en no ser torpe mientras deslizaba las manos por sus suaves y blancas piernas hasta quitarle las medias. Anna abrió los ojos, se encontró con los suyos y extendió los brazos. En el silencio del compartimento, sólo se oía el traqueteo del tren, pero, cuando Mercier la abrazó, Anna emitió cierto sonido, una especie de profundo «ohhh» que, por su tono, parecía significar: «Por fin». Luego, se besaron unos instantes con ternura, juntando los labios y volviendo a separarlos, hasta que Anna levantó los brazos para que pudiera quitarle el jersey. Pechos pequeños en un sujetador negro de encaje. ¿Para un día en la oficina de Cracovia?

«Madame Dupin, has hablado».

Mercier le besó los pechos, con el encaje del sujetador rozándole los labios, y los dos forcejearon con su ropa hasta que Anna se quedó sólo con las bragas, también negras y de encaje. Mercier deslizó los dedos bajo el elástico. Se quedaron así unos instantes, compartiendo una mirada de deliciosa complicidad, hasta que Anna alzó las caderas.

En algún punto entre Kravina y Brno, Mercier se despertó helado, con las sábanas amontonadas al pie de la cama, mientras el tren avanzaba a toda velocidad martilleando en los raíles tendidos entre colinas bajas. Anna dormía boca abajo, con la pálida curva de las nalgas iluminada por el resplandor de la luna en la nieve. Mercier deslizó las manos arriba y abajo, y la observó mientras se despertaba, entornando los labios y luego abriendo del todo la boca al tiempo que separaba los párpados, con una expresión de tierna y expectante malicia.

En Brno, el sueño del agotamiento.

Pero, después de Bratislava, mientras el tren bramaba en el interior de un túnel, Mercier volvió a despertarse para descubrirla acariciándolo muy excitada, con una mano entre sus piernas, mientras su pubis, húmedo e insistente, cabalgaba sobre su muslo.

—Espacio... espacio... —murmuraba.

Al llegar a Budapest, con las primeras luces, sólo un abrazo tierno. Pero muy tierno.

Fueron al coche restaurante para desayunar. El mismo camarero, discreto a más no poder, aunque algo en su actitud les dio a entender que sabía exactamente cómo habían pasado la noche y que él era un hombre que creía en el amor.

—¿Qué sueles desayunar? —le preguntó Anna a Mercier.

—Normalmente, un café y un cigarrillo. Pero ayer no comí, así que... — Mercier buscó en el breve menú—. Tomaré el bollo vienés, sea lo que sea.

—¿Una práctica sexual?

—Enseguida lo sabremos. Aunque aquí no hay mucha intimidad, así que seguramente es un panecillo.

Lo era: un relleno de nueces y albaricoque en una masa con abundante mantequilla.

—¡Jesús! —exclamó Mercier—. Bueno, pruébalo —dijo acercándose a Anna a la boca.

—¿Qué es lo próximo? ¿Belgrado?

—Dentro de dos horas. ¿Quieres que hablemos de Varsovia?

—Bueno, quizá un poco.

—Estoy enamorado de ti, Anna. Quiero que estemos juntos.

—Tendré que aclarar las cosas con Maxim.

—Lo sé.

Durante unos instantes, Anna se quedó abstraída. Luego, le acarició la rodilla por debajo de la mesa.

—Sólo es la perspectiva de tener que hacerlo, de decir las cosas, de marcharme. —Mercier asintió—. Creo que habría dejado a Maxim de todas formas. Pero ¿estás seguro? ¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí. ¿Y tú?

—Mucho. Desde la noche de la tormenta. No, uno o dos días después. De todas formas, podemos hablar de todo esto en Belgrado.

—No hay mucho tiempo. Tengo que volver mañana domingo.

—¿Qué? ¿Y los derechos de las minorías étnicas?

—¿En qué hotel te alojas?

Un largo viaje de vuelta a Varsovia. Tras una noche en el Hotel Serbski Kralj —el Rey de Serbia—, Anna lo había acompañado a la estación a última hora de la tarde. Ya en el compartimento, Mercier había bajado la ventanilla y ella había esperado en el andén con las manos en los bolsillos del abrigo; luego, se habían mirado mientras el convoy se alejaba, hasta que Mercier había dejado de verla. Por unos instantes, mientras contemplaba el anochecer invernal, había revivido algunos momentos del tiempo que habían pasado juntos. Pero, al final, se dedicó a Simenon —liquidado en un santiamén— e, inevitablemente, a Sthendal —mucho más apasionante de lo que recordaba—, seguidos por la trucha, a la que esta vez sí había hecho los honores, y, de nuevo en el compartimento, un sueño profundo y sin interrupciones.

Un auténtico paraíso, comparado con lo que le esperaba el lunes. Había ido directamente a la embajada desde la estación, para sentarse a la mesa de reuniones con Jourdain y los demás agregados militares. La triste realidad de costumbre. Al acabar, se quedó para hablar con Jourdain.

—Los Rozen no han dado señales de vida —dijo el segundo secretario—. Nuestros polacos no han parado de entrar y salir de Correos.

—No se presentaron a la cita del 18 —dijo Mercier.

Jourdain levantó la vista de los papeles.

—¿Ha pasado algo?

—Quizá. Habrá que esperar para saberlo.

Jourdain resopló, irritado.

—Nos pasamos la vida esperando.

—En otro orden de cosas, se ha producido un cambio en... bueno, en mi vida privada. Me gusta alguien. ¿Pasaría algo si se viniera a vivir a casa?

Jourdain reflexionó unos instantes.

—Yo en tu caso no lo haría —dijo al fin—. Desde luego, no pueden decirte lo que tienes que hacer con tu vida, pero sospecho que para ellos el piso es una especie de residencia semioficial. «Alguien» escribirá un memorando, eso dalo por hecho, y, después de lo que ha pasado en las últimas semanas, me temo que podría liarse una gorda. El embajador te aprecia, pero yo que tú no le pediría ayuda en ese terreno. Perdona, Jean-François, pero creo que es mejor que te diga lo que pienso realmente.

—Me lo imaginaba. Más o menos. Pero quería preguntártelo.

—De todas formas, enhorabuena. ¿Quién es ella?

—Anna Szarbak.

—¿La abogada de la Sociedad de Naciones?  
—Sí.  
—Hmmm... ¡Hombre afortunado! —dijo Jourdain.

Acababa de llegar al despacho, cuando apareció el empleado que repartía el correo de la valija diplomática. Mientras descartaba memeces de diversa categoría —un cambio en las normas para archivar determinados informes, el nombramiento del nuevo encargado de negocios en Riga...—, Mercier descubrió un sobre de papel manila. Dentro, con una nota adjunta del coronel Bruner, había otro sobre blanco dirigido a «André», su nombre en clave en la operación Uhl, y, en el interior de este último, una carta escrita a mano en alemán:

«6 de enero de 1938

»Querido André:

»Le escribo desde París, donde me han confirmado que esta carta le será enviada a Varsovia. No tardaré en marcharme, para llevar una nueva vida en Canadá, con un nuevo trabajo en una pequeña empresa y un nuevo lugar para vivir, un pueblo no muy lejos de la ciudad de Quebec. Así que ya he empezado a aprender francés. Por lo demás, no me arrepiento de lo que hice. Cuando pienso en Alemania y en lo que está pasando allí, creo que quizá fuera para bien.

»Le escribo en relación a la condesa Sczelenska. Ahora ya sé que no es condesa y que tampoco se llama Sczelenska. Pero eso no me importa. Sigo atesorando los dulces recuerdos de nuestra relación amorosa. Me da igual cómo llegamos a entablarla, porque mis sentimientos hacia ella no han disminuido. La echo de menos. Y quiero pensar que ella también siente algo por mí. Al menos, eso espero.

»¿Podría decirle adiós en mi lugar? ¿Transmitirle el afecto que siento por ella? Y hacerle saber que, si un día nuestra pobre Europa vuelve a vivir tiempos felices, mi deseo es que, ese día, podamos volver a encontrarnos. Si pudiera decirle todas estas cosas de mi parte, le estaría eternamente agradecido».

Y, tras una solemne despedida alemana, la firma de Uhl.

La nota del coronel Bruner decía que le enviaban la carta porque el servicio pensaba que, de concurrir determinadas circunstancias, Uhl podría volver a serles útil, y querían que estuviera contento. Por supuesto, Mercier no revelaría a Hana Musser, que había interpretado el papel de condesa Sczelenska, dónde se encontraba Uhl ni qué estaba haciendo allí; pero no estaría de más darle a conocer la existencia de la carta y los sentimientos de Uhl. «En la eventualidad de que volvamos a necesitar convencerlo para que trabaje de nuevo a nuestro servicio».

Mercier había seguido pagando a Hana Musser su pequeño estipendio: podía volver a necesitarla y, además, le caía bien, aunque eso nunca se lo

habría dicho a Bruner. Escribió un breve despacho para acusar recibo de la carta y confirmar que informaría a Hana Musser de que Uhl estaba a salvo, que se despedía de ella afectuosamente y que esperaba volver a verla algún día.

25 de enero. El habitual encuentro entre Mercier y el coronel Vyborg estaba previsto para esa mañana, pero al parecer esta vez no habría *ponczki*, porque el oficial de inteligencia lo había trasladado del café de costumbre a su despacho en el cuartel general del Estado Mayor, en el Décimo Pabellón de la ciudadela de Varsovia —una inmensa fortaleza que albergaba el cuartel de Savka—, construida bajo la ocupación rusa durante el siglo XIX y situada al norte del casco antiguo, frente al Vístula. El despacho de Vyborg estaba al final del largo pasillo en el que también se encontraba la famosa celda donde la policía secreta rusa había tenido prisionero al mariscal Pilsudski en 1900.

Mercier llegó a las once en punto, para descubrir que Vyborg había pedido al café que le llevaran al despacho una docena de *ponczkis*, que esperaban en una fuente de porcelana del regimiento. También había una jarra de café, y las tazas y los platillos eran de la misma porcelana de reglamento. Azúcar, leche, servilletas de lino... ¿Qué clase de noticia podía esperar?, se preguntó Mercier. De la pared de detrás del escritorio, pendía un mapa precioso dibujado con lápices de colores de una propiedad llamada Perenska, que incluía algunos de los campos circundantes. Mercier se acercó al mapa para verlo mejor.

—Mi casa de campo —explicó Vyborg—. El mapa lo dibujó el capitán De Milja, de nuestra sección cartográfica.

—Es muy bonito —dijo Mercier.

—Me alegra que se lo parezca.

Se sentaron ante una mesa colocada junto a la ventana, que daba al río. Vyborg sirvió el café, Mercier atacó los *ponczkis* y, durante un rato, charlaron de esto y de aquello. Mercier sabía que, si los Rozen seguían con vida, Vyborg no tardaría en enterarse de la existencia de redes soviéticas de espías en Polonia, pero no podía decirle nada. Esa información pasaría directamente del Deuxième Bureau al jefe del Oddzial II, la inteligencia militar polaca, el Dwojka. El protocolo, siempre el protocolo... Y, puesto que de la URSS se encargaba otra sección, la información no perjudicaría a Vyborg personalmente. El desenmascaramiento de espías era un arma de doble filo: enhorabuena por descubrirlo, pero ¿por qué tan tarde?

—¿Algún motivo especial para reunirnos en su despacho? —preguntó Mercier cuando se cansaron de charlar.

—Me temo que sí —respondió Vyborg—. Algo poco adecuado para un café. —Conque malas noticias... Mercier encendió un Mewa y se dispuso a escuchar—. Tenemos razones para creer que hay ciertas personas interesadas en usted —dijo Vyborg.

—¿Qué personas, Anton?

—Una mujer de origen ucraniano, que trabaja como agente de viajes en la avenida Marszalkowska, ha sido vista en tres ocasiones vigilando el edificio donde usted vive. Y, cerca tanto de la embajada como de su calle, también se ha visto a un alemán de nacionalidad polaca, un individuo de aspecto sospechoso que responde al nombre de Winckelmann. Utilizaba un elegante Opel Admiral negro de 1937, matrícula polaca... —Vyborg echó un vistazo a un expediente abierto sobre la mesa—. Seis, nueve, cuatro, nueve. Tenía toda la pinta de ser un operativo de vigilancia. Sabemos que el tal Winckelmann trabaja ocasionalmente como chófer para los agentes del SD de la embajada alemana.

—Un individuo de aspecto sospechoso, dice. ¿Un tipo bajito y malencarado? ¿Que podría recordar a una rata, pequeña pero traidora?

Vyborg estaba encantado.

—¿A una rata? Sí, exacto. Está claro que lo ha visto.

—El día del secuestro frustrado de Uhl. Y el coche era el mismo. ¿Y dice que lo ha visto?

—Personalmente, no.

Vyborg cogió una fotografía del expediente y se la tendió.

Tomada desde una ventana que daba a la avenida Ujazdowska con una lente de largo alcance, la imagen, aunque un tanto borrosa, permitía distinguir a un hombre sentado al volante de un coche aparcado, con los ojos dirigidos hacia arriba y a la derecha, aparentemente vigilando la calle por el retrovisor.

—¿La rata?

Mercier asintió y, alzando los ojos hacia Vyborg, le preguntó.

—¿Sus agentes estaban en un edificio de mi calle? ¿Y cerca de la embajada? ¿No irá a decirme que es una coincidencia, verdad?

—No —admitió Vyborg en voz baja, una admisión hecha sin demasiada renuencia—. No se enfade, Jean-François. El Dwojka se preocupa por sus amigos franceses y, de vez en cuando, se asegura de que no tienen ningún problema. Se encarga la gente de contrainteligencia, no mi departamento, y, como puede suponer, en París hacen lo mismo con nuestros agregados. —

Mercier sospechaba que Vyborg estaba en lo cierto, pero, aun así, no le gustaba. Le dio un sorbo al café—. Ninguno de nosotros es un santo, mi querido amigo; tarde o temprano, todos nos vigilamos. Coja otro dulce. — Vyborg levantó la bandeja y se la tendió. Mientras masticaba, Mercier observó una gabarra que se deslizaba río arriba—. Y, en este caso, diría que esa práctica le ha beneficiado. ¿Alguna idea sobre lo que está ocurriendo?

Mercier pensó unos instantes.

—No lo sé. Puede que el hecho de que frustrara el secuestro...

—Lo dudo. La gente que trabaja en esto sabe que, una vez que esas pequeñas guerras empiezan, es muy difícil pararlas. Hay un acuerdo tácito: no meterse los unos con los otros. No hablo del reclutamiento; eso nunca acaba. Podrían estar vigilándolo para comprobar si apuesta, o hace cualquier otra cosa que puedan utilizar para chantajearlo. Pero, por lo que yo sé, lleva usted una vida bastante respetable. Y si quisieran reclutarlo, la cosa no tendría esta pinta.

Mercier se encogió de hombros.

—Uhl no era tan importante. Al menos, nosotros nunca lo creímos. Un informador sobre la producción alemana de tanques. Sin duda, ellos están haciendo operaciones similares en Francia.

—Sin duda. De todos modos, como país anfitrión, tenemos cierta responsabilidad respecto a su bienestar. Espero que no nos lo tenga en cuenta.

—No, Anton, lo comprendo.

Vyborg hizo el gesto de deslizar las palmas de las manos una sobre otra, como si se las limpiara después de un trabajo sucio.

—Entonces, ahora que ya lo sabe —dijo con voz firme—. ¿Podría devolverme la fotografía?

Los días siguientes no fueron fáciles. Mercier esperaba que Anna lo llamara, como habían acordado en Belgrado, y que los Rozen dieran señales de vida. Ocupaban una habitación cerca de la embajada soviética, pero sabía que intentar aproximarse a ellos habría sido más que una estupidez. Cuando le habló a Jourdain de su reunión con Vyborg, el segundo secretario no supo qué pensar sobre la vigilancia; todo lo que Mercier podía hacer era permanecer alerta e informar a París. Técnicamente, se podía presentar una queja ante la embajada alemana por los canales diplomáticos, pero no podían esperar otra respuesta que un educado mentís, cándido como un niño. Y a Alemania, como enemigo en potencia, había que tratarla con prudencia: se sacaba más con

sonrisas que con malas caras. Así que Mercier volvió al trabajo, recelando como nunca de la gente y los automóviles, y fiándose del teléfono aún menos que antes, porque una pizca de estática en la línea implicaba mucho más que de costumbre. El 29 un frente frío congeló Varsovia y, con el termómetro bajo cero y las noches en sepulcral silencio bajo las rutilantes estrellas, la vida de Mercier se congeló con la ciudad.

Pero no era una vida tan mala. La velada del 29 lo encontró echado en la tumbona del estudio acabando *Rojo y negro*, con una orquesta de *swing* en la radio, un fuego en la chimenea y un coñac al lado. La cocinera se había ido hacía rato. Wlada había fregado los cacharros y estaba en su habitación. Mercier volvió una hoja y, de pronto, alguien aporreó la puerta de la calle. Alzó la vista y volvió a oír los golpes, esta vez acompañados por una voz ahogada. ¿Qué era aquello?

Se incorporó y se puso las zapatillas. Ahora los porrazos eran más fuertes, y la voz también: en la distancia, le pareció distinguir el sonido de su nombre. Se acercó a la ventana y, al abrirla de par en par y asomarse, el frío lo golpeó como un puño. Pero quienquiera que estuviera llamando permanecía oculto en el hueco de la puerta. La voz en cambio era meridianamente clara:

—¡Mercier! ¡Por favor! ¡Déjeme entrar! ¡Por favor!

Una mujer, gritando en alemán. Y reconoció la voz: Malka Rozen.

Mercier se volvió hacia la puerta. Wlada ya estaba allí, temblando bajo la bata y mirándolo asustada.

—Cálmese, Wlada —dijo corriendo hacia la puerta y empezando a bajar las escaleras.

En un rellano superior, un vecino miraba inquieto inclinado sobre la barandilla.

—¿Coronel? ¿Algún pro...?

—¡Lo siento! —le gritó Mercier—. ¡Yo me ocupo!

Arriba, un gruñido irritado seguido de un portazo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Malka Rozen cuando la dejó entrar—. Está herido.

—Vamos arriba.

Mientras subían, Mercier la cogió del codo para que no se cayera. Llevaba un abrigo viejo y la cabeza cubierta con una pañoleta.

—Tiene que encontrar a Viktor —dijo Malka tratando de dominar el pánico.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Mercier cuando llegaron al piso.

—Son ellos. Lo saben.



—Merde.

—¿Qué?

—No, nada —dijo acompañándola dentro y pasando junto a Wlada, que se tapó la boca con la mano.

Malka se volvió y agarró a Mercier por las muñecas.

—Está en el parque, un parque pequeño, al final de esta avenida.

—¿Por qué?

—Ha resbalado en el hielo y se ha torcido un tobillo. No podía andar, así que me ha dicho que me adelantara.

—Un parque... ¿En la plaza de las Tres Cruces? ¿Frente a una iglesia?

—Sí, había una iglesia.

—¡Wlada! —dijo Mercier perdiendo una zapatilla mientras corría hacia el estudio—. Enciérrese con Pani Rozen en su habitación y eche la llave.

—Sí, señor —respondió Wlada, y se volvió hacia Malka—. Por favor, Pani, venga conmigo —dijo con la voz alterada por el pánico.

Mercier lanzó lejos la otra zapatilla, abrió bruscamente el cajón de su escritorio, sacó la Browning nueve milímetros, comprobó que estaba cargada y se la metió bajo la cintura de los pantalones. Luego, se puso los zapatos y el abrigo.

—No dejes entrar a nadie, Wlada. Espera a que vuelva —gritó tras asegurarse de que llevaba las llaves.

Al menos tenía un espía soviético, y no pensaba perderlo.

La noche era glacial. Temblando, Mercier intentó correr, pero a su rodilla le gustaba aquel tiempo tan poco como a él, así que siguió renqueando tan deprisa como pudo. ¿No se referiría Malka al parque Lazienka? Porque ése estaba en la otra punta de la avenida Ujazdowska. No, había dicho que había una iglesia. San Alejandro. «Dios mío, por favor, que no se haya confundido». Mercier se sacó la Browning de debajo de la cintura y se la metió en un bolsillo del abrigo. «Al primer matón que vea...». Aferró la empuñadura y soltó un juramento, sintiendo que el frío le atravesaba la ropa. Maldita herida de guerra... ¿Por qué no podía ir más deprisa? Un hombre que intentaba pasear a un perro aterido se fijó en la expresión de Mercier y, tirando de la correa del animal, dio media vuelta hacia su edificio.

Cuando vio la cruz y la cúpula que coronaba la iglesia de San Alejandro, Mercier estaba sin aliento. Una verja de hierro y un seto de arbustos de hoja perenne rodeaban el minúsculo parque. «A saltar». Maldiciendo la estupidez

de su voz interior, Mercier renqueó a lo largo de la verja buscando la entrada. Por encima del seto, vio a un hombre sentado en un banco, con las manos en los bolsillos y la cabeza casi apoyada en las rodillas. ¿Muerto? No sería el primero. A veces, el amanecer de Varsovia revelaba individuos cubiertos de hielo, fallecidos en el mismo sitio en el que se habían sentado a descansar o echado a dormir la mona una noche como aquélla.

Mercier dio con la entrada y corrió hacia el banco. Sí, Viktor Rozen. Con los ojos cerrados y la boca abierta.

—Despierte, Viktor, tenemos que salir de aquí —le dijo tirándole del brazo. Algo no iba bien—. ¿Está enfermo? ¿Herido? —le preguntó.

Rozen no respondió. Mercier lo cogió por la axilas y lo puso en pie. Rozen revivió y empezó a tambalearse entre sus brazos; luego, mientras Mercier soportaba casi todo su peso, dio un pequeño paso, y después otro.

Al otro lado del seto, se oyó el motor de un coche. Un coche que avanzaba muy despacio. Mercier sujetó a Viktor con un brazo y sacó la Browning, esperando que apareciera un ruso. Pero el coche siguió su camino.

—Vamos a casa, donde estaremos calientes —dijo Mercier con voz suave.

Rozen dio un paso, luego otro y empezó a andar, soltando un gemido cada vez que apoyaba un pie en el suelo. «Un esguince».

—Ya no estamos muy lejos —mintió Mercier—. Siga andando, enseguida llegaremos.

Viktor no respondió; parecía ausente, atontado, no del todo consciente de dónde estaba. ¿Habría bebido? No, era algo distinto.

Rozen siguió tambaleándose, y Mercier con él, ante las verjas y los elegantes edificios de la avenida. De repente, empezó a cantar entre dientes. Mercier soltó un juramento. Mala señal. Lo había visto en los campos de batalla, en invierno: soldados que decían y hacían cosas absurdas, como quitarse las botas en la nieve, y, una hora después, morían.

—¿Viktor?

Rozen soltó una risita.

Mercier lo zarandeó con fuerza.

—¡Pare, me hace daño!

—Tenemos que darnos prisa.

—¡Ah!

Y, efectivamente, Rozen consiguió avivar el paso, echando todo el peso sobre el hombro de Mercier. De pronto, cuando Mercier intentaba ver el número de algún edificio para saber cuánto les faltaba, un hombre emergió de las sombras de una entrada, avanzó rápidamente hasta la acera y se paró en

seco a unos metros de ellos. Pelo al rape, cuerpo membrudo, cara de bulldog... Mercier se movió para interponerse entre él y Rozen, se sacó la Browning del bolsillo y la sostuvo a unos centímetros de su costado. El hombre lo miró a los ojos con cara inexpresiva y no se movió. Cuando abrió la boca —¿para hablar, para llamar a otros agentes?—, Mercier le apuntó al corazón, con el índice alrededor del gatillo. El desconocido parpadeó y su expresión se volvió colérica, muy colérica: no le asustaban las pistolas y no le asustaba Mercier. Pero, de pronto, se volvió lentamente, con insolencia, y cruzó la avenida haciendo resonar sus pasos en el silencio de la noche.

—¿Quién era, Viktor? —preguntó Mercier cuando volvieron a ponerse en marcha.

—Un hombre.

—¿Alguien que va a por usted?

—No sabría decirle.

Cuando consiguió subir a Viktor hasta el piso, Mercier estaba exhausto. Encontró las llaves, abrió la puerta, arrastró dentro al ruso, lo dejó apoyado en la pared y cerró la puerta, momento en que Malka salió corriendo de la habitación de Wlada y, haciendo a un lado a Mercier, gritó:

—¡Viktor!

—Es una hipotermia —dijo Mercier, y se volvió hacia Wlada, que lo miraba con ojos desorbitados desde la seguridad de su habitación—. ¡Llene la bañera con agua muy caliente, que apenas se pueda meter la mano!

—Sí, señor.

Wlada corrió hacia el baño, seguida por Mercier, Malka y Viktor, que, mientras avanzaba apoyado en ellos, empezó de nuevo a cantar, esta vez, una canción infantil.

—¿Qué le pasa? —preguntó su mujer, asustada.

—Es el frío.

Cuando llegaron al cuarto de baño del dormitorio de Mercier, Wlada ya estaba de rodillas, con un dedo en el chorro de agua caliente.

—Quítenle la ropa —dijo Mercier.

Al ver que Malka empezaba a desanudarle la corbata a su marido, Wlada salió del baño a toda prisa.

—Su criada es muy nerviosa —comentó la rusa.

—Sobrevivirá. Cuénteme qué ha pasado.

—Alguien de la embajada, un amigo, un camarada de los viejos tiempos, dejó de hablarme de un día para otro. Pero, de pronto, lo vi en sus ojos: lo habían interrogado, se le notaba. Así que ya estaba advertida. Luego, anoche, nos quedamos hasta tarde, pero había gente en los archivos, gente de seguridad, y sólo pude echar un vistazo a una de mis operaciones, que estoy autorizada a consultar. Después, fui a buscar a Viktor y nos marchamos. Cuando estábamos llegando a casa, vimos uno de sus coches, así que entramos en un pequeño ultramarinos en el que solemos comprar y volvimos a salir por la puerta de atrás. Nada nuevo para nosotros: la rutina del trabajo clandestino...

—¿Consiguieron llevarse algo de la embajada? ¿De los archivos?

—Sí, está escondido en nuestra habitación. Pero no tardarán en encontrarlo.

—¿Qué tipo de...?

En ese momento, se oyó el timbre del teléfono.

—Vaya, coronel —dijo Malka—. Yo meteré a Viktor en la bañera.

En el estudio, Mercier miró el teléfono un instante, consultó su reloj —las diez y media— y levantó el auricular.

—¿Sí? —preguntó con voz recelosa.

—Hola, Jean-François, soy yo. —Y tras una pausa—: Anna.

—¿Estás bien?

—¿Es demasiado tarde para llamar? Pareces... inquieto.

—No, aquí hay cierta animación, pero nada para preocuparse.

«Hay un espía ruso desnudo en mi bañera. Aparte de eso...».

—Bueno, ya está hecho. Volví el jueves, y ya he encontrado un sitio para vivir. Una habitación y una pequeña cocina, en la calle Sienna. El diecisiete de la calle Sienna. No es gran cosa, pero no puedo permitirme nada mejor.

—No te preocupes por el dinero, Anna.

—Quizá no debería haber llamado, te noto... Tal vez no sea un buen momento para hablar.

En su voz, un dejo de sospecha: «¿Con quién estás?».

—Ya te explicaré. Cosas del trabajo, pero... bueno, muy inesperadas.

—Entiendo. Con Maxim no fue fácil. Acabamos a gritos, pero supongo que sabía que esto iba a ocurrir.

—No puedo culparlo. Está perdiendo mucho. Mucho.

—¿Sí?

—Sí. ¿Puedo llamarte al trabajo, mañana por la mañana?

—¿Aún tienes el número?

—¡Anna!

—De acuerdo. Mañana.

—Ahora mismo no puedo ir ahí. Me gustaría, no sabes cuánto me gustaría, pero tengo que ocuparme de esta... situación.

—Ya me lo imagino —dijo Anna en un tono más suave.

Mercier se echó a reír.

—Cuando te lo cuente, verás que no podías imaginártelo. En cualquier caso, te quiero, y te llamaré... te veré mañana.

—Buenas noches, Jean-François.

—¿Hasta mañana?

—Sí. Buenas noches.

Mercier volvió al cuarto de baño. La puerta estaba cerrada.

—¿Necesitan algo? —dijo alzando la voz sobre el ruido del agua.

—No —contestó Malka—. Se está dando un buen baño.

Mercier volvió al estudio, consultó la libreta de direcciones y marcó el número particular de Jourdain.

—¿Sí? —dijo al fin la voz del segundo secretario.

—Armand, soy Jean-François. Siento llamarte a estas horas...

—No importa.

—La reunión con el embajador... ¿sigue siendo a las ocho y media?

—Sí, en mi despacho.

—Se hablaba de retrasarla a las nueve y media...

—No, a las ocho y media en punto.

—Muy bien. Nos veremos a esa hora. Perdona por molestarte.

—No te preocupes. Buenas noches, Jean-François.

No había ninguna reunión. La llamada era una señal: las operaciones para sacar a dos espías rusos de Polonia podían empezar.

1:45 horas. Fuera, el silencio de una noche de invierno, tan fría que las ventanas del estudio estaban totalmente cubiertas de hielo. Sentado junto al fuego, con el jersey más grueso de Mercier, dos pares de calcetines y un albornoz, Viktor Rozen, ahora aparentemente recuperado, se calentaba las manos sosteniendo una taza de té con un lingotazo de coñac, que se tomaba al estilo ruso, sujetando un azucarillo entre los dientes. A su lado, Malka se fumaba un cigarrillo tras otro.

—No había gran cosa sobre Francia —dijo Viktor—. Nuestros agentes en fábricas polacas informaban sobre armas producidas bajo licencia francesa y

nosotros intentábamos contactar con sus diplomáticos...

Los dos Rozen miraron a Mercier: «Y ya ve cómo hemos acabado».

—Nuestras propias operaciones eran contra los polacos —siguió diciendo Malka—. Un comandante del Estado Mayor, el director de la compañía de teléfonos, doncellas de hoteles, unos cuantos obreros de varias fábricas... Y una importante penetración en los partidos socialistas... La central en Moscú está obsesionada con eso, así que ahí es adonde va a parar el dinero.

—¿Qué hacían las doncellas? —les preguntó Mercier.

—Registrar maletines. Diplomáticos extranjeros, hombres de negocios... Cualquiera que fuera importante. Incluida la delegación de Renault que vino de París en octubre. Uno de ellos llevaba un diario, el muy idiota. Un diario... ¿cómo lo diría? Muy sincero. Sus conquistas.

—¿Llegaron a usarlo? ¿Contra él?

—Quién sabe lo que hace Moscú... Nosotros nos limitamos a mandar las fotografías de las páginas.

—Bien, intenten recordar el nombre. Tendrán que volver sobre todo esto en París —dijo Mercier.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Viktor.

—Mañana. Es decir, hoy.

—Lo tendrán todo vigilado —dijo Viktor—. Más vale que vayan armados.

—No se preocupe, estamos preparados para... las eventualidades.

—Eso espero —murmuró Malka.

Durante unos instantes, se quedaron mirando la chimenea, los troncos lamidos por las llamas bajo una nube de chispas.

—En realidad —dijo al fin Viktor—, nos dedicábamos a lo mismo que todo el mundo: planes de guerra, producción de armas, personalidades políticas, defensas fronterizas... —El anciano se encogió de hombros—. Dudo que fuera muy diferente a lo que hace usted, coronel.

Mercier asintió. Era muy probable.

—¿Y las redes alemanas?

—Especialmente —respondió Malka—. Pero no nos encargábamos nosotros. Eso está reservado a la élite.

—¿No pertenecían a ella?

Malka sonrió.

—En otros tiempos, hasta hace unos años. Pero hoy en día los judíos del servicio no están muy bien considerados. Ya no confían en nosotros, los

viejos bolcheviques. No tiene más que ver lo que iban a hacer con Viktor y conmigo. No se lo cuente a nadie, pero Stalin no es mejor que Hitler.

—¿Y por qué no contarlo?

—Porque no lo creerían, mi querido coronel.

Malka arrojó la colilla al fuego y encendió otro cigarrillo.

—Entonces, nada sobre Alemania...

—Rumores —respondió Viktor—. En una embajada, siempre oyes cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Seguro que los polacos ya lo saben. El campo Rummelsburg, en Pomerania, donde entrenan a los espías que trabajan en Polonia. Empezó a funcionar en el 36, y se piensa que desde entonces han pasado por él unas tres mil personas. Y, por supuesto, las filiales polacas de I. G. Farben y Siemens-Schuckert sirven como centros de espionaje. Pero los nombres y las fechas nunca pasaron por nuestras manos. Tal vez, si hubiéramos podido acceder a los archivos...

—¿Algún rumor sobre el I. N. 6?

—¿El I. N. 6? —preguntó Viktor.

—El departamento de Guderian —le explicó Malka—. En la Bendlerstrasse.

Era la calle donde el Estado Mayor alemán tenía su sede.

—¡Ah! —exclamó Viktor, y, tras reflexionar unos instantes, negó con la cabeza.

—¿Qué recuerdo sobre el I. N. 6? —se preguntó Malka—. ¿Era CHAIKA? ¿La operación de Kovak?

—No, no era Kovak, era Morozov.

—Tienes razón —reconoció Malka—. Era Morozov.

—¿Qué es CHAIKA? —quiso saber Mercier.

—Un nombre en clave. Es el nombre de un pájaro, un pájaro marino, que emite un chillido característico. Se ven en todos los puertos, en todas partes.

Mercier comprendió que se refería a las gaviotas, pero no conocía la palabra alemana.

—Ya lo buscaré —dijo—. ¿Qué relación tiene con el I. N. 6?

—Hace unos años, un oficial del GRU llamado Morozov montó esa operación —explicó Malka—. Alguien que trabajaba en las oficinas del I. N. 6, con el nombre en clave CHAIKA, había ocultado su afiliación política a principios de los treinta. Había formado parte del Frente Negro, la oposición a Hitler dentro del Partido Nazi, su ala izquierda. ¿Recuerda a los hermanos Strasser, coronel?

—Por supuesto. Gregor fue asesinado en el 34, durante la Noche de los Cuchillos Largos. Pero su hermano Otto sobrevivió.

—Sobrevivió, pasó a la clandestinidad y siguió en la oposición.

Mercier conocía al menos los elementos básicos de la historia. Al poco de nacer, el Partido Nazi se había escindido en distintas líneas ideológicas; algunos de los miembros originales tenían tendencias socialistas —al fin y al cabo, el partido se llamaba Nacional Socialista, aunque «Nazi», el nombre que se había hecho popular, era un apócope del primer adjetivo— y, entre otras cosas, proponían distribuir las tierras y la riqueza de Alemania entre el proletariado. Pero los magnates que apoyaban al partido, el barón Krupp, Fritz von Thyssen y otros, no querían ni oír hablar de eso, y Hitler, que necesitaba dinero desesperadamente, se alineó con ellos, ordenó el asesinato de algunos de sus oponentes en 1934 y obligó a los demás a someterse ideológicamente al ala derecha. Mercier sabía que Otto Strasser seguía en la oposición, operando desde Checoslovaquia.

—La cuestión —siguió diciendo Malka— es que Morozov decidió presionar al tal CHAIKA para obligarlo a convertirse en agente soviético.

—¿Y qué ocurrió?

—Morozov fue víctima de una purga. Pero esa operación nunca cuajó, porque...

Malka se interrumpió, incapaz de recordar el motivo.

—¡Por el apellido! —exclamó Viktor, satisfecho de su buena memoria—. Morozov sabía el apellido... ¿Kroll? Algo así. Sabía el apellido por un informante alemán que había sido miembro del Frente Negro y ahora se ocultaba en Polonia. Pero el problema era que el Frente Negro usaba nombres falsos; después de todo, tenían encima a la Gestapo. Así que el apellido Kroll, o el que fuera, no significaba nada. No había nadie en el I. N. 6 que se llamara así.

—No era Kroll —dijo Malka.

—Yo juraría que sí.

—Te digo que no.

—Entonces, ¿qué?

—Köhler, cariño. Era Köhler.

Viktor sonrió orgulloso y miró a Mercier.

—¿No es una joya?



30 de enero, 6:35 horas. Ya vestido, con la Browning automática encima del abrigo doblado, Mercier llamó por teléfono a Marek y habló con su mujer, que le pasó el aparato a su marido.

—Buenos días —saludó Marek.

—Tengo que ir a la embajada.

—¿Sí?

El tono de Marek denotaba sorpresa. Mercier casi siempre recorría a pie las pocas manzanas que lo separaban de la legación.

—Para preparar una reunión —añadió Mercier.

—¿Cuándo paso a buscarlo?

—Tan pronto como puedas.

—Diez minutos —respondió Marek, y colgó.

A las siete menos diez, estaban en camino, con los Rozen en el asiento de atrás y Mercier en el del acompañante. Mercier había salido del edificio el primero y, tras reconocer la calle en ambas direcciones, había vuelto a por los Rozen. Con él a un lado y Marek al otro, el matrimonio había corrido hasta el Buick, que esperaba con el motor en marcha.

—Vamos al barrio de Praga —dijo Mercier—. ¿Tienes un arma? —Marek se dio unas palmaditas en un costado del grueso abrigo—. No dudes en usarla.

—¿A quién esperamos?

—Rusos. De la NKVD.

—Será un placer.

Cruzaron el Vístula, totalmente cubierto por una capa de hielo gris, zigzaguearon por el barrio fabril y tomaron una calleja que desembocaba en la zona de carga de una fundición abandonada. Un olor a latón recalentado flotaba en el aire inmóvil de la mañana.

Jourdain esperaba junto a su coche, dando palmadas con las enguantadas manos para hacer circular la sangre.

—Un día precioso para salir de excursión —le dijo a Mercier soltando bocanadas de blanco vaho, y se volvió hacia los Rozen—. Buenos días. Estoy aquí para ayudarlos —afirmó tendiéndoles la mano.

—¿Dónde está Gustav?

—Debería llegar enseguida. Ha estado vigilando vuestro coche desde que habéis cruzado el río.

En ese momento, una moto irrumpió en la zona de carga, derrapó en la carbonilla y se detuvo. El conductor se protegía la cara con una bufanda de lana que sólo dejaba al descubierto las gafas de motorista. Asintió con la cabeza y empezó a dar gas a modo de saludo.

—No perdamos más tiempo, Jean-François. Gustav irá delante, vosotros a continuación y yo cerrando la marcha.

Mientras se alejaban de la fábrica, Malka Rozen preguntó:

—¿Adónde nos llevan?

—A Konstancin —le dijo Mercier.

Recorrieron a toda velocidad las calles del barrio de Praga, dejando atrás chimeneas de fábrica, sobre las que el negro humo flotaba inmóvil en el aire helado de la mañana, y, tras cruzar de nuevo el río en dirección contraria, giraron hacia el sudeste y siguieron el curso del Vístula, precedidos por la motocicleta, que reducía la velocidad y volvía a acelerar, mientras Gustav buscaba con la mirada coches parados con el motor encendido o camiones que pudieran intentar cerrarles el paso. La velocidad tenía algo de arte, se dijo Mercier: los agentes de tráfico los miraban, pero no hacían nada. Poco a poco, la ciudad fue quedando atrás, y siguieron avanzando rápidamente por una carretera secundaria, hasta llegar a Konstancin —casas lujosas y cuidados jardines— y atravesar el pueblo.

Mercier advirtió que Marek miraba el retrovisor cada dos por tres.

—¿Qué hay ahí atrás, Marek?

—Un coche grande. No se ha separado de nosotros desde que salimos de la ciudad.

—¿Qué tipo de coche?

—Lleva un adorno en el capó. Creo que es uno de esos coches ingleses a los que llaman... ¿Bentley?

—No hay de qué preocuparse —terció Rozen.

Rusos y polacos entendían sus respectivos idiomas.

—¿Está seguro?

—Demasiado ricos para nosotros.

«No si es robado».

Pero minutos después, Marek anunció que estaban girando, y Mercier se tranquilizó.

Se quedaron callados. Delante de ellos, Gustav se inclinó en la motocicleta para tomar una curva y, poco después, señaló con la mano una pista de tierra y torció para enfilarla. Redujeron la velocidad y lo siguieron, pero, cuando llevaban un rato traqueteando sobre baches y surcos helados, al salir de una curva cerrada, tuvieron que frenar en seco. En mitad de la pista, había un viejo camión con la plataforma llena de lecheras. Gustav se llevó la

mano al interior de la chaqueta de cuero y dejó asomar el cañón de una pistola automática, con el cargador sobresaliendo delante de la guarda del gatillo. Mientras la moto daba la vuelta al vehículo por el lado del conductor, Mercier volvió la cabeza y vio a los Rozen cogidos de las manos y mirándose con ojos desorbitados.

—Échense al suelo —les ordenó.

Y, al tiempo que se volvía, sacó su propia arma y entreabrió ligeramente la puerta del acompañante. A la derecha del camión, un camino ascendía una colina y desaparecía al otro lado. ¿Habría una vaquería allí arriba? Tal vez sí o tal vez no.

Gustav derrapó junto al Buick y se detuvo ante la ventanilla del conductor.

—Ahí no hay nadie —dijo con la voz ahogada por la bufanda—. ¿Qué hacemos?

—Espera. —Mercier se apeó y, sin apartar los ojos de la colina, caminó de espaldas hasta el coche de Jourdain—. No hay conductor —le dijo.

—Ya se nos habrían echado encima —opinó Jourdain.

—Eso creo yo.

Mercier volvió hacia el Buick, y, al ver que pasaba de largo, Marek bajó y empezó a seguirlo, pero Mercier le hizo señas para que regresara junto a los Rozen. Al llegar al camión, abrió la puerta y miró dentro. En el asiento del conductor, un periódico y medio sándwich en un envoltorio marrón. Puso un pie en el estribo, subió a la cabina y, tras sentarse al volante, registró la guantera, accionó el encendido y le dio gas al motor. Cuando tosió, Mercier tiró del estárter, y el camión soltó un rugido. Mercier puso primera, accionó el embrague, avanzó unos metros y giró. El camión dio un bote en la cuneta y se metió en un campo. Mercier se volvió para comprobar que había dejado suficiente sitio para los coches y apagó el motor.

Mientras volvía al Buick, un hombre con una carretilla cargada de lecheras empezó a bajar la colina y, de pronto, soltó las varas y echó a correr por la pendiente gritando y agitando un puño. Cuando Mercier pasó junto a la moto, Gustav blandió su enorme pistola.

—¿Lo calmo un poco? —preguntó.

—No te molestes.

—Está hecho una furia.

—Tú también lo estarías.

Sentado en el capó del Buick, Jourdain arqueó una ceja con una expresión de irónico regocijo y rezongó:

—*Vive la France.*

Cuando habían recorrido otros dos kilómetros, vieron un letrero pintado a mano que decía: «Aeroclub Konstancin». Desde la refundación del país en 1918, los aviones se había hecho enormemente populares, y el territorio nacional estaba salpicado de clubes privados próximos a las localidades más prósperas. No había mucho que ver: un puñado de aviones viejos estacionados en un campo cubierto de hierbas secas, una manga de viento que pendía hacia de su poste y un cobertizo con tejado de zinc. Vigilando la línea de árboles, Mercier y Jourdain hicieron entrar a los Rozen a la carrera. En el interior, los esperaba uno de los guardias de la embajada, avivando la panzuda estufa con un atizador.

—¿Todo tranquilo? —le preguntó Jourdain.

—Sí. Hace demasiado frío para volar —respondió el guardia.

—¿Alguna idea sobre cuándo estarán aquí? —le preguntó Mercier a Jourdain.

—Estaba en la embajada hacia medianoche, envié la señal y recibí la confirmación. Así es que están en camino.

Los Rozen se sentaron en las sillas plegables y Malka, que había encontrado un cenicero diminuto de un café de Varsovia, empezó a fumar. Viktor soltó un suspiro con una expresión sombría. La desesperación de la huida había dado paso a la incertidumbre ante el futuro, se dijo Mercier. Los Rozen nunca volverían a casa.

—Dígame, coronel, ¿dónde cree que podríamos vivir?

—No lo sé —respondió Mercier—. En una ciudad, en alguna parte. Eso se estudiará en su día.

—Nunca se cansarán de buscarnos —dijo Malka.

—Procuren no olvidarlo —les recomendó Jourdain—. Vayan a donde vayan.

—Lo haremos —aseguró Viktor—. Siempre.

—Aun así, es mejor que lo que les tenían preparado —les recordó Mercier.

Viktor asintió: «Sí, pero no mucho».

Cuando oyó el débil zumbido de un motor, Mercier consultó su reloj —poco más de las once—, salió fuera y avistó un avión procedente del norte que

descendía a lo lejos. Lo observó unos instantes y regresó al cobertizo. Malka Rozen estaba mirando por la ventana.

—Quédense dentro hasta que estemos seguros —le dijo Mercier.

Gustav, que daba cabezadas en una silla plegable, se despertó y se unió a Malka mientras Mercier volvía a salir, seguido por Jourdain. Un trimotor Bréguet voló en círculo sobre la pista y luego aterrizó, dando botes en el terreno irregular hasta detenerse a pocos metros del cobertizo.

Mercier estaba tiritando. La puerta del avión se abrió y un hombre enfundado en un mono de vuelo saltó al suelo y, a continuación, le ofreció la mano a su acompañante, que no la aceptó. Instantes después, el coronel Bruner apareció en la puerta, vestido de riguroso uniforme, y en posición de firmes, como si esperara que lo fotografiaran. Mercier masculló una maldición.

—¡Oh, ha llegado el héroe! —dijo Jourdain—. Bueno, ahora son suyos. Se llevará el premio a casa y será la envidia de todo París.

Los tres oficiales se saludaron, Bruner, con mucha ceremonia, erguido cuan alto era y sonrosado por la emoción.

—Bueno, ¿dónde están mis espías? —preguntó.

—Dentro —respondió Mercier.

Entraron en el cobertizo y le presentaron a los Rozen. Bruner se limitó a responder con un simple movimiento de cabeza y guardó silencio, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Pueden subir su equipaje al avión —le dijo a Mercier.

—No tenemos nada —repuso Viktor.

Por algún motivo, Bruner lo encontró irritante.

—¿Ah, no? Bueno, démonos prisa, ¿les parece?

Abandonaron el cobertizo y se dirigieron al avión. En la puerta apareció un copiloto, que ayudó a subir a Viktor y luego a su mujer.

—Gracias, coronel —dijo Malka volviéndose hacia el cobertizo, y, tras respirar hondo, se secó los ojos—. Es el frío —explicó, cogiendo la mano del copiloto.

—Entonces, muy bien —dijo Bruner saboreando su triunfo, y entró en el avión, seguido por el piloto, que cerró la puerta.

El Bréguet giró en redondo, rodó por la pista de despegue, levantó el vuelo en el último momento, pasó rozando los árboles y se dirigió hacia el oeste, hasta convertirse en un punto negro en el cielo, mientras su zumbido se apagaba y, por fin, moría.

De nuevo en la embajada, cuando tenía medio redactado el despacho sobre la captación de los Rozen, Mercier llamó a Anna Szarbek y la invitó a cenar en casa. A continuación, acabó el despacho, se lo bajó al especialista en códigos y se fue a la avenida Ujazdowska. La velada requería planificación y logística: una lista de la compra para la cocinera y enviar a Wlada a pasar la noche en casa de su hermana.

Veinte minutos después de las ocho —y de la hora acordada—, Anna Szarbek, que había rechazado la oferta de Mercier de recogerla en casa, llegó en un taxi y llamó a la puerta de la calle. Mercier corrió a abrirle, y se besaron, con timidez y una ligera aprensión por ambas partes. Pero luego, mientras seguía a Anna escaleras arriba, el balanceo de su falda y los vaivenes bajo la tela lo embriagaron de tal modo que, cuando llegaron al rellano, estaba más que dispuesto a saltarse todos los preliminares. No obstante, tras un recorrido por el piso, encendió la chimenea y las velas, y sirvió champán. En el sofá, Anna pasó el brazo bajo el suyo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Espero que la otra noche no te molestara que llamara tan tarde —le dijo Anna.

—En absoluto.

—Parecías... aturrullado.

—Demasiada animación. El trabajo se me presentó en casa, en forma de visita, y tenía que solucionarlo. Una... ¿cómo decirlo? Visita de paso.

—¿Y vino a tu casa?

—No estaban invitados, amor mío. Necesitaban un refugio y sabían dónde vivo, así que...

—¿Llamaste a la policía?

—Gracias a Dios, no. Me las arreglé solo.

—Tú eres muy valiente, ¿verdad?

—No si puedo evitarlo.

—Oh, no creo que puedas evitarlo, Jean-François, creo que lo llevas en la sangre, a juzgar por lo que me dijiste en Belgrado. —En el hotel de Belgrado, se habían contado sus respectivas historias y habían intercambiado recuerdos familiares. Los de Mercier se remontaban a las Cruzadas—. Todos esos antepasados guerreros... —dijo Anna y, cogiéndole la mano, examinó el sello—. Es esto. —Se lo quitó, se lo puso ella y extendió la mano para admirarlo—. Ahora ya puedes dirigirte a mí como condesa.

—No soy nada remotamente parecido a un conde, condesa, sólo un mísero *chevalier*, un caballero al servicio del rey.

—Pero eres un noble —dijo Anna volviendo a ponerle el anillo—. El único que he conocido en mi vida.

—¿El único?

Eso era más que improbable.

—Quiero decir, como te conozco a ti. —Anna se quitó las botas y, tras doblar las piernas y sentarse sobre ellas, deslizó los dedos entre los botones de la camisa de Mercier—. Sólo soy una chica polaca nacida en París.

—¡Oh, pobrecita! —se burló Mercier—. Pobrecita abogada.

—Fui buena estudiante, amor. Con padres realistas, y sin hijos varones. Así que todo el mundo tenía que hacer algo. —Se quedaron callados unos instantes, mientras Mercier sentía su sedoso pelo rozándole la piel y aspiraba su fragancia—. Encuentro que aquí hace un poco de calor —dijo Anna desabrochándole un botón de la camisa y luego otro—. ¿Tú no?

La cocinera, consciente del carácter de la velada, se había esforzado al máximo: pollo asado con zanahorias hervidas, que aguardaba en el horno caliente y del que más tarde, Anna, con la camisa de Mercier, y Mercier en albornoz, comieron —desperdiciar la comida era pecado— lo que pudieron.

3 de febrero. Todo caballerosidad, el noble Mercier había llamado a Anna para invitarla a su próximo compromiso, una cena organizada por el cónsul portugués.

—Te agradezco el detalle —había respondido Anna—, pero me parece que no te acaba de apetecer y, la verdad, a mí tampoco.

Era, y ambos lo sabían, la realidad social de la Varsovia diplomática. Algunos valientes insistían en llevar a sus «novias» a bailes y cenas de gala, y nadie había dicho nunca una palabra al respecto, pero... Mercier se sintió francamente aliviado, y esa noche acudió al consulado con Madame Dupin.

En la biblioteca, donde los hombres se habían reunido para fumar después de la cena, Mercier se encontró en la compañía de un tal doctor Lapp, a quien determinados círculos de la sociedad local tenía por el jefe de la Abwehr, la inteligencia militar alemana, en Varsovia. Oficialmente, trabajaba como representante comercial de una empresa farmacéutica de Frankfurt, pero a nadie le constaba que hubiera vendido una pastilla jamás. El doctor Lapp, que, lejos de ser médico, debía el tratamiento a su titulación universitaria, era un caballero a la antigua, de mediana edad y escasa estatura que tenía cierto parecido con el actor cómico de cara triste Buster Keaton. Y, como el actor, solía lucir elegantes pajaritas, aunque esa noche llevaba el uniforme

tradicional de los saraos diplomáticos. Mercier y él se habían encontrado en diversas ocasiones, pero en realidad nunca habían hablado con calma.

—¿Qué tal le va todo? —le preguntó Lapp a Mercier.

—No me va mal. ¿Y a usted?

—No puedo quejarme. ¿Estuvo en París estas navidades?

—Primero en París y luego en el sur.

—Cómo lo envidio, coronel.

—¿Por el sur?

—Por París. Una ciudad magnífica. ¿No le gustaría que lo trasladaran allí?

—En Varsovia no estoy mal, pero no me importaría. Y usted, doctor Lapp, ¿preferiría Berlín?

—La verdad es que no.

—Vaya. ¿Y cómo es eso?

—Francamente, no encuentro la situación de la capital muy de mi agrado. Era una respuesta inesperada, y Mercier mostró una ligera sorpresa.

—¿No le gusta el régimen actual?

—En general, no. Soy un alemán leal, por supuesto, y desde luego un patriota, pero eso puede significar muchas cosas.

—Supongo que sí. ¿Es usted, quizá, un tradicionalista?

—¿Y por qué no? La cultura de la vieja Europa, la civilización, la estabilidad, no ha sido tan mala para Alemania. Pero ahora todo eso ha desaparecido, y la gente que está en el poder hoy en día acabarán metiéndonos en una guerra, y usted sabe lo que eso significó en 1918.

—No fue mucho mejor para nosotros. En 1918, lo llamamos victoria y desfilamos por las calles, pero «victoria» es una palabra curiosa para lo que ocurrió en Francia.

El doctor Lapp asintió.

—Sí, lo sé. ¿Dónde estaba usted ese día?

—De hecho, era un prisionero de guerra en Ingolstadt, Fuerte Nueve.

—Nuestra prisión más ilustre, en cualquier caso. Para nuestros prisioneros más eminentes: el coronel ruso Tukhachevsky, hoy tristemente ejecutado por su gobierno; su capitán De Gaulle, ahora coronel; el aviador más destacado de Francia, Roland Garros; y tantos otros. Así que al menos estuvo en buena compañía. ¿Cuántos intentos de fuga, coronel?

—Cuatro. Todos fallidos.

—Por supuesto, yo habría hecho lo mismo. Lo exige el honor.

—¿Y dónde estaba usted el día del armisticio?



—En mi despacho, fiel hasta el final, en la oficina del Estado Mayor de la Marina en Kiel. Mi sección se ocupaba del servicio submarino. —El doctor Lapp hizo una pausa—. Dígame, ¿sigue en contacto con el coronel De Gaulle?

Mercier dudó, preguntándose adonde quería llevarlo Lapp, pero más que consciente de que quería llevarlo a algún lado. Hacia algún tipo de traición, intuía. Pero ¿a Francia o a Alemania? Al final, no se le ocurrió otra respuesta que la verdad. Qué se le iba a hacer.

—De vez en cuando, una carta... —dijo—. Somos más compañeros que amigos.

—¿Y suscribe sus teorías sobre la guerra? He leído su libro.

—Yo también lo he leído, y creo que habría que tomárselo en serio. Sospecho que la próxima vez no serán trincheras y alambradas.

El doctor Lapp esbozó una sonrisa indulgente: «Diana». Pero ¿en qué diana había dado?

—Estoy de acuerdo —dijo Lapp—. Pero mejor, mucho mejor si no hay próxima vez. Me estaba preguntando si, en alguna ocasión, podríamos hablar en un sitio más tranquilo.

A eso Mercier sólo podía responder: «¡Sí!».

—Conozco a algunas personas que podrían no ser tan enemigas de Francia como usted quizá crea. ¿Hace falta que siga?

—No, doctor Lapp, creo que lo comprendo perfectamente.

Sin decir nada, el doctor Lapp agradeció esa comprensión. ¿Se inclinó? ¿Dio un taconazo? No exactamente, pero algo en su comportamiento sugirió esos gestos sin necesidad de que los hiciera.

Mercier salió de la biblioteca, recogió a Madame Dupin y se la llevó al coche a toda prisa.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó Marie.

—Sí.

Antes de que Marek pudiera alejarse de la acera, Mercier se sacó una libreta de un bolsillo y empezó a tomar nota frenéticamente, intentando reproducir la conversación con el doctor Lapp.

—Algo bueno, espero.

—Quizá —dijo Mercier—. Eso no depende de mí.

A la mañana siguiente, entró en el despacho del segundo secretario cuando Jourdain estaba colgando el abrigo. Una vez sentados a la mesa, Mercier leyó

sus apuntes en voz alta.

—Asombroso —dijo Jourdain—. Es como si quisiera abrir una especie de canal secreto entre nosotros y la Abwehr.

—¿Debería informar del contacto?

Jourdain hizo tamborilear los dedos en el escritorio.

—Hagas lo que hagas, correrás un riesgo. Si informas de inmediato, podrían decir que no. Pero, si no lo haces ahora, tendrás que hacerlo en su momento, y se pondrán hechos una furia.

—¿Por qué demonios iban a decir que no?

—Precaución. Miedo a una trampa, información falsa, una encerrona... O por diversos motivos de política interna.

—Eso sería una estupidez, Armand.

—Sí, yo también lo creo. Porque sospecho que ese contacto fue cuidadosamente planeado y podría conducir a información importante. Para empezar, ¿qué estaba haciendo allí el doctor Lapp? Seguro que no lo habían invitado en calidad de simple hombre de negocios alemán. No, estaba allí como agente de la Abwehr. Así que le pidió al cónsul, o alguien por encima de él le pidió a alguien por encima del cónsul, que arreglara las cosas para que ambos asistierais a la cena. No olvides que Salazar, el dictador portugués, es un aliado de Alemania. ¿Me dejas ver las notas? —Mercier le tendió la libreta a Jourdain, que volvió la hoja y dijo—: Sí, aquí está. Lleva la conversación de tal manera que la referencia al servicio de submarinos en Kiel parece totalmente casual. Pero significa que se está refiriendo al almirante Canaris, jefe de la Abwehr y capitán de submarino durante la Gran Guerra. Y, lo que es más: si de verdad sirvió en Kiel, es probable que sea amigo de Canaris, amigo desde hace veinte años. Así que es más que fiable.

—¿Y Canaris es potencialmente desleal?

—Tal vez. Uno oye cosas, comentarios, naderías... Pero ¿quién sabe? De lo que no hay duda es de que la Abwehr odia al SD, a Hitler, los nazis y todo ese sucio tinglado. Por motivos sociales tanto como políticos: en la Abwehr se ven a sí mismos como a unos caballeros y a los nazis como a simples gánsteres. Y la Abwehr, como parte del Estado Mayor de la Wehrmacht, no quiere ir a la guerra.

—¿Por qué yo, Armand?

—¿Y por qué no? Todo esto ha ocurrido porque tu espía perdió los nervios en un tren. Y luego se supo que quien había hecho fracasar el intento de secuestro del SD en la calle Gesia era un oficial francés. Así que el doctor Lapp se pregunta: ¿quién es ese coronel Mercier? Consulta tu ficha en la

Abwehr, ve que serviste con De Gaulle, ve que eres progresista y no formas parte de la vieja guardia de Pétain... De modo que se presenta ante su jefe y le dice: «Sondeemos a Mercier, creo que podemos confiar en él».

—¿Confiar?

—Lo tienes cogido por las pelotas, Jean-François. Debe de suponer que no apretarás.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Exacto. Te han calado.

—Quiero decir, ¿qué podría obligarles a contarme? Me he pasado media noche despierto, pensando en lo que ocurrió, y al final he comprendido que la información que más deseo obtener del departamento de Guderian, del I. N. 6, es la única que nunca obtendré, al menos de la Bendlerstrasse. No traicionarán a los suyos.

—Correcto.

—Desde luego, conocía mi historia, lo del campo de prisioneros y más cosas. Recitó los nombres de mis compañeros de cautiverio.

—Por supuesto que la conocía. Se pasó mucho tiempo preparando ese «encuentro casual», que no es más que un buen trabajo de inteligencia a la antigua usanza. Realmente, lo de los nazis es terrible. Si el doctor Lapp y sus amigos llegaran a tomar el poder, Alemania sería un aliado muy útil —dijo Jourdain extendiendo el índice y apuntando al este, hacia Rusia.

—¿Hay alguna posibilidad de que ocurra eso?

—Ninguna. Correrá la sangre y, luego, ya veremos.

## **LA SOMBRA DE LA GUERRA**

11 de marzo de 1938. Últimamente, en Varsovia se oía mucho la palabra *przedwiosnie*, una vieja denominación para esa época del año que significaba «anterior a la primavera». Las calles seguían estando blancas, pero a veces, a primera hora de la mañana o última de la tarde, el aire se animaba con una pizca de brisa: el momento del cambio de estación aún no había llegado, pero llegaría. La atemperación del invierno no era muy distinta en Saint-Germain-en-Laye, una aristocrática localidad en los alrededores de París donde, en el pasado, los franceses habían almacenado fugitivos realistas del otro lado del Canal, a la espera del ascenso de la monarquía católica al trono inglés. Habían dejado de hacerlo, más o menos, en marzo de 1938, y ahora utilizaban una de las antiguas mansiones para exiliados como escondite de los dos espías rusos de Varsovia.

Viktor y Malka fueron interrogados juntos y por separado. Primero, una autobiografía por escrito; luego, las preguntas, las respuestas y las nuevas preguntas sugeridas por las respuestas. Los Rozen lo contaron todo, dejando al descubierto un tesoro insospechado de secretos que se remontaban a 1917, cuando, jóvenes e idealistas, habían abrazado la revolución que cambiaría el mundo. Y, ciertamente, lo había cambiado, produciendo regímenes fascistas contrarrevolucionarios en Hungría, Italia, Rumanía, Bulgaria, España, Portugal y Alemania. ¡Buen trabajo, camarada Lenin!

Y así, la mañana del 11, en ciudades de todo el continente, un buen número de individuos se tomaron su café en la bendita ignorancia de que sus nombres e indiscreciones estaban llenando páginas de expedientes del Deuxième Bureau y de que, al menos en algunos casos, esa información acabaría en manos de los servicios de seguridad del país al que consideraban su hogar. En consecuencia, también en algunos casos, mañana no sería un buen día.

Por ejemplo, para el exiliado Maxim Mostov, periodista literario en Varsovia. Al amanecer, mientras la brisa *przedwiosnie* llamaba suavemente a la ventana de su dormitorio, dormía plácidamente rodeado con un brazo de propietario a su nueva amante, una polaca muy sexy que trabajaba en la central telefónica de Varsovia. Sexy y, esta vez, muy joven. La pérdida de su

anterior novia lo había herido en su amor propio, así que lo que había en la cama junto a él esa mañana era una compensación excepcionalmente suculenta.

Desde luego, eso era lo que pensaban los cuatro hombres del Dwojka, que intercambiaron una o dos miradas significativas mientras la chica forcejeaba con la bata. Dejando abierta la puerta del dormitorio —por favor, nada de saltos por la ventana, al menos esta mañana—, permitieron a la pareja que se vistiera y luego escoltaron a Maxim hasta la Ciudadela. Y, si los golpes en la puerta y la aparición del servicio de seguridad lo habían asustado, el recorrido por los gélidos pasillos de piedra de la Ciudadela no hizo nada para calmar sus nervios. Ni tampoco los dos hombres sentados al otro lado de la mesa, oficiales del ejército con gafas. Para Maxim, una combinación intimidatoria.

Por supuesto, él no había hecho nada malo.

Malka y Viktor Rozen eran... bueno, no auténticos amigos, sino más bien conocidos. Ésa, ésa era la palabra adecuada. ¿Y sabía que eran agentes del servicio secreto soviético? Bueno, la gente decía que lo eran, y él sospechaba que podía ser cierto, pero, en una ciudad como Varsovia, rumores como aquél circulaban a menudo. ¿Y de qué había hablado con ellos? Sólo de chismes, de las mismas cosas que contaba, de forma totalmente pública, en sus artículos.

Entonces, ¿había aceptado dinero?

Quizá una o dos veces, en forma de pequeños préstamos, cuando se encontraba en situaciones apuradas.

Y esos préstamos, ¿los había devuelto?

Algunos, creía, si no recordaba mal; otros, posiblemente no. Su vida era caótica, el dinero venía y se iba, siempre estaba muy ocupado, yendo arriba y abajo, buscando historias, escribiéndolas, haciendo esto, lo otro y lo de más allá.

¿Tenía familia en la URSS?

Sí, su madre, dos hermanas, tíos y tías.

Puede que los Rozen los mencionaran de vez en cuando.

De hecho, sí. Le preguntaban qué tal estaban, como es habitual entre personas del mismo país.

¿Le habían dicho, por ejemplo, que estaban preocupados por ellos, por su salud, por su trabajo?

No, que él recordara, no. Quizá una vez, hacía mucho.

Llegados a este punto, los dos oficiales hicieron una pausa. Uno de ellos abandonó el despacho y volvió con un tercero, un individuo que impresionaba: alto, de labios finos y pelo claro cortado al cepillo; calzaba

botas de caballería y, a juzgar por el respeto con que lo trataban, era el superior de los otros dos interrogadores. Se situó a un lado de Maxim, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Vamos a continuar —anunció el interrogador principal—. Queremos preguntarle por sus amigos. La gente a la que conoce en la ciudad. Más tarde le pediremos una lista, pero de momento sólo queremos saber si lo ayudaban.

—¿Si me ayudaban?

—Si le contaron cosas. Chismes, como usted los llama, sobre, por ejemplo, diplomáticos, o cualquiera que trabaje para el gobierno polaco... El tipo de gente con la que se relaciona en los actos sociales.

—Supongo que sí. Lógicamente, lo harían... Cuando hablas con amigos, siempre te cuentan cosas: dónde han estado, a quién han visto... Los temas habituales de todo el mundo. Tienes que hablar de algo aparte del tiempo.

—¿Y transmitía parte de esa información a los Rozen?

—Es posible. Eran tantas... No se me ocurre nada concreto, nada... secreto, al menos que yo recuerde.

—Muy bien. Tomemos, por ejemplo, a su antigua novia, Pani Szarbek, con quien creo que iba a casarse. Es abogada de la Sociedad de Naciones. ¿Le explicó cosas sobre su trabajo? ¿Cosas sobre, digamos, contactos en gobiernos extranjeros?

Esta vez, Maxim se tomó su tiempo. Evidentemente, el tema de su antigua novia era delicado: lo habían herido y seguramente estaba furioso por el hecho de que lo hubieran dejado por otro. Lo que para Maxim, como para la mayoría del mundo, era perfectamente normal, tan normal como sentir que quienes te habían herido merecían que les pagaras con la misma moneda, a menos que fueras una de esas personas que no conoce el rencor.

—¿Y bien? —lo urgió el interrogador—. ¿Comprende la pregunta?

—Sí.

—¿Entonces?

—No recuerdo que lo hiciera. No solía hablar de su trabajo, al menos en términos concretos. Si tenía un caso difícil podía decir que era complicado, o desesperante, pero nunca hablaba de funcionarios. Los funcionarios, por ejemplo, las autoridades fiscales, sólo eran parte de su trabajo.

El interrogador apartó la vista de él y miró al oficial alto que estaba a su izquierda antes de decir:

—Ahora, ¿qué contactos tenía usted con empleados del gobierno polaco?

En Varsovia, el acto final de las confesiones de los Rozen se prolongó más de una semana. Al llegar al trabajo, un comandante del Estado Mayor

tuvo que dar cuentas a sus superiores; técnicamente, al menos, eran responsables de lo que había hecho, así que el trabajo sucio era cosa suya. Se pasaron una hora con él y después dejaron un revólver sobre su escritorio, salieron del despacho y cerraron la puerta. Quince minutos más tarde el comandante reapareció sollozando e intentando «explicarlo». Lo mandaron de vuelta al despacho y, poco después, se vieron recompensados por una detonación. Las doncellas de los hoteles recibieron una visita en su casa —no había que alarmar a los clientes—, donde las reacciones variaron: hubo lágrimas, actitudes desafiantes, silencios absolutos y el caso de una chica joven que se escabulló por la puerta de atrás y no volvió a aparecer. En cuanto a los demás, desde obreros fabriles hasta el director de una empresa, fueron detenidos, interrogados, juzgados en secreto y enviados a prisión. No todos; algunos no eran realmente culpables: los Rozen, que confesaban para salvar sus vidas, habían extremado el celo a la hora de nombrar informantes. Por lo que respecta a Maxim Mostov, tras largas discusiones entre la superioridad del Dwojka, fue deportado, conducido a la frontera rusa y subido a un tren.

21 de marzo. El equinoccio de primavera llegó con una lluvia floja pero constante. La nieve sucia del invierno empezó a derretirse y, aunque se estropeaban los zapatos y maldecían los barrizales, los varsovianos sentían que los ánimos se renovaban en su interior. Y otro tanto podía decirse del coronel Mercier, que esa tarde hubo de admitir que no había sido más feliz en su vida. El estudio que Anna Szarbek había alquilado en la calle Sienna se parecía mucho al de un artista: una amplia habitación —con una cocina y un baño pequeños— en el último piso, con grandes ventanas inclinadas hacia el cielo.

—¿Nunca has querido ser pintora?

—Nunca.

—¿Y no te inspira este estudio?

—A pintar, no.

Mercier captó la indirecta. Habían convertido aquel sitio en el escenario preferente de su historia de amor. Y no es que el piso de la avenida Ujazdowska no fuera elegante y cómodo, pero un estudio privado estaba más a tono con sus horas privadas. A veces comían en los pequeños restaurantes del barrio, pero la mayor parte del tiempo se alimentaban de queso y jamón —excepcionalmente, Anna se animaba a hacer una tortilla—, bebían vino o



vodka, fumaban, hablaban, hacían el amor y comían otro poco de queso y de jamón.

Gracias a Dios, la vida profesional de Mercier había retornado a la normalidad. El agregado militar había informado del contacto con el doctor Lapp al 2 bis y la respuesta había sido... el silencio.

—Se han quedado petrificados —fue el diagnóstico de Jourdain—. O se están peleando por el hueso.

A Mercier le parecía muy bien, pero tarde o temprano sonaría el teléfono o llegaría una carta, y tendría que enviar o recoger sus cartas, porque no podría pasar. Ahora, si el 2 bis no tenía prisa, él menos.

De pie junto a la ventana, Anna miraba pensativamente las gotas que resbalaban por el cristal.

—He oído algo preocupante —dijo al fin—. En el mercado me he encontrado con la mujer del portero, el portero de la casa donde vivía antes, y me ha dicho que Maxim se marchó acompañado por unos policías de paisano, volvió escoltado, para meter lo que pudiera en una maleta, y dejó el piso. Le dijo que lo mandaban de vuelta a Rusia.

—Siento oír eso —respondió Mercier.

—No paro de decirme que no es posible que hayas tenido algo que ver.

Mercier se quedó helado, pero no lo demostró. Le bastaron unos segundos para imaginarse la sucesión de los hechos desencadenada por la defección de los Rozen.

—Yo no necesito hacer esas cosas —dijo.

—No, no es tu estilo —murmuró Anna lentamente, diciéndoselo a sí misma tanto como a Mercier.

—Da la sensación de que lo han deportado. Puede que estuviera vendiendo información. A la gente equivocada, por lo que se ve.

—¿Maxim? ¿Un espía? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No sería la primera vez. A veces, los periodistas extranjeros aceptan dinero, como ya he dicho, de la gente equivocada.

Anna se alejó de la ventana y se sentó en un sillón.

—Supongo que podría haber hecho algo así. Nunca tenía suficiente dinero y creía que no había alcanzado el sitio que le correspondía en el mundo. Estaba desesperado por ser importante, amado, respetado, y no lo era.

—Lo que puedo decirte es que si lo han deportado, es mejor que estar en la cárcel.

Anna asintió.

—Aun así, lo siento por él. —Al cabo de unos instantes, se volvió de nuevo hacia la ventana y le preguntó—: ¿Crees que parará pronto? Me gustaría dar un paseo.

—Podemos coger el paraguas.

—No es muy grande.

—Nos apañaremos. —Mercier se levantó—. Creo que lo dejamos junto a la puerta.

El equinoccio de primavera también llegó a Glogau, pero allí, en la oficina del SD, encima de la juguetería, lo que llovían eran malas noticias. Esa mañana, el comandante August Voss recibió una carta oficial de su superior en Berlín. En la sala de al lado, los tenientes oyeron un formidable juramento y, con la cara tensa, levantaron los ojos del escritorio y se miraron unos a otros. «¿Y ahora qué pasa?». Al otro lado de la pared, Cara de Rana hizo trizas la carta y luego tuvo que volver a juntar los pedazos para asegurarse de que sus ojos no lo habían engañado. No. El hacha había caído: lo trasladaban a Schweinfurt. «¡Schweinfurt!». Casi nada. Una fábrica de cojinetes. Una oficina como ésa sólo se ocuparía de asuntos locales. ¿Un visitante de Holanda? ¡Síganlo! ¿Una queja contra el gobierno, oída en una taberna? ¡Tráiganme al traidor! Absurdas, ridículas monsergas pueblerinas... Feudo de la Gestapo, con el SD poco menos que de espectador. Y, para que apurara la copa de su humillación hasta la última hez, iban a ascender a su lugarteniente y ponerlo al cargo de la oficina de Glogau. «La reorganización deberá haber concluido en treinta días a partir de esta fecha».

Así que, al final, ese bastardo francés se había salido con la suya. Con mano temblorosa, descolgó el auricular y llamó a Regensburg, al comandante Meinhard Peister, su amigo Meino.

27 de marzo. Meino, Willi y Voss viajaban en un tren con destino a Varsovia. Les habría gustado ir en el Mercedes nuevo de Willi, pero en marzo las carreteras polacas eran más que una aventura, así que habían sacado billetes de primera para el expreso de la mañana. No iban solos en el compartimento; una pareja joven ocupaba los asientos de las ventanillas, pero algo en aquellos tres hombres les hizo sentirse incómodos, así que bajaron sus maletas y se fueron a buscar sitio a otra parte.

—¡Mejor! —exclamó Willi guiñándoles un ojo a sus amigos.

—Necesitaremos un coche —dijo Meino, que había engordado y ahora parecía un rollizo angelote más que nunca.

—Ya está arreglado —respondió Voss—. Nos recogerán en la estación.

Meino sacó una botella de *schnapps* de su maletín.

—Para el viaje —dijo quitándole el corcho. Le dio un trago y se la pasó a Willi.

—*Prost* —dijo éste y, tras beber, le preguntó a Voss—: ¿Qué tienes en mente, Augi?

—Dejarle un buen recuerdo —respondió Voss indicando su maleta con un gesto de la cabeza.

—¿Qué llevas ahí?

—Ya lo veréis.

—Hacía mucho que no hacíamos esto —dijo Meino.

—Años —puntualizó Willi—. Pero yo no he olvidado cómo se hace.

—¿Os acordáis de aquel cerdo gigante de Hamburgo? —les preguntó Voss.

—¿El que intentó huir? ¿Ése?

—¿Quién? —preguntó Meino.

—El comunista, el maestro.

—Chillaba llamando a su mamá —dijo Willi.

Meino se echó a reír.

—¡Ah, ése!

—Necesitaremos sorprenderlo solo en algún sitio —dijo Willi.

—No te preocupes por eso —respondió Voss cogiendo la botella—. La gente que tengo allí ha estado vigilándolo. Podemos tardar uno o dos días, pero antes o después lo cogemos solo. O con su fulana.

—Nada como tener público —bromeó Willi.

—Sobre todo para lo que tengo en mente —dijo Voss.

En Varsovia, los recogió Winckelmann, que conducía el Opel Admiral y los llevó a un hotel de negocios al sur de la estación.

—Lo más probable es que pase la noche en casa —les explicó—. Veremos mañana.

—No puedo quedarme eternamente —dijo Willi.

—Pasa mucho tiempo en la embajada, pero va a reuniones. Ése sería un buen momento, si quieren sorprenderlo solo.

—Eso queremos —respondió Voss.

—Nos veremos por la mañana —se despidió Winckelmann—. A las ocho y media.

Esa noche fueron a un *nightclub* de la calle Jasna llamado La Cueva Caucásica que les había sugerido Winckelmann, uno de los llamados «clubes forrados», con las paredes revestidas de gruesa tela para que el jolgorio no se oyera fuera. El local ocupaba un sótano y el portero llevaba el gran gorro de piel tradicional de los caucásicos. Comieron pinchitos de cordero, mientras un viejo judío tocaba el violín y algunas de las chicas, muy pintadas, con aros dorados y cortas blusas de campesina, se levantaban a bailar. Una de ellas se sentó en las rodillas de Willi y le acarició la barbilla con una pluma.

—¿Quieres salir fuera? —le preguntó él en alemán—. ¿Al callejón?

—¿Al callejón? ¿Me tomas el pelo? —exclamó la chica—. ¿Habéis venido de Alemania, muchachos?

—Exacto.

—Aquí no vienen muchos alemanes.

—Nosotros vamos a donde nos apetece.

—No lo dudo. ¿Estáis en un hotel? Podría ir a hacerte una visita...

—Esta noche, no.

—¿Estás con tu mujer, Fritz?

—No soy de éstos.

—Bueno, pues yo no soy una chica de callejón —dijo ella saltando al suelo y levantándose la falda mientras se alejaba para enseñarle los muslos—. Nos vemos luego —añadió volviendo la cabeza—. A no ser que encuentres un gato.

—Menuda lengua tiene ésa —comentó Meino.

—Puede que volvamos por aquí —murmuró Willi—. Con veinte divisiones. Entonces cantará otra canción.

Pidieron otra ronda de vodkas, contaron historias y se rieron a mandíbula batiente. ¡Aquello era vida! Pero, a medida que avanzaba la noche, la clientela cambió, y empezaron a aparecer judíos con trajes caros y el pelo alisado bien conocidos en el club, donde los saludaban con simpatía. Miraban de soslayo hacia los alemanes, y uno de ellos se puso a cuchichear con la chica que se había sentado en las rodillas de Willi.

Voss olfateó el aire.

—Aquí está empezando a no oler demasiado bien —dijo.

—Es hora de moverse —respondió Meino.

Probaron en otro sitio, el Hairyeh de la calle Nalewi, pero allí oyeron a unos tipos con pinta de gánster hablando de ellos en yiddish, así que

volvieron al hotel, estuvieron bebiendo un rato y se fueron a sus habitaciones.

A la mañana siguiente, recorrieron las calles con Winckelmann, le echaron un vistazo al francés, que iba andando a trabajar, y se pasaron el resto del día en el coche, aburridos e irritados. El día 28 se quedaron en el hotel esperando la llamada de Winckelmann, que no se produjo. Willi empezó a quejarse: se había tomado días libres, pero no podía estar holgazaneando en Varsovia eternamente.

—Podríamos ir a verlo esta misma noche —propuso—. A su casa.

Pero a Voss no le gustó la idea, y a Meino tampoco.

La mañana del 29 caía una llovizna fría y antipática, el peor tiempo posible para la delicada rodilla de Mercier, y le esperaba un día de aúpa. Tenía cartas que contestar, despachos que escribir y una reunión por la mañana, otra por la tarde y, luego, a las cinco, debía ir a Wola, el barrio industrial del extremo oeste de la ciudad, a visitar la fábrica de tractores Ursus, en la calle Zelazna, que fabricaba automóviles y carros blindados. Lo acompañarían a recorrer la planta y, después, tenía que entrevistarse con el director ejecutivo en su despacho.

—Buen día para visitar una fábrica —masculló mientras caminaba hacia la embajada apoyado en el bastón.

Los despachos lo entretuvieron más de la cuenta —tenía que comprobar algunos datos— y, durante las reuniones, apenas consiguió permanecer atento. Era uno de esos días en que todo te da igual.

A las cinco menos veinte, Marek lo recogió delante de la embajada y se puso en camino hacia Wola. No estaba tan lejos, pero a Mercier el trayecto se le hizo eterno. Por fin, llegaron la zona de las fábricas, desierta a esa hora, pues los turnos de noche ya estaban trabajando en las naves. Separada de la calle Zelazna por una vía, la planta Ursus: enormes edificios de ladrillo cubiertos de hollín, recortados entre dos luces contra un cielo bajo y gris.

—¿Cuándo paso a recogerlo? —preguntó Marek deteniendo el Buick.

Mercier calculó.

—Vuelve a las siete. Esto durará al menos dos horas.

—Si lo prefiere, puedo quedarme, coronel.

—No, no te molestes. Nos vemos a las siete.

Con un sentido suspiro, Mercier cruzó las vías y luego la pasarela de ladrillos que llevaba al edificio de la administración. Uno de los directores lo estaba esperando y lo acompañó a las naves de producción. Un verdadero

infierno industrial. Máquinas gigantescas produciendo un ruido ensordecedor, estrépito de cadenas, lluvia de chispas y el director gritando sobre el estruendo: aquí se ensamblan los carros blindados, que pesan tanto; el gálibo es de tanto. Mercier echó un vistazo a los motores, mientras, enfundados en grasientos monos, los obreros sonreían y asentían. Tomó las notas de rigor y, al cabo de unos minutos, pudo ver un vehículo terminado, sentarse en la torreta, accionar la manivela y, *voilà!*, comprobar que aquello giraba. Despacio, pero giraba. Sin embargo, sabía lo que podía ocurrirles a aquellos carros, si es que llegaban a ir a la guerra. Los había visto volcados por una explosión, soltando llamas y humo.

Tras recorrer lo que a Mercier le parecieron kilómetros, lo acompañaron al despacho del director ejecutivo. Un amable caballero elegantemente trajeado y ansioso de impresionar al visitante francés. Otra vez el peso, la velocidad, el grosor del blindaje, la velocidad de disparo del cañón... Les sirvieron café, con una bandeja de pastas resacas. Mercier interpretó el papel de invitado abrumado con habilidad, pero su cabeza estaba en otra parte. Últimamente, le gustaba imaginarse a Anna Szarbek en su casa del Drôme, con los perros tumbados ante la chimenea y todo lo que le importaba reunido allí, a salvo por la noche.

El director lo acompañó hasta la entrada principal, y Mercier abandonó el edificio y empezó a cruzar la pasarela de ladrillos. ¿Dónde se había metido Marek? Al otro lado de la vía, la calle Zelazna estaba desierta y oscura, iluminada por una sola farola en un cruce apartado. Consultó su reloj y, al ver que eran las seis cuarenta y ocho, decidió dar media vuelta y esperar dentro. Si se quedaba allí hasta que apareciera el Buick, la lluvia lo dejaría hecho una sopa. En ese momento, tres hombres doblaron la esquina del edificio y el que iba en medio levantó una mano y dijo en alemán:

—Buenas noches, coronel, nos gustaría hablar con usted.

¿Qué era aquello?

De pronto, el hombre de en medio avivó el paso, y Mercier pudo ver que llevaba algo en la mano. Por un momento, le pareció absurdo, delante de una fábrica y a esa hora de la noche, porque parecía una fusta, con el lazo de cuero del extremo rodeando la muñeca del desconocido, quien, de repente, echó a correr con la cara contraída por la rabia y, al llegar junto a él, le asestó un golpe con la fusta, que le cruzó la mejilla y le tiró el sombrero al suelo. Mercier retrocedió, levantó las manos y recibió el siguiente fustazo en las palmas. Por un segundo, no sintió nada; luego, una abrasadora quemazón.

—Cogedle las manos —ordenó el de la fusta.

Los otros saltaron sobre él, pero Mercier levantó el bastón y le acertó al de la derecha —el barrigudo— en plena frente. Lo había golpeado con todas sus fuerzas, agarrando el bastón con las dos manos, convencido de que se partiría, pero el ébano es una madera dura: el impacto sólo produjo un ruido seco, y el hombre se sentó en la pasarela de ladrillos y se cogió la cabeza. Mientras tanto, el alto, con una cicatriz de duelista en una mejilla, había agarrado a Mercier de un brazo y lo mantuvo sujeto mientras su amigo volvía a levantar la fusta y la descargaba sobre el hombro de Mercier. Mercier le respondió con una patada, perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrastrando tras él al alto, que, tumbado encima de él, empezó a jadear, lanzándole a la cara el aliento, que apestaba a alcohol.

—Estáte quieto, maldito francés —masculló cuando Mercier lo empujó para quitárselo de encima.

—¡Jódete! —le contestó Mercier, e intentó golpearlo con el antebrazo.

Farfullando maldiciones, el hombre de la fusta daba vueltas alrededor de Mercier tratando de encontrar un ángulo para volver a golpearlo. De pronto, en la calle Zelazna se oyó un disparo, y se quedó paralizado, con la fusta inmóvil sobre su cabeza. El alto se alejó de Mercier rodando por el suelo y se puso en pie con dificultad.

—Es hora de irse —dijo.

Los dos hombres se acercaron a ayudar a su amigo, que no paraba de gruñir mientras lo ponían en pie, y, moviéndose a toda prisa, doblaron la esquina del edificio y desaparecieron. El impulso de Mercier fue lanzarse tras ellos, pero supo contenerse.

Al mirar en la dirección de la que procedía el disparo, vio una forma corpulenta saltando las vías: Marek, que llegó un instante después, extendió una mano hacia él y le preguntó:

—¿Dónde se han metido?

—¿Has disparado tú? —le preguntó Mercier recogiendo el sombrero y el bastón.

—Sí. Al aparcar en la calle he visto otro coche, del que ha saltado un hombrecillo, que me ha apuntado con una pistola. Ha dicho algo como «Halt!».

—¿Y?

—Me he sacado la Radom del abrigo y le he disparado. —«¿Y qué más?»—. En la oscuridad, se oyó el sonido de un potente motor, acelerando a medida que el conductor cambiaba de marchas; luego se perdió en la distancia—. ¿Lo ayudo, coronel?

Mercier negó con la cabeza y, con cautela, se llevó un dedo al verdugón que le ardía en la cara.

—¿Y qué más? —le preguntó a Marek.

El polaco se encogió de hombros.

—Ya sabe. Se ha desplomado.

Lentamente, cruzaron la vía y se dirigieron al Buick. A Mercier, la rodilla le hacía ver las estrellas a cada paso.

—¿Quiénes eran? —preguntó Marek.

—No tengo ni idea —respondió Mercier—. Hablaban alemán.

—Entonces, ¿por qué...?

Mercier no pudo responder.

Subieron al coche y Marek recorrió la calle Zelazna y torció a la derecha en la primera esquina para tomar una larga calle, oscura y desierta, cuyo húmedo asfalto brillaba a la luz de los faros. Mirando por el espacio que abrían los limpiaparabrisas, Mercier vio lo que parecía un montón de ropa vieja, mitad en la acera y mitad en la calzada. Marek pisó el freno y, cuando el montón de ropa se convirtió en un cuerpo, paró y los dos hombres bajaron del coche. El muro de la fábrica contiguo a la acera tenía ventanas cubiertas con mallas metálicas y, a través de ellas, se oía el lento y rítmico martilleo de una máquina. Por un momento, se quedaron mirando el cadáver, que tenía la cara oculta entre el bordillo y la calzada. Luego, Marek deslizó un pie bajo el estómago del muerto y le dio la vuelta.

—Es él —dijo. Tenía la corbata de flores ladeada, y en el bolsillo de la camisa se veía un pequeño agujero rojo—. ¿Qué han hecho, arrojarlo fuera del coche?

—Eso parece.

—Tendrían miedo a que los pararan. Con un cadáver en el maletero.

La cara carecía de expresión y los ojos estaban abiertos. Mercier no lo había visto nunca, como a los otros. Marek se agachó, palpó los bolsillos del muerto, sacó una cartera y se la tendió. Dentro, un documento de identidad polaco a nombre de un tal Winckelmann —un nombre que había oído por primera vez de labios de Vyborg— con una fotografía del individuo al que había dado en apodarar «rata». Volvió a mirar a Winckelmann y se dijo que la muerte lo había transfigurado.

—¿Y ahora qué, coronel? ¿La policía?

—No. Simplemente, devuélvele la cartera.



—Así que nosotros no sabemos nada... —dijo Marek con evidente alivio.  
—Nada de nada.

Mercier tenía que estar en casa de Anna a las siete y media, así que cuando la abogada lo vio aparecer por la puerta se llevó un susto. Luego, le cogió la barbilla para mirarle el verdugón.

—Me han atacado —dijo Mercier antes de que pudiera preguntarle—. Uno de ellos me ha golpeado.

—¿Que te han atacado? ¿Quién?

—No sé quiénes eran.

—¿Con qué te ha golpeado? Acércate a la luz. —Anna, muy agitada, le tocaba la mejilla con los dedos, ansiosa por cuidarlo—. Siéntate ahí. Voy a por un paño húmedo. —Mercier dudaba que sirviera de algo, pero se guardó de decir nada. Anna empapó un paño de cocina limpio en agua fría y se lo puso en la mejilla—. Sostenlo así —le dijo—. ¿Qué deja una marca tan espantosa?

—Una fusta.

—¿Qué? ¿Quién puede hacer una cosa así?

¿Cuánto le contaba?

—Eran alemanes, y sospecho que se trata de algún tipo de venganza, pero, por favor, Anna, no me preguntes nada sobre esa parte.

—Tu trabajo —replicó ella enfadada y molesta. Mercier asintió—. Podrían haberte matado, ¿sabes?

—Tendré que inventarme algo. Que he chocado con una puerta, o algo así.

—Eso es una explicación de borracho, cariño.

—Hmmm. Muy bien, entonces fue un borracho quien me pegó.

—Horrible. ¿No puedes decirles la verdad en la embajada?

—No. Habría un montón de problemas.

—Entonces, no digas nada. Un estúpido accidente doméstico, demasiado tonto para explicarlo.

Mercier lo pensó un instante.

—Claro, eso es.

—¿Te duele menos?

—Sí. El frío ayuda.

De pronto, Anna se levantó, fue a por el bolso y sacó un cigarrillo. Casi de inmediato el estudio empezó a oler como un café francés: se empeñaba en

comprar Gitanes de importación en un estanco caro. En lugar de volver al sillón, Anna se acercó a la ventana, pero luego se volvió y lo miró.

—¿Cómo sabes que no volverán a intentarlo? —le preguntó con una pizca del tono perentorio de la abogada—. ¿O es que crees... que se han quedado satisfechos?

—Tal vez sí y tal vez no. Pero si me presento ante mis superiores con este problema, podrían decidir poner fin a mi presencia en Varsovia.

—¿No están contentos contigo?

—No especialmente. Al menos, alguno de ellos. A veces es verdad que, cuanto más éxitos tienes en una organización, más enemigos te creas.

—Siempre —lo corrigió Anna, y volvió a sentarse en el sillón—. ¿Sabes qué? —le preguntó echándose el pelo atrás.

—¿Qué?

—Creo que te gusta este tipo de guerra.

Mercier se encogió de hombros.

—«Gustar» no es la palabra. Pero el trabajo me tiene absorbido. Hace unos meses, quería dejarlo, pero ahora no. Ahora hay en marcha una operación muy especial. Es importante, puede que muy importante.

Anna sonrió.

—¿A veces no te resulta difícil no poder hablar abiertamente de esas cosas?

—Muy difícil —reconoció Mercier—. Especialmente aquí, contigo.

—¡Bueno, supongo que no importa! —respondió Anna acercándose para quitarle la compresa y volver a empaparla en agua fría—. ¿Te alivia un poco?

Mercier dijo que sí, y la conversación se centró en cómo aprovechar la noche: salir, hacer algo distinto... Una búsqueda en el periódico dio como resultado una película francesa, y una hora después iban hacia el cine.

5 de abril. Al fin, una respuesta sobre el contacto con el doctor Lapp. Pero no llegó de ninguna de las formas que esperaba Mercier. Ni despacho por cable, ni carta en valija, ni, gracias a Dios, la aparición de Bruner en Varsovia que Mercier se temía. No, llegó por correo, en forma de carta personal dirigida a su casa y escrita con una letra azul preciosa. Sin fecha ni encabezamiento. ¿Una comunicación secreta? Sí, en cierto modo lo era.

«Mi querido coronel:

»Le ruego tenga la amabilidad de perdonar el retraso en responder a su comunicación, que provocó un revuelo de lo más desalentador por estos lares.

Imagino que su experiencia rural le habrá brindado la ocasión de ver a las gallinas de un corral acosadas por un perro juguetero.

»En cualquier caso, será para mí un gran placer proseguir las conversaciones con el individuo en cuestión, y aún mayor si es en esta ciudad, donde podemos encontrarnos tranquila, privada y cómodamente. Una llamada telefónica a Auteil 7407 —una llamada local, por supuesto— iniciará un encuentro el mismo día, sin que se requiera la mención de nombre alguno. Este método de contacto es exclusivo para el individuo en cuestión.

»Por favor, tenga la bondad de destruir esta carta, que espero lo encuentre con buena salud y buen ánimo.

»Con mis mejores deseos,

ARISTIDE R. J. DE BEAUVILLIERS»

10 de abril. Y luego, justo a tiempo, una segunda comunicación. ¿Había previsto el doctor Lapp la conmoción que su oferta produciría en el Estado Mayor francés? Mercier sospechaba que sí. Sospechaba que el doctor era, no un visionario, ni un cínico, sino uno de esos oficiales de alto rango en el mundo clandestino dotados de una compleja comprensión del comportamiento humano y un hombre que sabía que, a la postre, la *Abwehr*, el *Deuxième Bureau* y todos los demás trabajaban prácticamente del mismo modo. Esta vez la comunicación llegó en forma de una nota en el interior de un sobre lacrado entregado por un correo privado. Se limitaba a decir que sería conveniente volver a verse y sugería el día siguiente a las cinco y cuarto de la tarde, en la librería Gorovsky, avenida Marszalkowska, 28. Firmado, «Dr. L.».

Para la ocasión —y, conforme al espíritu de la carta del general De Beauvilliers, no informó a nadie de adonde iba ni por qué—, Mercier vestía su mejor traje, una camisa recién planchada y una corbata sobria, y se aseguró de entrar en la librería exactamente a las cinco y cuarto. A esa hora, no había más que dos o tres clientes, y encontró al doctor Lapp, esta vez con su acostumbrada pajarita, en la parte de atrás. Cuando el alemán levantó la vista y vio a Mercier, le preguntó:

—¿Conoce este libro? —Y lo alzó en las manos: «*Rosja-Polska, 1815-1830*»—. Szymon Askenazy, uno de sus grandes historiadores. Y tienen unos cuantos.

—¿Lee usted el polaco con fluidez, doctor Lapp?

—Sí, pero necesito tener a mano el diccionario.

Mercier encontraba aquella combinación —Buster Keaton leyendo sesudos libros de Historia polaca— ligeramente regocijante. El doctor Lapp cerró el libro y lo devolvió a su sitio en la estantería.

—Creo que en el despacho estaremos más cómodos. —¿No le importará al dueño?

El doctor Lapp esbozó una sonrisa traviesa.

—La librería es nuestra, coronel. Y marcha bastante bien.

Con los años, el despacho había alcanzado un estado de confortable deterioro —desconchones, manchas de humedad en el techo y muebles desgastados desde hacía años—, con pilas de libros sobre el escritorio, en estanterías, en el suelo, en todas partes. Un mundo privado, tranquilo y recoleto, con una ventana polvorienta que daba a un patio en el que se veía un olmo gigantesco rodeado por un banco de madera. El teléfono, una antigualla de los años veinte, era lo único que confirmaba al visitante que no había retrocedido al siglo anterior. En las paredes, carteles de exposiciones y conciertos; los franceses estaban ávidos de cultura, les gustara, la comprendieran y pagaran por ella o no, pero los polacos les daban mil vueltas. El doctor Lapp se sentó en el sillón de cuero e hizo chirriar las ruedas al acercarlo al escritorio.

—¿Ha habido suerte, coronel?

—Sí, aunque se han tomado su tiempo para responder a mi despacho.

—La verdad es que lo esperaba.

—Pero ha habido muy buena suerte, creo. He recibido una comunicación de un hombre llamado De Beauvilliers, general De Beauvilliers.

El doctor Lapp dejó ver a Mercier que estaba impresionado antes de decir:

—Vaya.

—¿Sabe quién es?

—Sí. La elección perfecta.

—Sugiere que se encuentre con él en París. ¿Sería eso satisfactorio?

—Lo sería.

—He traído el número de teléfono que me envió. Se reunirá con usted el mismo día que lo llame. Y no hace falta que dé su nombre; el número es para su uso exclusivo.

Mercier dejó un trozo de papel sobre el escritorio.

—Muy considerado por su parte. No podían haber hecho ustedes mejor elección.

—Yo no tuve nada que ver, doctor Lapp. Fue decisión personal del general De Beauvilliers.

—Aún mejor —dijo el doctor Lapp—. Un Estado Mayor siempre es un campo de opiniones divergentes; el nuestro no es la excepción. Pero entre sus miembros siempre hay uno o dos oficiales que comprenden intuitivamente lo que el futuro puede deparar.

—No hace falta ser tan intuitivo para comprender las intenciones de Herr Hitler.

—Es lógico que piense eso, pero se equivoca. ¿Conoce el proverbio latino «*Mundus vult decipi, ergo decipiatur*»? Es la sentencia favorita de Herr Hitler: «El mundo quiere que lo engañen; engañémoslo». Y no se equivoca. Todos los días, los periódicos del continente explican por qué no habrá guerra. Y yo le aseguro que la habrá, a menos que las personas adecuadas decidan impedirlo.

—Sólo espero que ese encuentro sea un paso en esa dirección —dijo Mercier.

—Ya veremos.

Por unos instantes, Mercier permaneció en silencio. Allí tenía una oportunidad. ¿La aprovechaba o no? Los Rozen le habían dado un nombre, Köhler, una filiación, el Frente Negro, y un objetivo, la sección I. N. 6 del Estado Mayor alemán. Y, si el doctor no podía ayudarlo a dar un paso en esa dirección, nadie podría.

—Me preguntaba, doctor Lapp —dijo lentamente—, si podría pedirle un favor.

—Pedir siempre se puede, coronel. ¿Lo hace en nombre del general De Beauvilliers?

—No —respondió Mercier tras una pausa—, no es algo que el general me sugiriera para esta conversación. Pero no creo que le importara, si lo supiera.

—Ha sido usted honesto, coronel, y se lo agradezco. No... se ha aprovechado... de una situación que podría ponerme en un gran peligro. Bien, ¿qué favor quería pedirme?

—Mi trabajo aquí me ha llevado a interesarme por el Frente Negro, los enemigos más decididos de Hitler en Alemania.

El doctor Lapp se aclaró la garganta con suavidad.

—Sé a quiénes se refiere, coronel, y lamento que no hayan sido más efectivos. Pero le sugiero que tenga cuidado con esa gente, con los que siguen entre nosotros, porque la mayoría están bajo tierra, o donde los metiera la Gestapo. Son gente muy extremista. Antes de que lo asesinaran en el 34, el capitán Róhm recomendaba colgar a los industriales conservadores. Madre mía...

—Tendré cuidado, doctor Lapp. Preferiría seguir encima de la tierra. Pero no puedo avanzar en determinado proyecto hasta que consiga información que sólo podría poseer un miembro importante del Frente Negro.

El doctor Lapp se inclinó hacia él y entrelazó las manos sobre el escritorio.

—Bien —dijo al fin—, debo preguntarle si ese proyecto afecta a intereses alemanes o se limita a los intereses del partido nazi, el actual régimen. Y, por favor, coronel, respóndame con honestidad.

Aquello último era, comprendió Mercier, una amenaza velada.

—Que yo sepa, a los intereses del partido nazi.

El doctor Lapp asintió y luego le lanzó una mirada que quería decir: «Espero que sepa lo que hace».

—¿Tiene algo para escribir?

Mercier sacó una pequeña libreta y una estilográfica.

—El hombre que podría ayudarlo está escondido en Checoslovaquia, en la ciudad que los polacos llaman Cieszyn y los checos Tesin, un territorio muy disputado, como usted sabe. Actualmente utiliza el nombre de Julius Hallbach, porque lo buscan el SD y la Gestapo. Como miembro del Frente Negro, con otro sobrenombre, sirvió a las órdenes directas de Otto Strasser y participó en una operación clandestina que emitía propaganda radiofónica en Alemania. El año pasado, el jefe de esa operación fue asesinado por agentes del SD en un albergue próximo a la frontera alemana, pero Otto Strasser y Hallbach escaparon.

»Hallbach es un individuo de unos cincuenta y cinco años, con una biografía típica. En su día, fue profesor de lenguas muertas en la Universidad de Tubinga: nórdico antiguo, gótico y cosas por el estilo. A finales de los veinte, estalló algún escándalo y se vio obligado a dimitir. Su vida estaba arruinada. Típico, como ya he dicho. El partido nazi se levantó sobre vidas arruinadas: una carrera frustrada, la amargura que se alimenta de la injusticia, la promesa de redención de un movimiento político radical...

»Ahora viene lo difícil, que consiste en que puede usted hablar con él y puede optar por ofrecerle dinero, pero no puede amenazarlo. Y eso se debe a que “nosotros” hablamos con él, valiéndonos de los buenos oficios de una mujer extraordinaria, el corazón más grande de este mundo, una profesora de piano de Tesin. Dudo que sepa que habla con nosotros, pero es muy comunicativo, así que no lo toquen, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—En la actualidad, trabaja como profesor en un colegio privado de Tesin y vive en una habitación alquilada en el número 6 de la calle Opava. Y debería añadir que no sé cuáles son sus planes, pero yo que usted no demoraría ese contacto demasiado tiempo. Hallbach sigue activo en la

clandestinidad del Frente Negro, escribiendo panfletos antinazis que pasan de contrabando a la Silesia alemana, y, teniendo en cuenta lo que eso encoleriza a los servicios de seguridad, no le auguro una vida larga.

—Gracias —dijo Mercier guardando la libreta y la pluma.

—Espero que le sea útil.

—Estoy seguro de ello. Y, si necesitara más ayuda, ya sabe dónde encontrarme, doctor Lapp. En caso contrario, nos encontraremos en algún acto diplomático de la ciudad.

—Sin duda. Con toda la frialdad de los enemigos jurados.

El doctor Lapp demostró su regocijo dejando asomar una sonrisa radiante a su mustia cara de Buster Keaton.

Mercier se levantó y se dieron la mano.

—Ojalá todos mis enemigos... —dijo, y dejó la frase en suspenso.

—El sentimiento es mutuo.

Al día siguiente, Mercier estaba en su despacho a primera hora, trabajando en lo que ahora llamaba, sólo en su fuero interno, la Operación Hallbach. No era fácil, pero la excitación de la caza lo sostuvo hora tras hora hasta mediodía, cuando un almuerzo en el Hotel Bristol reclamó su presencia, seguido por una larga reunión y cócteles con los rumanos a las seis. Luego, para recuperar el tiempo perdido, se llevó el dossier a la calle Sienna, donde se sentó en la mesa de la cocina, con Anna acariciándole el pelo y mirando por encima de su hombro.

—¡Oh, qué numeritos tan monos!

—Es difícil trabajar en el trabajo.

—Y que lo digas —reconoció Anna.

—Sólo una hora.

—Tómame el tiempo que necesites, cariño —dijo Anna soplándole con suavidad en la nuca—. Me gustan los hombres concienzudos.

Por toda respuesta, Mercier cogió una mimeografía de un mapa de Tesin y recorrió la calle Opava con el dedo.

Anna fue a bañarse, volvió envuelta en una toalla, se tumbó en la cama con la toalla pudorosamente extendida sobre la cintura, cogió su libro y puso la radio.

—Parece que pasaremos la noche en casa.

—Me temo que sí.

—Cuando te canses, ven a hacerme una visita.

Al rato, se metió bajó las sábanas y se quedó dormida. Mercier se reunió con ella a medianoche. Pero Anna, inquieta, estaba despierta en la oscuridad y, poco después, saltó de la cama y empezó a dar vueltas por el estudio.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Mercier acodándose en la cama.

—De momento, no.

Mercier volvió a echarse y observó su silueta, blanca en la oscuridad, mientras iba de aquí para allá.

—¿Estás buscando algo? —le preguntó al final.

—No, no, volveré a la cama dentro de un minuto.

A última hora de la mañana del día siguiente, 13 de abril, Mercier había finalizado sus planes para la operación y enviado un despacho a De Beauvilliers, clasificado como confidencial. Aquello no era asunto del 2 bis, al menos por lo que a él respectaba. De Beauvilliers haría que pusieran los medios necesarios, pero no lo pediría; simplemente lo ordenaría, obviando de ese modo las discusiones intestinas del Bureau.

La respuesta se hizo esperar: el correo del general apareció por el despacho de Mercier en la embajada el 17 de abril. El joven, que vestía de paisano, se presentó como capitán del ejército.

—He venido en tren y me iré en el expreso de la mañana, así que es mejor que compruebe esto enseguida. Y tendrá que firmarme un recibo. —El capitán sacó unas cuantas carpetas de una maleta pequeña y abrió el doble fondo—. El control fronterizo alemán, el polaco... Espero no tener que volver a hacer esto.

Mercier hizo lo que le había sugerido el capitán, humedeciéndose el pulgar para contar los billetes de cien marcos.

—Está todo ahí —dijo el capitán—. Y hay un mensaje verbal del general De Beauvilliers: «Por favor, tenga cuidado, intente por todos los medios que no lo cojan. Y es mejor que se abstenga de visitar el casino».

—Asegúrele que tendré cuidado —respondió Mercier, y firmó el recibo.

—La maleta es para su uso, por supuesto —dijo el capitán, que le deseó «*bon courage*» y se marchó al hotel.

19 de abril. Tesin, Checoslovaquia —Cieszyn para los polacos—, el antiguo ducado de Teschen, que a lo largo del tiempo había pasado de las manos del príncipe tal a las del imperio cual, cambiando de bando al albur de las guerras



europas y los matrimonios reales. Sólo otra pequeña localidad, con la estatua y la fuente de costumbre en la plaza principal, pero más triste y pobre a medida que te alejabas del centro y llegabas a las afueras, en dirección a las minas de carbón. En la calle Hradny, dos hileras de estrechas casas y mujeres de rodillas en los umbrales, tratando de arrancar la mugre de Silesia con cubos y estropajos. Después de Hradny, Opava, donde los letreros de las tiendas cambiaban del checo al polaco y, al otro lado de la calle, se veía un bar diminuto casi enfrente del número 6. Cuatro taburetes, dos mesas y una minúscula bandera polaca junto a la caja registradora.

Mercier había viajado hasta Tesin ocupando asientos de segunda en una sucesión de trenes de cercanías; luego, había ido al hotel de al lado de la estación y allí se había quedado, encerrado en su habitación, de la que sólo había salido un par de veces, la primera, para comprar un maletín barato y la segunda, para darse la caminata hasta la calle Opava. Estaba siendo prudente a más no poder, porque aquélla no era una operación normal. Una operación normal habría incluido un elenco de secundarios: coches con sus conductores, una pareja con un niño, ancianos con periódicos bajo el brazo... Y él habría sido la estrella del drama, recluida en el camerino hasta que llegara el momento de ocupar el centro del escenario y soltar el estupendo monólogo. Pero esta vez, no. Esta vez tendría que hacer el trabajo solo.

Pidió una cerveza. El hombre de detrás de la barra le sirvió una rubia y, luego, se quedó un instante frente a él, echándole un buen vistazo. «¿Y tú de dónde has salido?». Era ese tipo de vecindario. Pero la cerveza estaba muy buena. Hizo girar el taburete y miró por la ventana, en la actitud del forastero melancólico. Tras dos concurridas tiras matamoscas, la casa de la calle Opava. En ese momento, una niña, de vuelta de la escuela, subía las escaleras balanceando una fiambreira azul. A continuación, salió una mujer con un capazo, que volvió quince minutos después con él lleno. Mercier pidió otra cerveza.

—Nos está haciendo buen tiempo —dijo el camarero.

Mercier asintió y encendió un cigarrillo checo del paquete que había comprado en la estación. Pasaban de las cinco cuando un hombre vestido con chaqueta y pantalón azul de obrero entró en la casa del otro lado de la calle. Mercier consultó su reloj. ¿Dónde estaba Hallbach? Dos chicas jóvenes entraron en el bar, bromearon con el camarero, se sentaron en una de las mesas y empezaron a cuchichear con las cabezas casi juntas. En ese momento, Mercier advirtió que se oía música. En el piso de arriba, alguien tocaba el violín, lo tocaba francamente bien; nada de los espantosos chirridos

del aprendiz. Estaba ensayando una canción, ahora despacio, ahora más rápido. Una canción que Mercier conocía; se llamaba *Septiembre bajo la lluvia* y la había oído en la radio de Anna, en el estudio. ¿Sería un violinista clásico obligado a trabajar en un *night-club*? Un hombre con un perrito entró en el bar, seguido por dos ancianas con vestidos floreados. Y, de pronto, una cierta aprensión, una sombra de la guerra, volvió a apoderarse de Mercier. ¿Qué sería de toda aquella gente?

En la calle Opava, ahora más animada —el trabajo había acabado por hoy—, era el momento de la charla con los vecinos y el paseo con el perro. Mercier pidió la tercera cerveza, dejó unas cuantas monedas en la barra y se volvió de nuevo hacia la ventana, justo a tiempo para ver a Julius Hallbach entrando en el número seis de la calle Opava. O, en todo caso, a un hombre con aspecto de profesor, entrado en la cincuentena y alto que llevaba un traje gastado, caro en su día, y una abultada cartera. Mercier miró su reloj: las cinco veintidós. «Espero que seas Hollbach», se dijo mientras el hombre subía pesadamente los peldaños y desaparecía por la puerta. Antes de su encuentro con el doctor Lapp, había decidido no pedirle una fotografía; habría sido algo peligrosamente cercano a un acto de traición, mientras que una charla cordial en una librería, en medio de una conversación sobre otro tema...

Mercier siguió donde estaba, entumecido y medio atontado tras pasar la tarde bebiendo cerveza, otros treinta minutos y luego renunció. La familia estaba en casa y su inquilino, también. Mañana, 20 de abril de 1938, sería el día, a las cinco y veintidós aproximadamente. Mañana, Herr Hallbach se llevaría el susto de su vida.

Mercier hizo un alto en la cafetería de enfrente de la estación, se comió una salchicha y un plato de puerros a la vinagreta, compró un periódico —el diario polaco de Tesin— y volvió al hotel. ¿Estaba la habitación como la había dejado? Sí, aunque la doncella había movido la maleta para poder fregar el suelo. La abrió y vio con alivio que sus cuatro cosas estaban en su sitio, aunque el equipaje importante iba con él, en el maletín.

En el tibio atardecer de comienzos de primavera, Tesin estaba muy tranquilo. Cuando bajó el estor, una farola arrojó la sombra de las ramas de un árbol sobre la amarillenta tela. Dio la luz, una bombilla que pendía desnuda del techo, y se puso a descifrar el periódico. ¡Lo que habría dado por un *Paris Soir*! No obstante, una vez que se ponía, no se las apañaba tan mal. Heinlein, el líder de la minoría alemana de los Sudetes checoslovacos, había

pronunciado un discurso en Karlsbad en el que hacía ocho peticiones al gobierno. En resumen, reclamaba que los checos permitieran a las zonas germanoparlantes tener una política exterior propia, en consonancia con «la ideología de los alemanes»: una demanda que, a todas luces, procedía directamente de Adolf Hitler, una demanda que nunca podría ser atendida. Estaban atizando el fuego bajo la olla, que no tardaría en hervir.

A continuación, en la misma página, la noticia de que el *Anschluss* que había unido a Austria y Alemania había sido aprobado en referéndum por los austríacos. Un éxito: habían votado casi todos, con el resultado de un noventa y nueve por ciento a favor. Una victoria que merecía el calificativo de aplastante. Justo debajo, un corresponsal informaba sobre la guerra civil española: las fuerzas de Franco habían tomado la localidad de Vinaroz, aislando Castilla, donde se encontraba el gobierno, de Cataluña. Otro triunfo de la Europa fascista. Mercier volvió la página. Un asesinato truculento: un cuerpo hallado en un maletero. Y el equipo de fútbol había vuelto a perder. Luego, toda una página con esquelas. Mercier dejó el periódico en el suelo.

Siguió tumbado en la cama, fumando y mirando al techo. No le apetecía leer, y era demasiado pronto para dormir. Al otro lado del tabique, un hombre y una mujer empezaron a discutir en un idioma que no pudo identificar. Lo hacían en voz baja, discretamente, casi cuchicheando, pero el tono era de ira, o desesperación, y ninguno de los dos parecía dispuesto a dar su brazo a torcer. Al ver que no acababan, Mercier se levantó, se acercó a la ventana y subió el estor. Al otro lado de la plaza, la terraza de la cafetería estaba muy animada: una noche cálida, la primavera flotando en el aire, parejas tomando un trago, algún que otro cliente cenando solo en su mesa... En ese momento, el camarero se acercó a una gran radio colocada en un estante y empezó a jugar con los diales. Mercier no podía oír nada, pero la mayoría de los parroquianos se levantaron de las mesas y se juntaron ante el aparato. Volvió a bajar el estor, desabrochó las correas del maletín y comprobó su contenido.

20 de abril. Mercier paseaba por la calle Opava, pero eran las cinco y diez de la tarde y Hallbach no daba señales de vida. Sin perder de vista la casa, caminó hasta la esquina, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos. Se sentía demasiado visible, así que, al llegar a la otra esquina, la dobló y siguió andando por la calle lateral, donde vio una parada de tranvía. ¿Lo cogería Hallbach para volver del trabajo? Esperó diez minutos y, cuando volvió a la

calle Opava, allí estaba, casi llegando a la puerta. Mercier se movió tan rápido como pudo y consiguió alcanzarlo cuando estaba a punto de cruzarla.

—¿Herr Hallbach?

Sobresaltado, Hallbach se volvió y lo miró de hito en hito, dispuesto a defenderse o huir.

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere?

—¿Puedo hablar un momento con usted?

—¿Por qué? ¿Es por el recibo?

—No, señor, no tiene nada que ver con eso.

Hallbach se calmó. Mercier estaba solo. La policía secreta siempre se presentaba en pareja y en plena noche.

—Entonces, ¿con qué? ¿Quién es usted?

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? En privado. Lo que tengo que decirle es importante.

—Usted no es alemán.

—No, soy de Basilea, suizo de habla francesa.

—¿Suizo?

Ahora estaba perplejo.

—¿Podemos entrar?

—Sí, de acuerdo. ¿De qué se trata?

—¿Dentro? Por favor...

Abajo, la familia estaba cenando. Mercier percibió el olor a ajo. Hallbach dio las buenas noches en polaco, subió las escaleras y abrió la primera puerta del rellano.

—Es aquí. Déjela abierta.

—Por supuesto.

Una habitación pequeña, sin apenas muebles y pintada de un verde espantoso. En una pared, una camisa y unos pantalones colgados de un perchero; en otra, un estrecho catre cubierto con una manta y una mesilla con cuatro libros encima. A los pies del catre, una silla desvencijada completaba el mobiliario. La ventana daba a la pared enlucida del edificio inmediato, así que la habitación estaba en permanente penumbra. Hallbach dejó la cartera en el suelo y se sentó en el borde de la cama, mientras Mercier ocupaba la silla. Apenas sentado, Hallbach abrió el cajón de la mesilla y lanzó a Mercier una mirada significativa que quería decir: «Mantenga las manos donde pueda verlas».

Mercier obedeció al instante y posó las manos sobre el maletín, que descansaba en sus rodillas. ¿Habría una pistola en el cajón? Era lo más

probable.

—Lo entiendo —dijo Mercier—. Lo entiendo perfectamente.

Por un momento, Hallbach lo miró. Posiblemente, se dijo Mercier, era el hombre más feo que había visto en su vida: cara larga y estrecha picada de viruelas, y pequeñas orejas de soplillo acentuadas por un corte de pelo prusiano, casi al rape en los lados y con dos centímetros de pelo gris en la parte de arriba. El bigote, al estilo de Hitler, también era gris; el cuello, esmirriado, en una camisa demasiado grande; y los incansables ojos, suspicaces y maliciosos.

—Bien —dijo al fin—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Lombard. Represento a una empresa química de Basilea. Mi tarjeta.

Mercier se sacó un fajo de tarjetas de un bolsillo y le tendió una.

—¿Solvex-Duroche?

—Disolventes para la industria metalúrgica.

Hallbach se quedó mirando la tarjeta y luego la dejó en la mesilla.

—¿Qué quieren de mí? —Lentamente, la suspicacia iba dando paso a la curiosidad—. Yo soy profesor.

—Pero no sólo. Ésa es su profesión. Lo que me trae aquí es su historial político.

La mano de Hollbach se movió hacia el cajón, y Mercier creyó que iba a dispararle.

—Por favor, la violencia no es necesaria —dijo con suavidad—. Estoy aquí para hacerle una oferta, nada más. Y, si no le interesa, me marcharé y asunto concluido.

—Ha hablado de política. Explíquese.

—Me refería a su oposición al actual gobierno de Berlín.

—Sabe quién soy —afirmó Hollbach en tono acusatorio.

—Sí, lo sé.

—Entonces, no es un viajante, ¿verdad, Herr Lombard?

—En realidad, lo soy, pero eso no tiene nada que ver con lo que me trae aquí.

—¿Quién lo envía?

—Eso no puedo decírselo. Basta con que sepa que se trata de gente poderosa, pero no son sus enemigos.

Hallbach esperó a que siguiera y luego preguntó:

—¿Cómo me ha encontrado?

—Como he dicho, es gente poderosa. Que sabe cosas. Y lamento decirlo, pero dar con usted no ha sido tan difícil.

—En otras palabras, espías.

—Sí.

—No es el primero con el que topo, Herr Lombard. Y supongo que trabaja para el gobierno suizo...

—Bueno, Herr Hallbach, nunca decimos esas cosas en voz alta. Y, en definitiva, no importa.

—A mí sí.

Había sufrido por sus ideales políticos; no estaba dispuesto a transigir.

—Entonces, permítame decirle sólo esto: un gobierno neutral no es un gobierno sin intereses. Y, como ya he dicho, en este caso, coinciden con los suyos.

Ahora Hallbach estaba intrigado. Había pasado suficiente tiempo con Mercier para comprender que no había motivo para tenerle miedo, y empezaba a sentirse orgulloso de que «gente poderosa» se interesara por él. Y, pese a su actual penuria, hacían bien.

Mercier decidió jugar fuerte.

—Dígame, Herr Hallbach, ¿cuánto tiempo está dispuesto a soportar esta vida de fugitivo que lleva ahora?

—El que haga falta.

—¿Meses?

—Por supuesto.

—¿Años?

—Quizá.

Una sombra se posó en el rostro de Hallbach. Sabía que no podían ser años.

—Usted lee los periódicos y es consciente de cuáles son las intenciones de Hitler respecto a Checoslovaquia, de lo que está pasando en los Sudetes.

—*Casus belli* —contestó Hallbach en tono despectivo, desechando la táctica con un ademán.

—Cierto, un motivo para la guerra, y perfectamente transparente para quienes comprenden lo que está ocurriendo. No obstante, Hitler podría enviar sus ejércitos aquí. Y entonces, ¿qué? ¿Adónde iría usted?

—A un sótano en algún sitio.

—¿Durante meses? ¿O días? —Hallbach no le daría la satisfacción de responder, pero la respuesta flotaba en el aire—. Me ha preguntado a qué he venido, Herr Hallbach. Estoy aquí para ofrecerle protección.

—Protección —murmuró Hallbach.

La palabra le había hecho efecto.

—Exacto. La gente a la que represento quiere que continúe con su oposición, pero en Checoslovaquia no puede hacerlo. Tarde o temprano, la Gestapo lo encontrará, y las consecuencias serán muy desagradables para usted. Muy muy desagradables. En el mejor de los casos, sólo es cuestión de tiempo.

—¿De qué protección se trata?

—Dinero y una nueva nacionalidad.

—¿Cuánto dinero?

—Quinientos mil francos suizos.

—¿Eso es una fortuna! —El breve asentimiento de Mercier significaba: «Por supuesto, pero no para nosotros»—. ¿Quinientos mil, ha dicho?

—Sí. Y un pasaporte suizo. El pasaporte de un ciudadano suizo, no la documentación de un residente extranjero.

—¿Sólo por escribir unos cuantos panfletos?

—No, hay más.

En la pequeña habitación, silencio, el suficiente para oír cenar a la familia en el piso de abajo. Hallbach bajó la voz:

—¿Y en qué consistiría, Herr Lombard?

—En una visita a un viejo amigo, y una petición. Una petición acompañada de la misma oferta que acabo de hacerle, así que no iré con las manos vacías; unos pocos días de trabajo por su parte, un resultado satisfactorio y, luego, nuevas vidas para ustedes dos. Vidas desahogadas. Vidas seguras.

Ahora Hollbach veía el truco.

—Todo eso que me ofrece usted sería en el futuro, naturalmente, y condicionado. A la vuelta de la esquina, en algún punto del camino.

—No, Herr Hallbach, no hacemos las cosas así. Simplemente acepte, y le entregaré ciento cincuenta mil francos suizos.

—¿Ahora? ¿En este momento? —preguntó Hallbach mirando el maletín.

—Sí.

—¿Cómo sabe que no cogeré el dinero y desapareceré?

—Porque en ese caso lo habría robado, Herr Hallbach. Nos lo habría robado a nosotros. —Silencio de nuevo. Mercier esperó, todo paciencia. Casi podía ver trabajar la mente de Hallbach—. ¿Qué me dice? ¿Me voy por donde he venido?

—No —respondió Hallbach con voz apenas audible.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Hallbach asintió. Su expresión era amarga y resignada. Había empezado a comprender el muy inesperado giro que había dado su vida, y no le gustaba; pero, en realidad, ¿qué otra opción tenía?

—Por favor —dijo Mercier, que ahora tenía las manos a ambos lados del maletín, listo para soltarlo—, comprenda que sus acciones serán dirigidas contra el régimen de Hitler, no contra el pueblo alemán ni contra su país. Sabemos que nunca aceptaría perjudicar a su patria, por mal gobernada que estuviera.

Hallbach no respondió, pero Mercier notó que había aceptado ese distingo: aquello no era traición, era resistencia.

—¿Herr Hallbach? —Oyeron decir a una mujer al pie de las escaleras—. ¿Querrá cenar?

—Esta noche no, gracias —respondió Hallbach.

Mercier le tendió el maletín. Estaba lleno y pesaba: treinta fajos de cincuenta billetes de cien francos sujetos con gomas. Hallbach desabrochó las correas y abrió la tapa; luego, sacó un fajo, contó veinte billetes, deslizó el pulgar por el resto y devolvió el fajo al maletín. Cuando miró a Mercier, su cara había cambiado. La realidad de los billetes se había impuesto a sus dudas.

—Y trescientos cincuenta mil más, Herr Hallbach, cuando acabe el trabajo.

—¿En efectivo?

—Hay un sistema mejor, pero ya se lo explicaré en su momento.

Hallbach volvió a mirar el maletín. No, no estaba soñando.

—¿Qué tengo que hacer por todo esto? ¿Matar a alguien?

—Viajar a Berlín. Mantener una conversación.

Hallbach lo miró con los ojos desorbitados, abrió la boca y, por fin, balbuceó:

—Pero...

Mercier se mostró comprensivo.

—Lo sé, lo sé, es arriesgado, pero no descabellado. Con un pasaporte suizo y escondiéndose en un pequeño hotel estará razonablemente a salvo. Y yo estaré allí, con usted. Por supuesto, el peligro siempre forma parte de este trabajo. Para mí, venir hoy aquí era peligroso, pero ya me ve.

—En Alemania soy un criminal buscado.

—No estará en Berlín más de una semana y, salvo al llegar y al irse, sólo se dejará ver una tarde. Queremos que contacte con un hombre que usaba el



sobrenombre «Köhler», un viejo camarada suyo del Frente Negro que ahora trabaja en una sección del Estado Mayor, y que le haga la misma oferta que le he hecho yo.

Mercier había estado puliendo aquella frase y luego la había memorizado. La pregunta que no quería formular era: «¿Conoce a Köhler?». Porque un simple «¿a quién?» habría puesto fin a la operación.

—Hans Köhler —murmuró Hallbach con la voz teñida de nostalgia; y, al cabo de un momento, atando cabos, exclamó—: ¡Claro! Ya sé lo que pretenden.

—Espero que trabaje con su verdadero nombre —dejó caer Mercier.

—Sí, Elter, Johannes Elter. Es cabo del ejército. Afortunadamente para él, Strasser ordenó que todos los miembros del Frente Negro usaran un nombre de guerra.

No tan afortunadamente. Eso había dejado a Köhler a merced del tipo de acercamiento que iba a protagonizar Hallbach. Pero para eso faltaba mucho, se dijo Mercier; ahora no era el momento.

—¿Cuándo tendrá lugar ese encuentro? —preguntó Hallbach volviendo a cerrar el maletín y dejándolo en el suelo.

—Pronto. Los acontecimientos políticos se están precipitando; no queremos que nos sorprendan. Nos iremos mañana.

—¡Mañana! Mis clases... el colegio...

—Las clases quedan suspendidas. Herr profesor, está usted indispuerto.

—Tengo una amiga en Tesin, Herr Lombard, una amiga que ha sido muy importante para mí, considerando cómo he tenido que vivir aquí. Me gustaría despedirme.

Mercier respondió con tanta suavidad como pudo:

—Lo siento, Herr Hallbach, pero eso será imposible. Si ha sido su confidente, lo comprenderá, y una postal suya desde Suiza le hará saber que por fin está a salvo. —Se levantó y le tendió la mano. La palma de Hallbach estaba húmeda y fría—. Por esta noche es suficiente —dijo Mercier—. Nos encontraremos mañana a las diez y cuarto en la estación de ferrocarril. Intente descansar si puede. Será un día ajetreado.

—¿Mañana? ¿Iremos a Alemania?

—¡Oh, no, todavía no! Iremos a Praga; luego, de vuelta al este y a Polonia. Un paso de fronteras de lo más fácil.

21 de abril. Willi, el amigo del Stürmbannführer Voss —con su falsa cicatriz de duelista en la mejilla y su flamante «von» delante del apellido—, era muy apreciado en el 103 de la Wilhemstrasse, la oficina central del SD en Berlín. Convenientemente sumiso con sus superiores, simpático con sus subordinados... Un tipo muy majo, con el ascenso asegurado cuando llegara el momento. ¿Y cuándo sería eso, exactamente? Con la guerra. Pero, en lo tocante a la guerra, Hitler, que un día enseñaba hasta los calzoncillos y al siguiente se escabullía con una risita, era tan juguetón... Ya tenía Austria: el referéndum sobre el *Anschluss* había sido una jugada maestra. Checoslovaquia, la tendría, aunque eso requeriría el uso de las armas; los checos eran gente testaruda y orgullosa, ciega a sus verdaderos intereses, y les gustaba bastante tener su propia nación. Además, esas armas aún se estaban haciendo; en toda Alemania, las luces de las fábricas permanecían encendidas hasta el amanecer. ¿Sería este año? Probablemente no. La próxima primavera, quizá. O, con toda probabilidad, 1940. Y algunos caballeros muy sabios hablaban de 1941.

Pero la guerra sólo era una manera; tenía que haber otras. Por ejemplo, un éxito. Alguna operación atrevida contra los franceses o los ingleses. Sin embargo, Willi no dirigía operaciones; trabajaba en la administración del SD. En un puesto ciertamente importante, para quien supiera cómo funcionaban esas cosas, pero no de los que llevaban a éxitos espectaculares. Aun así, tenía que haber algún modo de que un tipo tan espabilado como Willi se abriera paso hasta la cima.

Por ejemplo, una visita a los urinarios del aseo de la tercera planta. Willi había observado que el Oberstürmbannführer Gluck, el superior de August Voss, anteriormente abogado en Berlín, iba a cambiarle el agua al canario regularmente, hacia las once de la mañana. Así que un día él también fue. Llegó justo cuando Gluck se estaba abotonando la bragueta. Le dio los buenos días y se arrimó a la pared de porcelana. Gluck se lavó las manos, se las secó y empezó a peinarse. Cuando Willi acabó, fue al lavabo de al lado y dijo:

—Anoche el Führer pronunció un discurso magnífico. —Gluck asintió con brusquedad, se puso el peine en la raya con cuidado y empezó a deslizarlo por el pelo—. Usted es el superior del Stürmbannführer Voss, ¿verdad, señor? —le preguntó Willi.

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada... Sólo me preguntaba... si a Voss le pasa algo.

—¿Qué quiere decir?

—No sé... ¿Tendría unos minutos, cuando sea, para que pudiéramos hablar?

—Ahora es un buen momento. ¿Por qué no me acompaña al despacho?

Gluck tenía un despacho muy agradable y amplio, con vistas a la Wilhemstrasse y la zona de los edificios gubernamentales de la capital. Abajo, limusinas Grosser Mercedes con banderines con esvásticas sobre los faros, generales paseando con almirantes, motoristas corriendo de aquí para allá con dossiers cruciales... Una colmena militar. Gluck se sentó ante su escritorio. Por la foto que había junto al teléfono, Willi pudo ver que tenía una mujer muy atractiva y dos hijos muy guapos, que aparecían con sendos uniformes de las SS. Gluck esperó pacientemente.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó al fin.

—Yo diría que sí. —Willi parecía un poco titubeante, no muy contento de lo que no tenía más remedio que decir—. Voss es un viejo amigo de los primeros tiempos del partido. Y, siempre lo he pensado, un magnífico oficial. Ya sabe, muy persistente. Como un terrier.

—¿Y?

—Hace unas semanas nos invitó, a un amigo y a mí, a acompañarlo a Varsovia. Cambiar de ambiente, conocer la vida nocturna, tontear con las chicas... Unos días de descanso lejos de la familia, para expansionarnos un poco. Cuando trabajas duro, a veces lo necesitas.

—Ya.

«Yo no».

—Conque allí estábamos, pasándolo bien. Pero luego nos lleva a una zona de fábricas. Donde nos ponemos a esperar, mientras yo me pregunto qué estamos haciendo allí. Voss había bebido, más de la cuenta, diría yo, y no había manera de razonar con él. Era mejor seguirle la corriente. De pronto, vemos a un tipo con un uniforme del ejército francés saliendo de una fábrica... Al parecer, era el hombre al que estábamos esperando, porque Voss echa a correr hacia él y lo ataca. Se saca una fusta de debajo del abrigo y lo golpea en la cara.

Gluck no se inmutó. Apretó los labios, pensativo, pero nada más.

—Mencionó algo al respecto, no recuerdo cuándo. Había perdido a un sospechoso, lo que desde luego es de lamentar, pero no el fin del mundo. Sin embargo, Voss se lo tomó muy mal, personalmente. Tenía... ¿cómo lo diría? Ánimo de venganza. Cuando ocurrió, no podía dar crédito a mis ojos. Luego, cuando volvimos a casa, empecé a preguntarme si no tendría algún problema

en su vida privada, algo que se pudiera resolver, informalmente, con la ayuda de usted.

—No sé nada sobre un problema de ese tipo. Y, si supiera algo, no importaría.

—No, por supuesto que no. No pensaba decir nada, pero estaba preocupado, y esta mañana, al encontrármelo por casualidad, he pensado que era mejor contárselo. Antes de que pase algo más.

—Ha hecho bien, Stürmbannführer. ¿Le explicó Voss lo que tenía en mente antes de que fueran a Varsovia?

—No. Como ya he dicho, sólo íbamos a pasárnoslo bien.

—Y ¿cuántos eran?

—Tres.

—No ha mencionado el nombre de su otro amigo, pero supongo que puedo entenderlo.

—Si me lo ordena, lo haré, señor.

—No, dejémoslo así.

—No me gusta ser portador de malas noticias.

—No tenía más remedio, por el bien del servicio. Y es mucho mejor que yo lo sepa, porque, si vuelve a perder la chaveta y llega a saberse, seré yo quien lo pasará mal.

—¿Le pedirá cuentas, señor?

—No preveo hacerlo, de momento.

—Porque, si lo hiciera, quisiera pedirle respetuosamente que no dijera cómo ha llegado a enterarse. Tenemos amigos en todo el servicio, y no confío en que Voss guarde silencio.

—No hace falta que se preocupe por eso, y lo mismo le pediría a usted. Ésta es una de esas cosas que se resuelven mejor con discreción.

—Puede contar con la mía, señor.

La espalda de Gluck se encorvó en la silla: un problema más en un día en el que habría muchos otros. Sus ojos se encontraron con los de Willi.

—Le agradezco lo que ha hecho; estoy seguro de que no ha sido fácil para usted —dijo al fin—. Y, si algún día necesita un amigo, dígamelo. No soy un hombre desagradecido.

—Gracias, señor.

—Lamento decirlo, pero, por supuesto, esto es el fin para su amigo Voss. Al menos, en esta organización. Volverá a servir en las SS; espero que ellos encuentren algo más adecuado para... su peculiar carácter.

—Siento oír eso, pero quizá sea lo mejor. No se puede tolerar ese tipo de comportamiento.

—Yo al menos no puedo.

Un largo silencio: fin de la conversación. Willi se levantó dudando si alzar el brazo; pero intuía que Gluck era uno de esos oficiales indiferentes a tales gestos, así que irguió el cuerpo, se cuadró y se limitó a saludar con la voz:

—*Mein Oberstürmbannführer*.

—Puede marcharse, *Stürmbannführer* —dijo Gluck—. Tengo que utilizar el teléfono.

21 de abril, 10:15 horas. La estación de Tesin. Hallbach, con las reliquias de su vida de fugitivo en una maleta barata y el maletín sujeto con fuerza bajo el brazo, fue puntual como un reloj. Luego, los dos hombres, el aristócrata francés y el profesor nazi, subieron al tren de las 10:32 a Praga. El viaje no sería largo; poco más de una hora. Pero Mercier pensaba aprovecharla, si podían encontrar un compartimento vacío. Y se pudo, previa propina al revisor. Momentos después, mientras el tren arrancaba, Hollbach le preguntó en voz alta por qué iban a Praga.

—En Praga hay cierto estudio fotográfico, propiedad de un caballero muy discreto que le hará la fotografía para su pasaporte. El servicio es caro, pero la fotografía será añadida correctamente a su nuevo pasaporte. Es un trabajo muy solicitado de un tiempo a esta parte.

—Conozco a gente así —dijo Hallbach.

—Y en Praga también hay un banco privado, un banco muy privado, llamado Rosenzweig, mayoritariamente judío. ¿Le molesta eso, Herr Hallbach?

—En absoluto. A mí los judíos me son indiferentes. Hitler es un fanático a ese respecto, y, en su día, creímos que ése sería su fin, pero hasta la fecha ha hecho lo que ha querido con ellos.

—El Banco Rosenzweig aceptará sus francos suizos, sin hacer preguntas, y los transferirá a una cuenta numerada de un banco de Zurich. —Mercier se llevó la mano a un bolsillo y sacó un trozo de papel en el que había escrito, muy cuidadosamente, el número que le había mandado De Beauvilliers—. Procure guardar esto en lugar seguro, y yo también lo memorizaré, porque se trata de una cuenta anónima. Para su amigo Elter, las cosas se han arreglado del mismo modo.

—¿Cuándo tendré el pasaporte?

Mercier se lo tendió.

—Una nueva vida —dijo.

—Así que ahora soy Herr Braun...

—Un nombre corriente.

—El quinto o sexto que tengo. Servirá.

—¿Tiene familia, Herr Hallbach?

—La tuve. Mujer y un hijo.

—Con este pasaporte, pueden viajar con usted.

—No, esa parte de mi vida acabó. Tras los asesinatos del 34, tuve que pasar a la clandestinidad, así que los envié lejos. Por motivos de seguridad, ya no sé dónde se encuentran, y ellos tampoco saben dónde estoy yo. Me ocurra lo que me ocurra, no podría soportar la idea de que corrieran mi misma suerte.

—¿Y el sargento Elter?

—También tiene familia: mujer y tres hijos.

—¿Lo conoce bien?

—Bastante bien. Cuando trabajas en secreto, hay que matar el tiempo, esperar por esto, esperar por lo otro, así que la gente habla. Es un hombre bastante normal, natural de Pomerania, y un buen padre de familia. Puede que su única peculiaridad sea su compromiso político; amaba al partido, que era como su segundo hogar. Para Elter, significaba el renacer de una nación derrotada, la recuperación del orgullo, el final de la pobreza. La pobreza es una cosa terrible, Herr Lombard, muy amarga y especialmente dura para quienes han conocido tiempos mejores. Todos los días, una pequeña humillación. Para los franceses, es *la misère*, «la miseria», y ésa es la palabra justa. Elter era un idealista, como yo, pero eso no lo destruyó. Se salvó, porque nunca ocupó un puesto elevado en el Frente Negro. Y porque nadie lo delató.

—No obstante, podría ocurrirle, ¿no?

—Supongo que sí. Sometido a interrogatorio, algún camarada podría dar su verdadero nombre; pero no quedan muchos que lo sepan. Yo soy uno de los últimos.

—Tal vez necesite recordarle eso, Herr Hallbach. —Puede que Hallbach aún creyera que iba a pedir un favor a su viejo camarada, pero ahora la cotización del franco suizo había quedado clara—. Hábleme de él —dijo Mercier.

—Cuarentón, escrupuloso, tiquismiquis... Calvo, con algo de pelo alrededor de la coronilla, gafas... El típico oficinista sin nada especialmente

reseñable. Muy entregado a sus aficiones, creo recordar: colecciones de sellos y monedas, trenes a escala y cosas por el estilo.

—¿Y un perro, quizá? ¿Lo pasea por la noche?

—Tenía un pájaro. Un pajarillo verde, al que silbaba para hacerle cantar.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hará un año. Vino a Checoslovaquia para informar a Otto. Habían descubierto un espía en la organización. La Gestapo casi consiguió detener a dos de los nuestros. Dispararon a través de la puerta, la Gestapo respondió y luego se burlaron de ellos mientras agonizaban.

—¿Cómo se enteró Elter de eso?

—Por un vecino.

—¿Estuvo Elter en la guerra?

—En combate, no. Era un chupatintas de intendencia, en lo más bajo del escalafón. Y es lo que sigue siendo en las oficinas del Estado Mayor. Se encarga de comprar papel y lápices, cintas para las máquinas de escribir, clips... De saber lo que necesita cada uno y llevar el control. Puede que en la Bendlerstrasse sean los grandes guerreros de Alemania, pero, si quieren un lapicero, se lo tienen que pedir al bueno de Elter.

—¿Apuesta, quizá? ¿Va con prostitutas?

—¿Apostar? Eso jamás. No suelta un penique. En cuanto a las prostitutas, puede que de vez en cuando, cuando las cosas se ponen difíciles en casa.

—Ésta es una pregunta importante, Herr Hallbach: ¿cree que colaborará con usted, un viejo amigo que le pide ayuda?

Hallbach se tomó su tiempo antes de responder:

—Me temo que tendrá que haber una razón más poderosa.

—Entonces se la daremos —dijo Mercier.

El estudio fotográfico, un local pequeño y oscuro con una campanilla que cascabeleaba alegremente al abrirse la puerta, estaba en un tranquilo barrio residencial. Dentro, paneles de lona con escenas pintadas y un agujero para la cabeza de los clientes con buen humor que permitían retratarlos como jugadores de golf o pilotos de carreras. La foto de Hollbach fue añadida a su pasaporte en la trastienda, donde una radio con el volumen bajo emitía una sinfonía de Mozart. Era un pasaporte usado, con varios sellos de entrada y salida, que hacía constar la profesión de su titular como «viajante de comercio», completando así la identidad falsa de Hollbach. Mercier comprobó con alivio que el fotógrafo trabajaba con infinito cuidado,

consultando una libreta que describía las especificidades de los documentos emitidos por los distintos países del continente. Cuando el trabajo estuvo listo, el hombre se dirigió a Hallbach como «Herr Braun» y le deseó buena suerte.

A continuación, una tienda de ropa para caballero, de la que Hallbach salió vestido con el tipo de traje, sombrero y gabardina adecuados para un representante de la próspera y respetada compañía Solvex-Duroche. Ahora parecía una persona acomodada, pero seguía siendo Julius Hallbach, no sólo feo sino inconfundible. A Mercier le preocupaba, pero tenía difícil arreglo. ¿Una barba falsa? ¿Una peluca? ¿Gafas de sol? No, un disfraz teatral haría que pareciera un espía, y eso, lógicamente, era lo último que deseaba Mercier.

La gente del banco, una gran sala en la cuarta planta de un edificio de oficinas, era amable y eficiente; aquello era una simple transferencia de divisas, y Mercier sospechaba que hacían una detrás de otra. Ni siquiera pidieron comprobar el pasaporte; se limitaron a rellenar un recibo, tras deducir su comisión por la cantidad a transferir. Mientras bajaban en el ascensor, Mercier le entregó a Hallbach cien marcos para gastos y le dijo que rompiera el recibo y lo tirara a una papelera en cuanto viera una. Después de comer, cogieron el tren de vuelta a Tesin y luego pasaron a Polonia sin dificultad. A continuación, otro viaje en tren, a Katowice, donde se alojaron en la fonda de la estación.

La mañana del 23 de abril, un taxi los llevó a las afueras de la ciudad, donde, en un garaje que era poco más que un viejo cobertizo, Mercier compró un coche. No nuevo, pero bien conservado: un Renault Celtaquatre de 1935, un modelo sedán de dos puertas. No demasiado feo visto desde delante —la rejilla del radiador era preciosa—, aunque el enorme habitáculo estropeaba un poco el efecto general.

—Muy práctico —les dijo el dueño del garaje—. Y el motor está como nuevo.

Mercier lo hizo girar en la esquina y sacó los dos últimos objetos que contenía el falso fondo de su maleta: una matrícula suiza y la correspondiente documentación. Tras cambiar las matrículas —tuvo que quitar los oxidados tornillos con una moneda—, se pusieron en marcha hacia Alemania.

La parada en el control de la frontera alemana fue muy breve. Eran dos representantes suizos en viaje de negocios, pero, cuando el guardia comprobó su pasaporte, Hallbach se puso tenso.

—Ahora vamos a pasar la tarde contemplando el paisaje —dijo Mercier cuando la barrera de franjas rojas y blancas volvió a descender a sus espaldas.



Pero Hallbach no estaba para distracciones; iba rígido en el asiento del acompañante, y Mercier podía oír su respiración.

Una buena carretera, la que llevaba al norte de Berlín. Aunque ahora todas las carreteras alemanas eran buenas, una necesidad militar para un país con enemigos al este y al oeste. Mercier circulaba a velocidad normal; tardarían unas seis horas, y no quería entrar en Berlín de día. Hallbach, perdido en su mundo interior, seguía en pensativo silencio. Hasta entonces, con la perspectiva de una nueva vida y una misión que cumplir, se había mostrado relajado y comunicativo; pero ahora ya no era una idea: tenía delante la Alemania real. Para Mercier, aquello no era muy distinto al viaje a Schramberg: pueblos y más pueblos con letreros contra los judíos, banderas con esvásticas, hombres de uniforme en todas las calles... Los símbolos del poder, del poder en bruto, del estado omnipotente. Hallbach debería estar acostumbrado, se dijo Mercier; al fin y al cabo, había sido un miembro del partido nazi, un nazi de izquierdas, pero nazi al cabo. Sin embargo, ahora aquello significaba peligro y la posibilidad de que su nueva vida se fuera al traste cuando apenas la había iniciado. Una vez más, podía perderlo todo.

Un típico día de abril en Europa Central, cambiante y ventoso. El cielo se oscureció, en las ventanillas aparecieron las primeras gotas y los limpiaparabrisas empezaron a chirriar al limpiar el cristal. En Gleiwitz, pusieron rumbo a Breslau, que estaba a unas tres horas en dirección norte. Cuando cruzaban el Oder, el sol asomó entre las nubes e hizo destellar la oscura corriente. En Glogau Mercier se detuvo ante una cafetería, compró sándwiches de salchicha de hígado y botellas de gaseosa, y comieron en el coche. Cuando pararon en una gasolinera de Krossen, el adolescente que los atendió se quedó mirando a Hallbach, que volvió la cabeza y fingió buscar algo en la guantera. Al anochecer, Frankfurt. A Mercier empezó a dolerle la rodilla —demasiado rato en la misma postura—, pero resultó que Hallbach nunca había cogido un coche. Mercier bajó y se paseó alrededor del Renault, pero no le sirvió de mucho. En el centro de Frankfurt, un guardia de tráfico los fulminó con la mirada y agitó furiosamente el brazo: «¡Muévanse!». Hallbach maldijo entre dientes. Un camión de reparto de carbón se quedó averiado delante de ellos, el conductor les hizo señas para que lo adelantaran y Mercier casi chocó con otro coche que venía de frente. Cuando llegaron al extremo oeste de la ciudad, estaba empapado en sudor. Por fin, a las siete y media, los suburbios del este de Berlín.

—¿Dónde nos alojaremos? —preguntó Hallbach—. ¿En el Adion?

El mejor hotel de Berlín y justo el sitio donde Hallbach podía toparse con alguien de su pasado. Peligroso; así que Mercier, o más bien su leal aliado en el 2 bis, había elegido el Hotel Der Singvogel, El Abejaruco, en el apartado y poco recomendable barrio de Marianfelde. Mercier no había estado nunca en Berlín. Hallbach varias veces; pero el profesor de escandinavo antiguo en Tubinga fue incapaz de dar una sola indicación. Pararon, preguntaron, se perdieron, pero al final encontraron el camino hasta la Ostender Strasse, donde aparcaron el coche y, equipaje en mano, entraron en el Singvogel.

—Dios mío —dijo Hallbach—. Esto es un burdel.

Y lo era. Junto al mostrador de recepción, una rubia valquiria de sonrosadas mejillas, embutida en la versión putera de un traje de noche, flirteaba con dos sargentos de las SS, la mar de elegantes con sus uniformes negros y sus insignias de la calavera. Uno de ellos le dijo algo al oído a la valquiria, ella le golpeó el hombro con el puño y los dos soltaron la carcajada. El otro SS lanzó una prolongada mirada a Mercier y Hallbach. Borracho, se balanceaba adelante y atrás, agarrándose al mostrador con la rolliza mano. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia la recepcionista y le dijo:

—Qué caballeros tan elegantes, Traudl. No los hagas esperar.

Traudl era grande, estaba fofa y tenía unos antebrazos inmensos que temblaban cuando se movía y el pelo cortado a hachazos y teñido de negro azabache.

—¿Pasaréis aquí la noche, muchachos?

—Sí —respondió Mercier—. Y quizá alguna más.

Los sargentos de las SS soltaron una risotada.

—¡Bien dicho! —gritó el borracho—. ¡Se os va a caer la picha a cachos!  
—Y al ver que Hallbach lo miraba, le espetó—: ¿Y a ti qué te pasa?

—Nada.

—Las chicas están en el bar —terció Traudl antes de que la cosa pasara a mayores—. Para cuando les apetezca.

—Cuidado con la esmirriada —dijo la valquiria—. Ésas son las peores.

Traudl miró las llaves del tablero que había detrás del mostrador.

—Les doy la 31 y la 37...

—A lo mejor sólo quieren una —dijo el de las SS amanerando la voz.

—Cinco marcos la noche. Páguenme ahora y luego los acompañaré arriba.

Mercier pagó tres noches y Traudl los precedió patinando más que caminando, porque sus chinelas resbalaban en el rayado linóleo.

Las habitaciones eran cubículos con tabiques que acababan a un palmo del suelo; los huecos estaban tapados con malla metálica.

—El aseo está al fondo —dijo Traudl—. No sean tímidos, diviértanse —dijo y, guiñándole un ojo a Hallbach, le pellizcó la mejilla—. Aquí todos somos amigos.

Mercier había trabajado en sitios peores —en trincheras llenas de barro a la luz de las velas—, pero el Singvogel era de los primeros en la lista. Sospechaba que eran los sargentos quienes dirigían el festival de la canción en el bar del hotel, que empezó con el clásico himno nazi escrito por Horst Wessel y siguió con la canción favorita de las SS, la tierna *Si tu madre vive aún*. Pero sólo era el preludio. Conforme avanzaba la noche, la ópera del burdel fue encadenando momentos memorables: los cristales rotos, las estruendosas risotadas, los chillidos de mujer —de fingido terror y, en una ocasión, auténticos, Dios sabría por qué— y el apreciado dúo de gruñidos y crujir de muelles, con los artísticos gritos finales de la diva.

Aun así, tenían que trabajar. Ayudaba el hecho de que Hallbach supiera dónde vivía Elter, un piso de alquiler en el barrio de Kreuzberg. También era el momento, al fin, de explicarle a Hallbach lo que necesitaba del I. N. 6.

—Pero, entre Elter y usted, sólo habrá dos contactos —le dijo Mercier—. Por supuesto, tenemos que ser especialmente cuidadosos la segunda vez, durante la entrega de documentos. Si lo descubren, nos detendrán entonces.

Abajo, los gritos y ruidos de muebles rotos de una buena pelea.

—Acabará viniendo la policía —dijo Hallbach.

—Aquí no. Ellos se ocupan. —Durante unos instantes, prestaron atención, pero no se oía ninguna sirena—. Recuerde esto —dijo Mercier—. Hitler y su camarilla quieren llevar al país a la guerra, pero a Alemania no podría ocurrirle nada peor. Y recuérdesele a Elter. Su trabajo para nosotros proporcionará información que puede frustrar esos planes, lo que sería el mayor servicio que se puede hacer al pueblo alemán. Si hay guerra, será el pueblo alemán quien la padecerá.

—Sí, el argumento moral —respondió Hallbach con voz amarga y muy poco convencido.

—Si no funciona, ya sabe lo que tiene que hacer.

Y, a ese fin, al día siguiente por la tarde, Mercier y Hallbach fueron en coche al centro de la ciudad, donde el primero compró una cámara y el segundo hizo una llamada.

24 de abril, 18:20 horas. El convoy traqueteaba por la vía en la oscuridad, salvo por las luces que titilaban en el andén de la estación. Un mercancías con ocho vagones: plataformas cargadas de tanques, una cisterna de petróleo, un coche de Correos, por cuyas ventanas iluminadas se veían sacas y a un guardafrenos fumando un puro, y el furgón de cola. El tren pasó sin detenerse —el jefe de estación le presentaba la luz verde—, redujo la velocidad en una curva y volvió a acelerar para recorrer un larga recta que atravesaba un campo en el que pacían vacas. El humo brotaba de la chimenea de la locomotora, que hizo sonar el silbato y emitió dos lúgubres quejidos en la noche. ¡Ah, y el paso a nivel! La barrera bajó; un camión con alimentos esperaba en la carretera. Luego, una pronunciada pendiente que ascendía hasta un puente sobre un arroyo, una bajada y una larga curva, que llevaba a otra estación. El tren aminoró la marcha y rodó hasta pararse exactamente bajo una depósito de agua.

Hubo unos instantes de cálidos aplausos y, luego, alguien encendió las luces.

—Bien hecho —dijo un individuo con barba, acuclillándose para examinar la locomotora.

—Perfecto —convinieron otros—. Una buena vuelta.

Johannes Elter no dijo nada. Sólo miró, con los ojos muy abiertos, a la aparición que se detuvo en el umbral, recorrió la sala con la vista y, por fin, lo saludó con la mano. La reunión semanal del Club de Modelismo Ferroviario de Kreuzberg, en el sótano de una iglesia del barrio, era uno de los pocos placeres de su monótona vida, pero ahora su pasado lo acosaba incluso allí.

—Un viejo conocido —le explicó al hombre que tenía al lado, un agente de bolsa con una mansión en el barrio de Charlottenburg.

Hallbach dio la vuelta alrededor de las mesas de caballetes y le tendió la mano.

—Buenas tardes, Johannes. Tu mujer me ha dicho que te encontraría aquí. —Elter respondió al saludo con el rostro congelado en una sonrisa—. ¿Podríamos hablar un momento?

El tono de Hallbach no era conspiratorio, pero, aunque de un modo agradable, quería decir «en privado».

—Podemos ir arriba —dijo Elter.

—No tarde demasiado —le advirtió el agente de bolsa—. Esta noche elegimos directivos.

—Volveré enseguida —aseguró Elter, que había ido allí directamente desde el trabajo y aún llevaba el uniforme de cabo del ejército.

Con el corazón palpitante, Hallbach siguió a Elter por las escaleras que llevaban al vestíbulo. Al otro lado, el templo estaba desierto y el altar desnudo. Antaño había sido luterano, pero ahora, siguiendo las directrices del régimen nazi, se había convertido en lugar de culto de una confesión bastante secular conocida como «Cristianos Alemanes». Elter esperó a que Hallbach subiera el último peldaño y, luego, con voz baja y tensa, le preguntó:

—¿Qué estás haciendo? Venir aquí de este modo...

—Lo lamento —respondió Hallbach—. Tenía que hacerlo.

—¿Ha cambiado algo? ¿Es que ahora puedes ir a donde quieras?

—No, aún van tras de mí.

—Podrías hundirme, Julius. ¿Es que no lo sabes?

La cara de Elter había adquirido un tono ceniciento y las manos le temblaban.

—Es Otto quien me ha enviado a verte —dijo Hallbach.

Elter estaba asombrado.

—¿Está vivo?

—Lo está —respondió Hallbach—. De momento.

—¿Dónde...?

—No debo decirlo, pero lo que ha ocurrido es que ha caído en manos de agentes extranjeros.

Silencio.

—Entonces, se acabó —murmuró Elter al fin.

—No necesariamente. Pero se lo entregarán a la Gestapo y, si lo hacen, se verá obligado a contar lo que sabe. Y entonces sí que se habrá acabado todo, para mí, para ti y para todos los camaradas que aún viven. —Hallbach dejó que Elter asimilara sus palabras y luego dijo—: A menos...

—A menos que, ¿qué? —preguntó Elter con voz ahogada.

—Depende de ti. Sólo de ti.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Quieren información, de la oficina en la que trabajas.

—¡Eso es espionaje! ¿Quiénes son?

—Suizos, o eso dicen. Y, si estás de acuerdo, te ofrecen dos cosas: un pasaporte suizo, con un nuevo nombre, y quinientos mil francos suizos. Tendrás que escoger entre eso o los sótanos de la Gestapo, Johannes.

Elter se llevó una mano al corazón.

—No me siento bien.

Abajo, se apagaron las luces y otro tren inició su recorrido haciendo sonar el silbato.

Hallbach extendió la mano y la posó en el brazo de Elter.

—Esto era inevitable —dijo con la mejor intención—. Si no hoy, mañana.

—Dios mío, Julius, ¿por qué me haces esto? Siempre he sido un amigo fiel.

—Lo hago precisamente por eso.

—Pero yo no tengo información. No sé nada.

—Basura. Eso es lo que quieren. Los papeles que tiran a la papelera.

—¡Los queman! Los conserjes. Hasta la última hoja.

—¿Cuándo?

—A las nueve de la noche, cuando limpian las oficinas.

—Tienes que hacerlo antes de esa hora.

—Pero es mucho. ¿Cómo voy a sacarlo del edificio?

—Sólo quieren documentos de la sección que trabaja en los planes de guerra contra Francia: tres días de material.

—Creía que habías dicho que eran suizos.

Hallbach se impacientó.

—¡Bah, quién sabe lo que trama esa gente! Tendrán sus razones. Pero el dinero es real, eso lo sé personalmente, y el pasaporte también. Mira, échale un vistazo —dijo Hallbach metiéndose la mano en el abrigo y tendiéndole el pasaporte a nombre de Braun.

Elter le echó un vistazo y se lo devolvió.

—No quiero marcharme de Alemania. Tengo una familia.

—Eso es asunto tuyo. Tu dinero estará en una cuenta en Zurich. Te darán el número y el pasaporte el viernes. Tendrás que ponerle una foto, pero ellos te dirán cómo arreglártelas.

Elter parecía muy cansado.

—No sé qué hacer.

—¿Quieres morir, Johannes?

—No —respondió Elter con voz apenas audible. Hallbach esperó. Por fin, Elter meneó la cabeza lentamente, asqueado de lo que la vida le había hecho—. ¿El viernes, has dicho?

—En el Hotel Excelsior. En el bar La Jaula. Mete los papeles en un maletín y ven de paisano. A las siete y media de la tarde. ¿Podrás recordarlo?

—A las siete y media. En La Jaula.

Hallbach miró su reloj.

—Acompáñame fuera, Johannes.

Abandonaron el vestíbulo y se quedaron unos instantes en la entrada de la iglesia. Al otro lado de la calle, Mercier, claramente visible, esperaba al volante del Renault con la ventanilla bajada.

—¿Es uno de ellos? —preguntó Elter.

Hallbach asintió.

—¿Aún sigues queriendo darme la mano, viejo amigo?

Elter suspiró mientras cogía la mano de Hallbach.

—Nunca habría imaginado... —murmuró.

—Lo sé. Ni tú ni ninguno de nosotros. Es la sabiduría de los dioses: mantenernos en la ignorancia del futuro.

En el coche, Mercier observaba a los dos hombres en la puerta de la iglesia. El que iba de uniforme se volvió hacia él y lo miró a los ojos con un odio feroz. Mercier sostenía la cámara por debajo de la ventanilla; en ese momento, la levantó, miró por el visor y apretó el botón.

Mercier no perdió un segundo. Su maleta y la de Hallbach ya estaban en el maletero del Renault. Se abrió camino por el barrio de Kreuzberg hasta la carretera que iba hacia el norte, en dirección a Neustrelitz. A su lado, Hallbach apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—No está muy lejos, ¿verdad?

—A tres horas, no más.

—¿Irás al bar?

—Confío en que sí. ¿Y usted?

—No estoy seguro. Le dará vueltas e intentará encontrar una escapatoria. Y luego... bueno, ya lo verá, ¿verdad?

Una agradable noche de primavera. La carretera estaba a oscuras y desierta y Mercier conducía deprisa. Eran las once y media cuando llegaron a la ciudad de Rostock y, minutos después, al puerto de Warnemünde. En el muelle, el transbordador —un transbordador de dibujos animados: su chimenea soltaría nubecillas de humo como el tubo de un órgano de viento—, al que ya estaban subiendo los pasajeros con destino al puerto danés de Gedser, en el Báltico. Justo al final de la calle, donde empezaba el muelle, estaba la caseta de la aduana, que albergaba el control fronterizo. En ese momento, dos pasajeros que esperaban ante la puerta entraron en la caseta.

—¿Quiere que lo acompañe al control? —se ofreció Mercier.

—No, me las arreglaré.

—En el otro lado, hay un último tren a Copenhague esta noche. Por supuesto, una vez esté en Dinamarca, puede hacer lo que quiera.

—Supongo que sí. Casi había olvidado esa clase de vida.

—¿Volará a Zurich?

—Quizá mañana. ¿Estarán allí los fondos?

—Somos fieles a nuestra palabra —respondió Mercier—. Todo el dinero está en la cuenta.

Hallbach miró por la ventanilla. Los dos viajeros salieron de la aduana.

—Y esto, todo esto, ¿servirá de algo a la larga?

—Quizá. ¿Quién sabe?

Hallbach bajó del coche, cogió su maleta, volvió a acercarse a la puerta del acompañante y miró a través de la ventanilla a Mercier, que se inclinó y bajó el cristal.

—Probablemente no volveré a verlo —dijo Hallbach.

—No, probablemente no.

Hallbach asintió y echó a andar hacia el muelle. En la puerta de la caseta de la aduana, una pareja de ancianos pobremente vestidos entró justo cuando él estaba llegando. Segundos después, Hallbach los siguió. Mercier esperó con el motor en marcha. El transbordador crujía mientras subía y bajaba en las aguas del puerto. Mercier miró su reloj: las 11:39. Un marinero bajó la pasarela y se quedó junto a uno de los norays que sujetaban las amarras. Ahora eran las 11:42. En la caseta de la aduana, alguien sacó el brazo y cerró la puerta. ¿Habría pasado algo? No podían estar tan cerca, por ahora... Cinco minutos, seis, luego diez. ¿Iba a la caseta? Para hacer, ¿exactamente qué? Sobre la puerta, el viento jugaba con la bandera roja y negra. Las 11:51. El marinero que estaba junto al noray empezó a soltar la amarra, y el transbordador hizo sonar su sirena de dibujos animados una vez, y otra. Unos cuantos pasajeros se habían reunido en la borda para despedirse de Alemania. Las manos de Mercier agarraban el volante con tanta fuerza que le hacían daño, así que lo soltó. En ese momento, los ancianos abandonaron la caseta; el hombre sostenía a la mujer rodeándola por la cintura. Cuando el marinero los llamó, el hombre le dijo algo a la mujer, e intentaron correr. Mercier cerró los ojos y se dejó caer en el respaldo. «Ahora no. Por favor, ahora no». El marinero lanzó la amarra a la cubierta y fue hacia el otro noray. En lo alto de la pasarela, aparecieron otros dos miembros de la tripulación, listos para subirla a bordo. De pronto, Hallbach, alto y torpe, salió de la caseta y echó a correr agarrándose el sombrero con una mano. Al llegar al final de la pasarela, se volvió y miró a Mercier. Luego, desapareció en la cabina.



Mercier cogió una habitación en un hotel de Rostock. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, volvió a Berlín y dejó el coche aparcado en el extremo norte de la ciudad. Tras examinar atentamente el habitáculo y el maletero, y comprobar que no dejaba ninguna pista, cerró las puertas. Allí se quedaba. Cogió un taxi hasta el Hotel Adion, se registró y se dispuso a ver pasar los días. Ahora que Hallbach estaba fuera del país, se sentía mucho más seguro, y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse ganar por la euforia. Porque Elter podía no presentarse en el bar La Jaula, porque en su lugar podía aparecer la Gestapo... si Elter había sido sorprendido con las manos en la masa o había tenido la estúpida idea de acudir a sus superiores. Aunque, ¿era eso tan estúpido? Interpretar a la víctima arrepentida, contarle todo y cruzar los dedos.

«No», se dijo Mercier. Aquella mirada de odio asesino le había revelado algo de la verdadera personalidad de Elter: el energúmeno dentro del oficinista. A Mercier no le había desagradado aquella mirada, ni mucho menos. Implicaba una fuerza secreta, justo lo que Elter necesitaría para hacer lo que tenía que hacer. ¿Salvar a Otto Strasser? ¿Salvar a Hallbach? Ni por asomo, Elter salvaría a Elter. Y luego, malviviendo con el sueldo de cabo y con la guerra en el horizonte, «bienvenido a Suiza».

El Adion estaba muy solicitado: sólo quedaba una lujosa habitación doble. Caldeada y muy reconfortante, con suntuosas telas en tonos pastel, mullidas alfombras y luz tenue. Mercier se quitó los zapatos para tumbarse en la elegante colcha, miró al techo y pensó en Anna Szarbek. El teléfono del escritorio era una tentación casi irresistible, pero quedaba totalmente excluido. De todas formas, aquellas preciosas habitaciones tenían algo, no sólo halagador —a esos sitios sólo te llevaba el éxito—, sino excitante. Ahora la deseaba. A ella le gustaban las cosas bonitas, los sitios bonitos. Se pasearía por allí como su madre la trajo al mundo, luciendo sus curvas. Se levantó de la cama, fue hasta el teléfono y pidió que le subieran la cena a la habitación. Mejor no dejarse ver. «El viernes».

28 de abril. Hotel Excelsior. Una inmensa colmena, con clientes zumbando por doquier y el enjambre concentrado en el mostrador de recepción y diseminado por todo el vestíbulo. Mercier esperó su turno en el mostrador, firmó el registro y entregó el pasaporte de Lombard: aquello no era el Singvogel. Un botones cogió su maleta y lo guió al ascensor, y el

ascensorista, que llevaba guantes blancos y cantaba el piso en cada parada, los dejó en el octavo. En la habitación, Mercier le dio una propina al botones y, cuando se quedó solo, hizo un alto ante el espejo: lo menos llamativo imposible. Abrigo azul marino, bufanda gris y sombrero gris acero. Dejó la maleta en la habitación y volvió a bajar al vestíbulo.

Frente a recepción, el Bar La Jaula. Mercier empujó la puerta acolchada y, sí, allí estaba, según lo prometido: una jaula dorada suspendida del techo, con el suelo cubierto de cojines orientales para comodidad del ave en cautividad en esos momentos, una indolente doncella, desnuda salvo por el traje de plumas y el ajustado casquete dorado. La pájara, que estaba descansando cuando entró Mercier, se levantó, dio una vuelta alrededor de la jaula, se arrodilló, se agarró a los barrotes y extendió el brazo hacia un cliente desprevenido, que esquivó la mano tendida con una risita nerviosa y volvió a la mesa con su mujer.

De pie junto a la barra, Mercier paseó la mirada por las mesas de la sala. ¿Elter? Todavía no; sólo eran las 7:20. ¿Vigilancia? Imposible saberlo; había docenas de personas, hablando y bebiendo. Podía ser cualquiera. ¿Habría sido más seguro aquel contacto debajo de un puente del ferrocarril? Puede, pero ahora era demasiado tarde. Mercier salió del bar y encontró un sillón libre en el vestíbulo, con una palmera en una maceta a un lado y una columna de mármol al otro. Elter cruzó la puerta a las 7:28; llevaba abrigo y sombrero, y un maletín grande agarrado del asa de cuero. Miró a su alrededor, vio el letrero de neón encima del bar y cruzó el vestíbulo. Mercier observó las puertas de entrada: dos mujeres mal arregladas con sendas maletas, una pareja joven y un caballero corpulento que sostenía un periódico mientras se dirigía al ascensor. Mercier se levantó y se apresuró a llegar al bar. Elter estaba justo al otro lado de la puerta, mirando a su alrededor sin saber qué hacer: todas las mesas estaban ocupadas.

—Herr Elter —le dijo Mercier—, ¿sería tan amable de acompañarme?

Mercier lo guió hasta el ascensor.

—Al octavo, por favor.

Encima de la puerta, en un semicírculo de acero, una flecha señalaba los números a medida que la cabina subía. Cuatro. Cinco... Ocho. Mercier salió, Elter lo siguió y los dos hombres recorrieron el largo pasillo desierto. Dentro de la 803, reinaba un gran silencio; era una habitación corriente con un grabado de un viejo barco de vela sobre la cabecera de la cama y estaba a oscuras, salvo por el resplandor de las luces de la ciudad, que penetraba por la ventana. Mercier lo dejó así; se veía lo suficiente.

—Por favor, deje el maletín sobre la cama —le dijo a Elter.

Elter se quedó junto a la ventana mientras Mercier abría el maletín. Papeles de distintos tamaños, muchos de ellos arrugados y vueltos a alisar, dibujos, memorandos, un estudio de algún tipo que ocupaba varias páginas... De un bolsillo de su chaqueta, sacó un sobre de papel manila con la solapa sin pegar.

—Échele un vistazo a esto —le dijo a Elter.

—Muy bien —respondió Elter con voz tranquila y firme.

Mercier abrió el sobre y le tendió un pasaporte suizo.

—Dentro hay una dirección de un estudio de fotografía de Praga. Le acabarán de hacer el pasaporte. ¿Puede ir a Praga?

—Sí. No veo por qué no.

—En este sobre también hay un número de cuenta y la dirección de un banco en Zurich. En la cuenta hay quinientos mil francos suizos. Sólo tiene que dar el número. ¿Está todo claro?

—Sí.

—¿Le ha hablado a alguien de esto?

—Desde luego que no.

—¿Ni a su mujer?

—No.

—Siga haciendo lo mismo hasta que se marche de Alemania.

—No tengo intención de marcharme.

—Bueno, eso es cosa suya. —Mercier cerró el maletín y cogió su maleta —. Es mejor que se quede en la habitación quince minutos —le dijo a Elter.

Elter estaba examinando la información sobre el banco, escrita con letras mayúsculas en un trozo de papel.

—Hay una cosa que quería preguntarle.

—¿Sí? —dijo Mercier, que había dado un paso hacia la puerta y ahora volvió atrás.

En la semioscuridad de la habitación, los dos hombres, con el sombrero y el abrigo puestos, permanecieron en silencio unos instantes.

—¿Querrán más información? —le preguntó al fin Elter—. ¿Sobre la sección sexta del I. N.?

Las ideas se atropellaron en la cabeza de Mercier.

—Tal vez.

—Desde que Hallbach vino a verme, no he parado de pensar en eso día y noche. Y he llegado a una conclusión. Y es que, si puedo ser de utilidad y ustedes están dispuestos a pagar...

Era lo último que Mercier esperaba oír, pero se recuperó rápidamente.

—Tenemos su dirección, Herr Elter. Y siempre pagamos a la gente que nos ayuda.

Elter asintió.

—Entonces, espero tener noticias tuyas.

—Buenas noches, Herr Elter —dijo Mercier dirigiéndose a la puerta—. Y tenga cuidado.

—Sí, buenas noches —respondió Elter.

Mercier salió de la habitación y bajó al vestíbulo. Pagó, recogió su pasaporte, encontró un taxi a la entrada del hotel y volvió al Adlon.

El maletín contenía setenta y tres papeles, que ahora estaban extendidos sobre la cama de la habitación del hotel. Algunos, sin interés —«Ver a Klaus, jueves, 4:30»—, otros, valiosos. Un borrador de un informe sobre el consumo de combustible de los Panzer. Un croquis a mano de un área de los bosques de las Ardenas, con flechas que indicaban posibles rutas de ataque. Una copia mimeografiada de un mapa de conjunto de los bosques, hecho por cartógrafos militares franceses en 1932, según la leyenda que aparecía en la parte inferior. Presentaba símbolos y números —desconocidos para Mercier— escritos a mano, lo que implicaba que estaban usando copias del mapa como hojas de ejercicios. Un borrador de un memorando sobre el gálibo de distintos modelos de tanque, con nombres en algunos casos desconocidos para Mercier. ¿En proyecto? ¿En producción? Una cantidad significativa de los documentos apuntaban a un tal Hauptmann —capitán— Bauer, incluyendo una nota del propio Guderian, en la que agradecía a Bauer sus aportaciones a un debate sobre patrones meteorológicos en la frontera nororiental francesa.

Pero lo que más le llamó la atención fue lo que no había allí. Nada sobre la Línea Maginot, nada relacionado con el sistema defensivo construido en la frontera oriental de Francia; ni sobre fortines, ni sobre búnqueres ni sobre nidos de ametralladoras. Si Alemania decidía invadir Francia, el ataque se llevaría a cabo con tanques a través de los bosques belgas. Ésa era la tesis del I. N. 6, ésa era la tesis del Estado Mayor alemán y eso era lo que decían los papeles extendidos sobre la cama del hotel Adlon.

¿Sería suficiente para los generales de París? Bueno, podían tener más cosas; podían acudir de nuevo al cabo Elter. Y seguramente lo harían. Un regalo de los dioses —los dioses de la codicia—, y totalmente inesperado. Aun así, una victoria.

Pero aquella victoria, si lo era, lo había dejado muy cerca de la extenuación. Muerto de cansancio, Mercier consiguió quitarse los calcetines, la camisa y los pantalones, comprobó que había cerrado con llave, apagó la luz y se tumbó en la otra cama. Encendió un cigarrillo y miró los papeles. Por la mañana, los escondería en el doble fondo de la maleta, cogería un taxi hasta el aeropuerto de Tempelhof y volaría a Le Bourget. Otro taxi hasta el domicilio del general De Beauvilliers, en el séptimo distrito, escribir un informe y de vuelta a Varsovia. Un trabajo bien hecho.

O eso le parecía a él. En Varsovia, en el estudio de la calle Sienna, un recibimiento digno de un héroe: Anna fue a comprar y volvió con el mejor jamón polaco, pan de centeno del horno judío de la calle Nalewki y una botella de champán Roederer. Más tarde, un negligé negro, adquirido para celebrar el regreso del héroe, que transformó su cuerpo en una pálida silueta oscurecida por una sombra... el tiempo que le duró puesto. En la embajada, al día siguiente, otra vez el héroe. No sabían lo que había estado haciendo, sólo que era una operación de algún tipo, pero ya veían que había vuelto sano y salvo y de buen humor.

—¿Ha ido como querías? —le preguntó Jourdain. Mercier respondió que sí y Jourdain dijo—: Me alegro de que hayas vuelto.

Durante los siguientes días, contento de volver a las reuniones y el papeleo, esperó noticias de París. Llegaron un lunes, el 8 de mayo, en forma de llamada telefónica del general De Beauvilliers. Una serie de oblicuos cumplidos:

—En conjunto, aquí estamos muy impresionados. —Y no mucho más; con el teléfono, había que ser cauto. Y luego, para acabar—: Me gustaría mucho tener una charla con usted. Me preguntaba si podría venir aquí. Creo que hay un vuelo a primera hora de la mañana.

Una simple sugerencia, por supuesto.

Mercier colgó y llamó a Anna al despacho de la Sociedad de Naciones.

—Mañana tengo que volar a París.

Un suspiro.

—En fin, odio tener que cederte. ¿Para mucho?

—Unos días, quizá.

—Pero te veré esta noche...

—Me verás, pero no llamaba por eso. ¿Quieres venir conmigo?

—¿A París? —preguntó Anna como si tal cosa, pero su voz estaba timbrada de alegría—. Quizá pueda. Tendría que estar en Danzig el 10, pero supongo que podré retrasarlo.

—Haz todo lo que puedas, Anna. Hay un vuelo de la LOT a las ocho y media. Podemos quedarnos en el piso de la Rue Saint-Simon. ¿Qué te parece?

—¿París? ¿En mayo? Creo que podré soportarlo.

9 de mayo. A las cinco y media, Mercier se entrevistó con De Beauvilliers en un despacho de los Inválidos, en el laberinto del cuartel general del Estado Mayor, tan napoleónico como gris; pero los árboles habían echado hojas nuevas y los pájaros se desgañitaban al otro lado de la ventana.

—No cabe duda de que es usted el héroe del momento —dijo De Beauvilliers—. He de admitir que el día que comimos en Heininger no creía que fuera realmente posible. Pero usted lo ha hecho, muchacho, lo ha hecho a la perfección.

—También ha intervenido la suerte. Y, sin el doctor Lapp...

—¡Oh, sí, lo sé, lo sé! Los méritos están repartidos, pero la cuestión es que hemos abierto brecha en el I. N. 6, y volveremos a por más.

—¿Quiere que me encargue del contacto con Elter?

—Ya veremos. En cualquier caso, quería felicitarlo y hablar con usted antes de su entrevista con el coronel Bruner. Lo está esperando en su despacho. En primer lugar, va usted a ser ascendido a coronel de pleno derecho.

—Gracias, mi general.

—Bruner volverá a decírselo, así que tendrá que fingir sorpresa, pero quería ser yo quien le diera la buena noticia. Y eso no es todo. Querrá pensarlo con calma, pero voy a pedir, oficialmente, que lo manden aquí para trabajar conmigo. Es una sección pequeña, muy tranquila, pero encontrará gente como usted. Y lo que hacemos es coherente, sensato, cosas muy por encima de la habitual rutina del Estado Mayor. ¿Le atrae trabajar en las altas esferas, coronel?

—Sí. Por supuesto que sí.

—Bien. Volveremos a hablar, quizá mañana; pero ahora es mejor que vaya a ver a Bruner y celebren su reunión.

Mercier fue andando hasta el 2 bis de la avenida de Tourville y luego esperó quince minutos en la antesala de Bruner antes de ser admitido al sanctasanctórum. Un lustre sonrosado cubría la cara recién afeitada del coronel, que estaba sentado en posición de firmes, crecido hasta su *hauteur* más majestuosa.

—¡Hombre, Mercier, está usted ahí! ¡Un gran éxito! ¡Nuestra estrella más brillante! No puedo por menos de felicitarlo, ¡bravo! Puede estar seguro de que habrá un ascenso, «coronel».

Mercier se mostró debidamente sorprendido, y agradecido.

—Sí, ciertamente nos ha permitido usted echar un vistazo al interior del I. N. 6 —dijo Bruner—. Hemos celebrado reunión tras reunión, y aún estamos trabajando en los documentos. Esa información será tenida en cuenta, créame, cuando hagamos nuestros propios planes.

—En eso confiaba, coronel.

—Y hacía bien. Por supuesto, tenemos que considerar la posibilidad de que nos estén desencaminando.

—¿Desencaminando?

—Bueno, es casi demasiado bonito para ser cierto, ¿no le parece? Y, además, un reclutamiento... Sin duda, el futuro material coincidirá con el que ya tenemos.

—¿Sin duda? ¿Por qué dice eso, coronel?

—Los alemanes son gente muy lista y saben cómo engañar a un oponente. Es el truco más viejo del mundo: guía a tu enemigo lejos de tus verdaderas intenciones. ¿No es usted capaz de verlo desde esa perspectiva?

—Supongo que sí, pero...

—Mire, Mercier, nadie pretende quitarle mérito a lo que ha hecho. Se merece el debido reconocimiento y, como coronel, lo tendrá. Pero debe aceptar que tenemos que tomar en consideración otras posibilidades, y eso incluye una operación de la Abwehr usando nazis disidentes, supuestamente disidentes, para desviarnos hacia un camino equivocado.

Mercier se esforzó en disimular su irritación, pero no lo consiguió.

—Hallbach no es un farsante, coronel Bruner.

—Sí, eso es lo que sugería su informe; pero ¿cómo puede estar seguro? ¿Era el Hallbach con el que contactó el auténtico Hallbach? ¿O un agente del SD que interpretaba el papel de Hallbach? Bueno, yo no puedo pretender saberlo con certeza... ¿Usted sí?

—Con certeza no. Nada es totalmente cierto, en especial en este trabajo.

—¡A-já! ¡Ahora nos entendemos! No estoy diciendo que sea el único posible, pero es un punto de vista, y seríamos negligentes si no nos lo tomáramos en serio. ¿No? ¿No es cierto?

—Sí, señor —dijo Mercier, que habría dado lo que fuera por estar en cualquier sitio que no fuera el despacho de Bruner—. Lo comprendo.

—Me alegra oír eso. Sabemos que tiene aptitudes, coronel; es usted un excelente oficial, eso ha quedado demostrado. Sin duda, desaprovechado en un puesto de agregado militar en ese nido de ratas de Varsovia. El general De Beauvilliers ha pedido su traslado, y puede usted contar con nuestra conformidad. ¿Está contento, coronel? —Temiendo abrir la boca, Mercier asintió—. Entonces, no lo retengo más. Supongo que estará deseando salir a celebrarlo.

Mercier volvió andando a casa en aquella agradable tarde de primavera, una primavera parisina que se burlaba de él desde todos los rincones. Rodeadas por las flores de castaño que cubrían la acera, las mesas de la terraza de un café vibraban con la vida de la ciudad: enamorados cogidos de las manos; hombres de negocios que conversaban, flotando en un mar de benévolo comercio; lectores de periódicos, serios, absortos en el día a día de la política y los ácidos comentarios de su articulista favorito; y las mujeres, preciosas con sus primaverales atuendos, solas ante un aperitivo y quizá, quizá, libres. Un maravilloso teatro, se dijo Mercier, todas las primaveras, ahora, el próximo año, siempre.

Mientras iba andando, su corazón de soldado lo tranquilizaba. Bruner y sus compinches, y en lo más alto, Pétain y los suyos, lo habían desautorizado; no podían aceptar que lo que había descubierto estropeará su doctrina militar: no habría tanques alemanes, no habría ataque a través del bosque. Las ideas imperantes no podían estar equivocadas, porque ellos no podían equivocarse.

¿Habían traicionado a Francia? ¿O sólo a él? Con el tiempo, encontraría el modo de aceptar su decisión y, en el futuro, cuando trabajara para De Beauvilliers, ciertamente seguiría adelante, intentaría probar que sus descubrimientos eran exactos. Eso es lo que hacía un oficial, siempre, desde tiempo inmemorial. Si un ataque fracasaba, reagrupabas las tropas que te quedaban y atacabas otra vez. Y otra, hasta que te mataran o tomaras la posición enemiga. Mercier no conocía otra manera de hacer las cosas. Sí, estaba furioso, y dolido. No, no importaba. Lo único que podía hacer era seguir siendo fiel a sí mismo. No había otra posibilidad.



¿Y la gente de aquellas viejas y hermosas calles? ¿La gente de los cafés? ¿Se vería obligada a vivir con una guerra perdida? Esperaba que no, lo esperaba con toda su alma. Había visto a los derrotados, los sometidos, los perdidos... Eso no podía pasar allí, en aquella ciudad, en aquel café.

Mercier avivó el paso. Ahora quería volver a estar con la gente a la que le importaba, su nación privada.

De regreso al piso de la Rue Saint-Simon, cuando abría la puerta, oyó una risa ronca en el salón y, a continuación, la voz de Albertine:

—¿Eres tú, Jean-François?

Mercier recorrió el pasillo y llegó al salón.

—Hola, amor mío —lo saludó Anna—. Nos lo hemos pasado en grande.

Ya se veía. En una camarera con el tablero de cristal, se veía media botella de ginebra junto a una botella de agua de Seltz, un limón exprimido y un azucarero.

—Hemos aprendido a hacer gin fizzes, sin salir de casa —dijo Albertine.

Las dos tenían la cara roja y Anna estaba sentada de lado en un sillón, con las piernas colgando de uno de los brazos.

—El conquistador ha regresado —dijo Anna—. Coronado de laureles.

Mercier se dejó caer en un extremo del sofá, agarró la gorra de plato por la visera, se la quitó y la lanzó a la otra punta de la sala, donde aterrizó en un confidente cubierto con brocados.

—Me han hecho a un lado, los muy bastardos —dijo.

—¿Qué? —exclamó Anna.

—Prepararé otra ronda —anunció Albertine levantándose con dificultad y yendo hacia la camarera.

—Les he dado un tesoro —dijo Mercier—. Y lo han tirado al estercolero.

—¡Oh, qué gente! —rezongó Albertine—. Si te han tratado mal, lo siento, pero no deberías estar tan sorprendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anna bajando las piernas y sentándose bien.

—Descubrí una forma de obtener información importante. Y ellos, los oficiales del Estado Mayor, han decidido no creerla.

—La mitad pertenecen a Action Française —dijo Albertine, refiriéndose a la organización que agrupaba a los intelectuales franceses de tendencias fascistas. Estrujó la mitad de un limón contra el exprimidor y vertió el zumo

en un vaso de whisky—. Quieren que Francia se alíe con Alemania. Para ellos el único enemigo es Rusia.

—Quién sabe lo que quieren —dijo Mercier—. Me han soltado un ascenso y volverán a trasladarme a París.

—¿Y tan malo es eso? —le preguntó Albertine.

—Mi aliado en las altas esferas ha debido de presentar batalla, pero no la ha ganado. Ahora que me ha rescatado, trabajaré para él. Supongo que eso también es un ascenso.

—Nada como ganar y perder a la vez —dijo Albertine añadiendo azúcar al vaso—. Te sentirás mejor enseguida, querido.

—¿Dejas Varsovia?

—Sí. Supongo que no querrás venirte conmigo...

—¿Estoy *de trop*? —preguntó Albertine.

—No, no, quédate donde estás —respondió Mercier—. ¿Podrías hacer eso, Anna? ¿Trasladarte a París?

—Si quieres que lo haga, sí. Tendría que presentar mi renuncia a la Sociedad de Naciones.

—En París se necesitan abogados —terció Albertine—. Incluso abogadas.

—Bueno, no tenemos que decidirlo esta noche —dijo Mercier—. Pero no estoy dispuesto a que vivamos en dos sitios distintos.

—¡Bien dicho! —aprobó Albertine, y se volvió hacia Anna—. ¿Has visto que primo tengo? Y podría servir para marido.

—Albertine... —dijo Mercier—. Ya hablaremos de eso por la mañana. De momento, ¿cómo está mi gin fizz?

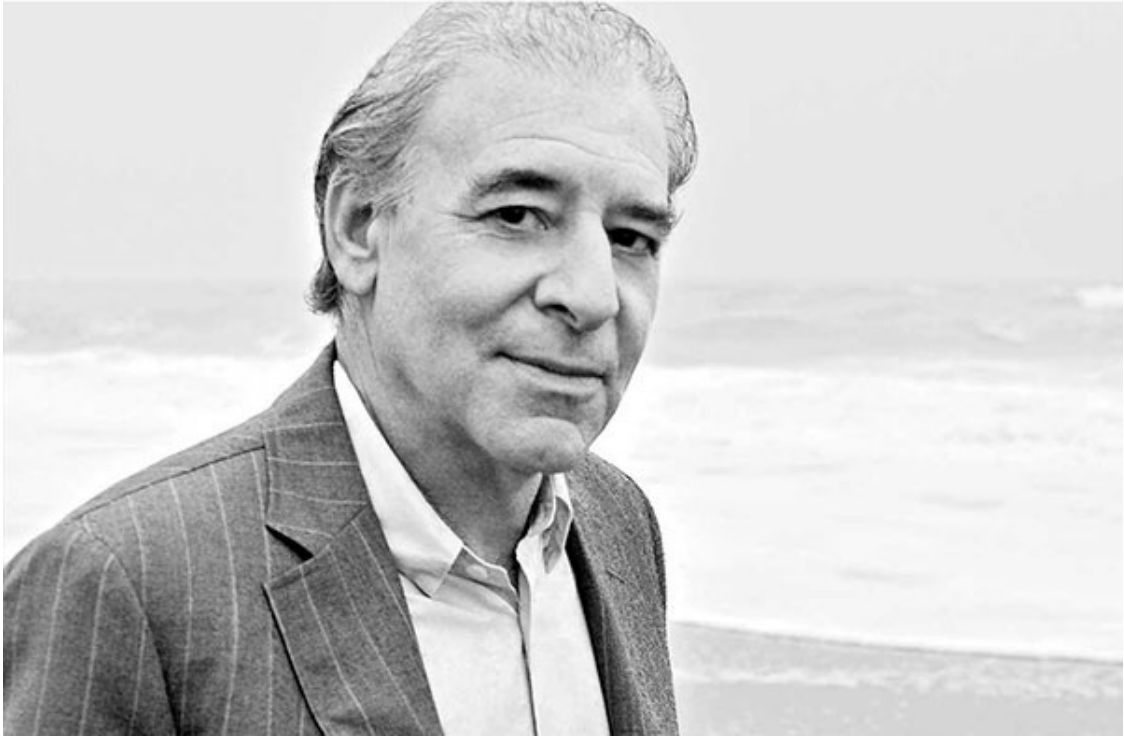
—Listo —respondió Albertine y, tras llevarle el cóctel, se sentó en el otro extremo del sofá y levantó el vaso—. En cualquier caso, *salut, y vive la France* —brindó—. Son los buenos, y me refiero a nosotros tres, los que ganarán al final.

Pero se equivocaba.

Veinticuatro meses después, con Guderian al mando, un masivo ataque alemán con tanques a través de los bosques de las Ardenas rompió las defensas francesas y, el 22 de junio de 1940, Francia capituló. El coronel Charles de Gaulle, que en esos momentos ostentaba el grado de general, abandonó Francia y dirigió la resistencia desde Londres. Tras muchas aventuras, el coronel Mercier de Boutillon y su mujer, Anna, también se trasladaron a Londres, donde Mercier empezó a trabajar a las órdenes de

De Gaulle y Anna, para el Sexto Departamento, el servicio de inteligencia del ejército de resistencia polaco.

Y, el 25 de junio de 1940, el mariscal Pétain aceptó encabezar el gobierno de Vichy.



ALAN FURST (Nueva York, EE. UU., 1941). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Como periodista ha viajado por Europa del Este y Rusia y ha sido colaborador habitual de *Esquire* y *The International Herald Tribune*. Ha vivido largas temporadas en Francia, inicialmente ejerciendo como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Montpellier, y años después en París. Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo. Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Centro Europa.

Su obra *El oficial polaco* tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga y ha sido publicada con extraordinario éxito en Estados Unidos y varios países de Europa.